



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

SA9560.10

HARVARD COLLEGE LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION

THE GIFT OF ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND CLARENCE LEONARD HAY, '08

IN REME

AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
BER MDCCCCVIII



au milieu
deux, les
ite, qu'un
magnifique
té nous a

es feuilles
aine vers

érie).

IR-

te-

a á

las
por
se
es,

ue
el
vi
a :
de

no
lel

ón
le
oi

te
ba
es,
es.
or
en

no

os

adidas en l
fuera de
aibo, prot
Gobernade
ecciones, s
aga en el
aña y de
casar en su
ocurarse e
joven Cor
nsiasta rej
e la Revo
z, la prote
ie en breve

su delica
el vuelo d
la guerra,

clarecido,
ivas, dirigi
uas la pri
e duró tan
volucionar
s colecticia
reduce á
etido á s
acaibo, se
le latir á

de nues
impericia
o, que no
ta y apoca

echazaba con

ña; el Brigadier
con algunos je-
ra emprender
le acompaña
el canario, I
te reservaba
l mal ciment
onstruido sobre

al punto la od

para Venezue-
larzo que as-
undamente á
iera aplacado á
los edificios
dáveres que o-
anza desde C
gana proséli-
a escasa divisi-
algunos afortu-
onde bate á
rebeldes prov

teren á la cat-
desata sus j-
e en el glori

a sustituido
los ciudadanos
rancisco Con-
la Repfibia

concedió facultades extraordinarias al Gobierno y este las delega en el Marqués del Toro. Pero como el agraciado no aceptase la gran responsabilidad que aquellas le imponían, confióse la dictadura al General Miranda con el título de Generalísimo.

El viejo veterano de Nerwinde se apresura á reconcentrar el ejército patriota. Fija en Maracay su Cuartel General, y como los miembros del Congreso amenazados en Valencia por la proximidad de Monteverde, se retirasen á Carácas, confióse al Coronel Miguel Ustáriz la defensa de aquella importante ciudad, así como á Bolívar el mando en jefe de la plaza y fortaleza de Puerto Cabello.

No pudiendo sostenerse Ustáriz en Valencia, la evacua sin demora, y al punto la ocupa Monteverde.

Nuevos encuentros favorables á las armas del Rey exasperan y desconciertan á los republicanos.

El Generalísimo mueve una parte del ejército con ánimo de estrechar en Valencia á Monteverde, y destaca algunos cuerpos hacia la Villa de Cura, á ver de sofocar la insurrección de las llanuras que fomenta Antoñanzas.

Numerosos combates, ora felices ora adversos á los republicanos, se libran en los alrededores de Valencia. La reacción realista cobra diariamente alarmadoras proporciones; y al propio tiempo que Monteverde se fortalece y gana partidarios, perniciosas rivalidades, y desconfianzas y quisquillas fomentan la insubordinación en nuestro campamento.

No hecho Miranda á descabelladas aventuras, ni menos á lidiar con los anárquicos espíritus que había exaltado la Revolución, pertúrbase y fluctúa en sus propósitos á vuelta de los primeros reveses, y desconcertado se repliega el 18 de Junio á La Victoria.

Serios peligros amenazan la República. La insurrección de las llanuras es un hecho consumado; trascendentales ventajas obtiene Antoñanzas sobre nuestras tropas: ocupa á Calabozo, ataca á San Juan de los Morros, y degüella á los ino-

HEROICA

de Maratón, Platea y
Issus y Arbela; allí
as; allí los de Farsali
las furiosas que proclama;
allí el Gólgota si
campos Cataláunicos;
desvalles; allí, en fin,
zas, y Lepanto, Jemma
rloo.

e deje de poseer uno
ciados por el patriotis
ellos derramada. Boy
nás alto á nuestro espí
a que Homero y Virg
ignos héroes: campos
a con misteriosos eco
ciones del clarín y el g

icos que hoy remueve
na primavera, se leva
vritu, todo un monum
nuestros esforzados prog
na permitido aún, agr
a tumular, ni la colu
s que afrenta el polve
por ello los corazones g
ción y con menos res

A

~~~~~

del ejérci  
itable.  
consumad  
sus armas  
la, van á

ngiendo :  
quel troj  
parece suc  
as villas  
gente : y  
ámilias a  
itos que

os oídos

ones; mi  
Caracas

á sus pu  
é en los 1  
icida por  
Jual si ui  
e vomitac  
, capaz de  
a y todo

erior á l  
hay cont



## HEROICA

l que puede  
ase la lucha,  
con algunos  
re paso por el  
a comarca, y  
del Libertador  
iles circunsta  
re, se ejecut

erece con rap  
res asiáticos,  
adelanta por  
feroces llanero  
y aldeas inex  
nvertidas en c  
l Libertador  
n de los acc  
ror general q  
or, su carác  
ue se desata  
mino toda ui

a á medirse o  
ue rivalizan  
icontrarse.

ian esta vez á  
ran los entónce  
te y Lázaro Oliv  
mbres públicos n



~~~~~

n l
el a
ran
do
nse

e
mb
ece
dre
der

lán
ía

res
ella
cu
ma
oz
.cía

et
la j

os
las


~~~~~  
ente el te  
ellos cen  
arrojan r  
s águilas,  
ridor de  
prodigios  
y aguda

nejo de  
i su equi  
ros, lleva  
ro de fa  
encarna  
sin cur  
diento de  
y bronca  
s, tamb  
trepitosa  
espadas,  
pleta con  
etas sin  
la vista  
siniestro  
ras de su  
ucha, ab  
por la  
matanza

Para la revolución, Boves fué una sangría copiosa; una eterna amenaza, una pesadilla horripilante. Su nombre, repetido con espanto en todo el ámbito de Venezuela, tuvo el lúgubre prestigio de aquellos monstruos fabulosos de que nos hablan las antiguas leyendas. Más de una vez su fuerte brazo volcó el carro victorioso de la revolución; más de una vez los laureles del triunfo se ostentaron sobre su frente ensangrentado. Gigantesco en sus pasiones, sus menores faltas fueron crímenes, su única virtud la valentía. A su jefe, tal ejército.

## V

Reorganizado en la Villa de Cura, Boves marchó de nuevo contra Ribas, y el doce de Febrero á las siete de la mañana, se arroja sobre La Victoria con su acostumbrada impetuosidad.

Los destacamentos republicanos, apostados en el sitio del Pantanero, no resisten la acometida de los numerosos escuadrones realistas; destruidos quedan en el campo; y á rienda suelta, los violentos jinetes enemigos penetran en la ciudad, atronando el aire con sus gritos salvajes y blandiendo amenazantes sus lanzas victoriosas.

ANC

~

gen  
te

s ca  
á p  
pid

las  
upa  
terc  
re  
on  
ol  
an  
a p  
que

sia  
aña  
lon  
tja

de  
upr

cib  
me

sentir en las filas republicanas. La animación, palpitan con celeridad los corazones fundidos, que contrasta con el ruido de la batalla reina entre aquel puñado de valientes combatientes, resueltos al sacrificio.

En aquella escena muda y de anhelante espera, el general Ribas, airado é imponente como el jefe de Ezequías. Resplandece sobre su frente el casco de fuego, aquel temible gorro-frío que sostenta la cabeza del héroe hasta en la batalla; brilla en sus ojos la encendida llama de las pasiones; muéstrase esquivo al general enemigo colérico aguarda el peligro que le amenaza al destino con un gesto de soberbio desdén y de gante superioridad.

Se aproxima. Semejante á Murad-Bey á los turcos, Boves aparece al fin á la cabeza de las católicas legiones. En la extremidad de la línea domina, se divisan envueltos entre los os terribles jinetes, tendidos sobre las espaldas de los caballos, y arrebatados por ellos con pas-

estremece. Las mechas encendidas salen de los cañones. Con un gesto imperioso el general republicano refrena la impaciencia de sus soldados; sacude la erizada melena con la mano, y blandiendo la espada que, terrible

~~~~~  
ló en los campos de Niquitao y Los Hor-
con vibradora entonación :

*: Lo que tanto hemos deseado va á rea-
: ahí á Boves. Cinco veces mayor es el
e á combatirnos ; pero aun me parece es-
tarnos la victoria. Defendeis del furor
la vida de vuestros hijos, el honor de vues-
l suelo de la patria ; mostradles vuestra
En esta jornada que ha de ser memorable,
: optar entre vencer ó morir : necesario
va la República !*

es víctores resuenan en el campo repu-
an los tambores ; cornetas y clarines lan-
rovocadoras vibraciones que acogen los
o un guante que se les arroja ; crece el
petuosa carga ; ruge el cañón vomitando
a inmensa granizada de balas que se cru-
o silbo, rebota sobre la plaza convertida
n circo de fuego que lanza como rayos la

lario extiende el humo sobre los comba-
ndo ensordecedor agita el aire, la tierra se
eres y arroyos de sangre se desatan á

petuosidad de las olas tumultuosas que
anta, empuja y desbarata sobre los flan-
as, los numerosos escuadrones realistas

se contra el baluarte de bayonetas que
Montilla, Rivas-Dávila, Soublotte, Ayala,
y Maza, y Canelón y cien más heroicos
as al sacrificio.

VI

abres! Astros brillantes en aquel grupo
yo sol fué Bolívar, cada uno de ellos en lo
ribirá su órbita, alcanzará luz propia, y le-
uras generaciones con el ejemplo de sus vir-
canas, honra y gloria para la patria.

de alto ejemplo por su valor é hidalguía, es
le los antiguos paladines. Ya en los salo-
os campos de batalla, es y será siempre el
do y gallardo, valeroso é insinuante. La
Magdalena hará inmortal su nombre. Ve-
rda con orgullo al héroe caballero.

vila es un meteoro de fúlgidos; reflejos;
el relámpago; pero la viva luz que espatee
ilumina más de una página gloriosa de
ria patria. Altivo, generoso, magnánimo,
sirvió de tumba y de apoteosis. Murió co-
das, en los brazos del triunfo y de la gloria,

~ ~ ~ ~ ~
r aquella patria que abandonaba cuando
le eran todos sus hijos.

el Arístides americano. Esforzado en
en el consejo; á las condiciones del
lotes eminentes del filósofo y del hom-
plomático hábil, pulcro administrador,
eyes como soldado y como magistrado;
ra y educación muy superior á la de
nació predestinado á muy altos desti-
Venezuela ostentarán en sus blasones
debido á los talentos del héroe de la
combatir al lado de Bolívar, irá á ejer-
lagistratura de la República. Allí el
í se transforma en sacerdote de la ley;
él un aliado; la gloria una cabeza dig-
ronas de todos los merecimientos.

ldado del deber; severo, inflexible, te-
le deslumbra, la ambición no tiene ca-
espartana. La satisfacción de la con-
plimiento del deber, basta á recompen-
s sacrificios consumados por la patria.
conidas, como en la Roma de los Gra-
es semejantes.

o, y Jugo, y Canelón pertenecen á aquel
guerreros, predestinados al martirio,
ción apenas guarda la memoria, pero á

quienes debió la libertad hechos preclaros y titánicos esfuerzos.

Con tales hombres hay razón para acometer imposibles.

VII

A par de la caballería los infantes realistas atacan á los republicanos, con no menos impetuosidad.

Empéñase encarnizada lucha, y la horrible serie de desastres y peripecias que engendra una batalla, se desarrolla y crece sin amenguar el encono ni resfriar el entusiasmo.

Las horas se suceden terribles. Cada instante marca la inmolación de nuevas víctimas.

La resistencia y ataque se emulan á porfía.

El fuego de las tropas de Morales, segundo de Boves, diezma las filas de los independientes; éstas se aclaran, se cierran, tornan á desunirse y de nuevo se compactan, causando grande estrago en los apiñados batallones que el tenaz español lanza al combate con aviesa ferocidad, y en las revueltas hordas que repletan las calles atropellándose entre sí. Si Boves puede compararse al jaguar de nuestras selvas, Morales entre las fieras sólo encuentra semejanza en el chacal y en la hiena. Boves, siempre

VENEZUELA HEROICA

ó el mayor heroísmo la muerte ha de ser preñada muerte; no hay cuartel para el ven. Morales conocen la piedad: caer en sus al sepulcro.

ibio el terrible decreto de Trujillo está *victis*.

dio del estruendo, del humo, de las t plaza se cruzan, como los hilos de misterio cada una su víctima, se ve lucir, lampo, el gorro frigio que á todos muele Ribas. Aquel gorro encarnado es nuevo y en él se simbolizan la Patria y la todas las miradas le buscan, mil brazo el desaliento se cambia en entusiasmo esencia, y hasta la muerte misma pa quien le lleva.

gular emblema se abate empero y des veces, durante la batalla, en el rev ardorosa lid; é inmenso grito de angor resuena estremeciendo nuestro car mora torna á ostentarse airado el color en más y más pujante, monta un n morirá en seguida, y multiplicándose e con asombro de todos, corre al pel rimir la espada donde quiera que el at lo ó la defensa menos vigorosa.

do en su patriótico ardimiento, exhorta, á

y electriza con la palabra y el ejemplo á todos batallones. A los nuevos conscriptos en la jornada memorable reciben el bautismo lleva personalmente al fuego, y á pecho toma con ellos parte en la refriega. Para su ingénita bravura, arrebatada el fusil de las manos de los menos expertos, dispara al enemigo con ajustada precisión, muéstrales el manejo de nuevo el arma, sin premura, cual si fuera una simple parada militar, y ya levanta el brazo que decae, ya suspendiendo á aquel para que tome mayor altura y mejor puntería, reorganizada, se hace aplaudir por los más esforzados, y de admiración á sus propios contrarios.

VIII

El escaso número de esos seres singulares, el peligro les produce la fiebre sublime del heroísmo, la historia cuenta á José Félix Ribas. Durante el desigual combate que sostiene, no se intermite un solo instante el fuego de su alma ni la firmeza de su coraje. Cubierto de sangre, rodeado de cadáveres, en medio de lamentos y gritos de venganza y maldiciones que estre-

suelo, y envuelto en el torbellino de la lid, frialdad las tropas que le restan, y lleno exclama, dirigiéndose á Mariano Montilla, General:

¡No hay que desesperar, amigo mío: ántes de morir por completo, podemos resistir todavía dos días más este."

Este rasgo da la medida de la energía de la causa o aun hay algo más en aquella batalla con un canto digno de competir con los más de la Ilíada.

En este sangriento y terrible escenario nadie se rinde oscuramente. Desde el general hasta el soldado se esfuerzan por alcanzar una muerte gloriosa. Allí se rinde la vida sin demostrar flaqueza, sin piedad, compasión, victoreando á la Patria, estimulando los que sobreviven.

Dávila, el valeroso Coronel de los soberbios carabineros de Caracas, muerto gloriosamente en la batalla, en su última agonía, al ver la bala que se le acerca el cirujano: "Llevala á mi esposa, y dices que se acuerde que á ella debo el más glorioso de mi vida, aquel en que he defendido la causa de mi suelo. Muero pero viva la República!"

Y así, dice un soldado moribundo, indicándole el camino á los próximos de sus valientes camaradas tres fusiles.

que ha arrebatado al enemigo: esa es toda mi herencia, llévala al General."

"Mi Capitán, exclama otro á quien la vida le abandona, pero luchando todavía por incorporarse y asir de nuevo el fusil que se ha escapado de sus manos: mi Capitán, que sepa todo el batallón que no he retrocedido un paso."

Al lado de aquellos duros veteranos, vencedores en Horcones, Araure y Vigirima, cuyos cadáveres revelan por su actitud amenazante, el fuego patrio que los enardecía, se ven tendidos en la sangrienta arena soldados aun adolescentes, cuyas infantiles cabezas parecen sonreir bajo el pálido velo de la muerte; al par que otros, resignados, aunque cubiertos de heridas, como Muñoz y Ayala, esperan, sin quejarse, la última agonía, haciendo votos por el triunfo de la causa republicana.

Escenas trágicas y por demás conmovedoras se suceden sin interrupción en aquel estrecho campo de heroismo y de muerte. Hay quien se atreve á oponerse, sólo y á pecho descubierto, á un grupo de jinetes enemigos, y alanceado cae bajo las patas de los caballos luchando aún por contenerlos. Quién, sin la espada ó el fusil que ha perdido en la brega, acomete inerme, lucha frenético y, como león herido, rinde la vida mordiendo á sus contrarios.

El ardor entusiasta de aquellos bravos es un sublime vértigo.

a bien: ¿qué poder oculto y misterioso
se fuego sublime, que engendra héroes, y
y convierte hasta los pequeños en gigantes
anta á aquellos corazones? ¿Qué los
des á la debilidad, omnipotentes para
Una idea. Una sola aspiración. L

IX

todo lo que se relaciona con las g
ciones de nuestra naturaleza, el heroísmo
su voluptuosidad, su embriaguez, sus
tir en medio del peligro el alma fuerte
conciencia, meditados los latidos del co
ción que no es dado disfrutar sino á
os: de ahí el envanecimiento del o
la naturaleza hasta acallar el instinto
a materia la voluntad del espíritu; lleg
e al umbral del sepulcro, desafiar las so
de lo desconocido, y decir á la muer
escortada de todos los dolores: ven,
ienso, vale más que lo que soy; sepúlta
de tu impenetrable misterio, despedaz
itura mis huesos, arrebatame la luz, el

á infundirme espanto y verás que las sujestiones de lo terrible, tengo esto; á las asechanzas del pavor, de mi propósito: por sobre tus voluntad. Elevarse á esa altura es ahí la calma majestuosa, el poder absoluta.

antes la fogosidad de los ataques debilitarse; empero una rápida y Morales practica sigilosamente con las, aumenta en breve la desventajas independientes. Abriendo brevedades, numerosas guerrillas van á las casas que dan frente á la plaza; parapetan las ventanas, y á cubierto de improviso sobre el recinto viene, incesante y mortífero fuego. La batalla se convierte en cacería; se se fusila por la espalda.

desconciertan; la superioridad numérica balanza se inclina en favor de los

a los republicanos es casi insostenible. Ribas, á quien la fortuna jamás mata aún aquel hombre de acero, que precipitarse bajo las ruedas del carro para aplanarle el camino del triunfo.

convicciones profundas y generoso arranque,
el país entero descender un día con la cabe-
za en las gradas del patriciado, romper con las viejas
costumbres esenvainar la espada, y jurar con Bolívar la
independencia de sus conciudadanos.

X

En la ingriente aurora de la revolución, Ribas fué
el numen predestinado, cuyo arrojo violento
era la fuerza del ariete. Luchador esforzado,
empujaba con su pecho de león el carro re-
que Bolívar dirigía. Más de una vez, para
evitar que amenazaban sepultar todas las glo-
rias conquistadas de la patria, fué necesario
su puente, y sus hombros, robustos como los
elefantes, prestaron á resistir el peso formidable de
la guerra y de sus inmensas responsabilidades.

Los propósitos, ejecutores colosales.

El valor, á más del genio, el distintivo caracterís-
tico de su severancia.

La impaciencia febril.

era un hombre inspirado.

un hombre convencido.

~~~~~  
el segundo el huracán :

esperanza no abandona al  
ya hay siempre una pro-

alta la cólera de Boves.  
inconvenientes podía opo-  
y la naturaleza; después  
en "La Puerta" y difundir  
sus propios adeptos; en-  
en su marcha triunfal por  
, más que una contrarie-  
e ultrajaba su orgullo.

ente, aquella barrera for-  
no de la capital, oponía  
ra abrirle una brecha era  
onetas y las lanzas se me-

habían en ella.

—Si no es posible romperlos, pasemos por encima,  
exclama ebrio de cólera el terrible asturiano.

Y blandiendo su poderosa lanza, ordena á sus llane-  
ros una sucesión no interrumpida de cargas generales  
sobre todas las avenidas de la plaza.

Atronadora vocería se levanta. La tierra se estre-  
mece de nuevo bajo los cascos de cuatro mil caballós  
ímpetuosos que se arrojan simultáneamente sobre nues-  
tros debilitados batallones. La formidable ola de ginetes

te á las entradas de la plaza. Recio el  
in abatir el muro de bayonetas que la d  
sangriento, desastroso, terrible es el en  
s y caballos ruedan por tierra sobre ch  
Los llaneros retroceden para cargar cor  
Nueve veces se repite la tremenda acom  
orable. Sin embargo, un flanco debil  
de las cargas, al empuje de la cabal  
llaneros abren brecha en las filas de I  
lesliza una espada por las junturas de  
os ginetes temerarios penetran en el c  
pero acometidos á la vez, quedan sin  
de sus caballos muertos, en tanto que l  
y se restablece la línea de defensa.

del rechazo general que sufren los lan  
muestra parcial por los realistas. J  
us desbandados escuadrones: refuerza  
is el ataque y sin flaquear en la dem  
o y acrecienta el estrago que sufren h

## XI

cion de Ribas, cada vez más violenta  
ser al cabo insoportable. A su lado ha  
mejores oficiales segados por la muerte  
ridas. En nueve horas de lucha, la r

encuentra fuera de combate y la que  
la existencia por milagro. Toda resis-  
posible. Permanecer en aquella plaza,  
inmenso lago que rebosa de sangre, es  
o. El desastroso fin de la jornada no se  
eral republicano; pero su alma no des-  
cia estimula su heroísmo; á medida que  
ilita, mayor vigor ostenta su espíritu in-  
león acosado, se revuelve colérico en el  
ue le oprime, destroza cuanto alcanzan  
su agonía prolongada y heroica ruge  
blar de espanto á sus enconados enemi-

bles fluctuaciones la batalla ha llegado  
tarde. El sol va en breve á desaparecer.  
legar: noche pavorosa que puede ser  
sitiados.

piezas de campaña, apenas dos sostie-  
las otras humean desmontadas en el  
struos fatigados por la huelga de un co-

sa las entrañas del soldado; postra la  
más robustos; la disciplina se resiente;  
sigue segando nuevas víctimas.

ublicanos la batalla ha llegado al extre-  
gota de agua basta y sobra para produ-  
nto. Todo es de temerse, todo infunde

: el día, la noche, la agitación, la calma, el ruido, el silencio, un fusil que no dispara, un sable que se rompe, un grito que se queja en alta voz de la bala que lo lleva al sepulcro. ¡ Hora suprema en la cual un grito de guerra puede decidir de una batalla !

Lo que era de temerse hubo de suceder al fin. En medio del conflicto un grito formidable resonó en lo alto del campanario. Todos temblaron. Ribas, siempre se trata de conjurar aquel grito de alarma mandando al enemigo. Un movimiento de oscilación se produce en los trozos de batallones que aún sostienen el fuego ; la cadena de la obediencia militar cruje como para romperse. Pero instantáneamente, del mismo punto donde se ha propagado el alarma, salen atronados gritos y exclamaciones de entusiasmo.

Un oficial baja á toda prisa de la torre y va á anunciar. Ribas, que de lo alto del campanario se divisa á través una columna de polvo, avanzando hacia ellos por el camino de San Mateo.

Renace la esperanza. La nueva de un auxilio inesperado se propaga con rapidez. Se echan á vuelo las banderas ; baten diana los tambores. La batalla va á tomar otro aspecto.

Sorprendidos los realistas por tan inesperado alboroto por parte de los sitiados, debilitan el ataque. Un movimiento extraño se efectúa al mismo tiempo en la hacienda de Boves. No se le escapa á Ribas : es un

---

cambio de frente. Tampoco se le oculta quién puede ser el que viene en su auxilio en aquellos momentos, ni cuál el número de tropas que trae á reforzarlo.

## XII

Aquel auxiliar inesperado era Campo-Elías, el héroe de Mosquiteros, el vencido en "La Puerta"; pero á pesar de este fracaso, una de las espadas de mejor temple en el torneo sangriento que se llamó la *guerra á muerte*.

Aunque español nativo, fué Campo-Elías uno de los más leales, tenaces y esforzados sostenedores de la causa republicana : ente misterioso, fanático revolucionario, de pasiones terribles ; su alma, inflexible como su brazo, padecía extraños vértigos, en los cuales el odio que sentía hacia sus compatriotas se desbordaba á torrentes é inundaba de sangre los campos de batalla. En uno de esos instantes de frenesí y venganza, fué acaso que dejó escapar aquella frase de trágica elocuencia que ha recogido la historia : "Después que los haya degollado á todos, me quitaré la vida para que así no quede uno de mi raza."

Qué odio ! Cuál la causa ? Hasta hoy es un misterio

Apénas doscientos veinte soldados acompañan al impetuoso Campo-Elías ; exiguas fuerzas para llevar á

## VENEZUELA HEROICA

---

empresa que acomete y á la cual  
la esperanza de un éxito feliz, la  
y el anhelo de la venganza.

fecto : tal refuerzo en aquella bata  
de una unidad á una cifra casi  
istía ; fiarse á él, era como pretenc  
no para remover la inmensidad. E  
venir en que, débil ó nó, era un pu  
ecía á la enérgica palanca del G  
un brazo más que venía á sostener  
se escapaban de la mano mutilada  
sa de la suerte ó una burla del dest  
as, tal refuerzo, más que una prob  
añado más de polvo que venía á  
nente en la inmensa fosa abierta p  
ientos veinte soldados para aquel n  
horas había devorado un ejército,  
arrojado á un hambriento.

po-Elías, empero, no se detiene  
, en dos columnas de ataque divide  
toma el mando de la una, cede la c  
idad de segundo le acompaña, y c  
aquella furiosa intrepidez que

(\*)

s los ve perdidos, y con ellos la p

s escuadrones de Campo-Elías, los mandab  
cisco Padrón, y Mannel Cedeño.

NCC

~~~~

qu

stre

as

rar

los

tré

abl

mic

eci

' su

el i

abi

llos

co

Cc

. ca

lel

da

ex

uac

“;

disj

aquel postrer esfuerzo de heroísmo; pero todos retroceden sorprendidos ante la actitud triunfante de Montilla, que ya ocupa el puesto ambicionado. Suya es la gloria, el escuadrón tiene un jefe al igual de la empresa que pretende acometer.

El campo entero victorea á sus valientes camaradas. Montilla da la voz de "adelante;" é intrépido se lanza sobre las boyonetas enemigas á la cabeza del escuadrón confiado á su bravura.

Tanta audacia pasma de asombro á los apiñados batallones realistas que repletan las calles. El escuadrón republicano, convertido en ariete, rompe las filas de Morales, destroza, pisotea, siembra el suelo de cadáveres, pasa al otro lado del ejército dejando un ancho surco que rebosa de sangre; y llega á tiempo de auxiliar á Campo-Elías, á pique de ser envuelto por la caballería enemiga.

Los llaneros de Boves ceden al choque de los dragones de Montilla.

Las tropas republicanas victorean con entusiasmo al vencedor en Mosquiteros.

Campo-Elías y Montilla se abrazan en medio del combate; y juntos cargan de nuevo al enemigo, que retrocede amedrentado ante el máximo esfuerzo de aquel grupo de héroes.

Entre tanto, Ribas abandona la defensa; forma una sola masa con los restos del ejército; sale de la plaza en columna cerrada; arrolla cuanto le resiste,

de Boves, destroza á
siembra el terror
po de batalla, arre
imposible.

XIV

ada memorable, una
de aquella lucha jiq
tado la independenci

de 1814 es una fe
patrio no olvidará jam
memora, no es de
resonancia en el estu
es, ni que por virtud
la serie de prodigios
rolongada sirven como
ales. Por el contrari
tros despidiendo relá
una de las más hern
itar. Él caracteriza
fe republicana, de
ron nuestros padres,
altivos siempre. Él

VENEZUELA HEROICA.

la tenacidad, los sacrificios, las virtudes, los nombres que tomaron á empeño libertar el espejo de la ignorancia y de la hostilidad esclava que victoreaba á sus tiranos. Él fin, á la par de "San Mateo," como una lante suspendida sobre 1814 y sobre el re y las agitaciones tempestuosas de aquel

éxito de esta jornada memorable fué de pesidad para las armas republicanas, pues el apremio el orgullo nacional deslustrado como sitio donde se libró tan insigne combus resultados aparentes no hicieron sino cortos días el desmoronamiento de la Real clava formidable de Boves; en cambio, á más altos designios, sirvió para borrar de la ciudad humillada, el estigma de la de 1812.

encia ésta, que enaltece la gloria de Ribas egios compañeros.

la fosa de un oscuro desastre con el arco heroísmo; arrebató al pasado un recuerdo de prodigios de tenacidad, abneentía; redimir lo pequeño con lo alto, lo fuerte, lo pusilánime con lo excelso; por de una capitulación inexplicable, ofrecer, cadáveres sin cuento, miembros mutila-

~~~~~

yos de sangre, entereza de gigantes, fe de már-  
jar sellada la página luctuosa con un timbre  
limpiar la mancha, trocar en luz la sombra,  
sobre la insólita catástrofe el manto esplen-  
de la gloria; tales fueron los verdaderos re-  
de esta jornada inolvidable.

pero, la historia, como la inmensidad, tiene  
abismos; abismos profundos donde todo se  
onde todo desaparece, donde se hacinan, como  
en las entrañas de un osario, generaciones  
re y nombres sin resonancia que los pueblos  
porque no les recuerdan beneficios de trascen-  
ni esos hechos grandiosos que fascinan cauti-  
espíritu. Oscuridad que aguarda á los más  
ue vemos fatigando en el mundo las voces de  
y los caprichos de la fortuna.

, vivir en la historia la vida palpitante de la  
dad, no basta ser Omar ó Erostrato, César  
ó déspota bizantino; no, es necesario ascender  
alto: ser Dante, Guttemberg, Miguel Angel,  
, Napoleón ó Bolívar: genios que arrojen luz,  
reusos que no eclipsen los siglos ni amengüen  
ncias.

as que pueden llamarse tinieblas de la historia,  
a la gratitud y el buen criterio de los pue-  
quellos de sus héroes que, por virtudes muy  
, se hicieron acreedores á un justa recompen-

de, aunque no tenidos por genios universales, in embargo de sí lo que el deber les exigía. impone á nuestra admiración, por su heroísmo ; a gratitud, por sus altos servicios á la patria. mbre vivirá con nosotros mientras aliente la a. Nuestros hijos cantarán las proezas del ven- i La Victoria. El héroe mártir crecerá en la La tradición compendiará su historia en esta luchando por la patria supo vencer y morir."

## XV

a de epílogo á este insigne combate las si- proclama.

Soldados.

otros en quienes el amor á la patria es superior os sentimientos, habeis ganado ayer la palma del elevando al último grado de gloria á esta patria ada que ha podido inspirar el heroismo en vues- as impertérritas. Vuestros nombres no irán nun- larse en el olvido. Contemplad la gloria que aca- dquirir, vosotros, cuya espada terrible ha inun- ampo de la Victoria con la sangre de esos feroces : sois el instrumento de la Providencia para a virtud sobre la tierra, dar la libertad á vuestros

hermanos y anonadar con ingnominia esas numerosas tropas acaudilladas por el más perverso de los tiranos.

Caraqueños! : el sanguinario Boves intentó llevar hasta vuestras puertas el crimen y la ruina : á esa inmortal ciudad, la primera que dió el ejemplo de la libertad en el hemisferio de Colón. Insensato ! Los tiranos no pueden acercarse á sus muros invencibles, sin expiar con su impura sangre la audacia de sus delirios.

El general Ribas, sobre quien la adversidad no puede nada, el héroe de Niquitao y los Horcones, será desde hoy titulado **EL VENCEDOR DE LOS TIRANOS EN LA VICTORIA.**

Los que no pueden recoger de sus compatriotas y del mundo la gratitud y la admiración que les deben, el bravo coronel Rivas-Dávila, Rom y Picón, serán conservados en los anales de la gloria. Con su sangre compraron el triunfo más brillante : la posteridad recordará sus nobles cenizas. Son más dichosos en vivir en el corazón de sus conciudadanos que vosotros en medio de ellos.

Volad, vencedores, sobre las huellas de los fugitivos: sobre esas bandas de tártaros, que embriagados de sangre, intentaban aniquilar la América culta, cubrir de polvo los monumentos de la virtud y del genio ; pero en vano, porque vosotros habeis salvado la patria.

Cuartel general de Valencia, Febrero 13 de 1814.

—4º y 2º

SIMÓN BOLÍVAR

## VENEZUELA HEROICA

---

se popularice nuestra historia; cuando las  
rniciosas engendradas por nuestras luchas  
en vagar al espíritu, y la musa del patrio-  
amente exitada, despliegue sus poderosas alas  
campos gloriosos que nuestros padres sem-  
aureles y regaron con su sangre; entonces  
rdos, como el poeta de Sorrento, hallarán  
altísima en las cumbres del heroísmo pátrio.  
de nuestra independencia lucirá sus reful-  
s. Y acaso al grande Homero y á Virgilio  
no les falte en nuestro suelo dignos imi-

---

### *Estado mayor Libertador.*

nto US. ha salvado la patria el día de ayer,  
mpletamente al enemigo en la ciudad de La Vic-  
to ha tenido á bien el LIBERTADOR nombrar al  
indadano José Felix Ribas y Palacios, (\*) Capitan  
vo de infantería de línea, con el goce de sueldo  
hoy, y con la antigüedad del día en que empezare  
ervicio.

fecha se comunica al Inspector y al señor Se-  
lacienda; y yo tengo el honor de participarlo á  
satisfacción.

arde á US. muchos años.

general de Valencia, 13 de Febrero de 1814.—

*Tomás Montilla.*

ito ciudadano Comandante general de la provincia.

de 8 á 9 años.

---

*al Ayuntamiento de Caracas, con motivo de los  
cortados por este cuerpo al vencedor en  
La Victoria.*

pro Municipal y Notables del Pueblo.

traciones con que USS. me han honrado, y los han señalado son ciertamente los mayores y que corazón llevarán más allá del sepulcro mi gratificación de una estatua en memoria de la jornada año de las armas de la República en la Victoria, más alto de los honores que llega á conseguir un vicios no han pasado aun la raya de los deberes en la naturaleza y mi Patria, y sin engañarme no otra cosa. En Venezuela no hay otro que me recompensa que el General LIBERTADOR, á él es á le debe su rescate y el único á quien deben trios honores; él es quien dirige la nave del gobierno y organiza los ejércitos, y él en fin, el que ha Venezuela.

reen que yo he contraído algun mérito, y si mis servicios merecen la aprobación de mis conciudadanos, yo los intereso todos y los presento á la consideración de USS. sin otro objeto que para suplicarles se sirvan concederle estos honores exclusivamente al General LIBERTADOR, teniendo yo por bastante recompensa el recuerdo y demostración que se han hecho á mi Patria.

La sangre de los ilustres caraqueños derramada en la Victoria y la protección visible de María Santísima de la Concepción fueron los que salvaron la Patria en aquel memorable día; yo suplico encarecidamente á USS. que todo el premio que debía de asignármese recaiga en beneficio de tantas viudas y huérfanas que justamente merecen el recuerdo de la Patria; y espero de la Municipalidad marque este día para bendecir á la Madre de Dios con el título de la Concepción, jurándole una fiesta solemne anual, en la Santa Iglesia Metropolitana, á que deben asistir



## VENEZUELA HEROICA

---

oraciones, y exhortando á las demás ciudades en gratitud ejecuten lo mismo. Yo pronto son mis deseos y que llegándolos á mi pecho un eterno reconocimiento, y asegurar no es la moderación la que me hace explícito, sino la justicia. Los mármoles y bronce satisfacen el alma de un republicano, y así, honrado con que hoy me veo distinguido por los hechos digna de ser libre.

La patria exige de mí aun mayores servicios y sacada de sus enemigos, y yo añadiendo á mi compromiso con este Pueblo, ofrezco á ese Ilustre Cuerpo hasta que no vea cerrado el Templo de la Patria el más alto respecto y consideración tengo el honor de ser ciudadano.

18 de Febrero de 1814.—4º y 2º

*José Félix Rib*

---

**SAN MATEO.**



# AN MATEO.

---

nero y Marzo de 1814.)

## I

oble orgullo de una raza viril es el re-  
esta jornada insigne, ya por el alto  
heroica abnegación que en ella se con-  
or la excelsa manifestación que dió á la  
flexible de aquella voluntad que acome-  
en su propio valer y su pujanza, la  
ble y más gloriosa á que puede aspirar

io es simplemente una batalla. Entre  
trascendentales de nuestra guerra de  
gura en primer término: simboliza el  
volución.

fué un sitio puesto por un crecido número de bravos, sin muros ni fuertes ardo; una lucha, incesante entre dos ucesión no interrumpida de asaltos y tes, entre dos sangrientas y terribles

aquellas la riñe el ardimiento de los rtido en ariete; triunfa, en la segun , revolución encarnado en un héroe el gran episodio se cierne el genio de a, acaso, de las dotes características , tenacidad.

Bolívar: la energía de todo un pueblo hombre. El NO supremo de una able, opuesto como escudo de hierro a y á la contraria fuerza. La resis de un propósito inmutable. La gran ra latente en el *Decreto de Trujillo* luos, si no el más rudo, de los innú Hércules americano.

## II

ece y otro se levanta.

ombros de la revolución, aniquilada mentos, por el triunfo inesperado y venturero Monteverde, se eclipsa la

---

histórica figura de Miranda: alta virtud á quien había confiado sus destinos la naciente República. Apágase en el polvo, donde cae destrozado el altar de la patria, el fuego sacro de la idea redentora, Desmaya el sentimiento que provocó á la rebelión. El sueño de las halagüeñas esperanzas se oscurece de súbito, y las sombras de un nuevo cautiverio, como lóbrega noche, amenazan cubrir la inmensa tumba, donde parece sepultada para siempre con el heroico esfuerzo, la más noble aspiración de todo un pueblo.

Dos años de lucha, entorpecida por infructuosos ensayos de sistemas políticos mal aconsejados por la inexperiencia en los negocios públicos; unidos al desaliento de candorosas esperanzas frustradas, al encono latente de rivalidades peligrosas, y á la amenaza, jamás bien escondida al egoísmo, de arrostrar aún más serios conflictos y recias tempestades, antes del definitivo afianzamiento de las nuevas instituciones, habían gastado los resortes políticos de la revolución, mellado la entereza de sus más esforzados apóstoles, y entibiado entre la multitud el entusiasmo, de suyo escaso, por una causa, al parecer, de tan difícil como remota estabilidad.

Apenas cortos días de vida independiente, y ya toda la savia de aquel árbol frondoso de la libertad, que nuestros padres habían logrado levantar con heroicos esfuerzos, parecía agotada. En vano sus raíces se regaban con sangre: la implacable podadera de la muerte cortaba

## VENEZUELA HEROICA.

---

renuevos. Paralizado su desarrollo que brotaba á sus plantas, las ían marchitas de las ramas sin vida. La infancia de la juventud, había pasado la enfermiza languidez de prematura irración de las pasiones había quebrado los brazos de su empinada copa, y el ideal de la anarquía mantenía su ya muerta y desastrosa oscilación. Para el recuerdo de aquel risueño arbusto del 19 de flores entreabiertas al sol de la infancia se asemejaba al soberbio gigante derribado de abundosos y sazonados frutos en un tronco de solidez dudosa, protegiendo, falto de savia y amenazado de muerte en pocos días los nobles promotores de la revolución envejecido, y sus propósitos heroicos por los trofeos cuantiosos de sus primeros triunfos, desaparecían entre la sombra de la muerte para las veleidades del presente. Derrotada avanzaba la revolución con paso cansado hacia el bismarckismo de su completa ruina. En vano el poderoso paladín, ostentaba al veterano en vano á prolongarle la existencia por los brazos de los más abnegados. El cáncer devoraba, su ruina era evidente. En medio del desconcierto que la guiaba, un

táculo fácil de superar en otras condiciones, le cierra audaz el paso. Acometida de estupor, retrocede, fluctúa, avanza luego poseída de inexplicable vértigo, tropieza con un guijarro que le arroja el destino, y empujada por la mano trémula de Monteverde, vacila y cae vencida, cuando con poco esfuerzo habría podido alzarse victoriosa.

La capitulación de La Victoria fué la mortaja en que se envolvió para morir. La perfidia la recibió en su seno y la ahogó entre sus brazos.

Miranda, la postrera esperanza de los independientes, sucumbe con la revolución y, eclipsado el astro, sobreviene la noche.

Al ruido de las armas; al estrépito de las batallas; á los debates turbulentos de los primeros clubs republicanos, donde rugía Coto Paúl, fulminando desde lo alto de la tribuna las amenazas de su cólera; á los cantos patrióticos y al grito santo de libertad que enardecía todos los corazones, sucede un silencio de muerte; silencio pavoroso, que no turban siquiera los ayes de las víctimas, porque hay cuidado de ponerles mordaza antes de herirlas. La perfidia más que la crueldad, fué el distintivo de aquella época luctuosa: pública ostentación se hacía de perdonar, y en la oscuridad se degollaba. La víctima no oponía resistencia. El verdugo trabajaba á la sombra y reinaba el silencio.

“Venezuela toda, había vuelto al estado colonial. Las juntas, los congresos, las constituciones, la inde-



## UELA HEROICA.

---

desaparecido como sombra,  
ninguna impresión de su  
sus patriotas estaban preso  
miedo, habían transigido  
villanos, difamaban sus  
ostendiendo las contrarias  
sólo cometer el temor de  
ombres y cosas, el pueblo  
y amedrentado con los  
en su inercia al partido y  
firmes habían perdido  
moviera el pueblo, en favo  
asmo de la guerra y de l  
ante de su carácter des  
res." (\*)

## III

, que explotaron hasta el  
fiscando las riquezas de  
idad, su honra y sus cost  
angre generosa.

más herida de las pi

orientales por la ferocidad de sus dominadores, es la primera que se reacciona; pero su heroico esfuerzo no alcanza á sacudir la postración de sus hermanas. Sin embargo, aquel nuevo Viriato, como graciosamente á Monteverde calificaron sus aduladores, se estremece de espanto ante la ruda obstinación de los patriotas orientales, y poseído de salvaje furor, oprime entre sus brazos, casi hasta estrangularla, la presa que le diera la Fortuna y que presume conservar.

Ilusoria esperanza! En medio de tan profunda oscuridad para la sometida Venezuela, un gran foco de luz aparece de súbito en la empinada cima de los Andes. Chispa al principio, oscilante entre los ventisqueros, acrece rápidamente hasta alcanzar las proporciones de dilatado incendio. En la inflamada región de los volcanes brilla radiosa como el ígneo penacho del Pichincha, cuando viste el gigante los terribles arcos de su imponente magestad: ilumina con resplandores que deslumbran á la cautiva América: inflama el mar con los reflejos de su fulgente lumbre; y atónitos y mudos la contemplan, desde el templo del sol, hasta las playas donde Colón dejó caer el ancla de sus naos victoriosas, los descendientes de los Incas y los hijos sin patria de aquellos mismos héroes que al cetro de Castilla la dieran cual presea.

Aquella inmensa lumbre, aquella hoguera amenazante para los exarcados españoles, es el primer des-

## VENEZUELA HEROICA

---

o de la América. Es Bolívar, que  
luz como los inmortales. Es la p  
óston, que, de lo alto de su co  
a la nueva doctrina americana  
neo de su desnuda espada.

uelve los ojos á su patria el fu  
in mundo y la contempla de nuev  
unda, bajo la férrea planta de su  
es. En las alas del viento que se  
ra sobre las cumbres de los Andes  
mentos prolongados, el último est  
rajada y el chasquido del látigo

atada al poste infamador de la igr  
ndignación del héroe americano, p  
do llama al combate á sus prop  
btener respuesta. En vano les ex  
ardua cruzada: muéstranse los n  
n vano les recuerda la altivez d  
mentos espontáneos de morir por la  
rdida y todas las miserias á que  
sclavitud: su voz se pierde en el  
l estupor.

adro doloroso prueba á Bolívar lo  
que la revolución había caído par  
apoyada en un esfuerzo sobrehumano  
volucionaria detenida de súbito er  
abía plegado sus poderosas alas

~~~~~

treñida por una fuerza extraña, apenas podía estremecer la oculta fibra del amor patrio, latente en lo recóndito de pocos corazones.

Despreciada por unos, maldecida por otros, por todos relegada al olvido, la revolución era un cadáver que sólo una voluntad superior podía galvanizar. Bolívar se juzgó capaz de tanto esfuerzo y lo intentó.

Pero; quién era él? ¿Quién el atrevido aventurero que osaba acometer tan magna empresa? Nadie le conocía; la común desgracia le había hecho extraño á la memoria de sus propios hermanos. Después de aquella ruina y del estrago de una catástrofe espantosa ¿á qué volver á provocar las iras del león con el descabellado intento de arrancarle su presa? Ni ¿cómo pretender arrebatár con débil brazo lo que un gigante se empeña en retener? Y en vano aquel sublime enajenado se esfuerza por alentar á las víctimas que perdona el cuchillo de feroces verdugos; amenaza, suplica, se inflama al fin en ira, y desnuda el acero. Ay! su cólera terrible hará más que sus ruegos; aquella se desborda y una ola de sangre surcada de relámpagos, descende de las cumbres andinas, con la violencia del alud, con el fragor del trueno.

En medio al torbellino en que se agitan las pasiones violentas de aquella época luctuosa, Bolívar se hace oír; su voz apaga los bramidos del huracán, resuena sobre la tempestad, pasma de asombro y vibra.

ra en la vasta extensión del continente, cual
peta del arcángel terrible.

historia pavorosa de aquel tiempo, escrita al
or de una llama infernal con la sangre inocente
niños descuartizados por Zuazola, sobre el seno
herido y palpitante, recoge, poseída de estu-
tremendas palabras de Bolívar estampadas con
es de fuego en el Decreto de Trujillo: decreto
r, reto inaudito que le atrae con las iras de
as pasiones, mortales amenazas é implacables

IV

s ah! Hemos ascendido á una cima que do-
n abismo. Cobrems fuerzas respirando un ins-
l éter puro donde el condor se cierne, ántes
ergirnos en el vapor de sangre que del seno
do de la patria se levanta hasta el cielo.

nos aquí á las puertas de aquel infierno más
so que el infierno del Dante: á la entrada de
eríodo pavoroso de nuestra lucha de emancipa-
mocido con el lúgubre nombre de la *guerra á*

Decreto de Trujillo, espada de dos filos que

esgrime audaz la mano de Bolívar, lo tenemos delante, y es forzoso detenernos frente á frente de su satánica grandeza.

Abí está, como siempre, sombrío y amenazante para unos, cual un escollo donde van á estrellarse nuestras pasadas glorias: para otros, deslumbrador y justiciero, como la espada á que debió su libertad el pueblo americano. Osar á decidir si fué digno de encomio ó vituperio, si conducente ó pernicioso al término feliz de la gran lucha, es empresa tan ardua, que sólo la imparcial posteridad podrá llevar á cabo.

Para apreciar con algún viso de imparcialidad aquel Decreto, tan combatido en nuestros días, y las razones que lo motivaron, es necesario salvar hoy una inmensa distancia. Es indispensable colocarse en 1813, los piés hundidos entre charcas de sangre, bajo la acción violenta de las pasiones de la época, y detenerse en el resbaladizo borde de aquel abismo poblado de rencores, de odios inveterados, de crímenes, de miserias que espantan, de exaltados furores, de exasperación y de agonía. Abismo amenazante, vertiginoso, oscuro, donde la luz de la razón penetra con esfuerzo, y en cuyo fondo se revuelcan, mordiéndose, víctimas y verdugos, y rechinan cadenas que estrangulan, y se esgrimen puñales, y revueltos se agitan principios encontrados, ideas antagonistas, pasiones infernales. Es necesario sondear aquella sima, donde resuenan en pavoroso

rugidos y blasfemias, y maldiciones y alaridos templar las fauces gigantescas de aquel hamonstruo que todo lo devora; y descender al perderse en sus tinieblas, palpar su oscuridad por distinguir á la luz de los relámpagos que en su seno la más desenfrenada tempestad, encierra de espantoso y terrible. Y luégo ver, visible que á ello se presten los ojos sin cerrarse te, cómo corren las lágrimas en aquel sumidero : cómo brota la sangre por todos los poros porra: cómo se juntan aquellos dos torrentes rechazan con esfuerzo y llenan el abismo y entre sombras, y al fin se desbordan ahogando purpúreas olas, honor, glorias, virtudes, afectos y penas. La razón vacila ante aquel caos; el alma se oprime, y la mano convulsa de terror, se aferra al remo que ha de impulsar la barca de la vida en aquel mar de sangre, poblado de huracanes y de sirtes, y de escollos, para el criterio sano se atreve á navegar en sus revueltas ondas.

El decreto, es, á no dejar duda, el hecho más importante de la primera campaña de Bolívar. Rugido de guerra lanzado como reto de muerte á los tiranos del Nuevo Mundo, llena de espanto todos los corazones, sacude el estupor de los vencidos, despierta de su estúpida inercia, exalta el odio de nuestros patriotas y produce aquella profunda conmoción.

de donde surgen, como espectros terribles, las muertas aspiraciones que sepultara el vencimiento y el rigor del despotismo.

Del punto de vista de donde se estudie aquel decreto, dependen las apreciaciones justas ó exajeradas á que tanto se presta; y con ellas la discrepancia de opiniones en los modernos historiadores.

Por una parte, nada más cruel, monstruoso, aterrador; por otra, nada más gigantesco, más audaz, más heroico.

Aquel decreto, en sí, es una inmensa sombra al lado de una inmensa luz.

Lanzar sobre él los anatemas de la herida sensibilidad, ó el fallo contundente de la historia, sin el maduro examen que reclama hecho tan discutido como trascendental, prueba la sinrazón que de ordinario acompaña á los juicios de la posteridad, cuando al estrecho molde de sus nuevos principios filosóficos, necesidades y costumbres, somete lo que fué cual si pasara hoy.

Guiado por un propósito político, cuya sola concepción produce el vértigo, más que por las sugerencias de la venganza y de las pasiones exaltadas de su época, Bolívar, el más autorizado por mil títulos entre los hombres de la revolución, creyó oportuno y necesario en 1813 la solemne declaración de *guerra á muerte*, de hecho y de ley establecida por nuestros contrarios.

El relajamiento en que había caído el ejército re-

funesta capitulación de La
secuencias de aquella sup
poco en el espíritu de
al aniquilamiento de esp
tensiblemente parecía enc
dolencia á la gran masa de
arzos de sus libertadores, y
eptos que, postrados de ab
so de la República, desc
ugos de sus propios herma
da que cerraba las puerta
s contendores, ¿no era de
le la revolución hechos se

El mal ejemplo estaba da
alcance una salida, todo
igirse; y nuestro pueblo,
por aquel tiempo, una ai
r de nuevo, la vida á salv
de la colonia.

V

leclaración hizo imposible
, toda transacción con la s
horrible y repugnante, ai

~~~~~

nto que cundía tras el fracaso de 1812, exaltó  
que es fuerza, y provocó la represalia que es

aquella medida extrema, Bolívar impuso al  
to con su autoridad revolucionaria, la autori-  
tar desprestigiada, escarnecida, conculcada en  
alísimo de 1812.

aquel freno impuesto á la debilidad, más pe-  
ando se desenfrena que la fuerza misma, ¿ ha-  
do dominar y dirigir aquel todo múltiple, he-  
y turbulento, cuando dejaba libre el campo  
do, y la derrota respetada, sirviendo de ame-  
a disolución de los independientes?

el Decreto, considerado como engendro del odio  
venganza, no sólo es cruel, sino monstruoso,  
atentatorio y criminal, indigno de Bolívar y  
enio soberano: considerado como necesidad su-  
n el desarrollo de un propósito político de  
alcances, cambia de faz y brilla entre las som-  
lo cercan, como el rasgo más gigantesco y  
nico de aquella indomable voluntad.

ra bien: expedir aquel Decreto en las condi-  
material debilidad en que Bolívar se encon-  
ovocando á duelo de exterminio á la soberbia.  
fuerte de nuevo y omnipotente en sus colo-  
xcederse á la humana flaqueza; es atentar con-  
yes inmutables que nos sujetan á la precaria.

ortales; es cernerse en las alturas donde prodigiosa fuerza; dominar el peso moral responsabilidades; osar sobreponerse á los destino; rebelarse contra todo derecho; tro absoluto de la suerte de un pueblo; su cabeza; declararse reo, y empinarse

la declaración inaudita, Bolívar dijo á sus compatriotas :

¿continuar siendo esclavos? Yo me balanceo de la estricta justicia, mi irreto de daros libertad, pesa mil veces más miserias que pudiérais alegar como vues-

Vosotros no podéis conservar esas cosas que entre vuestros hermanos exista las quiera romper. Seréis libres hasta decidida voluntad. La mía lo quiere de esa voluntad que os hará indecisión, su fuerza, su energía insuperable de manifiesto, en la terrible declaración á muerte.

Intenta arrebatarse al león su presa, es retirarse en león para poder siquiera improbabilidades de buen éxito.

---

## VI

El Decreto de Trujillo es el pavés sobre el cual aparece Bolívar en 1813. Escudo sangriento levantado al cielo por los mil brazos de la revolución, en que se exhibe como deidad terrible el egregio caudillo americano.

Precedido por el espanto que infunde en nuestros enemigos y por el entusiasmo que despierta entre la multitud, rueda, con pavoroso estrépito, sobre los yer-mos campos de Venezuela, el carro de la revolución. Apénas quinientas bayonetas lo escoltan y protegen; pero con él, desnudo el sable, radiosa la mirada y atronando el espacio con sus gritos de guerra, van Ribas, y Urdaneta, y Giraldot, y D'Eluyar, y el inmortal Ricaurte, sedientos de combates y de gloria. Nada resiste al ímpetu de su heroica bravura. En vano cierra España con numeroso ejército, la ancha vía que recorren audaces, dejando en cada huella sembrada una victoria. Allá "Agua-obispos," la terrible y sangrienta, medio oculta en un repliegue de los Andes como en los bordes de un inmenso sepulcro. Más después "Niquitao," que aún deslumbra en la historia con los reflejos de la espada de Ribas. Luégo "Horcones," y más tarde "Taguanes" que abre á Bolívar las puertas

## VENEZUELA HEROICA

---

cubre con su manto de púrpura aquella ligiosa, marcha triunfal del genio sobre los ierros del despotismo.

inmenso de júbilo y asombro se propaga en Venezuela. Revive el amor patrio, llena los el sangriento polvo donde cayera exámine República, se alza de nuevo majestuosa y aparato de Bolívar y de su incontrastable

una aurora; aurora de un instante que sombras pavorosas, pero que exhibe en honor al hombre extraordinario á quien el pueblo americano.

entusiasmo, amor patrio, energía en el la idea redentora, leyes, instituciones, luchar, y la esperanza del definitivo afianzamiento de la nacionalidad republicana, todo renace a la luz de Bolívar. Venezuela le aclama su héroe coronas á su frente inmortal y de gloria á la ensañada lid donde con suerte y tregua hasta alcanzar su independencia. Todo el estupor que produjera en nuestros audaces la campaña de Bolívar, torna España en un sanguinoso acero de sus indomables de ganiza sus huestes destrozadas: apela una unanimidad de la masa inconsciente de nuestro poderoso aliado: provoca la ambición

de oscuros caudillejos con la aprobación tácita de todos los desmanes cometidos por Monteverde: cobra aliento al pesar la superioridad numérica en que aventaja á sus contrarios; exalta el odio entre los dos partidos: sopla la hoguera en que habrán de consumirse vencedores y vencidos, y desata las alas de aquella tempestad de furiosas pasiones que de nuevo se agitan con estrépito sobre los yermos campos de la patria.

## VII

Parapetado tras los muros de Puerto Cabello, azuza Monteverde al combate á los jefes realistas que aún dominan la mayor parte de nuestro territorio. A fuego y sangre Yañes y Puy penetran en Barinas. González se apodera de Trujillo. El Brigadier Ceballos deja á Coro é invade las provincias del centro. Calzada acomete por Guanare. Cagigal se hace fuerte en Guayana, y Torrellas, Oberto y Reyes Vargas asedian á Barquisimeto con crecidas guerrillas. El país entero se conflagra al reclamo del odio, y del ancho seno de las pampas, surgen siniestros como evocaciones infernales, Boves, la espada azote que ha de anegar en sangre á Venezuela, y Morales, su émulo, tan implacable como él.

## A HEROICA

---

de improviso, por un instante bayonetas que, á multiplican y compactan; pero Blanco de todos los reñcores, á todos los ataques, resiste e del enemigo encono, como añas los embates furiosos del

soldados, faltos los más de figuran niños, aún no apar-se enfrenta á las decuplis acomete á todos los flancos na, destroza, vence, cae y lo en propia sangre, torna, y siembra de cadáveres el espada brilla como el rayo

Puerto Cabello rompe las iones de Giraldot y de Ur-lencia. Enfrenta á los cuer-gas y Torrellas, á García de la jornada de los *Cerritos* le cabe con Valdez en Yari-nuelve sobre Monteverde que luartes, le vence en *Bárbula* s del triunfo al bravo Gi-venganza, acomete de nuevo nvestes españolas, corona su

jo la victoria: vengado queda el héroe granadino  
sitio de Puerto Cabello restablecido. Boves, entre  
o, acuchilla á los republicanos en el paso de Santa  
alina y avanza sobre el centro de la provincia de  
acas. La tajante espada de Campo-Elías se le opone  
‘Mosquiteros,’ y el feroz asturiano repliega destroza-  
las llanuras. El Libertador vuela en persona á opo-  
se á Ceballos, ya vencedor en Yaritagua, le ataca  
las afueras de Barquisimeto con fuerzas en todas  
as inferiores; riñe con desesperación, pero la suerte  
es adversa. A aquel fracaso contesta con el san-  
to triunfo de Vigirima: reñida lid, en que á los  
ranos del regimiento de Granada que manda Sa-  
ón, opone Ribas, con éxito asombroso, los alumnos  
los colegios de Caracas.

Los contrapuestos bandos se emulan en fiereza. Los  
bates se suceden sin tregua y se cierra el año de  
con la destrucción de Aldao en el paso de San-  
cos, por el terrible Boves, y con la victoria reful-  
te de “Araure,” alcanzada por el Libertador sobre los  
cedores en Barquisimeto y en Bobare.

## VIII

La espada de Boves ilumina, cual funeraria tea,  
año aciago de 1814, y un alarido inmenso se deja  
al despuntar la aurora de aquel año terrible. Con-



## VENEZUELA HEROICA

---

nela toda en campo de batalla,  
de sus hijos. El cañón no cesa  
entre rojos vapores. Ciérrase el  
Los lazos de familia se rompen  
balas y al redoble de los tambores  
é iracundas, cual las furias de  
sas, en torno á los cadáveres que  
os el incesante batallar.

sangre en todo sitio donde el  
combate en los campos, en el ma  
ciudades, en los templos y en e.  
atallas, patíbulos y asesinatos se  
Los crugidos del incendio se mez  
los agonizantes y la entusiasta vi  
es. Tras la afanosa lid, el "quie  
y el estruendo de otra lucha en  
el grito de victoria. Los últimos  
se responden á las primeras ex  
ta jornada.

un sólo clamor, una sola batalla;  
longada entre denuestos, alarido

iosa energía lucha Bolívar en n  
se agitan las feroces pasiones qu  
uerra de exterminio; y con las  
presta recorre á Venezuela:  
ta, hiere y condena como un I

El número de sus contrarios se acrecienta: los muertos parece que resucitan para seguir luchando. Todo conspira contra su genio y su osadía. La fortuna le niega sus favores; la patria su decidido apoyo. Mas ah! nada le arredra. En vano vibra el rayo sobre su frente olímpica; en vano la ola de sangre en que sus piés se hunden, se encrespa y brama, y sube, y amaga sepultarle; en vano se estremece la tierra y le amenaza, y se oscurece el sol, y fúnebres presagios le asedian anunciándole un desastroso fin: su brazo no desmaya ni cede en su propósito.

Jamás lucha tan dura, desigual y terrible registraron los fastos de los antiguos tiempos. Jamás caudillo alguno de los creados por la fábula, osó á mayor fortuna, ni venció más obstáculos por alcanzar la gloria.

Estrechado en su línea de defensa, Bolívar trata de reconcentrar entre Caracas y Valencia el mayor número de fuerzas disponibles para esperar á Boves, que se adelanta victorioso á la cabeza de ocho mil combatientes; pero son pocos los recursos con que cuenta para llevar á término feliz tan heroico propósito.

La situación de los independientes se agrava por instantes. Boves destroza á Campo-Elías en la funesta jornada de "La Puerta." Rosete con una fuerte división invade los valles que fertiliza el Tuy y amenaza á Caracas, á la sazón desguarnecida. Puiy y Ramos incendian á Barinas y pasan á cuchillo sus valerosos moradores, abandonados por García de Sena. Tras heroicos es-

on escasos ginetes se ve obligar. Ceballos con el ejército de retó y se adelanta sobre el ca á fuego y sangre de San Carlos cientos caballos. Numerosas gencia; y los sitiados en Puerto e frecuentes salidas, paralizan l. Eluyar en el conflicto general.

o-Elías, el Libertador opone á B quitao." Chócanse en La Victoria aquellos dos gigantes de indor o sale de la reñida lid, y tint iás gloriosa y refulgente, la es . Boves retrocede á la Villa de o sus desbandados escuadrones. s á oponerse á Rosete, y el Liber va á situar en San Mateo su ci

## IX

, en el campo inmortal escogid dar á la América, con la medi nte, alto ejemplo de decisión propósito de la idea redentora.

Cuando todo se abate ; cuando todo desaparece en el abismo de lo imposible ; cuando los más osados sostenedores de aquella cruenta lucha retroceden, y la fé vacila y el brazo desmaya, y ahogada en sangre sucumbe la esperanza, se levanta, como por efecto de un conjuro, algo extraño y superior á la virilidad humana ; se levanta la energía de Bolívar.

Y allí donde le amaga el mayor número, frente al mayor peligro, y á la más ardua de las dificultades, clava el Libertador su bandera gloriosa y desafía la adversidad.

“—San Mateo es Bolívar : la energía de todo un pueblo sintetizada en un hombre : el NO supremo de una voluntad incontrastable, opuesto, como escudo de hierro á la propia flaqueza y á la contraria fuerza : la resistencia irresistible de un propósito inmutable : la gran vibración de la fibra latente en el decreto de Trujillo : uno de los más arduos, si no el más rudo de los innúmeros trabajos del Hércules americano.—”

¿ Quién, de entre nosotros, los hijos de este suelo, no ha experimentado un sentimiento de profunda admiración y de respeto, al penetrar en aquel campo de batalla, donde aún repite el eco el nombre de Bolívar ? ¿ Quién, no se ha detenido á contemplar aquella casa histórica, tumba gloriosa de Ricaurte y cuna de su inmortalidad, que de lo alto de la eminencia en que se asienta, domina el campo de la reñida lid y resplandece como el brillante paladión de las antiguas glorias de la patria ? Nadie á.

## VENEZUELA HEROICA.

---

: nuestra memoria, mal que le  
ienta allí la suprema coacción de

de un valle estrecho y largo, e  
a de verdura entre dos filas de  
y agrupada al pié del viejo can  
omo manso rebaño en torno del  
lo alto de la casa histórica, la  
lateo. El camino público, que  
irecta á La Victoria con Valencia,  
limitan al Oriente los extensos  
üe de las haciendas patrimoniales  
icano. •

las flores y las cañas de aquel  
por sus mayores, había pasado  
horas de su primera juventud ; y  
de su feudo, consagrada luego po  
io, había soñado, más de una vez,  
país y acariciado el propósito en  
veraba todavía.

## X

Febrero de 1814, diez días despu  
a de La Victoria por el genera'

acampó Bolívar, con su Estado Mayor y con su guardia, en el pueblo de San Mateo.

A pesar del rechazo que habían sufrido los realistas, era en extremo conflictiva la situación de la comarca. El terror dominaba todos los ánimos. Poblaciones enteras huían despavoridas á la aproximación de las hordas de Boves, y una emigración numerosa afluí al cuartel general republicano buscando amparo en el ejército.

Niños, mujeres y ancianos sobrecogidos de espanto y enflaquecidos por la miseria, seguían los cuerpos que velozmente se iban reconcentrando en San Mateo, y en torno de aquellos bravos que dividían con ellos su escaso pan con mano generosa, giraban sin concierto, prorrumpiendo en desgarradores alaridos á la menor alarma.

Situado el Libertador en San Mateo, punto escogido como estratégico, para vigilar los movimientos del poderoso ejército enemigo reconcentrado en la Villa de Cura, y auxiliar con más facilidad en caso necesario, una ú otra de las dos ciudades más importantes de la República, (Caracas y Valencia) amenazadas á la sazón por los realistas, se ocupa en reforzar sus posiciones con algunas obras de defensa, en tanto que la llegada del ejército de Oriente, acaudillado por Mariño, y esperado con ansiedad creciente durante muchos días, le pone en capacidad de acometer á Boves y de abrir, con probabilidades de buen éxito, una nueva campaña.

En la mañana del 26 se incorporó al Libertador el

~~~~~

Mayor general Mariano Montilla, con la división de los Valles del Tuy: y al día siguiente los cuerpos de Ponce y de Salcedo y la brigada de Barquisimeto al mando de Villapol. Las fuerzas todas de los independientes, reunidas en San Mateo, ascienden á 1.500 infantes, con cuatro piezas de campaña de grueso calibre y 600 ginetes entre los cuales figura el brillante escuadrón de Sobrios Dragones, ansioso por vengar la muerte de su jefe el bravo Rivas-Dávila.

Repuesto Boves del descalabro sufrido en La Victoria, é impaciente por medirse con el Libertador, á quien cree exterminar con el empuje de sus numerosos escuadrones, se apresura á caer de nuevo sobre los republicanos, mal seguros en sus posiciones de San Mateo. A cabeza de ocho mil combatientes sale orgulloso de Villa de Cura; ocupa á Cagua, pueblo inmediato al cuartel general de los independientes; ordena á su vanguardia forzar en el paso del río las avanzadas á cargo de Montilla, las que le oponen dura resistencia; repliega con la noche, toma ventajosas posiciones en las alturas que demoran al sur del caserío, y espera el día para librar una batalla en la que de antemano se adjudica la victoria.

XI

Antes de amanecer el día 28, las tropas republicanas en pie desde la madrugada, se aprestan al combate. En medio de la oscuridad que cubre el campamento, y en

mayor silencio, se movilizan cuerpos que van á reforzar las avanzadas ó á cubrir nuevos puntos juzgados por el momento favorables. Como grupos de fantasmas aparecen al esquivo resplandor de las estrellas los piquetes y rondas que recorren el campo, y las guerrillas estacionadas en acecho á la entrada de los caminos y tras los setos del poblado.

La derecha de los independientes á cargo del valeroso Villapol, ocupa en la fila de los montes que corren al Norte de San Mateo, la altura denominada del Calvario. Cubre la izquierda á las órdenes del teniente coronel Gogorza, la casa del Ingenio. El centro, mandado en persona por el Libertador y el coronel Lino de Clemente, se apoya en los atrincheramientos practicados en la parte del caserío que protegen las alturas donde se extienden los indicados flancos.

La impresión que domina á la mayor parte de las tropas por efecto de los recientes descalabros sufridos, se adivina en el silencio sepulcral que guarda nuestra línea. El Libertador visita á caballo los puestos avanzados, inspecciona los improvisados atrincheramientos de la línea de defensa, comunica órdenes que ejecutan con rapidez los jefes y oficiales que le acompañan, calma con su tranquilidad la inquietud general, aviva el fuego de los más denodados con la promesa de una victoria que él solo cree alcanzar, y confiado en su estrella, espera con ansiedad el nuevo día, cual si la nueva luz hubiera de convertirse para él, en deslumbrante auréola.

al fin, con rojos y cárdenos reflejos la aurora agriento día. Un prolongado redoble de tambores en torno al valle, como el primer anuncio de batalla que se prepara. Muestra el sol su disco y las alturas todas que dominan, al Sur, la sierra de Mateo, se exhiben coronadas de bayonetas. El tiempo que se divisa en la llanura, como un mar de pajas, la crecida caballería de Boves manio-obra á izquierda de nuestra línea de batalla cubrir todas las avenidas y plantíos inmediatos. Poco tiempo los dos contrarios campamentos, las armas é inmóviles, se miran en silencio. La batalla exaspera á nuestros batallones. De súbito un clarín lejano, y Boves, á caballo y rodeado por la artillería, aparece á la entrada de San Mateo por el Cerro Negro.

La voz de guerra resuena á la presencia del enemigo. La infantería realista desciende con rapidísima marcha, truena el cañón con formidable estruendo y mil caballos impetuosos, al par de los infantes temerarios, cargan de frente nuestra

extraordinaria serenidad, espera el Libertador a los realistas y los fusila á quema ropa. Nuestras tropas, á su turno, rechazan el ataque. Boves torna en más violencia, y la batalla se generaliza con furia de una y otra parte ; pero más esforzada.

sobre todo en el centro de los republicanos, contra el cual empeña Morales la mayor parte de sus tropas.

Allí, en torno de Bolívar y escudándole con sus heroicos pechos, combaten como buenos Lino de Clemente y los Montilla, y Florencio Palacio, y Ricaurte el glorioso, y el indomable Campo-Elías, y Maza, Soubllette, y Muñoz Tebar, y aquel patriota insigne Martín Tovar, tan valeroso como honrado.

XII

Después de cinco horas y media de un fuego vivo y desastroso sobre nuestros débiles atrincheramientos, ordena el Libertador reforzar el ala izquierda, situada en el Calvario, y hacer por aquel flanco diversión al enemigo.

Practícase con brío aquella peligrosa operación. Campo-Elías refuerza á Villapol y juntos cargan el ala izquierda de los realistas y acuchillan cuanto les resiste; pero Boves, pronto siempre al combate, vuela al auxilio de los suyos á la cabeza de sus violentos escuadrones; y una brega sangrienta y obstinada se empeña en la extrema derecha de nuestra línea. Campo-Elías y Villapol combaten á porfía. Aquellos dos atletas, terribles é impetuosos, hijos de España y defensores de la América y de sus nuevas instituciones, lidian con

sin igual coraje. Boves, no ménos temerario, to
empeño vencerlos: con numerosas huestes los envu
los diezma, los rechaza y logra al fin desalojarl
las casas que ocupan al pié de la colina del Calv
parapeta en aquellas su numerosa infantería que c
fiero estrago en nuestros destrozados batallones y,
forzado con tropas de refresco, carga y pone en
flicto nuestro flanco. El Libertador auxilia á aqu
bravos con una pieza de artillería y algunas guerri
pero, no bastan estas á contener el formidable em
de las columnas con que el jefe realista los comb

XIII

Frenético se arroja Campo-Elías sobre las b
netas enemigas; sus ojos despiden llamas, sus mir
avasallan y espantan. Desgarrado el uniforme, el
tro ennegrecido por la pólvora, y bañado en pr
y en ajena sangre, ruge como león furioso, romp
espada en las filas de Boves y cae vencido po
muerte en medio á cien cadáveres.

Villapol, á su vez, se lanza como el rayo, h
destroza, retrocede abrumado por innumerables en
gos, se rehace un instante, y sin flaquear en la
manda, acomete de nuevo con indecible arrojo.

brazo no desmaya, reconquista la posición perdida, pero una bala le hiere el corazón al proclamar el triunfo; y al pié de la bandera que sostiene en su crispada mano, rinde la vida en brazos de la gloria.

Nuestros soldados retroceden; en aquel flanco no les queda un sólo oficial que los dirija: muertos los más ó heridos, cubren el campo que de nuevo ocupa el enemigo. La derrota los amenaza, bien que se oponen á ella sin concierto, y con desesperada resistencia. Pero de pronto, en medio del conflicto, aparece como salido de una tumba, un joven oficial, pálido, ensangrentado y cubierto de heridas: pónese al frente de las revueltas tropas á quienes electriza su presencia, tira de la espada que apenas puede manejar su débil brazo, y restablece entre los suyos la disciplina y el combate. Aquel mancebo heroico es el hijo de Villapol; (*) separado casi moribundo del campo de batalla, algunas horas antes, sabe en su lecho de agonía la muerte de su padre, y se levanta, y le viene á vengar. Intrépido se arroja sobre las casas en que se parapetan los realistas, logra desalojarlos en el primer empuje, y agotadas las fuerzas por la sangre que manan sus heridas, cae desmayado al cumplir su propósito. Empero, tanto esfuerzo decide la jornada. En la última carga, el incansable Boves queda herido, y próxima la noche, suspende la pelea.

[*] Dos años después, este heroico mancebo, fué hecho prisionero por Morillo cuando este sitiaba á Cartagena, y Pedro Villapol fué fusilado.

A HEROICA

da á Morales, y tan cor
derecha, no fué ménos feli
el Libertador. Retrocede
nables posiciones de los mor
, y tendidos dejan ochocier
ento campo de batalla.

IV

lante triunfo no es mén
los republicanos.
ealistas en todo el Occident
on poderoso ejército.
jefe de la línea de Puert
su espalda por los cuerpe
rama y de Morón.
lo con la primera derrot
ve sobre Caracas con mayc

..!

stira á la Villa de Cura,
queda Morales, su segund
todas las fuerzas sitiadora
e nuestro campo, con fre
s, en constante y agitada

los días que siguieron á la jornada del 28, y bre la oposición del enemigo, extiende el Libertador la línea de defensa hasta su hacienda; sitúa el con un cuerpo de infantería en la casa alta del , y entrega, como pasto á la caballería, las plantaciones de caña dulce de su propiedad.

Los combates continúan sin tregua. Reñidas escasas provocadas por uno ú otro bando, principian al amanecer y cesan con la noche. Las más veces, los patriotas arrojan á sus contrarios; pero escasas fuerzas para conseguir desalojar al enemigo de sus actuales posiciones, se limitan á sorprender las avanzadas y á empeñar, á campo raso, combates siempre duros con su numerosa caballería.

Mientras tanto, con la noticia de la rápida curación de Bolívar y de su pronto regreso á San Mateo para una batalla decisiva, llega al Libertador la nueva muy alarmante, de la ocupación de Ocumare por el enemigo, y de la marcha de aquel insigne foragido, á la cabeza de más de tres mil hombres, sedientos de sangre y de pillaje, sobre la indefensa capital.

Alrededor del peligro que amenaza á Caracas, Bolívar vive generosamente su propia y angustiosa situación. Escoge de sus tropas 300 hombres de los más valerosos, los municiona en abundancia, los dota con un escuadrón de aguerridos oficiales y, á las órdenes de don Juan Montilla, los hace salir de San Mateo á las 10 de la tarde, á tambor batiente y banderas des-

, por el camino de la capital. Cae el enemigo
 engaño que encierra aquella marcha ruidosa y
 e, refuerza con numerosas tropas su ala dere-
 supone le va á ser atacada, y espera alerta
 firme en sus ventajosas posiciones, en tanto
 ntilla, no inquietado, sigue tranquilo á su des-

XV

s del sobredicho engaño y los repetidos des-
 , torna Morales á hostilizar con más vigor nues-
 litada línea. Compromete combates que nos
 preciosas vidas. Sus feroces jinetes acosan nues-
 cos. Maza, Tomás Montilla, Jugo y Cedeño,
 beza de nuestros escuadrones, los rechazan con
 En uno de los tantos escuentros, una parte de
 lería enemiga se empeña en resistir, y los So-
 Dragones de Salcedo, la rompen y acuchillan,
 olenta derrota la llevan hasta Cagua.
 astros infantes, á su turno, desalojan á los rea-
 e algunas de sus altas posiciones; pero abru-
 luégo por el número de sus contrarios, oeden
 o y se repliegan al poblado.
 esta suerte, sin dar tregua á la lucha, tras-

~~~~~  
curren veintidos días, empeñados en combates parciales de más ó menos gravedad, pero todos sangrientos (\*).

Antes de ser completamente interceptada toda comunicación con el cuartel general de San Mateo, y en medio á tanto estrago y tanto ensañamiento; el Libertador escribe á Urdaneta, de quien recibe aviso del conflictivo estado de Occidente:

“Defenderéis á Valencia, ciudadano general, hasta morir; porque estando en ella todos nuestros elementos de guerra, perdiéndola se perdería la República. El General Mariño debe venir con el ejército de Oriente: cuando llegue batirémos á Boves é iremos en seguida á socorreros. . . .”

Y aquel infatigable gladiador, á quien el peso del infortunio no logra avasallar, persiste en su propósito: y más pujante cuanto más combatido, vigoriza su ánimo en el calor de las batallas, cual se enardece el león con el tórrido soplo del desierto.

Escarmentado el enemigo con los continuos descalabros sufridos, permanece dos días sin aventurar nuevos ataques; y el Libertador aprovecha aquel instante de reposo, que le proporciona su indomable tenacidad, para reorganizar su campo y restañar en lo posible la sangre de su ejército.

---

[ \* ] Ribas, reforzado entre tanto, por las tropas que le lleva Montilla, bate á Rosete en Ocumare, y escarmiento severo impone á aquellas hordas. Y el Libertador desde su Cuartel general de San Mateo con fecha 24 de Marzo concede á Ribas el grado de General en Jefe de los ejércitos nacionales.



corta, empero, fué la tregua tras de tan e  
tallar. Ruido de armas y voces, y mov  
caballos, se nota de improviso en el camp  
Nuestros soldados toman aquellas bélicas m  
es por preparativos de una carga general  
sobre toda la línea, y se disponen con  
siempre á rechazarla: pero al sordo rum  
arma, suceden víctores, y aclamaciones e  
ruidosa algazara en que el nombre de Bove  
or sus tropas, manifiesta el motivo de ta  
como insólita alegría.

## XVI

publicanos tienen de nuevo á Boves al frent  
realista. Los rudos embates que experime  
nuestra línea denuncian la presencia de aqu  
lo.

ha se encrudece. Ni un instante de calma  
tiga alcanzan nuestros acribillados batallone  
no cesa de temblar bajo el acelerado mov  
los innúmeros caballos que la cruzan en toda  
; y un trueno sordo y prolongado retumb  
o sobre las cumbres que se extienden e  
. Mateo.

ntrapuestos bandos se emulan en vigor y fre

la resistencia que al incesante batallar, sin decisivo, oponen los republicanos, impacienta al y exaspera la cólera de Boves.

*“Mañana será el último día”* dice con gesto amenazador sus intrépidos ginetes, despues del más reñido uso de todos los combates parciales con que antes nos viniera inquietando; *“mañana os mataré todos, ó yo me encargo de cortaros la cabeza áis definitivamente victoriosos.”*

El continuo, se apresura á concentrar todas las tropas á su mando que discurren por los vecinos campos; las estimula con promesas de sangre y se prepara al nuevo ataque, decidido á morir triunfando.

## XVII

La carencia de pertrechos de que ya se resiente, y la necesidad de proporcionárselos sin pérdida de tiempo, le hacen violentar el fin de aquella lucha y á intentar sorprender provisto parque de los republicanos una sorpresa que los prive de sus abundantes municiones.

Al efecto, al promediar la noche organiza una columna de sus mejores tropas, que confía al más seguro de sus tenientes, con la orden secreta de flanquear

## VENEZUELA HEROICA

---

iendo gran rodeo; tomar luego los puntos en que se apoya nuestra izquierda y ascender sobre la casa del Ingeniero.

El ejército realista, al despuntar el día 27 de Febrero, al mando de Mateo, y mientras se ejecutaba la maniobra de concentración, atacar simultáneamente los puntos del campamento con el fin de ocultarnos el insidioso ataque. Ante la vigilancia de Bolívar y sus amigos; por lo que previendo un nuevo ataque como los anteriores, en toda forma, se apresura á tomar todos los reparos de que puede disponer en la actual situación. Al efecto, desaloja de los heridos del hospital de San Juan á aquellos bravos que apenas podían ser utilizados como se hallan los más valerosos. Ante sus escasas tropas, reducida la fuerza de aquellas con que dió lugar á la lucha, y restablece su línea de batalla en la jornada del 28 de Febrero. Don Ramón Ayala fué escogido por el ala derecha y sostener la izquierda en la colina del Calvario, tumba gloriosa de don Juan de los Ríos-Estévez, y célebre entre nuestras glorias por el heroico de aquellos dos ataques. El punto situado en la casa alta del campamento está en custodia del intrépido capitán F.

joven de grande esfuerzo y de notoria fama. Y los atrincheramientos del centro á las órdenes del coronel Clemente.

## XVIII

Todo se prepara en el campo republicano para la próxima contienda. Empero, no es una simple batalla la que se va á librar; es la suerte de la República la que se intenta resolver con aquel último y desesperado esfuerzo. Vencedores los independientes, la situación cambia de faz, el Libertador puede aventurar una nueva campaña, y al incorporársele el ejército de Oriente, romper el sitio de Valencia y luchar todavía con probabilidades favorables. Vencidos, nada les queda que esperar: Boves los pasará á cuchillo y Mariño no hallará en San Mateo sino aglomeración de cadáveres sobre un montón de escombros.

El Libertador vela toda la noche, y en medio del profundo silencio que reina en la extensión del valle, sus tropas, apercebidas al combate, le ven pasar sombrío como un fantasma, ir y venir de un flanco á otro, y sin descanso repasar su línea de batalla durante todas las horas de aquella larga noche.

A pesar de tanta vigilancia, burló el enemigo la sa-

ado de aquel ilustre centinela, y la  
samente practicada sobre el flanc  
publicanos, no fué advertida y que

o, no obstante, como un presentim  
que alienta nuestro ejército. Los  
tre sí sobre la causa oculta de a  
agustiosa inquietud, que todos si  
njeran esperanzas, sin encontrar  
justifique ; pero todos convienen e  
rio se prepara, y ven llegar el di  
ue se espera lo imprevisto anu  
ón.

## XIX

r la aurora del 25 de Marzo de  
ía se levanta en el campo realista.  
ores, suenan cornetas y clarines,  
y crujen las cureñas de las piezas  
go pone en movimiento. Luégo  
español descende á la llanura, de  
numerosa caballería, y se arroja  
batalla.

violento, tenaz, encarnizado, se  
os que simultáneamente ataca el e

---

go. Nuestros soldados defienden sus posiciones con heroica bravura, y rechazan las repetidas cargas con un fuego incesante y mortífero que impávidos resisten los jinetes de Boves, y que contesta con no menos estrago la numerosa infantería realista regida por Morales.

Boves enardece á los suyos con el ejemplo de su arrojo. En medio al fuego que destroza sus filas, se divisa á aquel atleta formidable, sobre su gran caballo de piel leonada y negras crines, como visión terrible. A la cabeza de sus compactos escuadrones, carga personalmente con indecible empuje, quiebra sus lanzas en las groseras palizadas que resguardan el centro de los republicanos, repliega destrozado y frenético, carga de nuevo con inaudita audacia, y fatiga con sus rudos ataques la esforzada resistencia de nuestros batallones.

Áyala, no menos combatido en el ala derecha, se mantiene á pié firme.

Las horas corren rápidas en aquella espantosa faena. El combate no desmaya un instante. Los muertos toman parte en la lucha porque embarazan con su crecido número los movimientos de los vivos. El destrozo por una y otra parte es incalculable y alarmante; y el sol comienza á declinar sin que la furia del ataque y la tenacidad de la defensa hayan perdido nada de su mutuo ardimiento.

Con el prestigioso ascendiente de su palabra y de su imperturbable serenidad alienta el Libertador á sus sol-

## VENEZUELA HEROICA

---

cude á toda parte donde la lucha se traba con  
niento; aplaude, anima y premia con frases  
el valor y la constancia de sus acribillados ba-  
s lleva al fuego con impávida calma, y rechaza  
las más terribles cargas que le da el ene-

horas más de brío y la victoria es nuestra,  
te á sus heroicos compañeros. "Para morir  
tiempo; tratemos antes de vencer." Y asom-  
a tranquila decisión, y enardece y fatiga la te-  
sus contrarios, cuyos esfuerzos buila á cada  
puje con que se promete exterminarnos.

realistas agotan sus municiones de reserva, du-  
nueve horas de aquel rudo combate, y sólo fían  
de sus armas á la impetuosidad de su caballe-  
audaz operación tan sigilosamente practicada  
arque de los republicanos. Aquella tarda em-  
alizarse, y Boves impaciente y frenético se  
abatir con el pecho de sus caballos las ma-  
alizadas que defienden nuestras bayonetas.

furia creciente preside á las desesperadas car-  
os da el enemigo; pero su arrojo y su bravura  
in contra la firme decisión de los independien-  
las en sangre y extenuadas, ceden al fin y re-  
as impetuosas hordas, cuando un grito de an-  
e terror de nuestra parte, y de alegría feroz en  
bando, resueña de improviso en medio á la

## XX

Todos los ojos se vuelven hacia la altura que domina la casa del Ingenio, y sobrecogidos de espanto divisan nuestros soldados la fuerte columna encaminada á adueñarse del parque.

Aquella inesperada operación conturba el ánimo de los independientes. La pérdida del parque es la pérdida de la batalla, y custodiado aquel por escasa tropa, y en la imposibilidad de socorrerlo, nadie duda del desastroso fin de la jornada.

Al estrépito de la refriega sucede, sin que nadie lo ordene, un silencio solemne, en que la angustia de los republicanos contrasta con el júbilo mal reprimido de sus contrarios.

Boves, satisfecho de sí, contempla con infernal sonrisa aquella terrible acometida. Mientras que en el opuesto campo, desnudo el sable, los ojos centellantes, airados y magníficos en tan supremo trance, los jefes republicanos corren á agruparse en torno de Bolívar, ofreciéndole como último baluarte sus nobles corazones. En aquel momento de tremenda agonía, desciende el Libertador de su caballo, le hace quitar la silla, y colocándose en medio de sus tropas:—“*Aquí*”—les dice con enérgico acento—“*aquí entre vosotros, mis valientes, moriré yo el primero.*”



una enemiga baja entretanto al pasito  
empuje sobre la casa del Ingenio; y  
e con ansiedad creciente el nombre  
re aquel joven héroe caerá el golpe  
abatir en aquel día los mayores e

Todas las miradas le buscan y palp  
razones.

va es la situación para Ricaurte. L  
custodia, no sólo encierra el parque y  
rcito, sino gran número de heridos y  
ños, mujeres y ancianos, parte de l  
vecinos pueblos refugiada en San  
ensa apenas cuenta con algunos solda  
á la décima parte de las fuerzas por

ira, con todo, se sobrepone á su n  
palmo á palmo disputa al enemigo el  
aquel se esfuerza en asaltar. Al fin  
r el número, y constreñido á desamp  
custodia, ordena á los heridos y á los  
ianos que aterrados se agrupan ó dis  
lificio, abandonar la casa é ir á ref  
. Luégo con gesto irreplicable, s  
uantes le rodean: los soldados que á  
o, descienden á su turno, el recuesto  
con su heroica grandeza espera al en  
edificio en medio de atronadores vícto

## XXI

Un grito inmenso de triunfo y de alegría resuena al mismo tiempo en el campo realista, pero instantáneamente, insólita explosión y aterrador estrépito retumba en todo el valle, y densa nube de humo asciende entre lenguas de fuego y cubre la montaña.

¿Qué pasa? ¿Qué acontece? Todos lo adivinan al disiparse el humo que, cual fúnebre manto, se extiende sobre la casa del Ingenio. El antiguo edificio convertido de súbito en un montón de escombros pregonaba el heroísmo de Ricaurte.... Glorioso sacrificio á que no le induce la desesperación; ni se puede estimar como el arranque de despecho de una trágica muerte, ni menos como la protesta insolente del orgullo militar humillado. No; Ricaurte no es Cambrone en el último cuadro de Waterloo, revolviéndose en su agonía de león para escupir el rostro, con frases de desprecio, á su enemigo vencedor. Está más alto. El amor á la patria es sólo quien le inspira. Una peripecia de la batalla le sirve de pedestal y sobre ella se empina. Su talla adquiere las proporciones de los antiguos héroes; su cabeza se pierde entre deslumbrantes claridades y á sus piés todo lo ve pequeño, menos

que para recibirle cava todo un ejército, altura en que se encuentra divisa el campo y en él á sus amigos desesperados de ven- res soberbio y victorioso, y tanto esfuerzo tanta sangre vertida infructuosamente, y la millada y su causa perdida: todo lo ve á sus bitro se siente y soberano de la cruenta jor- vida por mil vidas y por el triunfo de los propone el Destino: y convencido acepta el / corre á él, y espanta, y vence, y desaparece a para ceñir en la inmortalidad la refulgente su gloriosa abnegación.

aquel extraordinario sacrificio, Boves retro- do, y de nuevo se guarece en las alturas, r le persigue hasta sus inexpugnables posi- orre el campo donde yacen extendidos mil y espera la llegada de Mariño para abrir la

lías más permanece el terrible asturiano en is posiciones; luégo cambia de aviso y se n, de la presencia de Bolívar, noticioso de la del esperado ejército de Oriente.

## XXII

toria militar de nuestra guerra de indepen- stra en sus anales episodios magníficos, he-

---

chos heroicos y gloriosas é innúmeras batallas; pero ninguna excede á San Mateo.

Aquella larga lucha, obstinada y terrible, da la medida de la entereza de Bolívar, de la perseverancia de aquel infatigable domador de imposibles á quien jamás venció la adversidad.

Bolívar absorbió todo el aliento de la gran revolución americana; y en él se concentró toda la vida de un pueblo defraudado de sus derechos.

En medio al caos de una sangrienta lucha, tuvo que crearlo todo, y que luchar contra todo lo creado.

Para alcanzar el fin de sus nobles propósitos no hubo poder humano, ni fuerza superior á detenerlo. Y cuántos sacrificios en su larga carrera no tuvo que aceptar! Y cuán ruda fatiga no tuvo que vencer! En medio á tanto esfuerzo, ora vencido ó vencedor, no descansar jamas! Entregar á la patria, alma, cuerpo, fortuna, reposo, sangre, vida: no abatirse un instante: no desmayar un sólo día: no abrigar una duda en su fe inquebrantable: ver impasible cebarse la desgracia en su obra gigante; y quedar reducido á su sola energía, á su sólo entusiasmo, á su fe sola. Ver morir sus esfuerzos sin perder la esperanza, y comenzar de nuevo su labor de titán sobre las ruinas del más supremo esfuerzo: errar, y por las huellas del desastre, lanzarse á conquistar lo que no le fué dado sostener: perseverar sin tregua: alcanzar la cima al grito de vic-

## VENEZUELA HEROICA

---

al abismo sin flaquear su energías,  
los temores, las preocupaciones, y  
todas las intrigas, de todas  
los furros. Vencer los  
persuasión ó la política, para  
un enemigo siempre resuelto,  
No rehuir jamás un sacrificio  
las responsabilidades: vencer  
las flaquezas del ánimo, las delicadezas  
debilidades del espíritu. Sofocar  
los momentos en que perdona  
generoso y aparecer avaro. Ser  
cruel. Enfrentarse á lo vicioso  
costumbre ó la preocupación y  
los fundamentos del vetusto  
apoyo que el de la inquietud  
nada de sus propios tenientes,  
ceder ante la magnitud de la  
za sobrehumana, la energía sin  
inmortal.

á la verdad, Bolívar pudo siempre  
volución; en mí se encarna la  
sus faltas reales, con todas  
que algunos de los hijos degenerados  
han tratado de empañar su memoria  
grande, aparece en la Historia

Alejandro, César, Carlo Magno y Bonaparte, tienen entre sí puntos de semejanza. Bolívar no se parece á nadie. Su gloria es más excelsa. Ser Libertador, está por sobre todas las grandezas á que puede aspirar la ambición de los hombres.

### XXIII

Si transmitir á nuestros hijos las tradiciones épicas de las pasadas glorias de la patria, es un deber sagrado que nos impone juntamente con el amor al suelo en que nacimos, el noble orgullo de ofrecer ante el mundo la eximia ejecutoria de nuestra nacionalidad, en la epopeya que nuestros padres escribieron con su sangre y que no cede en brillo ni en grandeza á la más alta de la que pueden ostentar otras naciones; mayormente ha de amparar nuestra justicia los nombres venerandos de aquellos ínclitos varones que por el logro de la libertad y los derechos de un pueblo esclavizado, dieron sangre y fortuna, y que hoy acaso yacen en el olvido, sobre mustios laureles, que no obstante, envidiarían los más altivos para adornar su frente.

Cumple á la gratitud y al patrio orgullo recoger esos nombres, y al cerrar esta página que conmemora unos de los más trágicos episodios de nuestra historia

## VENEZUELA HEROICA

---

r una vez más, con el recuerdo impe-  
var, el de aquellos insignes lidiadores  
os de gloria iluminaron el portentoso  
n Mateo.

os los que venciendo la fragilidad d  
logrado llegar hasta nosotros ampar  
o valer.

Clemente, Tomás y Mariano Mon  
yala, Villapol, Campo-Elías, Martín T  
Palacios, Pedro León Torres, Gog  
lanco, Muñoz Tebar, Cedeño, Jugo,  
Buroz, Picón, Quintero, Maza, Garcí  
barra, y tú, Ricaurte, arcángel del den  
ces en la historia entre los héroes  
ama y que la tierra admira — genera  
para la cual parece escrita esta magi  
ñez de Arce —

jada y resuelta cual ninguna,  
engendrada en tan heroico empeño,  
la en sus rigores la fortuna,  
ca tempestad meció su cuna  
o del cañón la arrulló el sueño.

---

SITIO DE  
**VALENCIA.**



oncierto de lastimeros ayes que se levaban  
as villas y ciudades amagadas por las l  
y entre nubes de humo, llamas deva  
smos sangrientos agoreros de funeste  
parecen para la Patria atribulada aq  
horizontes donde se reflejaban á la par  
más risueñas esperanzas.

unda vez la altiva encarnación de los  
tos emanados de la Asamblea repub  
entíase amagada de muerte por el es  
de sus pujantes enemigos y por la  
idad de nuestro pueblo, que, dominad  
por el más fanático realismo y la i  
bre de prestar obediencia á nuestros  
adores, ayudaba con indecible brío  
lugos en su tarea exterminadora.

ia la fortuna para con las nobles ci  
iaba por completo; y todas las conq  
t, todas sus glorias y altos merecimi  
a con la vida de aquellos tenaces pala  
derecho de los pueblos, á la cuchill  
cruel de un aborto infernal, engen  
dad para ahogar en sangre á Venezu  
gunda vez, las aspiraciones de sus pre  
fosa del más completo vencimiento.

de las reñidas jornadas de "La Vie  
eo," que un instante robustecieran la l

de los independientes, los sangrientos combates nuestros generales libraban diariamente resonaban en el país como salvas mortuorias por la Revolución agonizaba.

Apesar de la intrepidez con que nuestros capitanes se enfrentaron á la catástrofe que se sobrevenía, la enchada ola de aquel torrente desbordado, que desbordaba cuantos diques pudieran oponérsele, invadía irremediablemente nuestras ciudades y nuestras fortalezas, y la dora é impetuosa recorría nuestros campos sembrando en ellos desolación y ruina.

Boves, el más osado é implacable de nuestros enemigos, á quien parecía favorecer un extraño destino, iba agigantadas proporciones, y amenazaba hollar con cascos de su caballo nuestras instituciones nacientes. La audacia incomparable y los prestigios de la vieja era que tremolara con poderoso brazo, habían enarbolado y retemplado el fanatismo de los salvajes moros de nuestras llanuras. Sumisas le seguían las innúmeras y carniceras hordas que hemos visto lidiando en la Victoria y acometiendo en San Mateo con inaudito empuje, siempre fuertes y siempre numerosas, á pesar de los repetidos descalabros padecidos en la lucha con sus propios hermanos. Un solo toque de llamada movía sus filas, resonando en las márgenes del Guárico, iba á Boves para acrecer de nuevo sus mermadas huestes. A la voz prestigiosa de tan fiero caudillo, esa consagrada de sangre y de pillaje, se estre-

ras llanuras, germinaban entre sus nómalos rencores latentes del campo contra la odicia excitada, despertaba los desenfrenados dormían á la sombra de la ignorancia y y la extensa región de nuestros llanos poblada. La muerte y los desastres torqueducer las apiñadas filas de las selváticas o tras un ejército destruido por Campo o por Ribas ó desbaratado por Bolívar, ejército con el mismo caudillo, más nuvaje, y henchido, si es posible, de mayor

## II

ás desigual era la lucha. . . . Como se vé, antiosos reclutaba el opresor para su causa te americana. La política tradicional de á que sometiera España á sus colonias, para ella sus benéficos frutos; los que más o entre los muros de la esclavitud y la igno el día temido de la rebeldía de los va- ás empecinados sostenedores del cauteloso ue estuvieran sometidos. A ellos cupo la contrarrestar en primer término el empuje

e la revolución libertadora, y duro escudo y  
o ariete fueron para la Corona.

ostante, tan poderosos aliados, mayores fuerzas  
ciplinadas contaba la Metrópoli para aherrójar  
á la intrépida cautiva que osaba rebelarse.  
Boves y Morales y sus revueltas hordas,  
bayonetas de Cajigal y de Oeballos, de López  
, de Puy y de Correa, de Salomón y de  
manejadas en parte por tropas castellanas. A  
le este ejército, y, poseído aun más que él  
idas pasiones, formaba la población canaria  
en nuestro suelo, que no omitió en la lucha  
ni esfuerzo en pro de sus monarcas; y más  
el extremo opuesto del Atlántico, formidable  
a de tan crecidas huestes, estaba España,  
dependiente y vencedora de las pujantes águi-  
as, fuerte de nuevo en su autoridad de sobera-  
dida á sostener en sus ultramarinas posesiones,  
nal derecho de conquista sancionado amplia-  
r tres siglos de dominio absoluto en la región  
mericana.

xopio de poder y de fuerzas desplegadas por  
ra avasallar y someter á la obediencia la rebel-  
tenían tan sólo por contrarios el prestigio de  
noble y generosa, prohibada con firmeza por  
s espíritus, algunos caracteres de temple no  
onas cuantas espadas movidas por vigorosos  
nimos resueltos.

Plétora de entusiasmo y de altivez patriótica en un inmenso corazón falto de cuerpo que lo sostuviera, por sustentáculo granítico que proporciona el pueblo más para 1814 la Revolución de Venezuela. Los lazos que en la primera alborada de sus hiciéron aparecer como emanada del sentimental, las fuerzas de cohesión la abandonaron, prestigio en las comarcas donde la acción heroica y espada no alcanzaba á imperar, y constreñirse y á luchar sin tregua, sintió el vacío á or y vió surgir de él, desatentada, la más fugacidad.

En aquel año aciago, la Revolución, sólo apoyada en las masas, reside en el ejército; allí alienta en la quietud del campamento y participa inmediate de los reveses y triunfos del soldado. Su poder ajusta al redoblar de los tambores; su poder á las exigencias de la lucha. Impotente para resistir, se debate iracunda, da batallas, asalta y es derrotada, fulmina anatemas, cae desfallecida, se levanta airada, acomete frenética, retrocede sin aliento y sin tino, reacciona, empero, con propios esfuerzos y torna á combatir con mayor vigor. Siempre en pié y de facción, la espada pronta al hombro, y el sagrado tesoro de sus códigos al vacío de pan, pero repleto de pólvora y de indignación como rabiosa leona. Cual otra de Mericourt pide sangre y patíbulos, ento-

os á la victoria, desprecia el peligro y se  
i veces sin misericordia. Vivandera intrépida  
: su asiento era la móvil tienda; el fuego de  
rio los chispeantes tizones del vivaque; su es-  
olivar; el altar de los cruentos sacrificios, los  
de batalla. Allí, sobre cureñas rotas firma  
tos; sírvenle de heraldos los clarines, de ins-  
el odio y la venganza, de ejecutores de sus seve-  
es las aceradas bayonetas y el fuego que vomita  
añones.

aña anomalía la de aquella revolución desam-  
combatida por los mismos á quienes quería  
, y en cuyo nombre se inmolaban los más es-  
s ciudadanos.

ánta diferencia, sobre todo, en homogeneidad y  
gio, con la gran revolución francesa en que se  
spirado! El cerebro de aquella lo fué la Con-  
sus poderosos brazos el pueblo y el ejército.  
s bastiones protegían, además, á aquella fortaleza  
iable de cuyo seno tempestuoso surgían los ra-  
ncendían la Europa y esclarecían el mundo.  
o á la Convención se agitaban los clubs; detrás  
ubs estaban las Secciones que militaban á la  
le ellos; en torno á las Secciones bullía París  
nte; al rededor de París, se erguían las villas  
es; más allá las grandes ciudades provincianas;  
la Francia entera, rodeada por el ejército  
r un círculo de acero. Para derrocar aquella

## VENEZUELA HEROICA.

---

sario vencer no sólo á Dumo  
inmenso todo, identifica

a dar muerte á la Revolución  
iquilar al reducido ejército  
rdia, enflaquecido y destroz

## III

o, el gobierno de la República  
olívar; pero por mucho que e  
abarcaba, estrecha parte de r  
ante, la Revolución persever  
ar. Acometía impetuosa co  
estallaba colérica con Ribai  
se defendía tenaz con Escalc  
tronaba iracunda, audaz y  
ien se vinculaba su mayor

exhibía ante la América envu  
roso incendio que reducía  
venerado encerraba en su s  
as amenazaban desaparecer  
sangre, en que todo se ahoga

~~~~~

nse aún, firmes en el palenque, altivas
excididas á arrostrar todos los sacrificios,
as de Cristobal Mendoza, el enérgico
de la Provincia de Caracas, á quien
al abrir la campaña de 1813: "*Venga
ecesita ; yo iré por delante conquistaré
rá organizando.*" De Espejo, letrado
en trágica muerte le asechaba, cuando
cuenta y briosa, avigoraba los ánimos
Valencia ; de Rodríguez Domínguez,
del Congreso de 1811, que había ini-
in dando la libertad á sus esclavos ; de
ilósofo, orador y poeta, á quien altas
idaron el Licurgo de Venezuela ; del
le Madariaga, el orador tribunicio del
ia elevada, de propósitos firmes, que
rgo cautiverio en las prisiones de Cen-
libertador en 1817 "*la fuerza*
Juan Germán Roscio, de los aherroja-
orras españolas por su amor á la liber-
po la gloria de bajar al sepulcro inves-
so cargo de Vice-presidente de Colom-
var, insigne patriota de acrisoladas vir-
eña, vigoroso atleta de la Revolución,
lerosamente se hermanaban el genio y
isco Javier Uztariz, patricio de vasta
su tiempo, literato y artista, cuya san-

VENEZUELA HEROICA

rrer en breve, derramada por los dego
rín. El sacerdote Unda, fomentador en
Revolución; futuro obispo de evang
e en la sesión matinal del 5 de Julio de
colegas del Congreso alentándoles á de
encia: "*dos cosas solo deseo: la pri
e mi estado no me preocupa ciegame
reyes, ni contra la felicidad de mi patri
imbuido en los prestigios y antiguallas
er contra la justicia de nuestra causa
claro.....*" José Rafael Revenga, tar
circunspecto, el cual prestó más tar
ívar, señalados servicios á la Patria.
ver, de altos merecimientos, esforzad
, nombre del Congreso de Angostura,
e, daría á Morillo en 1820 "la grave
sta que cortó de raíz las negociaciones
quel augusto cuerpo" por el terrible pa
Gual, austero republicano, de vasta i
gico y discreto, negociador futuro de lo
onocimiento de Colombia por la Gran
y alianza entre Colombia y el Perú
ito por España de la independencia del l
isco Javier Yanes, eminente letrado, é l
o, que á par de los llaneros comandado
iría su lanza en el "Yagual." Salias, es
rranques tempestuosos, escritor y poeta

arrebatará á Emparan el bastón de mando el 19 de Abril de 1810, y le forzará, ya á las puertas de la Catedral á volver al cabildo donde iba á ser depuesto. Juan Martínez, una de las lumbreras de la magistratura venezolana, agente fervoroso de la Revolución; Juan Rodríguez del Toro, hermano de los dos generales republicanos del mismo nombre, patricio muy estimado por su ilustración y grandes virtudes; Tejera, jurista de relevantes dotes de inteligencia y de carácter; Diego Bautista Urbaneja, esclarecido espíritu, figura exótica en el pretendido Congreso de Cariaco, futuro Vice-presidente de Venezuela; Manuel Palacios, que empujando á los tímidos á declarar la Independencia, decía el 5 de Julio en el Congreso "*para que un pueblo sea libre basta que quiera serlo.*" Angel Alamo, ferviente revolucionario, de cuya letra existe escrita el acta original de nuestra Independencia, y cuya firma, entre otras, la autoriza: síndico de la Municipalidad de Caracas, que en 1813 declaró á Bolívar, "Libertador de la Patria." José Luis Ramos, humanista célebre, probo y austero ciudadano, que había de redactar con Roscio y Zea el *Correo de Orinoco*, "periódico lleno de erudición y compostura." Andrés Narvarte, magistrado íntegro, de alma nobilísima, á quien treinta años más tarde le estaba reservado ocupar constitucionalmente la segunda magistratura de la República y accidentalmente la primera; Vicente del Castillo, letrado distinguido, modelo de probidad y deci-

riótica; Ramón Ignacio Méndez, futuro arzobispo de Caracas y Venezuela, ardoroso y enérgico repúblicano José Maya, de los firmantes del acta de Independencia, gobernador de San Carlos en el sitio impuesto á aquella plaza por Calzada; el Dantón de la Sociedad Patriótica, alma viva y exaltada; y otros muchos varones eminentes no hará olvidar, nuestro silencio, respetados por todos, por su carácter y virtudes.

Ellos eran los sacerdotes de la Revolución, los representantes civiles de la idea combatida, los hombres de acción, cuyo ejercicio paralizaba la exigente necesidad de la defensa y el azote violento de la guerra. El mayor orgullo de aquellos ciudadanos, de pié y serenos al mirar el abismo á que retrocedía empujada la Revolución, soñaban con las futuras victorias de la República, con el planteamiento de sus generosas instituciones, con el venturoso en que sería premiada la virtud y los derechos del hombre. No obstante, no se daba al ocio, no los enervaba la inacción: el sufrimiento más cruelísimo por que atravesaba Venezuela era el de los recursos materiales; ellos no le negaron su decidido apoyo, sobre la toga ceñían á veces los arreos militares, cumplido tributo pagaban á la Patria, como por ella como buenos y cosechando resignados el fruto amargo de aquellos días de sangre, días sin descanso en los fastos luctuosos del continente americano.

IV

Agotamiento de fuerzas, miseria, sangre, luto, y completa oscuridad en los nublados horizontes de la patria, tal era el lastimoso estado de los independientes al fin de Junio de 1814.

Tarde, sí, muy tarde, había llegado á la provincia de Caracas el ejército de Oriente mandado por Mariño. Las rivalidades y enojosas emulaciones lo habían tenido estacionario en las provincias orientales, que heroicamente había libertado, desoyendo las reitantes instancias de Bolívar que le llamaba con apremio y dejando por consiguiente crecer y tomar vuelo la poderosa reacción en que se habían lanzado las provincias y comarcas occidentales de Venezuela, donde el libertador con escasos recursos sostenía, después de dos meses, la más violenta y encarnizada guerra.

Acariciado por los pasajeros halagos de incompletaria, y al frente de poco más de 3,000 hombres, trababa al fin el General Mariño en los agostados campos del Aragua por el sangriento campo de "Bocachica," cuando el ejército vencedor en "San Mateo," después de veintisiete días de reñidos combates, se hallaba dividido á la tercera parte de las tropas con que diera comienzo á tan rudas jornadas.

VENEZUELA HEROICA

añaban, al caudillo de Oriente, en la poca escasa parte de aquellos capitanes de guerra, ilustrados en los asaltos de "Güiria," en los combates de "Llirapa" y "Yaguaraparo," en las gloriosas batallas de "Maturín" contra La Hoz y Montezuma, en la ocupación de Cumaná. Entre estos nuevos campeones que venían a servir a Bolívar, se distinguían Bermúdez, el cumanés, tan terrible como esforzado, Manuel Valdez, Arrijoja, Isava, Tanregorio Monagas, Zaraza y Carbajal, el negro, conocido con el apodo de *Tigre*, el paladín gallardo, futuro vencedor e

de avistarse con Mariño, en marcha por los montes del Pao con rumbo á Guayana, el libertador persigue á Boves, quien por el río y de seguida en Boca-chica, con el apoyo de la ribera del lago, con ánimo de refrendar a 1000 realistas en que estrecha Celis, dentro del cual, con tenaz heroísmo. Urdaneta y el Coronel Juan de Escalante, los más valientes.

Después de las pruebas había pasado Urdaneta a la campaña de Occidente, mermada como estaba, al enviarle de ella algunos cuerpos

lívar para combatir en San Mateo; pero ninguna de las dificultades á que se había visto sometido, era mayor que aquella que por el momento soportaba en Valencia, á donde había venido á refugiarse destrozado y perseguido desde Barquisimeto.

Nueve días contaba el mencionado sitio cuando Boves llega á reforzar á sus envalentonados compañeros y á aumentar la desesperación de los sitiados, reducidos al recinto de la plaza mayor de la ciudad, en el más lastimoso estado de extenuación y de miseria.

“Los combates (dice Baralt con referencia á los últimos días de este primer sitio de Valencia) habían reducido la guarnición á ménos de la mitad, y esta, extenuada por la sed y la fatiga constante, no podía ya oponer ninguna resistencia á un nuevo asalto. El arbitrio de hacer escavaciones para conseguir agua había resultado inútil, y tomarla del río era imposible. La vecindad sufría por supuesto lo mismo que la tropa y su desesperación partía de dolor el alma de aquellos fuertes veteranos. Vióse á muchas personas frenéticas correr al río y recibir la muerte al humedecer sus labios: mujeres jóvenes, creyendo mitigar la sed con licores espirituosos, se embriagaban y corrían desatentadas por la ciudad dando alaridos espantosos; muchos niños y ancianos perecieron, y la vigilancia mas activa de los jefes bastaba apenas para mantener en su puesto al soldado, é impedir los efectos de su furor sombrío

VENEZUELA HEROICA

acompañaban, al caudillo de Oriente, en la nueva
a, no escasa parte de aquellos capitanes de ya
nombradía, ilustrados en los asaltos de "Que-
y de "Güiría," en los combates de "Punta de
"Irapa" y "Yaguaraparo," en las gloriosas jor-
le "Maturín" contra La Hoz y Monteverde, y
esforzada ocupación de Cumaná. Entre los más
de estos nuevos campeones que venían á lidiar
de Bolívar, se distinguían Bermúdez, el soberbio
mito cumanés, tan terrible como esforzado en las
s; Manuel Valdez, Arrioja, Isava, Tango, José
y Gregorio Monagas, Zaraza y Carbajal, el lan-
sombroso, conocido con el apodo de Tigre encara-
y el paladín gallardo, futuro vencedor en Aya-

antes de avistarse con Mariño, en marcha á la
por los montes del Pao con ru... La Vic-
el Libertador persigue á Ro...
n Mateo y de seguida en...
ie la ribera del lag...
de 4,000 realist...
cia, y denti...
i Urdanet...
añado d...
Por...
ado...
V...

La Vic-
perdidoso
ostea por
reforzar el
Ceballos á
heroísmo, se sos-
dan de Escalona

VENEZUELA HEROICA

reconocióse pues, que si Ceballos renovaba la siguiente, sería imposible resistirlo, y se ordenó á todos los oficiales, que lo clavasen las piezas y replegasen con el de artillería donde estaba el gran sitio: allí debía hacerse la última defensa del edificio antes que entregarlo al enemigo.”

tan cabal cumplía Urdaneta, la orden *hasta morir*, que le diera el Libertador atidas trincheras de San Mateo.

rimación del ejército patriota, levantan listas. Boves repliega sobre Calabozo organizar nuevas falanjes; Ceballos se dirige

V

lor entra á Valencia; encomia la firmes defensores, y reunido luego al , reorganiza el ejército, y fija el plan campaña que se propone realizar.

embargo, de recursos, para atender al no sólo de las tropas, sino del emporio de la ciudad, se esfuerza en procurar parte de territorio que ha abandonado

~~~~~

el enemigo. Vana esperanza : aquellos campos apenas pueden suministrar insuficientes provisiones en granos y raíces. Bolívar se vuelve hacia Mendoza y Ribas ; les insta con apremio á que le envíen de la Capital vituallas y dinero, y, agotadas las reses que trajera Mariño, los patriotas devoran sus caballos inútiles.

Los auxilios que se piden á la Capital demoran en llegar : Caracas está exhausta, apenas vive de las escasas dádivas con que generosamente la protejen algunas de las provincias orientales. Los más acomodados ciudadanos padecen duras privaciones ; las clases inferiores sufren famélicas, vergonzante mendicidad. La miseria pública y privada adquiere día por día alarmadoras proporciones : Mendoza y Ribas hacen esfuerzos extremados por conseguir recursos : exprimen á Caracas, y contadas raciones logran dar al ejército.

En tan apurado trance júzgase indispensable despejar el occidente para obtener ganados de Barinas, cereales de Barquisimeto y de Trujillo. *Adelante*, dice el Libertador á sus tenientes, *es necesario comer donde ellos comen*, y ordena al General Mariño abrirse paso hacia Barquisimeto, arrollando á Ceballos que se encuentra en San Carlos, mientras él en persona, marcha á Puerto Cabello á reforzar la línea sitiadora con tropas de refresco, y á activar con D'Eluyar los aprestos, tantas veces frustrados, para asaltar las fortificaciones

onarse definitivamente de tan importante plaza

## VI

La cabeza de 2,000 combatientes se dirige á San Carlos por el candillo oriental; pero esta vez frustra la audacia de las previsiones de Bolívar. Sin atender á los consejos de Urdaneta, é ilusionado por engañoso éxito de la marcha, se atolondra del Tinaco, descuida su bien provisto parque y el grueso de la ligada infantería; y cuando menos lo espera, tropezando con el enemigo, y sorprendido se deja derrotar en el campo de las inmediaciones de San Carlos.

La noticia de tan inesperado y rápido desastre, que alarma se propaga y conturba los ánimos. En esta situación en que se encuentra la República, un nuevo descalabro puede acarrear extremados consecuencias hasta el completo aniquilamiento de la República.

La noticia nueva del desastre le llega al Libertador, ya preparado se disponía á asaltar la codiciada plaza de San Carlos, que tanto esfuerzo inútil costara á nuestras armas, y paraliza las medidas tomadas para dar cumplimiento al anhelado intento. Bolívar, afligido un ins-

con el peso de la catástrofe, inclina la frente do; pero reponiéndose de súbito, dice á Palacios prema entereza: "*nuestra posición se hace más estrecha; estamos solos para contener el torrente furioso de la devastación; pero lo contendremos!...*" y, como pronto en sus resoluciones, corre á Valencia, organiza la dispersada división de Mariño, y con los vencidos en la triste jornada del "Arao" y alcuernos auxiliares, sale al encuentro de Ceballos. Ante su ardimiento, Bolívar se vé obligado á irse al emprender la marcha: Ceballos no está al ejército de Coro á cargo de Cajigal lo ha reemplazado, y juntos cuentan á la sazón con más de 6,000 hombres.

El peligro es eminente: las tropas republicanas entradas en Valencia no alcanzan ni á la mitad de las que suma el enemigo, y agotados los recursos indispensables para movilizarlas, es imposible preparar, sin grave riesgo, una batalla. El Libertador evalúa con madurez su dificultosa situación; fía á la audacia lo que el arrojo sería incapaz de realizar, y aprovechando la característica lentitud de Cajigal y de sus tropas en sus movimientos militares, vuela á Caracas llevando consigo una gran cantidad de hombres y recursos, y con orden expresa de permanecer dentro de las trincheras de Valencia, deja al mando del ejército á Mariño y á Urdaneta. Aunque Bolívar está exhausto, cuenta que su presencia

hará el milagro de hacerla aún fructífera, es posible lo consigue. En pocos días esfuerza á la empobrecida ciudad 800 soldado á las órdenes de Ribas; se hace de parque y medicinas, y regresa al Cuar-

algunos cuerpos de la línea sitiadora de o, pasa revista á 4,000 soldados, mitad de jinetes; los enardece con los prestigios de inspirada y enérgica, y cinco días después de haber derrotado la división de Ribas, ya en camino de Valencia, marcha sobre el ejército realista, situado á media legua de la cañal de Tocuyito.

## VII

La extensa llanura que domina el enemigo, destruye su ejército en batalla, y provoca á él al combate; pero tanto Cajigal como Bolívar se empeñan en la llanura, y con amagos y mentiras, que sostienen los fuegos de unas cañones y de su bien dispuesta artillería, provocan á sus defendidas posiciones.

El general Bolívar maniobra con destreza, cambia de

frente, se apoya en un tupido bosque, é intenta acometer; pero sus movimientos quedan paralizados al comenzarse la batalla, por efecto de una copiosa lluvia que apaga los fuegos de ambas partes. Nuestra caballería provoca, sin embargo, á los jinetes realistas: repetidas escaramuzas y combates parciales se traban frente á los dos ejércitos que se mantienen inmóviles en sus respectivas posiciones. Duelos terribles, suscitados por el mutuo ardimiento ó por viejos rencores, presencian en la ocasión los contrapuestos bandos. Prodigios de destreza y de sin par bravura, hacen de nuestra parte: en aquellos duelos temerarios, José Gregorio Monagas, Genaro Vazquez y *Tigre encaramado*: sus lanzas centellean é iluminan el campo; el ejército aplaude, y la jornada, que en su comienzo prometiera una recia batalla, se resuelve por un torneo sangriento.

El ejército patriota repliega con la noche á las afueras de Valencia, en donde acampa para esperar á Ribas y estar dispuesto á tomar de nuevo la ofensiva. Tarda, empero, dos días en ingresar al campamento la división del vencendor en La Victoria, y extraños sucesos se efectúan entretanto, en el Cuartel General republicano.

---

## VIII

o para el Libertador el Occidente; estrechado por Cajigal, Ceballos y Calzada; perseguidos en todas direcciones, por cuerpos franceses y enemigos, que dificultan el abastecimiento y el secreto de los movimientos militares; puede decirse así, en la reducida base de operaciones, sin retaguardia y sin reservas á qué caso de fracaso, y con la zozobra permanente de ver á cada instante, en el sombrío horizonte de las montañas, la negra silueta de un nuevo ejército por Boves, serias dificultades interiores, por las rivalidades, se ofrecen á Bolívar.

El desánimo que en ánimos menguados producen las continuas luchas, la perdida esperanza de no creer en la victoria, el temor de morir, y el hecho material de guerrear, en comarcas desconocidas y distantes de la patria, aconsejan la deserción á una gran parte de los soldados orientales que trajera Mariño. Seducidos por los sargentos, varios cuerpos se disponen á fugarse; pero el jefe los protege; una columna de 200 soldados los sigue, el pernicioso ejemplo: tras ella seguirán otros cuerpos, y el ejército quedará disuelto. Ninguno

~~~~~

estros jefes y oficiales sospecha lo que ocurre; ón se agita y cobra audacia; en breve tiempo, nento de aquellas tropas se ostentará desier. Un aviso oportuno dirigido al Mayor General conjura, empero, la catástrofe. Enérgicas medidas al instante para enfrenar al monstruo nto y de la insubordinación, y algunos escuadros-fianza parten veloces á perseguir los fugitivos, riados en los vecinos bosques, por falta de co- o de la localidad, son alcanzados á inmediacio- i Diego y devueltos prisioneros al Cuartel Ge-

IX

címanse en tanto á nuestro campo Cajigal y Bolívar se apresura á esperarlos; pero aque- fes, menos arrojados que prudentes, respetan osiciones. A vista de nuestras avanzadas evo- utelosamente, procurando hacernos abandonar o apoyo que nos brindan los arrabales de la no lográndolo se retiran de nuevo.

r de su embarazosa situación, el Libertador tuno seguir al enemigo y forzarlo á presentarse, pero no obstante su resolución, duda algun tiem- e decidirse, temeroso de aventurarse demasiado

VENEZUELA HEROICA

ente dejando en descubierto la capital de la
y á la merced de Boves, que se reorganiza
uras. Decídese, empero, halagado con la
le alcanzar á Cajigal antes que logre en-
San Carlos, y marcha al pasitrote, resuelto á
).

nplar terrible señala nuestra salida de Va-
te á todo el ejército, Bolívar hace formar los
prehendidos, y pasa por las armas á todos los
ie fomentaron el motín, y un soldado por cada
. 200 de la columna desertora. Vibrando
el espacio las últimas descargas de aquella
oma el camino de San Carlos, y el 28 de
ías después de su salida de Valencia, avista
s que le esperan en la inmortal llanura de

oque se dan allí los contrapuestos bandos.
é la lid; la certeza de perecer sin remi-
ogran vencer, multiplica el ardimiento de
allones. Generales y soldados se emulan en
uatro horas después de empeñado el combate,
la triunfador en el glorioso campo, donde
les conquistan á la par, Mariño, Ribas y
osé Leandro y Florencio Palacios, Bermúdez
Valdes, los dos Montilla y los dos Mona-
egui, Jalón, Freites, García de Sena, Carba-
s asistieron á la insigne jornada.

Esto es recordar, que entre tantos valientes su ardimiento un joven oficial á quien le falta que le ha dejado recientemente en otro campo de el capitán José María Carreño, el gallardo de los "Cerritos Blancos," á quien esperan días elevada gerarquía militar.

Antes prisioneros, toda la artillería enemiga, cañones, copioso parque, algún ganado y cuatro caballos, son los trofeos del vencedor. Cajigal y Cedeño, seguidos por algunos escuadrones ganan la vía y se escapan por ella; la dispersa infantería de San Carlos, acuchillada por Bermúdez y quinientos realistas quedan muertos en el campo, y la llanura memorable, donde siete años antes había de decidirse la gran lucha de nuestra independencia, oyó resonar, por vez primera, los entonamientos del soldado patriota proclamando su propia historia.

El completo triunfo sobre el ejército de Cajigal, sin embargo, los negros nubarrones que se aglomeran en torno de Bolívar; ni da mayor vagar al ejército patriota para reponerse de tan duras batallas. En el estado de penuria extrema en que se halla el esfuerzo lo amengua, lo enflaquece; caras le cuestan las victorias; cada combate es una hemorragia de la que alcanza á reponerse. La insurrección del país y sus antiguos soberanos aumenta cada día.

Poca importancia dan los jefes realistas á los parciales descalabros que padecen, seguros como están de repararlos; toda su táctica consiste en no darnos respiro, en combatir sin tregua, en no dejar á la Revolución ganar prosélitos en la masa del pueblo, en amenguar en fin, las fuerzas materiales del valeroso ejército patriota, confiados como están en que á la postre caerá muerto de extenuación, aunque venciendo.

No se le oculta al Libertador el plan á que obedece el enemigo; pero ¿cómo evitarlo? ¿Dónde encontrar el poderoso apoyo que ha menester la Revolución para salvarse, cuando los mismos á quienes más directamente favorece la abandonan, la insultan, la hostilizan y con salvaje saña la combaten, poseídos de creciente furor? La colonia se resiste á ser independiente y soberana: la vieja esclava, sumida en la oscuridad de la ignorancia, rechaza con esfuerzo la libertad que se le brinda, y afeerrada al vasallaje impuesto, lucha iracunda por conservar sus grillos, con mayor ardimiento que aquellos mismos que perseveran incansables en retenerla aprisionada.

X

Vencido Cajigal en Carabobo, aparece de nuevo Boves sobre las márgenes del Guárico, y el Libertador

ado á adoptar un plan definitivo en sus operatares, capaz de dominar la crítica situación en nuestra. Vacila, sin embargo, entre reconcentrar las fuerzas de su pequeño ejército, para la defensa de la capital que Boves amenaza, y la evacuación de algunas de las provincias de Occidente de sus operaciones, garantía de Valencia, y el ahorro de las gastadas fuerzas de la Revolu-

confianza ciega en sus inspiraciones, así como los inciertos y futuros destinos de la Revolución, influido, al cabo de muchas fluctuaciones, á poner en el arriesgado plan de dividir su ejército, con el fin de perseguir á Cajigal, y estorbar que se rehaga, reuniendo á Boves. Funesta resolución que debía ser breve, y en la cual no escasa parte cupo al capricho de un hombre tan osado y peligroso de los jefes de la revolución, aun no bastante fuerte ni en tan poco tiempo de los ruinosos descalabros que padeciera en la jornada de Boca-chica.

Desconocióse que la opinión de Ribas fué contraria al plan adoptado por Bolívar, y que acertadamente propuso no abandonar por reunir todos los cuerpos del ejército, presidiendo el momento de Cajigal y de Ceballos, volar á destruir á Boves, y abrir entonces fáciles caminos al Occidente y sobre Apure. Si ello es verdad, Bolívar no oyó á Ribas, quien por orden de aquel

VENEZUELA HEROICA

cas á pretender el imposible de lev
s de reserva.

) hombres á que montaba el movil
sin contar las fuerzas de D'Eluya
Puerto; Cabello, desprende el Libe
as, acaso la más brillante y aguerrid
ja con Urdaneta en persecución c
go á Mariño con 1.500 peones, 100
s y cuatro piezas de campaña, á si
va para hacer frente á Boves; deja e
Escalona con 18 cañones y un gru
za la columna del Coronel Fern
portante posición de La Cabrera;
archa á Caracas á secundar á Ril
vantar nuevos soldados con que c
ariño.

as operaciones el sólo entusiasmo
lo y el ejército se manifiestan fri
; la miseria que padecen los abri
que sólo se mantienen con car
lo; los hospitales, repletos de heri
de asistencia, de pan y medicina
er á tantos héroes mutilados y
mendigar en las aldeas y las ciud
toma un aspecto triste y por c
ldado combate más por deber de
pio entusiasmo. Los campos se ost
iertos, no hai quien labre la tie

no del ejército gruñen habrientos vecindarios en-
que han abandonado sus hogares, huyendo de la
ad de los realistas.

El fuego alentador del amor patrio, que en repetidas
res nos diera la victoria, lo sustituye la deses-
ón; especie de vorágine, que así como arrebató,
sin alcanzar en su locura sino la efímera energía de
tante. Hacía ya muchos meses que sólo fuera
a nuestra fuerza impulsiva: "en Barinas se había
las mujeres pidiendo combates; en el primer sitio
lencia, fueron algunas heridas en el momento de
el agua que se quitaban de la boca, para refrescar
ón republicano;" (*) en todas partes, la desespe-
muerto ya el entusiasmo, se hacía sentir ruidosa,
ta ó iracunda, acrecentando las congojas de la

ápidos cambios de impresiones se efectúan en
os días de agitación febril y de constante alarma.
tas son las transiciones: á mañanas llenas de
y de halagadoras esperanzas, suceden horas tris-
noches de profundo abatimiento: ora la población
ciudades llena las plazas festejando victorias, ó
liendo proclamas de Bolívar, publicadas por bando;
cogida y silenciosa, cual si habitara un vasto ce-
rio. llora y lamenta los desastres de la jornada.
militares ó magistrados públicos, aplaudidos ayer

VELA HEROICA

ismo y su bravura, son tachados
mente maltratados por no saber
r no le alcanzan las encrespadas
y de la pública censura; sereno
mil escollos que le cercan, y el
pasiones que ya concita el hu-
niserias que pone de manifiesto
sus piés sin osar sumergirlo.
mbrosa rapidez con que lograba
astres, nadie creía posible, que
r, en tan cortos días, el poderoso
ba á combatir. Bolívar mismo,
eriencia, fué engañado esta vez:
reó tantos males, y el cual expió
ro insigne caudillo.

ensiones del Libertador de formar
de reserva; en vano empeña su
untad, y los resortes coercitivos
ie, por la sencilla razón de que en
la utilizable: arsenal de la guerra
al fin se vió agotado: ni un solo
r á sentar plaza de soldado, ni
, ni pan que dar á otros sino
ambrientos labios.

í la cabeza de 8,000 combatientes,
) jinetes, avanza á tropezarse con
ue infunde aquel terrible batalla-

los pueblos no adictos á la causa de España, ta, en los mismos que se han mostrado tácitamente sin especial demostración, aumenta el desprestigio Revolución, y embaraza cuantos esfuerzos hace bertador por conjurar su total ruina. Sin más os que oponer al terrible invasor, que los 2.300 res de Mariño, vuela á tomar Bolívar el mando ército.

a proximidad de una batalla en tan desventa- condiciones para el ejército patriota, produce e agitación en la parte del territorio que to- defienden nuestras armas. Propágase el terror eblo en pueblo, de villorio en villorio, y sus des- dos moradores se dan á huír en todas direcciones. aminos públicos de los Valles de Aragua, así como asversales y las veredas que enlazan los case- las aldeas de aquella tantas veces asolada co-, se ven repletas de viandantes que, amedrentados gentes, cual si ya sintieran tras sus huellas el ga- ruidoso de las salvajes hordas, corren en busca fugio hacia los centros de mayor poblado. Las orrientes principales de aquella campesina emigra- que así abandona sus aldeas al monótono plañir de mpanas en són de rogativa, dirígense, la una hacia as, la otra hacia Valencia. El Libertador en su a marcha para unirse con Mariño en la Villa de Cura, esa aquellas numerosas carabanas, que atónitas le , á la par que medrosas, pasar y desaparecer, como

ro deslumbrador y amenazante. Sin embargo, empero á conjurar el desaliento se propaga en la provincia; algo lúgubre, como calamitoso vaticinio, abrumba aquellas poblaciones y ejército, amenguando su intrépida bravura, su resistencia heroica. Al fin, suspendido sobre la República inerte; Bolívar intenta detenerlo; pero que se da para ponerse al fin, llega al Cuartel General republicano, suenan los clarines de Boves al combate.

El repentino movimiento del General Bolívar, al querer adelantarse al enemigo y de repente, obliga á este General, sin poder aceptar por campo de batalla el y Puerto, donde Boves, algunos meses á Campo-Elías, y con la sangre de los caídos, bañaran sus caballos los salvajes.

Al fin el Libertador, al reunirse con Bolívar, se empeña en el combate, intenta para cambiar de campo de batalla, variar la posición que ocupa en el campo, pero no le da tiempo, acomete á la línea de vanguardia, y obliga al enemigo a batir donde no lo deseara.

XI

15 de Junio de 1814! día de luto y horror patria.

La mayor parte de la caballería enemiga quiebras y matorrales que le brinda el terreno, empeña la batalla con los 3.000 infantes queales, y con escasos escuadrones de lanceros.

Informado el General Mariño por sus exploradores á su vez, por los hostiles vecindarios urca, entre los cuales priva el espíritu realista, sostiene al Libertador, que tiene al frente todo de Boves; y aunque las fuerzas ostensibles resenta el enemigo, duplican el número total s batallones, aceptan estos la batalla, sin que á descorazonarlos, la ventaja numérica de iestos contrarios.

egados los cuerpos que dirige Morales en dos alas, procuran estrechar á los patriotas en sus readas posiciones; al vivo fuego y al empuje opas resisten con tesón García de Sena, Berreites y Montilla, á la cabeza de algunos batallas entras Jalón y Aldao los ametrallan con las ezas de campaña. Esforzado el ataque así

como la resistencia, dura sin amenguarse algunas horas; pero no obstante la firmeza de nuestra infantería, la línea enemiga, apoyada por los visibles escuadrones de Boves, gana terreno combatiendo, y amenaza en Bolívar cree llegado el momento de aniquil-escuadrones, y al efecto arroja contra ellos íbres de su caballería. Las encontradas n violento choque; la fortuna nos halaga retroceden envueltos los jinetes realistas, con aquella ventaja, trata el Libertador la desplegando por uno de los flancos de batallón "Aragua"; pero apenas este cuerdo en una altura, baja de ella y se avensabana, cuando de súbito, cual si la tierra e imprevisto y arrojara de su convulso seno fantasmas, surge la oculta caballería de número de 4,000 jinetes, que arremeten prendido batallón después de revolcar á uadrones que se dan á huír despavoridos. s patas de los caballos enemigos desaparece, por un monstruo, el batallón "Aragua", y sa, rugiente, vertiginosa, convulsiva, forman e republicanos y realistas. Inútil resistir; sventajas están de nuestra parte; la espan-, acápite sombrío de aquella inolvidable y rnada, se ceba en nuestros batallones. A de nuestros Generales y á la cabeza de al-

rozos de columnas ó grupos de soldados, lumen desesperación cual simples capitanes. Los cañones de Boves echan por tierra cuanto les resiste : nuestros cañones, pisotean los muertos, los vivos que tratan de huir, y los que osados se enfrentan. Un batallón de Cumaná se forma en cuadro y alarga algún tiempo el bote de las lanzas enemigas ; Boves en persona á exterminar á aquellos bravos que tres veces sin abatir al resistente cuadro ; rompe al fin y desbarata sin dejar en pié un solo soldado ; la derrota gana nuestras filas, y el degüello tan sangriento combate.

Don Juan cae prisionero ; García de Sena, Muñoz Tejada y Aldao sucumben como bravos. El valeroso Contador Antonio Freites, que inauditos esfuerzos hiciera en el combate por conjurar el desastroso fin de la jornada, al ver perdida la batalla y con ella vencida la causa, busca gloria y rematada la Revolución, busca gloria y no encontrando bala enemiga que le quite la vida se la arrebató él mismo, hiriéndose el corazón con sus propias pistolas.

Después, tajando con su sable cuantas cabezas se le presentaron en al alcance del brazo, estimula al degüello á las tropas hordas, y más de 1.000 cadáveres cosecha en pocas horas aquel funesto campo.

Después, con una parte de su Estado Mayor, se esconde por el camino real que lleva á La Victoria, gracias

ad de sus caballos. Mariño y
s ganan la vía del Pao de Zá
espués de Boca-chica; y la ond
io de la Patria, á cuyo frente v
res proclamando su triunfo, cual
muerte y de desastres, invade los
abandonados caseríos, y las yert
Valles de Aragua.

ueve y media de la noche, despu
leguas en tres horas, llega el Lib
donde se detiene hasta el aman
reunir algunos de los dispersos
dir correos á aquellos de sus teni
rmas en la parte occidental de
aguando el desastre de "La Puerta
as, instándole á pover á Caracas
Ordena al Coronel Fernández s
en La Cabrera, á Escalona defen
o trance, á D'Eluyar no abandon
Cabello y estar vigilante, y final
laneta le manda con apremio re
á marchas forzadas venir en a

npleto desastre, suena en Caraca
endo. A nadie se le oculta que
herida de muerte: de la derro
a aquella agonía de leona morib

tristece, nos asombra, con los rasgos
sino de que fueron testigos la Pro-
te.

ar á no ceder el puesto á sus con-
no obstante hacia la Capital empu-
irresistible; y en aquellos momentos
ja para los defensores de la Patria,
ción en que el destino le sometiera
as, su carácter se manifiesta incon-

bía sido vencido, no el alma de Bo
as mezquinas sugerencias de la ad-
en sí toda la decisión y la energía
instante á los más esforzados. En-
strofe que no ha logrado conjurar,
todavía de esclavizar de nuevo la
definidamente contra la adversidad,
o.

veces en el largo trascurso de aquella
vió desamparado, solo, sin más apoyo
su espada, y no se tuvo por vencido!
como Anteo, de entre el revuelto
a anonadado, se levantó triunfante!
guos gladiadores que de antemano se
nismos á morir ó vencer en el circo,
etroceder, y mientras el hierro de su
e sin matarle, tornaba á combatir,
y lleno de esperanzas.

XII

· pasa á cuchillo en el mismo campo de os los prisioneros y heridos patriotas; fu
 Jalón, con crueldad refinada, en la Villa
 sigue las huellas de Bolívar hasta
 que ocupa el 16; divide allí su poder
 anza sobre Caracas al Capitan González
 ibres de sus mejores tropas, y con el ma
 e los vencedores en "La Puerta" se dirige
 Rompe y degüella en La Cabrera la brig
 el Fernández, que firme se sostiene impidi
 paso, y destroza asimismo á la numer
 1 de los vecinos pueblos refugiada mom
 e en aquel sitio. Al día siguiente á
 hecatomba, incorpora á sus filas, en San J
 n Guacara, los cuerpos francos y guerri
 que infestan la comarca; á la cabeza de 6,
 tes llega á Valencia el 19; intima la pro
 e la ciudad, con amenazas de exterminio p
 antes, si al punto la guarnición que la

es convidó á comer en la Villa de Cura á su prisioner
 n, y concluida la comida, y aun sentado á la mesa
 la víctima lo mandó fusilar.

e entrega á discreción, y tras la enérgica escalona, se dispone á tomarla por asalto. La conflictiva es la situación de los indios de las serranías y Valencia, débilmente guardadas por las huestes de Boves, revelando el fracaso de la Revolución. Con los restos de los dos batallones y la escasa cooperación de los entusiastas de la Capital, organiza el general un cuerpo de tropas, insuficiente para enfrentar al enemigo; y se da á deliberar con sus jefes el partido que deben adoptar. Ribas, al ver la desgracia, experimenta arrebatos de desesperación y se propone exponer á perecer inútilmente: tan pronto recibe su noticia el movimiento del enemigo, al frente, pónese á la cabeza de 400 hombres, por la impetuosidad de su carácter, corre al encuentro al encuentro del ejército realista. El ataque de las Cocuizas tropieza con la valentía de González, carga sobre ella de improviso, la derriba, la rechaza y persigue con indecible furor. El osado acometer el cuerpo principal del ejército supone á Boves, sin que sea parte añadido de hombres con que cuenta para vencerla. Una orden de Bolívar, llamándola, enfrena el ardimiento del colérico venezolano, que iracundo y lleno de despecho, tascando su grado, tascando el freno de la obediencia.

· VENEZUELA HEROICA

agitación reina en la Capital: la ciudad por varias direcciones soldados de González, otro caso, mandado por un oscuro mandado, avanza por el camino de Olívar y Ribas, encontrados en las líneas de defensa y movimientos se acuerdan, mientras la población se ve poseída de espanto la tarde sin defensores. Para aquella fecha

había marchado á Cumaná por el fin de levantar un nuevo ejército;

el sitio de Puerto Cabello, se defende en La Guaira con sus tropas. Con desesperación y el terror con la ayuda

El Comandante Miguel Uzueta, al frente de 200 soldados y destrozados en las alturas de el segundo. Toda comunicación por la zona está cortada, el plan que se había en La Victoria queda de hecho en el aire. Aquellos jefes á quienes más tarde se entregó á sus propios recursos.

La guardia de los realistas osa pisar y Ribas le salen al encuentro. Cuando llega, entretanto, al Pueblo

as millas de Caracas, y González se rehace
centra en las Adjuntas.

que sobre la Capital se espera por momen-
tempero el más completo desacuerdo entre
epublicanos, respecto á la suprema decisión
an con apremio la salud de la Patria, la
del ejército y la cruel agonía de los habi-
arácas.

cabeza del partido de los más exaltados, se
onsultamente en defender á todo trance la
elívar, mejor aconsejado, y á quien la des-
exaspera como á su irascible é impetuoso
haza por inconducente tan descabellado pro-
esfuerza por el contrario en llevar á cabo el
meditado de retirarse á Barcelona, para ten-
en las provincias orientales, evitando á la
a República los estragos de un sitio sin espe-
ocorro, y los horrores consiguientes á una
ocupación por fuerza.

encontrados pareceres se debaten aún, en con-
erra permanente, durante la angustiosa noche
7 de Julio, que se siguió al combate de

Con indecible anhelo se espera la resolución
del consejo, y en tanto dura tan peligrosa in-
ciudad se manifiesta consternada, las tropas
rteles se mantienen á pié firme, tocan á re-
ampanas, algunos templos permanecen ilumi-
oiertos, no obstante las avanzadas horas de la

noche, y el pueblo amedrentado y profundamente tristecido recorre las oscuras calles, agrúpase en plazas, penetra en las iglesias, se postra ante la *Madre* en los altares, y solemne rumor de precociendo de los sagrados recintos con lúgubresonancia.

La tinidumbre se prolonga, corren las horas a medida que se desliza el tiempo. En esta situación, el reló de la Metropolitana y el decán del Libertador sale precipitadamente que se halla reunido el consejo de guerra, al gallo, parte á todo galope y se pierde de vista. El movimiento se nota de pronto en los cuarteles, las guerrillas á quienes les está encorvada la espalda de las líneas de fosos y parapetos al borde del caserío de la ciudad; propágase el rumor del suceso en el inquieto pueblo; suenan los cañones; un inmenso clamor de duelo y terror se levanta; y voclamando con desesperación: “¡se va el Libertador!”

En la noche del Libertador había al cabo prevalecido la calma; en silencio la ciudad en medio de la tinidumbre que produce su marcha; tomaba la columna por la fragosa vía de la montaña; 20.000 personas de todos los sexos, edades, locas y despavoridas de terror, abandonaban sus hogares y le siguen las huellas. La sombra

Boves, y el recuerdo amenazante de todas sus crueldades, se cierne sobre aquellos desgraciados que se imaginan sentir ya en las entrañas las lanzas de las salvajes hordas á cuya merced van á encontrarse.

Emigrar es el anhelo de todas las familias. Empero, no ha faltado quien achaque á Bolívar tan funesto consejo, sin que nada lo pruebe. Aquella desatentada huida, obra fué del espanto que supo infundir Boves y que plenamente justificaban sus recientes crueldades.

XIII

En tanto que el Libertador, estrechado en Caracas, se encontraba en la absoluta imposibilidad de socorrer á la briosa guarnición de Valencia; y discute con Ribas el combatido plan de una nueva campaña, y marcha luego en retirada hacia las provincias orientales donde espera reponerse y proseguir la lucha con probabilidades de buen éxito; Urdaneta rechazado con violencia sobre la cordillera de los Andes, recoge los dispersos patriotas escapados del degüello de Barinas, salva los restos de su desmedrada división internándose en el territorio granadino, y Valencia queda abandonada á la implacable ferocidad de Boves y Morales, que la cercan con poderoso ejército y la combaten á porfía.

cepción de esta heroica ciudad, donde aún flaquea desgarrada, la bandera republicana, dominan los realistas el vasto territorio que en el por recorrieran victoriosas nuestras armas.

do para la noble causa de la independenciamiento de Venezuela; sola, desamparada, sin con que sostenerse largo tiempo, exhibese Vaminada por numerosos enemigos; pero cual a próxima á extinguirse, ilumina un instante dorados resplandores las profundas tinieblas de encimimiento.

s triunfa, Valencia protesta, y heroica se in-

retrocedamos al 19 de Junio en que quedó ciudad por las tropas realistas.

ra esta la vez primera que el valeroso coronel Escalona, Gobernador militar de aquella plaza, tan crítica, se veía obligado á defenderla con de valientes. Algunos meses antes había ya o con el General Urdaneta, las duras pruebas uesto por Ceballos; mas, cuán diversa, aunque mo desastrosa, fuera entonces la situación de is; en días tan angustiosos, la esperanza de cidos no llegó á abandonarlos: Bolívar lidiaba lateo, y el estruendo lejano de nuestra artillería oz de aliento. En las presentes circunstancias, sin esperanza de efectivo socorro, se encontra-na. Acepta empero el sacrificio que le impo-

~~~~~

se parapeta en los escombros de la bondad, y abrazándose de las humeantes ruinas y desmorona el cañón enemigo, se empeña en ó sepultarse en ellas con la tenacidad de un

sarse en el camino de los Guayos la descon-  
ército de Boves, cuyas recientes victorias y  
crueldades llenan de asombro y de dolor á  
s valencianos, indominable espanto sobrecoje  
: las familias que habitan fuera de trinche-  
o la numerosa emigración de las aldeas y  
mediatos, refugiada en apartados barrios, co-  
ladamente á guarecerse en la parte fortifica-  
dad, llevando consigo cuanto poseen de más  
confuso murmullo de preces y lamentos se  
severas órdenes del comandante de la plaza  
tos de la defensa.

tropa cuenta Escalona para hacer frente á  
ealistas que marchan á estrecharle en aque-  
nal resguardada, de desparramado caserío y  
ficado el recinto de la plaza mayor y de las  
izanas adyacentes con débiles trincheras.  
es verdad, que, noticioso apenas del funesto  
"La Puerta", y en su poder la perentoria  
lívar, de sostener á Valencia á todo trance,  
do acertadas medidas y logrado elevar la  
nición de la ciudad (35 artilleros) á tres-  
ticinco soldados, con gente reclutada de im-

excepción de esta heroica ciudad, donde aún flaque desgarrada, la bandera republicana, dominan los realistas el vasto territorio que en el prior recorrieran victoriosas nuestras armas.

ido para la noble causa de la independencia el occidente de Venezuela; sola, desamparada, sin con que sostenerse largo tiempo, exhíbese Valminada por numerosos enemigos; pero cual ma próxima á extinguirse, ilumina un instante endorosos resplandores las profundas tinieblas de vencimiento.

res triunfa, Valencia protesta, y heroica se in-

o retrocedamos al 19 de Junio en que quedó la ciudad por las tropas realistas.

era esta la vez primera que el valeroso coronel Escalona, Gobernador militar de aquella plaza, ón tan crítica, se veía obligado á defenderla con do de valientes. Algunos meses antes había ya ido con el General Urdaneta, las duras pruebas puesto por Ceballos; mas, cuán diversa, aunque remo desastiosa, fuera entonces la situación de dos; en días tan angustiosos, la esperanza de recidos no llegó á abandonarlos: Bolívar lidiaba Mateo, y el estruendo lejano de nuestra artillería voz de aliento. En las presentes circunstancias, y sin esperanza de efectivo socorro, se encontraba. Acepta empero el sacrificio que le impo-

~~~~~

se parapeta en los escombros de la bom-
dad, y abrazándose de las humeantes ruinas
desmorona el cañón enemigo, se empeña en
sepultarse en ellas con la tenacidad de un

arse en el camino de los Guayos la descu-
reito de Boves, cuyas recientes victorias y
crueldades llenan de asombro y de dolor á
valencianos, indominable espanto sobrecoje
las familias que habitan fuera de trinche-
la numerosa emigración de las aldeas y
diatos, refugiada en apartados barrios, co-
adamente á guarecerse en la parte fortifica-
ad, llevando consigo cuanto poseen de más
confuso murmullo de preces y lamentos se
severas órdenes del comandante de la plaza
os de la defensa.

ropa cuenta Escalona para hacer frente á
alistas que marchan á estrecharle en aque-
al resguardada, de desparramado caserío y
cado el recinto de la plaza mayor y de las
anas adyacentes con débiles trincheras.
es verdad, que, noticioso apenas del funesto
La Puerta", y en su poder la perentoria
ívar, de sostener á Valencia á todo trance,
lo acertadas medidas y logrado elevar la
ición de la ciudad (35 artilleros) á tres-
icinco soldados, con gente reclutada de im-

excepción de esta heroica ciudad, donde aún flaque desgarrada, la bandera republicana, dominan los realistas el vasto territorio que en el prior recorrieran victoriosas nuestras armas.

vido para la noble causa de la independencia el occidente de Venezuela; sola, desamparada, sin con que sostenerse largo tiempo, exhíbese Valulminada por numerosos enemigos; pero cual ma próxima á extinguirse, ilumina un instante endorosos resplandores las profundas tinieblas de vencimiento.

res triunfa, Valencia protesta, y heroica se in-

o retrocedamos al 19 de Junio en que quedó la ciudad por las tropas realistas.

era esta la vez primera que el valeroso coronel e Escalona, Gobernador militar de aquella plaza, ón tan crítica, se veía obligado á defenderla con do de valientes. Algunos meses antes había ya ido con el General Urdaneta, las duras pruebas puesto por Ceballos; mas, cuán diversa, aunque remo desastrosa, fuera entonces la situación de dos; en días tan angustiosos, la esperanza de recidos no llegó á abandonarlos: Bolívar lidiaba Mateo, y el estruendo lejano de nuestra artillería voz de aliento. En las presentes circunstancias, y sin esperanza de efectivo socorro, se encontra-lona. Acepta empero el sacrificio que le impo-

~~~~~

se parapeta en los escombros de la bom-  
dad, y abrazándose de las humeantes ruinas  
desmorona el cañón enemigo, se empeña en  
sepultarse en ellas con la tenacidad de un

arse en el camino de los Guayos la descu-  
rcito de Boves, cuyas recientes victorias y  
crueldades llenan de asombro y de dolor á  
valencianos, indominable espanto sobrecoje  
las familias que habitan fuera de trinche-  
la numerosa emigración de las aldeas y  
diatos, refugiada en apartados barrios, co-  
adamente á guarecerse en la parte fortifica-  
ad, llevando consigo cuanto poseen de más  
confuso murmullo de preces y lamentos se  
severas órdenes del comandante de la plaza  
os de la defensa.

ropa cuenta Escalona para hacer frente á  
alistas que marchan á estrecharle en aque-  
al resguardada, de desparramado caserío y  
cado el recinto de la plaza mayor y de las  
zanas adyacentes con débiles trincheras.  
es verdad, que, noticioso apenas del funesto  
La Puerta", y en su poder la perentoria  
ívar, de sostener á Valencia á todo trance,  
lo acertadas medidas y logrado elevar la  
ición de la ciudad (35 artilleros) á tres-  
icinco soldados, con gente reclutada de im-

## VENEZUELA HEROICA

---

sin fiereza, la enérgica expresión de un ánimo sobreponerse, en cumplimiento del deber, á ocio; visita con pasmosa tranquilidad las concheras de la desmantelada plaza que sostiene, resistencia en aquellos puntos donde amener, desafía el peligro, sin jactancia ni cólera, escina con el propio entusiasmo y la palabra e Bolívar y de Ribas, comunica en cambio con entereza de su carácter inflexible tal decisiónidos, que los menos briosos se hacen matarnte victoreando á la Patria.

hombre sin nervios, de corazón valiente y es Escalona: alma, como fundida en el crisol más austero, é incapaz de doblegarse.

incontrastable soldado apoyan con sus luces a decisión que los anima en circunstancias ellas, asaz calamitosas, el Gobernador civilincia, Doctor Francisco Espejo, víctima se-el funesto día de la catástrofe, y el enérgico.guel Peña, cuyo nombre habría de figurar ro mezclado á trascendentales acontecimientos política interior.

r hasta caer exámenes, es el firme propósito s tenaces lidiadores que, sin flaquear un solo.lientan á la adolorida población de Valen-, con la serenidad olímpica de su extraordinaria; los otros, con el fuego patriótico de sus discursos.

~~~~~

cada vez más colérico, no da treguas al batallar, y prodiga la sangre de sus tropas, lo decisivo.

Se con facilidad las numerosas bajas que el ejército, incorporando á sus banderas los lanceros que merodean en la comarca, y cuantos puede reclutar en los vecinos campos.

Pocas veces lo halaga, empero, efímera victoria. La extenuación nuestros soldados, que ni aun para alimentarse pueden robar breves instantes á la empeñada lucha, ceden al poderoso empuje de las masas de hombres, que á latigazos contribuyendo Boves, á morir ó vencer; no pocas cerrillas que sostienen las casas de la línea y nuestras fortificaciones son desalojadas, y soldados pasados á cuchillo.

Un día de sitio el enemigo asalta y toma el convento de San Francisco, uno de los más importantes de nuestra línea exterior; y una columna, á la cabeza de sesenta soldados, lo repone en breve, causando fiero estrago á los asaltados y con algunos prisioneros torna triunfante á la plaza mayor, en tanto que enardecido se reanuda con creciente temeridad en la faena los combates.

En muchas veces, durante el largo asedio, ocurren sucesos notables.

Las continuadas embestidas que nos dá el enemigo, y la escasez de municiones, reducen á la escasa guarnición de la plaza á un estado de desesperación. El jefe llama á las armas cuantos hombres quedan dentro de trincheras; pero no obstante, el pueblo en sostenerse, el refuerzo que llega á reemplazar los muertos y heridos, y la jornada de combate cuentan nue-

va brega no da respiro un solo instante. Al contrario, se recrudece más y más el combate. Los soldados se sienten abrumados, y el auxilio oportuno empieza á decaer. Los heridos, desesperados de salvar la vida, se pasan á las del enemigo en un estado de confusión y abatimiento, y ejemplarmente reciben de las manos á que sirven desde las torres y azoteas de la ciudad el martirio cruelísimo á que los condena la llanura del Morro á aquellos desgraciados como los desertores aciertan á ser recibidos en el Cuartel General de los realistas, toda la acción los abandona: la despiadada victoria los trata con ultrajantes denuestos; arráncanlos de sus vestidos, pesados cuernos de toro, y entre espacioso circo de fuego los arrojan á embestir cual bravíos anímalos á festejar tan infame espectáculo; si

.....

y atroces sarcasmos, y maltratados, cual ver-
fieras, plántanles en las espaldas improvisadas
s, y la sangrienta farsa perdura sin descanso,
e acribillados á estocadas caen por tierra las
de tanta iniquidad, y sus cadáveres, atados á
e veloces caballos, arrastran los verdugos ha-
pedazos.

nanera tan espantosa cierra Boves, al desa-
sus contrarios, hasta la afrentosa puerta por
icamente pudieran escapar.

s de muerte al *rebelde* Escalona, anuncian de
los furiosos asaltos que nos da el enemigo ;
pasan empapados en sangre, y rápidas se
as horas entre vociferaciones y descargas.
miran ponerse el sol, oscurecido por el humo
vora, dudan tornar á verle la siguiente ma-
aquellos que lo logran, divísanlo eclipsado por
sombria que del tempestuoso seno de Valencia
a surcada por mil rayos de fuego.

: tanto D'Eluyar, sin atender á las reiteradas
de Escalona, de venir á auxiliarle antes de ser
evanta el sitio de Puerto Cabello y se embarca
isión haciendo rumbo hacia La Guaira.

ase en los opuestos campamentos la retirada
ar; pero otra nueva, aun más funesta, no tarda
nar el enemigo con entusiasta vocería, en me-
combate, arrebatando á los sitiados la menos

adoras esperanzas. Revuelto Urda-
con ánimo de auxiliar á Valencia
e su vanguardia en las alturas de
belido, después de aquel fracaso, é
s Andes para salvar las preciosas
armada división.

XV.

iento sobrecoge un instante los áni-
da esperanza de aquel auxilio tan
poderosas causas de desesperación
víveres y las municiones comienzan
las están las medicinas; y por obra
la fatiga, y de la putrefacción de lo
idos por largo tiempo y á las vece
sa epidemia se declara en los hos-
pidamente no escasa parte del po-

s esfuerzos de Escalona y Espejo
ciudad de agua y de alimentos, tan-
ron el desgraciado suceso de “L-
veres pudieron acopiar con qué aten-
nto de las tropas, de los numeroso
s, que para entonces llenaban ya lo-

del empobrecido vecindario, aumentado amente con la numerosa emigración de los campos comarcanos refugiada en la ciudad. metas de todo punto irrealizables, aunque el más ardiente patriotismo, avigora, no Gobernador militar de la plaza, los decaídos *¿verá existe aún,* repite sin cesar Escalona, *pero de quebrantar al enemigo como en San* *veréis llegar en nuestro auxilio ; pero en-* *perdamos la paciencia y el brío, y apro-* *acierto la pólvora y las balas.*

ción tan apurada, yérguese de pronto el la insubordinación. Un cabo y un sargento las guerrillas más expuestas á los fuegos ; rebelan contra el oficial que los comanda, los cuantos soldados, é intentan pasarse al metiendo á mano armada sobre aquellos añeros que tratan de impedirles llevar á este propósito. Tan inesperado suceso no empero al brioso oficial ; á par que se de en su auxilio á la guerrilla del inmediato boca la sedición aprisionando á los cabecillas Juzgados incontinentemente los traidores en contra, son conducidos á la plaza mayor y e pasados por las armas, en tanto que nuestras trincheras rechazan las embestidas que realistas : confundiéndose así con el ruidoso

estruendo de los nobles disparos de la defensa, y las veras detonaciones del tremendo castigo.

Además, Boves ignora la conflictiva que se encuentran los sitiados, y juzga que en vía y en capacidad de sostenerse decide á atacar á D'Elnyar, á quien se dirige á los muros de Puerto Cabello. A este proyecto, separa de su ejército una columna hacia la costa, dejando á Morúa el encargo de hostilizar la plaza sin

la separación de Boves no aminora, sino que aumenta el sufrimiento que sufren los patriotas. Aníbal, con su secreta rivalidad hacia el fiero caudillo, aprovecha la favorable coyuntura de la guerra, para intentar ceñirse los laureles, y atacar á viva fuerza la ciudad. Impelido por su anhelo, no omite ni sacrificios ni arriesgos en su intento: en torno á nuestra plaza levanta un doble anillo de trincheras, y con su artillería las ocho piezas de campaña, que entonces nos ametrallaban desde las montañas, y se esfuerza con tenaz energías en los baluartes.

En medio del cañoneo, nocturnas embestidas al enemigo, y las cargas de improvisados zapadores, se esfuerza por tierra nuestros parapetos de resaca.

ten los sitiados, burlando las ambiciosas pretensiones de Morales; pero á medida que transcurren en tan dura faena, la precaria situación de los sitiados nos llega al cabo á ser insoportable: la peste y los combates diezman la guarnición y el adolorido vecindario de la ciudad; la miseria llega á ser espantosa; los recursos, cuidadosamente economizados, merman rápidamente; la lucha empero no desmaya, y para enterrar á los muertos es necesario disputar, con el enemigo, el pedazo de tierra que ha de servir de reposo á tantos infelices.

XVI

La hambre comienza á hacer estragos. Rostros adoloridos y miradas sombrías se ven por todas partes. Los heridos circulan por las calles, en medio de las balas, sin auxilio; niños y ancianos, sin abrigo ni pan. La muerte llega á la miseria á muchos de aquellos desgraciados. Los nobles valencianos, dando ejemplo del más acendrado patriotismo, ceden á los soldados el mendrugo de pan que llevan á los labios, que anhelan devorar; los curules heridos, alientan á los que desfallecen, y los sacerdotes, de abnegación cristiana, se esponen á todos los peligros por aliviar al desvalido pueblo de los in-

que soporta. Las madres, benditas exhortan á tomar parte en los combates; ciñen el sable á los esposos; los hijos para no tornar á verse sino vivos en la eternidad. Una matrona, al ver el cadáver de uno de sus hijos, caído en las trincheras de la plaza, anegados en lágrimas y destrozado por la falta en el puesto que se le dejó, su orden un niño de quince años, su difunto hermano, y vuela á

conmoveras, se repiten en los combates ante aquellos días de sangre y

Apercibida á todos los sacrificios, airada, apesar del decaimiento de moribunda el temple de la espada brava y audaz en su miseria, repetidas todas las veces que rechazados

los espíritus pusilánimes que conmovidos; despavoridos de terror, todos vecinos, de mediana posición en las filas realistas. Desgraciadamente con trasportes de júbilo y los al atroz canario no sabe dar cuartel. Lágrimas jamás lograron apiadar

o de nuevo el convento de San Francisco illo, tras reñidísimo combate, queda definitivamente en poder de los realistas. Para este día, heridos y enfermos, faltos de medicinas y padecen horrorosas torturas en los desampitales, ó se arrastran por las calles y plazas su espantosa miseria. La tropa recibe apenas una onza de tabaco y algunos tragos de

los casi á la última extremidad se encontrados cuando Boves regresa de Puerto Casto de abundantes municiones de guerra el castillo de San Felipe.

lo de la conflictiva situación de la plaza, de reposo acuerda á sus soldados el perlo. Resuelto á dominar la firme resistencia blicanos, aun á trueque de sacrificar, para mitad de las tropas del Rey, recomienza el mañana siguiente de su regreso de Puerto on numerosas guerrillas de fusileros ocupanecer los techos de las casas que dominan rricadas, y, á par que truenan los cañones, gan los feroces lanceros con escalar los pues- tor importancia, copiosa lluvia de granadas de certeras balas cae sobre los sitiados.

sangriento es el combate : nuestros soldados echillados en las casas que á viva fuerza el enemigo. Imposible de todo punto se

le hace á Escalona sostener, con los escasos restos de la destrozada guarnición de la ciudad, el extenso metro atrincherado que, hasta entonces, ocuparan las armas. Tras recio batallar apodérase al fin el enemigo de la línea exterior de nuestras fortificaciones, empuja con violencia, y reduce á Escalona al estrecho recinto de la plaza; y cual si no bastaran á aplastar de un golpe los 6,000 hombres que le vinieran batiendo durante tantos días, nuevas huestes acuden á reforzar á los envalentonados sitiadores.

A la caída de la tarde del tres, aparecen por el camino de San Carlos, Cajigal, Ceballos y Calzada con cerca de 1,000 infantes y 500 ginetes, de los vencidos unidos antes en la gloriosa jornada de Carabobo. Bovez, al visarlos, hace cesar los fuegos, y satisfecho por el resultado con las ventajas adquiridas en nueve horas de carnizada lucha, se adelanta con su Estado Mayor á recibir á Cajigal, cuya suprema autoridad hollará en el suelo con baldón para España.

No amengua la energía de los republicanos el poderoso resfuerzo que ganan sus contrarios; antes bien, con mayor estímulo, dispónense á vender cara la posesión de la ciudad y sus preciosas vidas. Durante el día siguiente, no embargante el continuo tiroteo de las granadas enemigas apostadas en los techos de las casas, incesante cañoneo de las baterías del Morro y del Cerro del Diablo, ocúpanse los contrapuestos bandos en a

~~~~~

iales ; pero Boves no da largo respiro á sus con-  
á sus subordinados. Para aquel formidable  
Valencia es como un yunque, sobre el cual, en-  
y sin sentir fatiga, descarga sin interrupción el  
artillo de su cólera.

## XVI.

idos Boves y Cajigal, cuyas dos divisiones su-  
ximadamente 8.000 hombres, bien abastecidos y  
se disponen á embestir de concierto el recinto  
za mayor, donde entre escombros, mal parapeto  
ro resueltos á sepultarse en ellos, se mantiene  
por un prodigio de perseverante energía.

contrarrestar el poderoso empuje de todo el  
realista, apenas cuenta el comandante de la pla-  
a docena de cañones y un centenar de bravos  
canzan á cubrir, siquiera escasamente, la mitad  
luartes que les es forzoso defender. Pero no  
el ánimo de aquel intrépido soldado tan mani-  
ventaja ; resuelto á sostenerse hasta perder la  
ne á cuantos ciudadanos alientan todavía en el  
ado cuadrilátero, sin exceptuar los miembros,  
etables, del Cabildo de la ciudad, ni los heridos  
os que perecen de hambre, pero que mal

## ENEZUELA HEROICA.

---

aún manejar un fusil; y compuesta en su mayor parte de moribundos, que más que cuádrulos de sangre, enmendados los unos, abatidos y extenuados, refuerza las...

Las horas del día 6, divisas en migas formadas en batallas: la división de Cajigal, *monte de acequia*; la de Bov...

Trascurre sinembargo, los cuerpos, dispuestos á la ciudad.

Espectativa padecen los hombres, tiempo de pensar en el cúmulo de la guerra y entre el sordo rumor de la exasperación que provoca, se escuchan voces llenas de una suprema pesadumbre: ¿salvados? ¿Qué esperan los hombres para salir de penas? Algunas horas de inmovilidad, y pone de pronto en movimiento la guerra contra nuestros baluartes, que resuena amenazante. Aumentan en todas direcciones...

~~~~~

ietas y atambores con sin par osadía, y e
to estrépito, déjase oír la voz robusta c
ien mostrando á sus valerosos compañer
ndera hecha girones, pero flameando todav
rrible sobre elevada pica en todo el cent
xclama descubriéndose ante la noble enseña
os valencianos, hermosa y envidiable
t: no vayais á mancillarla en las últim
rgas pruebas que ha de vencer vuestro v
patriotismo. Si nos cabe sucumbir lidia
atria, he ahí nuestra mortaja, ninguna m
"¡viva la República!"

iendo de violentas descargas de artiller
paga las postreras vibraciones de la v
; y acometida la plaza al mismo tiemp
as trincheras, se empeña encarnizada luch
iguan las horas que trascurren, ni la físic
de los sitiados, ni la sangría copiosa qu
ército realista.

siempre el primero en toda empresa tem
a á la matanza a sus intrépidos llanero
echo descubierto, intentan desbaratar oc
los fulminantes parapetos que le cierr
s rechazan á porfía.

gas del enemigo se suceden con tenacida
. Los edificios que rodean la ciudadela
cual si socabados los cimientos fueran

dos de ellos se incendian, y las llamas
o impele hacia el combatido recinto, au-
gonía de los sitiados.

ra la lucha, cada vez más frenética y más
y retumba el cañón con ronco estrépito;
fuego del incendio; y se abaten mal cimen-
; y arroyos de sangre brota Valencia, heri-
nda.

del indomable brío que alienta á los re-
 algunas de sus guerrillas se resienten al
extrema flaqueza; la superioridad del ene-
obre ellas y amenaza aplastarlas. Perse-
stante, en sostenerse; pero á cosa de las
tarde, la artillería realista, á par que
cañón que defiende los ángulos del Toro y
abre ancha brecha en aquella trinchera,
na enemiga asalta el arruinado parapeto,
us postrados defensores, é intenta penetrar

ados se estremecen como tocados por un
dido. La plaza está tomada; invencible
za un instante á los más esforzados; y to-
tan por perdidos, cuando Escalona y su
Teniente Coronel Uzcátegui, acuden sable
a cabeza de un pelotón de bravos al lugar
, cierran la brecha con sus cuerpos, cargan
ta la columna invasora; y apoyados por

los certeros tiros de un obus que el Capitan Velazco monta rápidamente en batería sobre los escombros del vencido baluarte, reconquistan la posición perdida, aunque al precio inestimable de la vida de tan valeroso Capitan.

Aquel frustrado asalto, en el cual pierden los realistas más de doscientos hombres, amengua y pone á raya la impetuosidad del enemigo; y como al propio tiempo y con estragos, Boves y Cajigal se vieran rechazados de todos nuestros flancos, suspenden el combate, ganan sus respectivos campamentos, y centenares de cadáveres dejan abandonados en las desiertas calles.

XVII

Esta victoria inconcebible, la más gloriosa acaso de cuantas alcanzaron nuestras armas en aquel largo sitio, agota por completo las muy escasas municiones y las exiguas fuerzas que aun poseyeran los sitiados. Atónitos se contemplan los destrozados triunfadores; podría creerse que en el fondo del alma les pesase tornar á verse cara á cara con la miseria y con la vida, cuando estimaban imposible poder sobrellevarla por más tiempo.

La noche se extiende pavorosa tras la cruenta jor-

VENEZUELA HEROICA

como si el sol, para siempre apagase la tierra á eterna oscuridad. Todo caló y el pobre recinto: Valencia agoniza en las ruinas.

Aquella noche cruel era la misma en que se disponía á dejar á Caracas; con el amanecer de la aurora, tomando el camino de la costa. Excepto el agua, que las frecuentes lluvias les proporcionan con alguna abundancia, los carecen en absoluto de medios de subsistencia: poco ganado, y los escasos cereales y legumbres no han podido introducir en la ciudad. Desde entonces, hacía ya muchos días que se habían agotado así como los caballos y los burros, el pobre pueblo, después de devorar los animales, roe con desesperación las piltrañas, hasta que hubieran despreciado y hasta comido los excrementos.

Los que sobrevivían á tan dura miseria eran pocos: más que hombres parecían esqueletos; la vida era completa; muda y desgarrada. A los gritos desesperados, á los famélicos rostros, á las imprecaciones y amenazas que diariamente se oyeran resonar, había sucedido solamente un silencio tan sólo por lúgubres rumores, un estertor lento y sombrío de la moribunda ciudad. Apesadumado Escalona de los padecimientos

~~~~~

eblo (cuya espontánea inmólación encarece a la historia), al par que convencido de la ad de sostenerse y escudarlo por más tiempo, á evacuar aquella misma noche la ciudad, atraer sobre sí todo el furor de Boves; pero uarda hasta el amanecer, á los varios explod e de buena voluntad se le habían ofrecido cionar las posiciones enemigas, con el objeto r á las tropas una fácil salida. Aquellos os no vuelven, aprehendidos por las patrullas n sido pasados por las armas; y el sol se inando los aprestos de Boves para un nuevo

¡ muramos peleando " grita Escalona, empu- a los muertos á defender las débiles trin-

bstante tan ruidoso aparato, el enemigo hostilidades esta vez, á arrojarnos desde los las casas copiosa cantidad de granadas de , embestir la plaza con una fuerte división erta del cementerio. No consigue empero, se de aquel campo de muerte, y al cabo de de inútiles esfuerzos, suspende el ataque, asta hoy sepamos la razón, y cuando con rzo más, agotados como estaban por parte ados todos los medios de resistencia, habrían terminarnos. Doscientos cartuchos de fusil

y siete de cañón, repartidos entre noventa estropeados soldados, único resto de la valerosa guarnición de la cañale á Escalona.

En el momento fatal: al menor esfuerzo la plaza sería tomada y de seguro sobrepujello.

Algunos, á cual más descabellados y atrevidos, rebeldes de la valerosa oficialidad republicana, prefieren perecer antes que declararse prisionera. Los más desesperados forman un pelotón con los pocos que les quedan, salir de los baluartes, combatir al enemigo y morir combatiendo; otros, prefieren permanecer hasta el último trance, y llegado el momento de aquel sangriento drama, que á nadie se le ocurre huir, se arrojan en el almacén de la pólvora y, al volar, volar el edificio. Triunfan al cabo los que prefieren el tan ruidoso suicidio; pero en vano se buscan materias explosivas para llevarlo á cabo: no encuentran: la miseria, cómplice cruel de la desgracia, niega á sus víctimas hasta la aureola de la gloria.

Despechados dirígense á Escalona sus compañeros, le piden las armas, y le suplican que los lleve á la victoria gloriosa. Escalona sonríe, y aplaza la ejecución del proyecto para la mañana siguiente, si no se obliga el enemigo á violentarla con alguna acción. Trascurre empero todo el día sin que el enemigo se mueva á hostilizarlos; llega la

3; previénense los republicanos al desesp  
de tan repetidas heroicidades, y prestos  
rdamente, ven asomar la aurora y leva  
o sol que ha de alumbrar su postrer sacrifici  
La inmovilidad que guarda aún el enemigo  
plican los sitiados sino como refinamiento  
el cañón fatigado, parecía dejar al hambre  
misión de los rebeldes.

Rugidos de indignación provoca en nuestras  
nte amenaza. Escalona organiza su col  
ie, y va á lanzarse fuera de las trincheras  
ibito, á cosa de las diez de la mañana, rai  
s de tambores y víctores al rey resuenan e  
alista, donde al fin de una salva de veinti  
; aparece una bandera blanca. Sorprendi  
os sitiados ante aquella inesperada insinu  
y aunque temerosos de ser víctimas de al  
del enemigo, izan igual señal en el balu  
e, á donde acude al punto un edecán d  
dor de un pliego para el Gobernador milit  
. El Comandante General de las tropas  
one entrar en negociaciones de capitulación  
rno de la ciudad sitiada, y adjunta las ca  
e de recibir de Caracas, autorizadas con la  
lustrísimo Arzobispo Coll y Prat, y de otro  
s ciudadanos, por las cuales se imponen los  
aber sido la capital ocupada el día siete por  
del rey, como así mismo de la retirada que

~~~~~

prendido Bolívar hacia las provincias Orientales, dejando á Valencia á la merced de Boves, quien "por humanidad" le abre las puertas de una honrosa capitulación.

Vivo estaba el recuerdo de las atrocidades cometidas por Calzada, en San Carlos, donde el cuchillo del sanguinario triunfador no exceptuó de sus iras á los niños, á las mujeres, á los sacerdotes y á los ancianos, refugiados en los templos, que profanados fueron con impuras y sacrílegas crueldades, para confiar en los sentimientos generosos de quien no supo nunca compadecer ni perdonar.

Pero apesar del poco crédito que inspira la fé púnica del feroz asturiano, Escalona se apresura á reunir el Cabildo, los vecinos notables de la ciudad, el clero y los militares de más alta graduación, para resolver si ha de ser ó no considerada la proposición del enemigo; hace patente á la asamblea su renuencia á fiar en las promesas de tan falaz aventurero; mas como después de largas discusiones, viera á la mayoría de aquella junta inclinada á tratar, por carecer de medios de resistencia, cede al cabo, y exige una suspensión de hostilidades. Luego acuerdan ámbas partes las bases de una capitulación que negocian el coronel Uzcátegui y el Doctor Miguel Peña, nombrados por Escalona; y Valencia se entrega, y no embargante la palabra de Boves, empeñada en el fiel cumplimiento de tan honrosa capitulación, no tarda

ser violada con escándalo de la moral, del derecho y la humanidad.

el ejército realista, después de largo plantón en las afueras de Valencia, penetra al fin en la ciudad heroica, y, sorprendido á la vez que irritado, apenas cree que lo hayan detenido tanto tiempo aquellos débiles soldados, roídos por el hambre, sin un grano de pólvora, y en su mayor parte inutilizado el armamento. En la entrega y recibo de la plaza, presiden cortesías que apaciguan los conturbados ánimos; y, después de haberse posesionado Boves de la codiciada presa, abandona á saco la ciudad, y comienza el degüello de los valencianos.

El conde de Cajigal, hombre recto aunque débil, se ve impotente ante tan criminales demasías, su autoridad no alcanza á atemperar los desordenados arrebatos de aquel aventurero, mimado por la fortuna, y justamente enorgullecido con sus recientes triunfos. La medida del Capitán General queda burlada: la sanguiñalesca no obedece otra autoridad que la de sí misma, y éste, ya en la cumbre de su preponderancia, no reconoce freno capaz de dominarle. Antes de ser rey de España, aquel fiero caudillo de carácter duro y alma de titán, obedece á la impetuosidad de sus pasiones, á la sed de venganza que lo anima, á sus instintos sanguinarios y á la ambición de ensangrentar de la tierra que empapa en sangre, y surcada con su espada.

XVIII

mónstruo, á quien dotó el destino
 endo, tan solo comparable á su cruel-
 empla friamente la matanza de aque-
 on creyendo en su palabra.

es el terror que se propaga en la
 la hoja del cuchillo con que Boves
 ña, recorre frenético las calles á la
 npañía de desalmados que él mismo
 : degüella en los hospitales los heri-
 arteles y las casas donde se encuen-
 verdaderos héroes de tan recias jor-
 eto por la gloria los befa y sacrifica.
 el hogar hiere al esposo que en vano
 os de la esposa. “Piedad ! misericor-
 nada oye ; sordo á todas las súplicas,
 aternal arrebatá á los hijos, para darles
 so contempla el pavor que causa su
 ble de sangre y de agonías, no des-
 e tarea que ha comenzado ; mientras
 de regalada música, y en medio á
 n los sanguinarios triunfadores con

hermanas y esposas de sus víctimas, llevadas por fuerza á aquel sarao del crimen.

Uzcátegui, Paris y Alcover, los hermanos de Peña, denodado Espejo, Gobernador civil de la heroica Valencia; cuarenta y ocho respetables ciudadanos y más sesenta jefes y soldados perecen á manos de Morales. Los que se salvan del degüello lo deben al oro ó á la astucia: Escalona y el Doctor Miguel Peña, se escapan osadamente de la casa de Boves donde estuvieran encerrados, y á favor de un disfraz, ganan el campo y guarecen en los bosques.

Cansado de matar, Boves reorganiza el ejército; manda á Morales con una división de 6,000 hombres los alcances de Bolívar; manda á Calzada salir al frente en seguimiento de Urdaneta; y encomendando Dato, Gobernador verdugo de lujosa memoria que puso á Valencia, completar el castigo de la ciudad rebelde, el soberbio asturiano desconoce la autoridad real; y en tanto que el burlado Capitán General, marcha á Puerto Cabello, dirígese Boves á Caracas donde le esperan los laureles del triunfo.

Zaragoza, por heroica, no desdeña á Valencia; esta no aquella, tuvo su Palafox, su alma inflexible en Escalona, que luchó denodado hasta quemar en sus fuertes el último cartucho. La una en España, llena de justo orgullo, gritará eternamente: "Preferí morir en polvo y desaparecer, antes que abrir mis

VENEZUELA HEROICA

invasor extranjero". La otra e
llamar con la misma arrogancia:
el absolutismo fué degollada en



ATURIN.

MATURIN.

1814

I

A Oriente! á Oriente! á reparar nuestros desastres y á proseguir luchando!" dice el Libertador á sus soldados al dejar á Caracas el día 7 de Julio de 1814; y los gloriosos restos de aquellos batallones despedazados en "La Puerta", toman al trote la vía de Barcelona, en seguimiento del vencido gigante.

Tras ellos, sordo murmullo que acrece luégo con gritos de terror, se levanta y extiende en la dolorida capital, abandonada á la codicia y á las iras de fieros vencedores. Mano de hierro oprime el corazón del pueblo que, atrevido, fuera el primero en proclamar en Sud-América la independencia y libertad del suelo patrio;

VENEZUELA HEROICA

as, desaliento, confusión y espanto se ven por partes. Caracas tiembla acometida de pavor, como ovidos sus cimientos por inesperado cataclismo, para desplomarse. Terrífica locura posee y conmovidos ánimos, y cual si ya se vieran galopar al galope los selváticos corceles de las hordas de Boas sangrientas lanzas enristradas dieran comienzo a la matanza, veinte mil personas de toda edad y condición social, abandonan precipitadamente sus hogares, y, en confuso tropel, siguen las huellas del huido ejército patriota, buscando hallar resguardo y protección entre sus filas.

La "Emigración" llama la historia á esta huida precipitada é inconsulta, á esta romería del espanto que siguió al triunfo de Boves; y con nombre tan vago señálase el período tristísimo de aquellos días calamitosos, en que los habitantes de Caracas, amenazados de exterminio, desalentados en pos de efímera esperanza, y, al fin, exánimes, los unos á causa de la fatiga y los otros, bajo el cuchillo de feroces verdugos de las regiones de donde vuelven pocos, y en las que los otros cautivos á la postre, se mantienen por largo tiempo errantes y dispersos, extenuados por el hambre, por todas las miserias, vilipendiados en razón de su condición, agobiados, en fin, de infinitos padecimientos, sobreviviendo á su pesar á la desaparición de sus hogares, á las duras lecciones de la adversidad, á las desgarradoras que largamente contemplaran, á

desamparo, á la horfandad, al tedio, á
le muy caros afectos, á la trágica muer-
ón libertadora, al desprecio de los en-
fadores, y á las congojas de la Patria
ada.

1, de suyo tétrico y sombrío, nos fuera
nuestro intento de describir el cuadro
lla peregrinación de todo un pueblo,
la muerte, á la muerte corría, si la tra-
de la historia, aunque medrosa, no des-
e el denso velo que oculta á nuestra ge-
horrores ? ¿Dónde mojar la pluma que
e ? Ni ¿ cómo serenar el pensamiento,
empestad de indignación que lo arreba-
e tantos dolores y luégo tantos crímenes,
e desvergonzados, seguros de la impuni-
a la victoria, haciendo presa de aquellos
dos á perecer en las orgías del odio y

empero, ya que á ello nos obliga la na-
de hechos inolvidables y tristemente

II

nontonamiento de fugitivos, mezcla con-
estados sociales, que impetuoso, cual
nte, se precipita de Caracas é invade

los caminos por donde se retira el ejército patriota, putándose el paso, sin atender á fueros ni respetos, á ganar el inmediato amparo de las tropas, se ven años venerables, sin el apoyo de sus deudos, correr ventura; hijos é hijas de familias principales, “que van á sus madres ancianas para irse á una cruz desconocida y llena de peligros”; esposos que siempre han dicho adiós á sus consortes; niños sin padres; madres desoladas; familias enteras, cuyos hogares han quedado desiertos; agrupaciones de labriegos de soldados heridos, de amigos y parientes, á qui presto separará la muerte; patricios de esclarecidos nombres, magistrados de relevantes méritos en la política y las ciencias; virtuosos sacerdotes, distinguidas respetabilísimas matronas, niñas donosas, mimadas de la más culta sociedad de la época, y cuyos delicados pies, sólo habituados á pisar sobre mullida alfombra, desgarran las asperezas del camino; antiguos veteranos mutilados en Valencia ó en Coro, al tronar por vez primera el cañón revolucionario; jóvenes oficiales sin punto, por el momento, en el ejército; fieles esclavos que siguen á sus amos al destierro ó á la muerte; y no es una pequeña parte de aquella limitada porción de nuestro pueblo la más adelantada en aspiraciones é ideas, adicta á la causa.

A pié va el mayor número de aquellos medrosos peregrinos, sin recursos bastantes para tan largo camino.

iaje, y apenas con los vestidos y provisio-
o hubieran, al sorprenderlos la marcha

s paralelas sigue la emigración: el cami-
aña de Capaya y la orilla del mar. Los
ran por las desiertas playas son los que
do embarcarse en La Guaira, á donde co-
sas familias de Caracas con ánimo de ga-
as. Los buques surtos en la rada habían
por los más diligentes: botes y lanchas re-
grantes cubren las olas, procurando, con
acercarse á las naves, llenas de fugitivos
rpar: aventúrase la vida por alcanzar un
puesto en la cala se ofrecen enormes su-
, y corren lágrimas de desesperación, más
as aguas del mar, al verse rechazados:
enazas se confunden en inmenso clamor:

los hijos llaman á sus padres desde la cubierta de los
buques que no admiten ya más pasajeros: las madres
se mesan los cabellos al verse separadas de los caros
afectos de su corazón, errantes aún sobre las olas en
frágiles barquillas y mendigando con empeño ser admi-
tidos á bordo de las naves que, á velas desplegadas, aban-
donan el puerto. Muchos botes zozobran en la lucha, y
el mar sepulta, en medio de la general conster-
nación, las primeras víctimas de aquel inmenso pánico
ne á todos enloquece.

Aléjanse las cargadas embarcaciones con centenares

iotas, que largo tiempo padecerán dura miseria, tan Thomas como en otras Antillas; y los que logrado hacerse llevar al extranjero, ganan la entristecidos, y esperando ser más felices en ale los puertos de Oriente, siguen por el camino hasta á la escasa guarnición de la Guaira que habita aquel puerto.

III

Después de la salida de la emigración, el ejemplista entra á Caracas, cuya soledad le espanta á que le irrita. Perseguidos por él se creen los fugitivos el terror los domina, y mientras no se internan en los bosques de la fragosa montaña de Capaya, sienten el gran desasosiego ni la celeridad que poseen su marcha. Mas, ah! cuántas penalidades no les impone el destino, en aquellas regiones de tan insalubres, pobladas de selvas seculares, de pantanos y numerosos ríos! Insuperables dificultades avasallan las fuerzas de aquellos infelices peregrinos jamás expuestos á tan duras fatigas: después del cansancio, el mortífero vaho de las lagunas los rodea en sus letales miasmas, agótanse al par las fuerzas, y la fiebre y el hambre, como airados fantasmas,

~~~~~  
n, amenazándoles con espantosa muerte. A los  
s de haber salido de Caracas, la inmensa cara-  
úgitivos se exhibe en la más desastrosa situa-  
s, hambrientos, rendidos de fatiga, desampara-  
esperanza de vencer tantas dificultades, los en-  
s peregrinos se arrastran pesadamente en las  
les de aquel largo camino, y con sus lamen-  
el profundo silencio de los bosques. Medias  
y zapatos de raso se hunden en los espesos  
; desnudos quedan delicados piés; vestidos  
os dejan á descubierto formas no profanadas  
retos ojos; gime el pudor, y sus purpúreas  
nas si coloran pálidas mejillas.

ntos pareceres privan en el ejército respecto  
tud de aquella marcha, de suyo trabajosa y  
amenazas contra la disciplina del soldado. Hay  
ponga, como medida de salud, abandonar á  
ébiles de sus compañeros de infortunio, masa  
le mujeres y niños, y reforzar el paso de las  
ra escapar á la persecución del enemigo; pero  
o permite semejante crueldad, y, á pesar de  
por reunirse con Mariño y ganar á Barce-  
s que Boves, á quien supone á retaguardia,  
nce, refrena la impaciencia que le hace padecer  
d con que se mueve la apesurada emigración,  
os infinitos hace por aliviar los sufrimientos  
; desgraciados.

## IV

nas tristes, y por demás desgarrasol de aquellos días de duelo y oculto de las lóbregas noches de las selvas do de tan numerosos peregrinos! Las horas de reposo que les acuerdan y llena de terrores, se oyen dolientes los alaridos contestar al toque de clarinamente, al despuntar la aurora imo de ponerse en camino. Extremable pavor domina á aquellos deses torpe sueño hace olvidar, breves padecimientos á que se encuentran altados se levantan con el ruido que, cual si les desgarrasen los oídos, nancias de la trompeta apocalípticaa, y con ella á todas las miserias que ansa, claman al cielo entristecidos el se aprestan á seguir la dolorosa á cada paso acrece su infortunio todavía soñolientos sobre la dura la ruidosa algarabía del despertar muchos no pueden levantarse, por más

que lo desean, ni sacudir el pesado letargo de la muerte, y enloquecidos con la idea de verse abandonados, prorrumpen en desgarradores alaridos. Otros, á quienes rinde aún más que la fatiga, supremo desaliento, se niegan á proseguir la infructuosa cruzada, y sin que basten súplicas y lágrimas de deudos y amigos, permanecen inmóviles en el lecho de amortiguadas hojas que han escogido para esperar la muerte, prefiriendo exhalar allí el último suspiro, á ir á caer exánimes cien pasos adelante, después de inútiles esfuerzos, en los extensos lodazales.

¡ Qué angustioso clamor en aquellas horas de supremo quebranto! Cómo corren las lágrimas, y sangran y se oprimen los generosos corazones! Cuántos sollozos, desesperación, y gritos lastimeros, y conmovedoras despedidas, al alejarse de aquellos transitorios campamentos, anticipados cementerios, donde quedan abandonados á la crueldad del enemigo y á la voracidad de las hambrientas fieras, tantos amigos y parientes que no se verán más! Y forzoso es partir, y seguir adelante, so pena de perecer desamparados. La conservación de la vida reclama sobreponerse á los más duros sacrificios; el egoísmo, sin amortiguar el dolor, posee todos los corazones. Después de despedirse de sus esposos ó padres moribundos, de sus hermanos y amigos que se resisten á proseguir hacia el Oriente, las madres toman en brazos á aquellos de sus peque-

que no pueden andar, y que les piden  
que las no pueden darles sino lágrimas,  
del ejército. Apóyanse los ancianos  
sobre los hombros de sus hijos, y marchan lentamente  
entre sollozos, sentidas preces por  
su amparo en mortal agonía. Reúnen  
armadas más y más á cada paso, y,  
comprenden sin esperanza la forzosa  
necesidad de llegar á rendir. Los amigos se  
separan mutuamente, ó se separan para  
ir á la ventura por opuestos senderos.  
Las hermanas se buscan sin hallarse en el  
camino, y se ponen en camino, é ingresan en  
el ejército de desconocidos viandantes, así como  
los que en vano claman por sus pa-  
reidos para encontrarlos. El infortunio ata y de-  
truye. En medio á tanta confusión m-  
uchos no saben qué partido tomar; unos caminan  
separados; otros van á buscarlos  
entre las tropas; estos, corren como atur-  
didos de los últimos en el prolongado co-  
rreo de espectros; aquellos, apenas si  
se detienen, en fin, apesarados y llenos de  
dolor, sin volver el rostro hacia el lúgu-  
bre dominio de la muerte, que dejan á la  
suerte en etapa, sembrando la dolorosa  
guerra de cadáveres, caminan disputándose

~~~~~

avidez un puñado de arroz, algunas piltrafas de de caballo, ó simples raíces de plantas desconocidas salvas, para aplacar el hambre, mientras no xámines y dan sus carnes de pasto al pico de los s.

V

imenso rastro de despojos humanos, y profunda ción dejan tras sí los fugitivos: escenas dolorosas ricas se repiten durante aquella marcha desas- al través de las selvas ó por los desiertos arenales costa. Ya fija la atención de los desolados pere- una mujer que yace agonizando en medio del o, junto á un niño de pocos meses que en vano ne, hambriento, el yerto pecho maternal, do la e ha agotado la savia de la vida. Ya es un grupo marcha en pos de vil rocín, sobre el cual va un r que la piedad filial lleva á dar sepultura en bendecido. Más allá, es una madre llena de des- ción á causa del abatimiento de uno de sus hijos, le nueve años, que se niega á seguirla, y á quien s de inútiles esfuerzos, no pudiendo conducirlo s brazos, ocupados como están con otro peque- deja desamparado; y se aleja corriendo como

LA HEROICA

vencida por el dolor y el re-
llama, torna á él arrepentida,
zón, lo baña con sus lágrimas,
esuelta á perecer antes que
un anciano caer postrado en
pirar bendiciéndola con acento
ulto de la general consterna-
ciada, que, enloquecida por la
ne entre sus brazos, con me-
criatura, á quien no alcanzan
y, lanzando agudos alaridos,
ta playa, cual si fantasmas
batarle el caro objeto de su
rde en los extensos arenales,
sobre las rocas de un escollo

lo, multitud de alas negras
n el camino; presurosos se
buitres sobre los abandonados
que se empañe en muchos de
de los ojos, principia con
de la muerte.

se resiste á detallar tantos
históricos, y el pavoroso cuadro
egrinación, á que el terror á
padres: cerremos protestando
tan menguadas, no fué para

aplicio mayor ni el más feroz de los mar-

las paralelas caravanas, inmensos ríos de lá-
corrían hacia Oriente con tumultuosa rapi-
altando entre escarpadas rocas, ora ocultán-
pidos zarzales y dilatados bosques, más des-
siándose, así en desiertas playas como en pro-
azales, despeñándose luego, aquí y allá por
riscos, y estancándose al fin en los inson-
smos de la muerte, tenían rumores de ple-
onancias de infinitos lamentos, y á las veces
de siniestra repercusión, cual las olas que
tre escollos poderoso huracán. Cuando las
tes alcanzan á llegar á Barcelona, donde se
spirando, mermado en mucho se nota su
apenas si pueden dar idea de lo que fueron
En Barcelona y Cumaná sufren aún notable
, y si logran pasar de aquellos espantosos
abiertos por las lanzas de Boves y Morales,
rse en Maturín, allí se estancan para siempre
cen para no verse más.

VI

is nubes asombran los horizontes de la Patria.
trono del sol y anhelado refugio de aquellos
se oscurece á medida que los numerosos fu-
aden las aldeas y se desparraman en las ciu-

dades principales de la comarca, produciendo en toda consternación y espanto. Pálida y moribunda la este de Bolívar tras el fracaso de "La Puerta", amei eclipsarse; y extrañas convulsiones y siniestros rum ocasiona la desesperación en el abatido ejército patr que empujado por los caballos de Morales, alcanza fin á guarecerse en Barcelona, llevando en pos la ac rida emigración.

Con numerosas dificultades de todo género y li tropieza el Libertador al dar comienzo al desarroll sus planes en aquel nuevo y desconocido teatro, d espera levantar su amenguado prestigio con los d llos siempre fascinadores del heroísmo y la victori propio tiempo que reunir un poderoso ejército, y rec nizar con elementos no gastados el Gobierno de la pública. No desmaya empero su vigoroso espíritu sin que sean parte á descorazonarlo, el tamaño y l dole de los inconvenientes que ha de salvar en tan boriosa campaña, se apresura á acrecer, en las pobl riberas del Neverí, sus enflaquecidos batallones. monta buena parte de la caballería, establece seg comunicaciones marítimas entre Barcelona y Cum donde Mariño acopia municiones y recluta soldados á empeño toma revivir, con el propio ardimient postrado entusiasmo de aquellos pueblos, á quienes batallar sin esperanza y los repetidos desastres h ver como ilusorio el triunfo definitivo de una rev eición tan duramente combatida.

~~~~~

ibres reúne en pocos días, los equipa y ced al patriotismo de algunos buenos ciudadanos por anmentar las filas de su pequeño s refuerzos que le ofrece Mariño, se pone va á fijar su Cuartel General en la Villa ntro de las llanuras en aquella provincia, e con este movimiento entre la emigración ma de las divisiones realistas que se pro- rla.

## VII

las del Aragua, á cuya margen derecha de- onada Villa, de antemano elegida para á las operaciones de la nueva campaña, ar, con 700 peones y 300 ginetes, el Co- z, el intrépido Adamastor de las mitoló- de las provincias orientales de Venezue- scaso ingenio, pero de valor incomparable, ciadamente desvanece su gran prestigio el punto de considerarse superior á sus méritos, y de juzgarse muy capaz de li- on su espada, la patria, y hasta el mun- s tiranos.

ble se manifiesta desde el primer momen-

ioso cumanés en sus  
aspirando á menudo el  
n harta frecuencia de  
encillas y emulacione  
ue coadyuva á avigora  
éste, siempre dispa  
ia los mayores resen  
prontas íras y el ca  
nte, nombrándole por  
ldados reunidos en A  
arle á la moderación,  
osible la abierta Villa  
a contrarrestar las vi  
les.

esorte prestigioso qu  
as desasosegadas am  
roto, con el fracas  
muestras de insubor  
era Ribas en Carac  
la Capital; y por cie  
n mucho, las circunsta  
olívar, en tierras del C  
npamento de sus m  
emplar castigo los r  
ar, en medio á la  
ndo, más que nunca,  
Patria.

h, hasta entonces, las latentes rivalidades orientales hacia sus compañeros idente, se manifiestan sin embozo con disciplina y del concierto de las operaciones la precaria situación del ejército cuyas órdenes entraba el indómito rúdez y su despego no escondido á su grado á las decisiones de Bolívar.

## VIII

la anarquía levanta airada sus amenazas en Aragua de Barcelona, y Bolívar, recursos suficientes para decapitarla, la obra ardimiento sin poder abatirla. Pero tanto, avanza por el camino del ejército de 8,500 combatientes, y en 3 de Agosto se prepara al combate.

á los republicanos la superioridad número aventajan sus contrarios. Para equilibrar tanta desigualdad, propónese el aumentar la pujanza de las crecidas huestes, disputándoles con tenaz energía el paso viable por cierto á tal propósito; y al reunir los trozos de la mejor infantería, cubre

## VENEZUELA HEROICA.

---

principal á donde aboca el camino, y la escarpada curva que hacen las montañas de la Villa. Al propio tiempo, en una parte de la caballería en el flanco, entre el río y el poblado, y aperebrado, fía á la bravura de sus tropas la jornada.

Lo que no era posible prever, acoyendo la sorpresa: sin justificada razón, o sin un tan acertado plan, y terco, como en las belladas decisiones, toma empeño en la parte fortificada de la Villa. Con la eficaz cooperación de nuestros aliados por su excelencia, superiores con los de los Morales.

Alguno desconcierto entraña semejante ya del enemigo. No hay en él ni razonamiento bastante con que variar las resoluciones de Bermúdez. El enemigo: supremo es el momento. Bolívar acepta el sacrificio de su parte su autoridad moral, ante el ejemplo de la disolución de las tropas regulares, que aun sostiene la contumacia, mal su grado, con el ejemplo de su teniente; y mero especulando los preliminares de la batalla, o

~~~~~  
medidas conducentes á subsanar en oportuno
consulta y aventurado proceder.

El realista cruza el río por varios puntos
encontrar notable resistencia. Empuja el
republicanos, obligándolo á replegar hacia
el poblado; rodea el ala derecha, donde se
y la compele á ejecutar el mismo movimiento
á todas nuestras tropas al estrecho
cañada de Aragua; y posesionado del bosque
la escasa parte de la Villa, causa horroroso
nuestras filas, al propio tiempo que por todos
los frentes estrecha con grande acopio de infantería.
En pocas horas el cañón enemigo echaba
frágiles trincheras; penetran en las calles
de San Morales, y una á una, van arrebatando
las posiciones que sostienen.

Los niños riñen, empero, con sin igual
valentía la vida y la victoria, y tiempo dan
los valerosos escuadrones de Zaraza, José Ta-
Cedeño y Carvajal, el famoso *tigre en-
carado* hacer prodigios de bravura y cubrirse de

El Libertador y sus tenientes se esfuerzan
á los realistas los laureles que ya les ciñen
en vano el colérico Bermúdez se baña
ciego de despecho, encarama su caballo
sobre las altas enemigas, y apostrofa con violentas

propios y á extraños,
abate cuantas cabezas
ble. Pero no basta el
l.

IX

estrozo incesante que pad
el fin de la jornada. A
el combate la mitad de
revolcadas; los muertos
n por millares, y todo
batalla. Entre otros c
" compuesto de la más
ital, apenas tiene en pi
ite, el valeroso Pedro Sali
iene, recibe una tras otr
postrado así como los r
lón, sin haber retrocedido
e Jefes y oficiales han sic
y sus cazadores ya no c
mas 42 le quedan á Cedei
is el borrén delantero
ra de la espada, un nu
pecho la *cruz de libert*

le metralla le hiere la rodilla y le pone fuera de combate. Zaraza ha perdido en la brega dos caballos, aunque rechazado por la décima vez, torna á ir blandiendo la rota lanza sin conseguir romper contrarios. Todos nuestros batallones están en peligro y próximos á ser desbaratados. Inevitable es el fracaso; pero aun aplaza la derrota la indómita valentía, la extraordinaria valentía de Carvajal, cuyo cuerpo, aunque despedazado, resiste largo tiempo los choques que le da el enemigo. Aquel intrépido

de perdurable nombradía, asombra con su terrible ejemplo á amigos y enemigos. Armado de dos lanzas, agarradas con sus hercúleos brazos con prodigiosa habilidad, maneja con los dientes la brida de su caballo, con la cabeza de sus llaneros impetuosos, paraliza los esfuerzos que intenta el enemigo. Interpuesto entre la destrozada infantería y las masas de tropas enemigas, rematarla les arroja Morales, protege con el peso de sus caballos nuestra debilitada resistencia, acobarda á las veces sin flaquear un instante, é infatigable tiene en la empeñada lucha, hasta que herido mortalmente al apoderarse de un cañón enemigo, rinde sobre el trofeo de su victoria.

Con la muerte de Carvajal sobreviene la confusión y la desbandada. El ejército republicano se desbanda. Bolívar, con los restos de las tropas occidentales, se dirige á Guayaquil por el camino del Carito. Bermúdez, á pesar

luchaba aun con desesperación en el ánimo de disputar y por dar satisfacción á la gloria; fatigado al fin el batallón de contrarios, levanta los acorralados, Monagas y Zaraza, y se arroja á toda brida la vía de Maturín, dejando 1.000 muertos y 2.000 heridos. El general Morales la victoria, y el funesto renombre de alardea con impudencia sus vicios á la causa del Rey. En el campo de batalla, saquea los heridos, y lleva su insania hasta los moradores de la asolada Villavieja, en una muestra de semejante monstruo de sexo, pasa á cuchillo los niños, que amedrentados se esconden ante la batalla; por centenas se refugian en el sagrado asilo; hasta que se consume de aquellos infelices. Después que ya no hubo cabezas que cortar, los muertos de uno y otra bando suman 4.700, todos americanos.

X

El nuevo desastre produce en la comarca violentación. Desbaratado el núcleo principal del ejército, en el cual cifraban los republicanos todas sus esperanzas, nada se opone á la invasión de los realistas en las provincias: con la vencedora división de Morales continúa internándose persiguiendo á Bermúdez, y al tiempo que el ejército de Boves se acerca á la capital, á marchas reforzadas desde la capital.

Se avasalla á Bolívar la dura prueba á que de nuevo le mete el destino; antes por el contrario, su alienación se á medida que la Fortuna le abandona, y sin poder de encadenarla nuevamente al volcado carro de triunfos, corre sin detenerse en Barcelona, que no le da la seguridad de defensa, á reunirse en Cumaribo y Mariño, para poner reparo á tan grave falta.

¡Frustrada esperanza! El desconcierto que ocasiona la retirada de Aragua hará infructuosos todos los esfuerzos encaminados á detener sus desastrosas consecuencias.

El infausto Mariño del infausto suceso, cuya estrepitosa

tosa resonancia consterna á los patriotas, juzga dente permanecer aislado en Cumaná; y resue a las tropas y recursos de qu ca. Sin pérdida de tiempo cor al Coronel Bermúdez, á quien Maturín y marchar con sus f 'aría. Publica la ley marcial; dario de Cumaná y de sus ce imiento del ejército; hace v la gobernada por Bianchi, qu a de la costa; traslada á bo ie y los caudales, en alba a miseria pública y la total ca e atender á necesidades de la ; á Bolívar á tomar de las igles nera avistarse con éste para : ciones que deben practicarse. en, que tales aprestos se te lega el Libertador á Cumar ión tomada por Mariño; con . del ejército á una junta de concertar un plan definitivo a comprometida situación en ancia del enemigo, y la esca nbatirlo abiertamente. Con n ece el acertado pensamiento á Güiria el Cuartel General sobre el golfo de Paria, les

la á la colonia inglesa de Trinidad, medios editivos para proveerse de armamento y más que nunca temeroso de que ganen anárquicas tendencias de muchos de sus jefes, se esfuerza en conciliar los ánimos, en recuerdo de la Patria affigida, y encarecer que á todos cumple de sacrificar para mayores resentimientos. Pero no alcanzan razonamientos de Bolívar á acallar las pasiones que se agitan en aquella Asamblea. Los Jefes presentes, de suyo mal aconsejados por rencillas y ambiciosas aspiraciones, con calor, aunque con débiles pretextos, se empeñan de contradicción, en defender á Cumaná. La Junta decide sin embargo lo conveniente sin que lleguen á avenirse tan opuestos intereses. Al sorprenderlos la inesperada noticia, de la salida de Bianchi con los capitanes de los buques, y del soborno de la tropa embarcada, para la toma del Castillo de San Antonio, se hace que nadie se lo pueda impedir, llevándose y las alhajas que, en mala hora, se le habían quitado.

XI

El acontecimiento trastorna todos los
planes, el desenlace de aquel drama

En esta conflictiva emergencia, resuelve el Li
berador á disputarle á Bianchi los t
errenos que cuenta para salvar la Patria. En
frente de las tropas; corre al pue
blos, en las sombras de la noche, logra emba
rca en uno de los buques que ya se alej

En la orilla de estos caudillos á bordo de
un buque, cierta un instante al infidente avent
urero, viera de luego á luego sostenido p
or las hazañas de Bolívar; es
cuchar de una crecida suma de d
eudas adeudadas las provincias de Marga
ritas introducidos en sus puertos, n
avios y bajeles y caudales robados.

En las amenazas y los ruegos: el Li
berador con atrevimiento en su prop
ósito, el Libertador coyuntura fav
orables las olas, para obligarle, por la fuer

ión de cuanto se ha apropiado, disimula su eno-
nzado con poder castigarle ejemplarmente al lle-
sla de Margarita, donde la escuadrilla debía arri-
er aguada y á proveerse de vituallas.

no era Bianchi poco práctico en achaques de
para caer en semejante lazo. Llegado que
a vista de Pampatar, fondea á distancia de los
el fuerte, desembarca la tropa y la oficialidad
a á bordo, y solo conviene con Bolívar, después
s y tempestuosas discusiones, en poner el par-
sposición del Gobierno de la Isla, y en devol-
s bajeles y dos terceras partes de las alhajas
a en su poder, quedándose con el resto de ellas
es buques más de la República.

iperado en parte aquel tesoro que creyeron per-
olívar y Mariño se apresuran á regresar al
e, ansiosos de ponerse de nuevo al frente del
y continuar la guerra.

as goletas *Arrogante* y *Culebra*, que les devuel-
chi, hacen rumbo hacia Carúpano, puerto ocu-
n por nuestras armas; y en la noche del 3 al
iembre desembarcan para ser víctimas del des-
ento de ensañadas pasiones, y de la injustificable
d de aquellos de sus tenientes principales, á quie-
a la ambición, y en ingratos los convierte el
o.

ante la corta ausencia de Bolívar, grave escán-

XI

imiento trastorna todos los
desenlace de aquel drama

, emergencia, resuelve el L
disputarle á Bianchi los
a para salvar la Patria. En
las tropas; corre al pue
ras de la noche, logra emba
e los buques que ya se ale

estos caudillos á bordo de
instante al infidente avent
e luego á luego sostenido p
reclamaciones de Bolívar
de una crecida suma de
lan las provincias de Marga
roducidos en sus puertos, r
y caudales robados.

amenazas y los ruegos: el
n atrevimiento en su prop
Libertador coyuntura fav
, para obligarle, por la fue

de cuanto se ha apropiado, disimula su enojo con poder castigarle ejemplarmente al lle-
le Margarita, donde la escuadrilla debía arri-
aguada y á proveerse de vituallas.

era Bianchi poco práctico en achaques de
ra caer en semejante lazo. Llegado que
ista de Pampatar, fondea á distancia de los
uerte, desembarca la tropa y la oficialidad
bordo, y solo conviene con Bolívar, después
tempestuosas discusiones, en poner el par-
sición del Gobierno de la Isla, y en devol-
jeles y dos terceras partes de las alhajas
1 su poder, quedándose con el resto de ellas
buques más de la República.

ado en parte aquel tesoro que creyeron per-
ar y Mariño se apresuran á regresar al
ansiosos de ponerse de nuevo al frente del
continuar la guerra.

oletas *Arrogante* y *Culebra*, que les devuel-
hacen rumbo hacia Carúpano, puerto ocu-
r nuestras armas; y en la noche del 3 al
bre desembarcan para ser víctimas del des-
de ensañadas pasiones, y de la injustificable
aquellos de sus tenientes principales, á quie-
ambición, y en ingratos los convierte el

e la corta ausencia de Bolívar, grave escán-

XI

atecimiento trastorna todos los
el desenlace de aquel drama

tiva emergencia, resuelve el Lili
á disputarle á Bianchi los ú
ienta para salvar la Patria. En
de las tropas; corre al puer
mbras de la noche, logra embar
o de los buques que ya se alej

de estos caudillos á bordo de
un instante al infidente aventu
de luego á luego sostenido p
las reclamaciones de Bolívar;
rse de una crecida suma de d
eudan las provincias de Marga
introducidos en sus puertos, n
les y caudales robados.

s amenazas y los ruegos: el p
con atrevimiento en su prop
el Libertador coyuntura fav
las, para obligarle, por la fuer

ción de cuanto se ha apropiado, disimula su eno-
nzado con poder castigarle ejemplarmente al lle-
sla de Margarita, donde la escuadrilla debía arri-
cer aguada y á proveerse de vituallas.

no era Bianchi poco práctico en achaques de
para caer en semejante lazo. Llegado que
a vista de Pampatar, fondea á distancia de los
el fuerte, desembarca la tropa y la oficialidad
a á bordo, y solo conviene con Bolívar, después
s y tempestuosas discusiones, en poner el par-
isposición del Gobierno de la Isla, y en devol-
s bajeles y dos terceras partes de las alhajas
a en su poder, quedándose con el resto de ellas
es buques más de la República.

uperado en parte aquel tesoro que creyeron per-
Bolívar y Mariño se apresuran á regresar al
te, ansiosos de ponerse de nuevo al frente del
y continuar la guerra.

las goletas *Arrogante* y *Culebra*, que les devuel-
chi, hacen rumbo hacia Carúpano, puerto ocu-
n por nuestras armas; y en la noche del 3 al
tiembre desembarcan para ser víctimas del des-
ento de ensañadas pasiones, y de la injustificable
ad de aquellos de sus tenientes principales, á quie-
za la ambición, y en ingratos los convierte el
io.

rante la corta ausencia de Bolívar, grave escán-

VENEZUELA HEROICA

mplo de insubordinacion,
s, y causa de innúmeras d
otegió por el momento los fr

Alejando á Bolívar del suel
nstante en que iba á consu
ra completa ruina, los al
arlo, salvaron de una muert
ador, sino al espíritu de la E
ncarnado.

s dias habrán de trascurrir
emejante acerto. Cuando

eje de la gastada máqui
n ella al precipicio, y va

y sobreviene la noche er
ordimientos; y el yugo de
odas las frentes; y amarg
res de donde ha huido la
ívar se levanta radiosa sobr
a el lóbrego horizonte, y e
s miradas atónitas de sus

ntre tanto, á los que airado
n en el oriente batallando.

que Bolívar y Mariño dejan
despues de entregar á sus
o y las alhajas que hab
que sirviesen á la libertad

~~~~~  
rúpano con 200 margariteños, impacien-  
alto puesto que la defección le había  
o del vencedor en La Victoria. Recí-  
nde aparato militar, y como gaje de  
reséntalo al ejército, á quien ofrece en  
ninar en breve plazo sus envalentona-

engañadora! Los que habían decapi-  
ión, mal podrian revivir el mutilado  
quedaba entre las manos. Inténtalo  
extraordinaria persistencia: los arma-  
cadáveres se agitan largamente en las  
rabiosa agonía, dan á diestro y siniestro  
cierto, espantan y causan pesadumbre;  
ar paralizados en la completa postración  
lustran su inevitable vencimiento con  
voezas que son timbre de orgullo de la  
icana.

### XIII

ipagos deslumbradores en medio de una  
nente oscura, lucen los acontecimientos  
enturosos en tan desastrosa campaña.  
ta Maturín, baluarte inexpugnable de



pero Bermúdez, cuyo carácter impetuoso no con mantenerse largo tiempo á la simple desuelve cambiar de situación aventurando el el todo. En la mañana del día 12 forma tropas en columnas cerradas, les comunica inación, sale de las trincheras cuando menos a sus contrarios, y ardiendo en ira y en sed iza, se arroja de improviso sobre el ejército arrollando á los primeros cuerpos con que su salida.

endido Morales con tan resuelta acometida, real su grado, con una parte de sus tropas, centro de su propia infantería, situada en el los Godos," hace calar las bayonetas, y espera de la violenta carga de nuestros escuadrones, que su caballería, tres veces más numerosa republicana, corre á arroparla con sus exten-

infantes realistas resisten sin desconcertarse choque de nuestros intrépidos lanceros, y una ngrienta, tenaz y enardecida, se traba entonces linada llanura de los Guaros. Los mayores del impetuoso cumanés y de sus valerosos os se estrellan contra las poderosas masas que el enemigo. Después de varias cargas ins, Cedeño, no embargante su probada bravura, zado con violencia, sin que pueda volver á or-



## VENEZUELA HEROICA

---

gunos de nuestros esci  
entre los fuegos de l  
90 lanzas de su caba  
arremolinan, dan la es  
diéndose disueltos en  
abate. A pesar de e  
reorganizar sus revuel  
repetidas cargas de l  
arria, al mayor núme

## XIV

media hora, la fortuna  
realistas. Ni la tenaz  
patriotas, ni el anh  
banderas, la mueve  
ntos el conflicto de los  
lo; y de tal modo pa  
chos de los nuestros l  
npletamente derrotad  
núdez, cuya temerida  
noce límites, y cuya  
medio del combate  
opios compañeros, cont

los amedrentados fugitivos, les comunica todo su ardimiento, y de nuevo los lleva á la pelea. La talla hercúlea de aquel pujante y colérico soldado adquiere agigantadas proporciones en aquel día de extraordinario esfuerzo sin duda el más glorioso que para él registra nuestra historia; magnífico, al propio tiempo que espantoso en la iracunda desesperación que le arrebató, muéstrase invulnerable, y más estragos su formidable acero causa en las filas de Morales, que, todas juntas las cortantes lanzas de los intrépidos ginetes con los cuales disputa la batalla. Por obra de los esfuerzos sobrehumanos de aquel terrible Adamastor, los republicanos se rehacen, chocan por quinta vez, con indecible furia, contra la infantería enemiga, logran romperla en varios trozos que avientan acuchillados y en desórden en todas direcciones; cargan luego de flanco á los desconcertados escuadrones realistas, los ponen en vergonzosa fuga y proclamando airados aquella insólita victoria con entusiastas vítores y aclamaciones á la Patria, se dan á perseguirlos con encarnizamiento.

A 2,200 hombres muertos, 85 heridos y 900 prisioneros, alcanzó la pérdida total de los realistas en aquella tan desigual batalla; y el vencedor recoje como trofeo de su victoria, 150,000 cartuchos, 2,000 fusiles, 700 caballos ensillados, 6,000 bestias en pelo, 800 reses de ganado mayor y todos los equipajes del vencido.

Derrota más completa y vergonzosa, pocas veces la habían sufrido nuestros enemigos. Escápase Mora-

1A 2

~~~~~

ies

ave

tra

bre

ros

IV

o el

co.

log

ial

ned

rit

is

nú

la

al

to

se

nu

to

lec

tiempo respetable actitud asume nuestro ejército sin contar la división de Piar, alcanza á un de 2.200 fusileros y otros tantos ginetes bien s.

is, como Bermúdez, se consideran invencibles número de tropas, y juzgando oportuno rema-orales antes que Boves llegue á reforzarlo, resueltos hacia Urica, acordes en el plan de orse entre las dos divisiones enemigas y batirlas mente ; pero no bien se ponen en camino, cuan- á sorprenderlos en el sitio de Guacharacas la nueva de haber sido derrotado Piar en Cuma-no ménos alarmante noticia de la marcha de obre Maturín, tramontando la serranía de San

de la insubordinación, del menosprecio por lina y de las temerarias presunciones del se- fe del ejército patriota, había sido el desastre rimentaran nuestras armas en su excursión á

Alentado Piar, con haber arrollado en la t de los Frailes á los realistas que guarnecian laza, olvidó, al ocuparla el 29 de Setiembre, las tes órdenes de Ribas de regresar inmediata- n la emigración á Maturín, y antes, por el con- suelve de propia autoridad estacionarse en fenderla, desatendiendo las instrucciones reci- las por mucho empeño que pusiera en acrecer- is y prepararse á resistir á Boves con proba-

VEZUELA HEROICA

to, este, dispuesto á
har á reunirse con M
rios aprestos; apena
ná, cambia de propós
cha contra Piar. A
te mal armados, habí
so su escasa divisió
rte para intentar es
arlo el 16 de Octubre
ngrienta lucha empeñ
acostumbrada impetu
ndependientes que er
3 más fuertes posicio
con su acostumbrada
ortuna; rota su gent
vencedor pasa á cuch
os de Caracas y del

XVI

ción le causa á Ril
e su segundo, que tal
cuyo pernicioso ejem
No se detiene empei

consumados, y contando todavía con poder ir á Morales ántes que Boves alcance á reordenar apresurar la marcha sobre Urica, cuando dificultades atentatorias contra la suprema autoridad que se halla investido surgen á entorpecer sus planes. Mal aconsejado, como siempre, Bermúdez, de carácter voluntarioso y dominante, se niega á aceptar la solicitud de Morales, y propone en cambio la derecha é ir á encontrar á Boves, internándose por la serranía por los pueblos de Caicara y San Félix. Las y acaloradas discusiones engendra semejante acción, que Ribas rechaza por descabellada é imprudente, esforzándose al par en persuadir á su ingobernante, de su injustificable sinrazon. Pero cediendo como de ordinario por la contradicción, no logra imponer sus propósitos, y dejándose guiar por su capricho y voluntad, con mengua de la disciplina y del éxito de las operaciones, pónese al frente de casi todos los cuerpos orientales, sin que nadie se lo pueda impedir y haciendo caso omiso de fraccionar el ejército. Abiertamente con la disciplina, toma la vía de la derecha y marcha resuelto contra Boves; en consecuencia el General en Jefe, fracasado su plan por la obediencia de Bermúdez, se vé obligado á retroceder sólo con los pocos soldados que le quedaran.

Quedado Bermúdez en la montuosa serranía, toma el 8 de Noviembre en la altura de los Mague-

se vió forzado éste á prescindir su reciente triunfo le brindaba, y cion de las numerosas pérdidas teniente, y á la completa de ncontrara todavía; dejando en epublicanos todo el resto del me entregarse, á su turno, á repa que padecieran nuestras armas

vorable circunstancia no fué des nada, como en rigor debía esr secuencia del relajamiento de nuestro campo la anarquía, y tarse un plan definitivo en la á serias medidas de defensa, er itación de las pasiones, y de los e que dividían en Maturín todo- fuerza, sin embargo, en aprovech le dan los realistas, para reorg . pesar de las dificultades que le : ército á 4.000 combatientes; y e se manifiestan sus contrarios en de recursos para proveer al n as y de los numerosos emigrado i, decide tomar resueltamente la que á nuevos y más violentos al rejante designio.

~~~~~

Bermúdez al atrevido intento de salir de licitud del enemigo, por creer temerario impropio una batalla decisiva con ménos de lo que cuentan los realistas; y con prescindencia de que su invencible terquedad suscita en nuestro pueblo á la desobediencia de muchos jefes á quienes induce á no salir de Maricao el ataque en las resguardadas posiciones. Pero resuelto Ribas á procurarse con éxito los halagos de la fortuna, y á jugar el todo, ántes que perecer de aniquilamiento y por efecto de la miseria, detrás de los baluartes de la villa, sola y desamparada en medio de la sierra, no cede en sus propósitos, ó insiste con tenaz energía en marchar sobre una batalla ántes que logre Boves duplicar su ejército con los muchos refuerzos que se le agregan.

La oposición de algunos ciudadanos respetables; que inspiran las virtudes militares de los revolucionarios que éste aduce en apoyo de su inquebrantable decision á tomar la villa, sólo aquellos que buenamente quieran oponerse al cabo la oposicion violenta de la que, mal su grado, se presta al fin á la toma de Urica, si bien despues de producir con la separacion de jefes importantes, privando





gloria combatir á los enemigos de la  
rlos siempre había sido hasta entonces  
lo de todas las batallas por él li-  
ascurso de aquel sangriento primer lustro  
ia de nuestra independencia. Con tal  
s, cual los que atesoraba su indomable  
de sorprendernos que se considerase y  
az de llevar á cima las más altas y  
presas; y la Historia, haciéndole jus-  
t en concederle aquellas dotes propias  
; elevadas cumbres á donde le impul-  
lad de su temperamento y sus pasiones

brumadora con exceso y muy difícil de  
niera por corto tiempo, era la situación  
nos en aquellos momentos de completa  
y de ya próxima é irreparable ruina.  
da de nuevo Venezuela por las armas  
do en sangre generosa, así en los cam-  
como en afrentosos patíbulos, aquel fer-  
independencia y libertad, fuego sagrado  
entusiasmo patrio en la ensañada lid;  
frías cenizas las más lisonjeras espe-  
bos dolores todos los sacrificios tan es-  
mados; y reducida la Revolución, tan  
a en los acuchillados restos del valeroso  
, á debatirse aislada, sin apoyo moral  
os recursos materiales, en un extremo

de Cumaná, á donde la redujeran las  
lucha, la sin par desventura de muchos  
adillos principales, y las muy graves  
a mismos, que llenos de heroísmo per-  
a en sostenerla; escasas probabilidades  
uen éxito brindaban los desesperados  
el momento pudieran intentarse para  
a una pequeña parte de cuanto había  
blica, á contar del día funesto de la  
a de "La Puerta".

ellos 4.000 soldados, restos gloriosos de  
zas de la Revolución, á quienes Ribas y  
ndose en arrogancia y en bravura, acau-  
suprema, victorean con orgullo nuestra  
ra, y prejuizgándose capaces de sobrepo-  
os del más duro destino, marchan osados  
ictoria difícil de alcanzar. Boves entre  
evantada en alto la formidable maza con  
los últimos meses á cuantos ejércitos in-  
; el 5 de Diciembre golpea con ella á  
es, y el inmenso fragor que en breve  
neciendo las llanuras de Urica, anun-  
jornada en donde, vencedor, debía caer  
le asturiano.

---

## XIX

los ejércitos se avistan desde léjos al descender la Mesa de Urica donde el otro lo espera, emoción de inexplicable angustia conturba á los contendores. A nadie se le oculta la supremacía de aquel combate á muerte que presto peñarse, y muy pocos vacilan en identificar la parte con la de la causa que mantienen. Jamás alguna de las que habían librado nuestras estimada de tanta trascendencia, cual la que era. Jamás se anheló tanto, antes de combatir, la victoria, ni con mayor ardor la disputaban los contrapuestos bandos. Ribas, finca en ella aquel día la salvación de la República, la Revolución, próxima ya á extinguirse á pesar de la voluntad que la sostiene; y Boves, nada logrado con todas sus hazañas, si en aquella hora alcanza exterminarnos.

Los gubres presentimientos ceden empero al diviseo de ellos dos campeones que por segunda vez se enfrentan á frente. El recuerdo de su primer encuentro los asalta, produciendo en sus ánimos opuestas impresiones: al terrible asturiano

## VENEZUELA HEROICA

---

dictarle cual presagio funesto:  
lo hace empinar en los estri-  
bia; pero al traves de la nu-  
sus veloces bridones, en va-  
sol glorioso que reflejaran nu-  
rero en La Victoria; y sólo  
faja de sabana que al fin lle-  
ejércitos, la cual se les pre-  
fosa capaz de sepultar en su p-  
despojos.

el ardimiento de tan esfuerza  
á las preocupaciones que un in-  
los. Los tambores redoblan e-  
piafan inquietos los fogosos  
ción posee y levanta los contur-  
ombres formados en batalla,  
y apoyadas sus dos extremida-  
de ginetes, enfrentan Boves  
triotas á quienes Ribas y Berm-  
de su notable desventaja, c-  
ny semejante á la de sus contr-  
retende equilibrar en parte la-  
tas, con el arrojo, jamás bien p-  
s lanceros de Zaraza y Monag-  
de antemano comenzar el c-

Cadeo.

as filas enemigas, y luego volver cara y acometer la espalda.

los extremos de la alineada infantería de Blas Castillo y Andrés Rojas, se colocan los mencionados escuadrones, teniendo á retaguardia el grueso de la infantería mandada por Barreto, la cual ha de apoyar en caso necesario; y algo más lejos, la pequeña reserva encargada de custodiar el parque.

## XX

de esta manera nuestra línea de batalla, Boves, con asombro de todos, intentara impedir distribuidos entre la infantería los tres cañones habían podido traer de Maturín; quedó de un establecido nuestro campo, esperando la orden de comenzar el combate.

provéchase Ribas, de la inmovilidad en que se encontraba el enemigo, para recorrer en unión de Bermúdez la línea de nuestros batallones, procurando comunicar el belicoso ardor que á sus jefes inflama; y así como recuerdan los triunfos inmarcesibles de otros días, ocultanles que en la presente jornada va á decidirse emisiblemente la suerte de la Patria, con prestidigitaciones los exhortan á vencer ó morir y ofrecen gra-

dos á la oficialidad y recompensas pecuniarias á las tropas, si logran arrebatár á los realistas tan deseada victoria.

Con entusiastas vótores contestan nuestros soldados á las exhortaciones de sus jefes; la artillería dispara sus cañones, y Boves, que hasta entonces permaneciera inmóvil y sombrío, cual si no pudiera desechar los presentimientos que le abruman, despiértase de súbito al ruido provocador que meten los patriotas: levanta airada la abatida frente, empuña la poderosa lanza, y abarcando de una sola mirada la colocación de los diversos cuerpos de su ejército, juzga débil la extrema derecha de su línea de ataque, y vuela á procurarle su personal apoyo, á tiempo que los violentos escuadrones de Zaraza y Monagas, parten veloces contra el ejército realista, y formidable choque van á dar en sus flancos.

Toca á los *Rompe-líneas* de Zaraza, cerrar de firme contra Boves, por sobre las descargas de los infantes de Morales, y acaso nunca con más resolución y mayor ímpetu supieron embestir nuestros ginetes. Terrible fué el encuentro y la lucha, aunque rápida, con exceso sangrienta. Boves se manifiesta, como siempre, poseído de aquel ardor incomparable, distintivo de su extraordinaria valentía. Pero por más que en la ocasión hace prodigios de bravura, sus lanceros retroceden después de corta resistencia sobrecojidos de irresistible espanto; rotos, y acuchillados por la espalda, huyen á rienda suelta, sin que la voz tonante de su jefe que, envuelto

los nuestros debatiéndose cual fiera acometida á detenerlos. Colérico, en su desesperado verse abandonado, y como nunca fiero, Boves combatir con los pocos jinetes que le restan: como el rayo de Júpiter, abate ensangrentados osan lidiar con él en singular combate; sigue empero tan personal bravura, y en el fin, solo y expuesto á perecer inútilmente, por retaguardia va á ser acometida toda su intentada desasirse de las audaces picas que van, y volar en auxilio de sus amenazados. En tan supremo trance, la fortuna, de que se sara, le abandona; el indómito potro cuyos briga la espuela del gigante, se encabrita de negarse á obedecer á freno y acicates, y un lado venga la Patria, postrando en tierra, de al lanzada, á aquel feroz batallador, el más cruel de nuestros enemigos.

## XXI

a muerte de Boves, aunque por todos ignorada por momento, la victoria parece sonreírnos; pues de aquel suceso venturoso, todo cambia



## VENEZUELA HEROICA

---

nuevas y tristes faces presentaban, el daño no tarda en decidirse, y lo que el impertérrito Zaraza, jefe de la línea enemiga, Monasterio, situado en el opuesto flanco, mientras el primero, ya vencidos los infantes de Morales, vuelve a la espalda, el segundo, alancea con encarnizamiento, sin que le auxilio, con el grueso de la división con intención de rehacerse, los escuadrones poseídos de inexplicable supremo trance, angustiosa de nuestros batallones; alienta al heroico de Ribas, y el furioso por su parte, á toda brida, á colocarse de Barreto, para llevarlos a la esperanza de ver cumplido semejante sino breves instantes. La división elve la grupa á los realistas antes llegue á impedirlo; y se une a los perseguidos lanceros cuando cae, se arroja sobre la infantería desordena sin que sus valientes se den á evitarlo; y así, revuelta abandona á las cortantes lanzas de los lanceros, y á la furiosa arremetida

de Morales, que deciden bien pronto la jor-

tos, bajo todos aspectos, fué el combate que á la huida de la caballería.

lo Zaraza á retaguardia de las tropas realistas, tro recurso para salvar la vida, que abrirse a fuerza; lo cual logra con pérdida de la te de su gente, y se aleja de aquel sangriento donde es inútil toda resistencia.

dez por su parte, obstinado en su empeño de os amedrentados fugitivos, para revolverlos de batalla, se ve arrastrado al fin, y á su a derrota. Y sólo queda Ribas con un puñaltes, debatiéndose frenético sobre los restos ito, hasta que muerto Paz Castillo, y degollada infantería, no queda en pié un soldado.

ndido por tan completo vencimiento, aquel ltivo, jamás vencido y á quien tanto había fortuna, no sabe huir; y antes que á resolverse espalda al enemigo, prefiere por el contrario, iosa muerte en las pampas de Urica. Pero esfuerza en contrariar la adversa suerte, que no le ha condenado á perecer, no tarde, en aldea, solo y sin gloria, por el cuchillo de osnos. Y vaga errante entre millares de cadáverolento galopar de su caballo, con el uniforme, la espada rota en la convulsa mano y cu-

ue la muerte acuda á detenerlo. se manifiesta como nunca su indofama que se le oyó exclamar enento: "Oh! Patria, oh! Patria! es sepultada, no han podido levanién osará intentarlo?"

nta, se encarga de contestarla al o en que se abrasan las hordas nombre de Bolívar imprecado por izara, no llega acaso á los oídos del nto solo á los furiosos gritos con dadezca atruena el aire repitientaturín, *volemos á degollar allí á los*

ual prestigiosa luz, esclarece de spírira del héroe; la desesperación no sin esfuerzo, á una dulce es-serle útil á sus amigos y la Patria.

Con imperioso gesto osa retar á quienes grita, lanzando á todo es-*alvados! me encontraréis en Ma-* de las cerradas lanzas enemigas, impetuosidad del huracán, y se funesta llanura, donde por la vencido.

stas persiguen con tenacidad, du- á los pocos republicanos que lo-

de la matanza; y al filo de sus aceros, entre muchos patriotas distinguidos, el anz, virtuoso y respetabilísimo letrado, que reclamara Ribas, haciéndole venir de Marsella había asilado, y á cuya prudente medendara el restablecimiento de la independencia entre los jefes militares.

al noble anciano, para con sus verdugos, continente, ni la corona de plateados cae los años le ciñeran la frente; muerte apiadados, y nuevas víctimas continúan que baste á saciarlos la sangre derra-

## XXII

de la batalla, Morales se apresura á hacer, por su consejo de oficiales reunido al or de Boves, en el gobierno militar y por provincias conquistadas por aquel audaz reconocido como tal, asume el mando del de aquellas órdenes que estima conducentamiento de su nueva autoridad, y luégo se cha contra Maturín, á cuyo frente llega el día 10 de Diciembre.

## VENEZUELA HEROICA.

---

los despedazados restos de  
enido á refugiarse la Re  
en las pampas de Urica  
re el cadáver del más  
migos. Y era aquella ci  
lido entre el río Guarapic  
mita al sur, y los mal co  
r entonces la defendieran  
ola plaza militar, y el ú  
n toda la extensión de Ver  
nas.

a de muerte y sin retirad  
la numerosa emigración  
suelve Ribas defenderla,  
aquella ciudad, donde  
la la vida de tantos infe  
toda la energía de su ca  
n generoso propósito aqu  
suran á ponerla en esta  
los pocos soldados que  
la derrota, agregan cuar  
manejar un sable ó un  
erzos no logran organizar  
mayor parte aniquilados p  
bre.

la empero el desaliento,  
recíproca emulación que

urdece, y nada ven como imposible á su  
ura. Con las mejores tropas, cubren los  
les de la extensa línea que les es forzoso  
roveen las baterías de buenos artilleros, y  
on halagadoras promesas á las consternadas  
ya suerte les está encomendada, esperan  
nuevo á la fortuna con los prodigios que  
á realizar la propia valentía.

do Morales de la desesperada situación de  
anos, permanece, no obstante, algunas horas  
ciudad, sin dar indicios de resolverse á

ombre glorioso, y la fama de inexpugnable  
ía conquistado Maturín, impone algún res-  
6,000 soldados de Morales á pesar del be-  
que manifiestan. Y con razón. De todas  
idades, ninguna como ella, en los primeros  
Revolución, había sido disputada con más  
ninguna más heroica. Maturín era el ba-  
os republicanos en la parte oriental de Ve-  
ntra el cual se estrellaran hasta entonces,  
; esfuerzos de los jefes realistas. Sus ba-  
ron á Piar de pedestal, y lo elevaron á  
e nuestros capitanes más insignes; ellas ilus-  
en paladín el 20 de Marzo de 1813, con la  
anzada contra Don Lorenzo Fernández de  
su aliado Zuazola. Un mes más tarde, con

padecer el propio Gob  
obadilla, y finalmente  
itada al presuntuoso

sa á Bermúdez defen  
iunfo, en la recia jori  
cuán distintas eran las  
r había tenido de su  
s grandes causas que  
ón. A Bermúdez lo ha  
de la Patria. Con Ri  
ón. La República ag  
del héroe; y Matur  
renombre de invencible  
de se sepultáran tan g

### XIII

irante todo el día, entr  
la rebelde Maturín,  
ojerla por medio de una  
á intentar el asalto  
10, con 1,500 hombr  
nado el *Hervedero*, á

publicanos, resueltos á procurarse con su  
la favorable coyuntura para quebrantar á  
los, lanzaban de improviso al Coronel Cedeño  
retes, á ver de sorprenderlos. A par que  
cañones de las baterías y terraplenes re-  
ataque de las tropas del Rey, galopa nues-  
ía rompiendo las avanzadas enemigas, y es-  
n todo el campamento confusión y espanto.  
puro pone á Morales aquel inesperado ata-  
lcanzar á reponerse de tamaña sorpresa, al-  
sus batallones retroceden pisoteados y en  
sorden; pero á punto ya, de que la más  
victoria corone los esfuerzos de nuestros  
inetes, el grito inexplicable de Cedeño, *Alto*  
*s, reunión*, mal interpretado por sus fieros  
s desconcierta de improviso, y sin que haya  
levantar de nuevo sus desmayados ánimos,  
bandonando la comenzada victoria, si bien  
haber causado á los realistas considerable

ce el día 11. Profunda consternación domi-  
.000 emigrados que encierra la ciudad. Los  
s del ejército enemigo anuncian una general  
y aquel "miserable rebaño, de ancianos,  
ñios" de que se componía casi en totalidad  
ón, prorrumpe en clamorosos alaridos, cuan-  
e la mañana todo el ejército realista se arroja



## UELA HEROICA

omensa banda de  
esa ; y encarnizada  
as y terraplenes

oras, el reducido n  
iotas á los 6.00  
samente en sus c  
us contrarios adue  
as las municione  
na blanca, ceden  
idad, por sobre la

error llena los ámb  
e espanto, la nun  
o huye despavori  
o socorro ; y sin i  
itada á la ventur  
te.

ulistas de las bat  
do por sus distir  
l empeñan con  
en vano pretende  
ofe : inútiles son  
bas y Bermúdez e  
gaotescos ; su des  
todo un ejército  
ad parece acrecer

os tempestuosos corazones; poseídos de frenética se arrojan sobre las columnas de Morales, y ellas como simples soldados, é ilustran su ruina con hazañas titánicas.

os, envueltos, acuchillados por la espalda y fusilados por los flancos, sin que baste su decidido empeño en resistir y rechazar el huracán de fuego que invade á ellos, la onda enemiga los abate, pasa sobre ellos como una ola de sangre, y con el degüello de millares de soldados sella Morales su victoria, y venga los 1.000 muertos que pierde en la jornada.

## XXIV

Las escenas finales de este espantoso drama, no se pueden describir. Cuánta sangre inocente derramada por los soldados! Cuántos dolores! Cuántas lágrimas! El fuego y el incendio se alían para destruir á los vencidos. La edad ni sexo respetan las hordas triunfadoras su saciable sed de sangre y de venganza.

Abrazado en brazos de su esposa, rinde la vida el noble y virtuoso patricio, Francisco Javier Uztáriz; y entre perecen en la horrible matanza José María Ignacio Uztáriz, Vicente Blanco Uribe (\*),

abuelo paterno del autor de este libro.

Blanco, Juan Aristeiguieta, Javier y Pedro, José María Emazabel y otros y otros distinguidos patriotas, en tan crecido número que sería prolijo enumerarlos. (\*) Citemos, empero, el nombre respetable de la víctima más, el del anciano Francisco José Monagas, cuya muerte realza heroico rasgo de amor filial y de patriotismo. Rodeado de su numerosísima familia, resignado a la muerte aquel patriarca, cuando galope ve llegar al mayor de sus hijos, el coronel Tadeo Monagas, quien armado todavía de la lanza con que desesperadamente ha combatido en el último trance, echa pié á tierra con precipitación, poniendo la brida de su caballo en manos del hijo, exclama conmovido: *Montad padre, montad; esperad un instante, podeis salvaros todavía atravesando el arapiche.* La madre y las hermanas del heroico se arrojan á sus brazos; pero el anciano las aparta al instante, y dirigiéndose á su hijo con el corazón sereno, aunque inundados de lágrimas los ojos: *¡montar!*, le dice, con enérgico acento, *mi vida, ¡montar!*, *le, salva la tuya que ha de ser útil á la Patria.*

Aquellos soldados enfurecidos [los de Morales] ya no oyeron sus oficiales ni de su general. El fuego y el hierro acabaron entonces la rebelión de Venezuela. Allí perecieron muchas principales familias desde sus cabezas hasta sus esclavos. Allí en poder del vencedor las armas, las municiones y los restos de las banderas que aquellos habían podido llevar consigo. etc., etc.—  
*sobre la revolución de Caracas por (el realista) José Domingo*  
*na 135.*

monta en la grupa del caballo á un niño de nuevos, y agrega despidiéndole: *también salva á tu no, y que Dios los proteja.* Monagas obedece, las bandas de asesinos escudando con el cuerpo hermano Gerardo, y gana el campo por el paso del dero, acaso en el momento en que su anciano espira mutilado á sablazos.

En la espantosa confusión de verdugos y víctimas, que á la batalla, logra Bermúdez escaparse con alginetes en dirección al Tigre. Otra partida de sos huye hacia Punceres, buscando guarecerse bosques del Buen Pastor. Algunos más alcanzan giarse en los pueblos de la costa. Y Ribas, con ocho oficiales, se abre paso y gana la llanura. ro, antes de salvar los terraplenes, pára de pronto oallo al divisar un niño que huye despavorido de cendiadas baterías en solicitud de su familia; y ciendo en el azorado fugitivo al menor de los hijos m Javier Uztáriz: *Mariano (\*)*, exclama, dete- lo, *¿sabes de mi familia?* Y como recibiera del na respuesta negativa, ardientes lágrimas sorpren- s ojos del guerrero y surcan silenciosas el bello ros- soberbio vencido que, despechado agrega, par- nuevamente á galope: *Si encuentras á mi esposa, e aun estoy vivo.*

Este niño, el menor de los hijos del desgraciado Uztáriz, fué ado anciano que hemos visto descender al sepulcro ayer no más lo por los años, pero lleno de merecimientos.

os, empero, estaban ya los días de aquel  
signe, y eran muy pocos los que debían so-  
a trágica muerte de la Revolución. Su es-  
ndorosa se había eclipsado para siempre en

## XXV

la estaba sojuzgada. Por segunda vez, la  
lonia había extrangulado á la República.  
Andes hasta el golfo Triste, dominan, como  
solutos, los crueles vencedores: y sin em-  
complemento de la feroz victoria del viejo  
sobre la República, parecía indispensable  
batalla más contra una fuerza poderosa, aun  
: contra el alma de José Félix Ribas. Era  
mostrar aquel gigante, en cuyo espíritu, como  
de volcánico monte, se agitan todavía ame-  
s llamas del incendio apagado con sangre en  
ciudades.

a la fortuna á nuestros enemigos, no ha  
el nuevo triunfo que ambicionan. El venci-  
la Revolución se completará en breve con  
de su postrer caudillo. Ribas, siempre so-  
esar de verse errante y fugitivo, pretende  
e á los decretos del destino; y engañado

gadora esperanza corre á precipitarse en el bismo abierto para él.

ndonado por casi todos sus compañeros de peretras muchos días de incesante vagar, logra al cabo á los bosques de Tamanaco, con ánimo esar los llanos de Caracas, tirando hacia Bar, en donde erradamente supone todavía al Urdaneta lidiando por la Patria. Enfermo, y ya sin otros compañeros que un oficial de confianza, un fiel criado y un medroso guía, se para cobrar aliento en la parte del bosque inmediata al Valle de la Pascua. Transidos todos re y de miseria, decide Ribas, enviar á su fiel procurarse algunos víveres en el vecino pueblo reflexionando, que por no ser el elegido práctico lugar puede inspirar sospechas, encarga al guía una comisión, y éste, confiado en el conocimiento de la localidad, se presta á practicarla con cautela. Y parte, y se aventura en el poseservando sigilosa reserva; mas, no embargante discreción, despierta alguna desconfianza, y no en le acuse de sospechoso. Conducido ante el turba, se contradice; el tormento le hace alzar su secreto, y á la cabeza de una tropa de malos esbirros, torna al lugar donde dejara á los malos fugitivos, á quienes dormidos los encuen-

despierta maniatado. El moderno Sansón, no puede defenderse. La sangre de sus ñeros corre en el propio instante, y en el momento en donde los sorprenden; la del indefenso la reservan los cobardes sicarios para saciar el feroz populacho.

Desde el poblado en poblado hasta la aldea, desde donde lo reclama con empeño para que te el Teniente Justicia Barrajoba, frenéticamente corre á encontrarle, y paso á paso le convenciendo con obras y palabras soeces, sin darse cuenta de la altiva del vencedor en La Victoria se levanta sola, apesarada. Y erguido, como en orgullosos de sus mayores triunfos, la sonrisa se refleja en los labios, y el amor á la Patria viva en él, rinde la vida el invicto guerrero á manos asesinas, desafiando la muerte y llevando la vida y espanto á sus propios verdugos.

## XXVI

Termina su carrera de triunfos, á los 39 años, el valiente lidiador, á quien Bolívar apellidara *el* Asesino. Así el soberbio atleta selló sus credenciales de valiente. Su muerte privó á la Patria de un po-

defensor de aquellos sus derechos ultrajados, que mente tornará á ventilar; para los realistas fué de gran satisfacción: aquella espada los había do en cien combates, y Horcones, Niquitao, Vi-, Ocumare del Tuy, La Victoria, y la primera obo, eran inolvidables.

Utilizado el cadáver del héroe, “la poderosa diestror de los enemigos de la Patria, fué colgada en lo á media legua de Tucupido en el camino real”; eza frita en aceite y puesto en ella, por escarnio, ro frigio “que usara siempre como emblema de rtad”, la encerraron en una jaula de hierro; y prisa en enviarla á Caracas, en cuya plaza ma-), se colocó en una horca levantada al efecto para ia afrenta; y luégo, aquel augusto despojo que mente negaron á la tierra, lo mantuvieron suspen- durante muchos años, en la llamada Puerta de as, á la salida del antiguo camino de La Guaira, maudo con ello toda la importancia que daban á muerto y todo el odio en que los abrasaba la ven-

lantos y tan dolorosos sacrificios probaron la virtud iestros padres. El período cruelísimo de guerra á e, en los años de 13 y de 14, retempló la energía uellos hombres que debían perseverar en el pro- de libertar á su país; él aparece hoy cual for-

Hoy Plaza Bolívar.



unque, sobre el cual golpearon sin las espadas que no tarde deberían cortas.

no concede á sus criaturas grandes ués que ardientemente los han solicitado por muchos sacrificios y altos merecimientos dignas de obtenerlos. Probados en triunfo debía encontrarlos fuertes y poner su obra á la altura de los inmensos que les había costado. De la sangre res renacerá en breve la República.

812, la Revolución se dejó maniatar

En 1814 fué degollada en Maturín y sepultarla. Sobre la lápida mortuoria de los reyes el ejército expedicionario de soldados, orgullosos, montaron guardia que un pueblo ingrato escarnece y á repartirse los despojos.

¿Quién osará resucitarlo? ¿Quién hará en la completa postración en que y á las fuertes, nadie es capaz de sospechar? Dios señala un gran proscrito, que de la Patria, cruza el mar, con el corazón; pero con el alma llena de esperanza le hallaréis combatiendo de nuevo en la nuestra vecina hermana, y al mismo tiempo la Revolución recibe el golpe de gracia en la batalla de Bogotá victorea con entusiasmo y triunfo.

LA INVASION ,  
DE LOS  
ISCIENTOS.



# EVASION DE LOS SEISCIENTOS

IMPROPIAMENTE LLAMADA

RETIRADA DE OCUMARE.

---

17 de Julio al 27 de Setiembre de 1816 ).

## I

había muerto, inclusive la esperanza, cuando el Abril de 1815 llega á nuestras costas la gran noticia del General Morillo, á quien el Rey Fernando VII encargara de la pacificación de las provincias elevadas en 1810; y la época triste de la dominación española principia para Venezuela con el destierro de la Isla de Margarita, refugio de patriotas que lograron escapar de las sucesivas persecuciones de Barcelona, Cumaná y Maturín.

Como se le ofrecían las circunstancias al soberano, vencida como estaba la revolución, y en el más supremo desaliento cuantos con no-

~~~~~

ble estímulo la hubieran fomentado. Pero
llo, por las condiciones de su carácter, du
con exceso, ni por las escasas dotes de su
hombre propósito para llevar á término fe
comisión que con plenos poderes se le había
do. Brutal, despreciativo y sin piedad pa
cidos, desmintió de obra lo que prometiera
una situación muy semejante á la de I
creó á Venezuela, sobrepujando á aquella
catos que se cometieron sin escrúpulo co
pública y privada de un pueblo desgracia

En cambio del generoso bálsamo que
ra cicatrizarse las múltiples heridas abiert
Morales, y tantos otros como ellos, de fun
aplicóles el corrosivo apósito del odio y
con la violencia más desatentada; y cayó
pueblo empobrecido, los empréstitos forz
tros, que en poco tiempo se elevaron
22.000,000 de pesos, la confiscación de las
particulares á favor de los soldados español
torio alojamiento de la oficialidad expe
escarnio, las más veces, de la decencia y de
las delaciones falsas, cuyos autores se p
injustas prisiones, de cuya injuria no
petabilísimas matronas; los ultrajes de
linaje, la burla cruel, el escarnio insolent
de guerra permanentes; y la aplicación

menores faltas (*): considerándose con hasta el silencio, y, ay! no pocas veces piros y las lágrimas.

califica, sin embargo, aquella su execrable era de regeneración para la insulta

la corte de aduladores cobardes, y

codiciosos, que gira envilecida en tor

tas, se encarga de trasmitir á la posterid

comio y ruin lisonja, los desmanes y o

quel brutal caudillo, como la manifestaci

e de las grandiosas especulaciones del e

io, y la más eximia gloria de aquella caus

del mundo representó en América el di

tico. *No he cesado de trabajar*, decla

ficador á punto de marcharse á Cartager

tranquilidad á Venezuela, y cerrar l

empre abren los disturbios etc. etc." (**

no cruel! que no se cansa de repetir,

os venezolanos, "*por la actividad con q*

ciliado, y dándole seguridades de su aprec

dispuesto á sacrificarlo todo por la pr

os. Pero, ¿á qué sorprendernos con sen

lumbres? ¿No ha sido éste en todas éi

arado lenguaje de todos los tiranos cuar

ena capital se impuso á los panaderos que vendie
mlares, y también á los ciudadanos que lo compras
bía ser para la tropa española".

lama del 1º de Junio de 1815.

jar! Oh! todos, todos, parece que
r la misma boca! Boca de sirena con
y dientes de acero.

lelante!

undo resistencia en Venezuela, no obs-
gelado hasta la saciedad, y reducido
s moradores á la más absoluta miseria,
pacificar á la Nueva Granada, con
arios y 3,000 soldados de Morales, de-
as al Brigadier Ceballos con el cargo
itán General, y establecida la famosa
tros, bajo la presidencia del Brigadier
oxó, rapaz administrador de la hacienda
la, y en el hecho, verdadero Capitán
encia del Pacificador.

II

ra un cadáver, que, si no inspiraba com-
atormentaba á sus guardianes con la
ues ni remotamente se temía que pu-
Su alma, Bolívar, después de levan-
nás, con' poderoso vuelo, en Bogotá,
ida y desgarrada, frente á Cartagena
ntrigas, hijas de la malevolencia y la

rivalidad de émulos mezquinos, celosos, con prescindencia de los sagrados intereses de la Patria, de la grandeza indisputable del Libertador, quien, abnegado hasta el martirio, prefiere la expatriación á levantar el estandarte de la guerra civil, y errante, aunque sin abatirse bajo el peso de su doble proscripción, cruza de nuevo el mar, y va á fijar su incierta planta en la antigua Xaymaca (*).

Solo, y abandonado por la fortuna, contempla entristecido á Venezuela, la amada Patria, desde lejana Antilla, llora con ella su libertad perdida, la sangre inútilmente derramada, los bárbaros ultrajes que la abruman; y viva, como nunca, en el alma del proscrito, aquella fé ardorosa en el propio valer, en sus inspiraciones, y en los futuros y grandiosos destinos que Dios reserva á los esclavizados pueblos Sud-americanos, persevera incansable en el propósito de levantar la Patria de su completa postración. Lucha esforzadamente contra el duro egoísmo, los encontrados intereses y las mezquinas pasiones de sus vencidos émulos; y sin desalentarse con los inconvenientes que á cada paso se le oponen, nuevo Prometeo, devorado por el oculto torcedor, de su forzada impotencia, se debate con desesperación, en tanto que, inicuos crímenes y vejaciones tantas, soporta aletargada Venezuela. Y sucumbe la heroica Cartagena después de largo asedio; y co-

[*] Jamaica.

mienza el degüello en las regiones que baña el Magdalena; y la victoria de Cachirí entrega maniatado al vencedor el Vireinato de Santa Fé; y Bogotá, Mompox, Zipaquirá, Leiva y Ocaña, así como el Socorro, Veles, Tunja, Cúcuta, Neiva y Popayán, presencian aterradas, el suplicio de sus más esclarecidos ciudadanos. En todas partes se levantan patíbulos donde corre á torrentes la sangre de los republicanos, sin que alcance á satisfacer la sed de sus verdugos; y el Pacificador repite las extorsiones que practicara en Venezuela; y á las esposas de algunos hombres eminentes se las condena al látigo ó al duro destierro; y sobreviene la calma abrumadora del vencimiento, llena de amargas lágrimas, de postración y de miseria; el temor ahoga los suspiros; y el silencio y la muerte imperan largo tiempo como en la soledad de un dilatado cementerio; y desde Guayaquil hasta Angostura ondea terrible y victoriosa la bandera española.

¡ Señor, dónde está tu justicia ! ¡ Hay que desesperar de tu misericordia ? ¡ Deben los hijos de este suelo de América abandonar toda esperanza y someterse al yugo del opresor insano ? No ! Levantaos, nobles aspiraciones ! Sus, al combate ! émulos generosos de Ricaurte y de Ribas ; perseverad y triunfareis ; ¡ “ Boyacá”, “ Carabobo”, nombres gloriosos de futuras victorias que han de coronar vuestra constancia, están escritas con caracteres de fuego en la espada de Bolívar : ella torna á irradiar, apresuraos á reconquistar vuestros derechos !

III

ombre generoso tiende al proscrito protecto-
el ilustre Petión, presidente de la República
reconoce en Bolívar al futuro libertador de
mente, al creador inspirado de Colombia, y
t los arsenales de los Cayos de San Luis,
la nueva expedición de reconquista que lle-
Patria.

tanto, las frías cenizas de la apagada hoguera
ria, recalentadas por el despotismo y los ul-
an nuevo calor en Venezuela; y las postreras
l extinguido incendio, que, cual fosforescen-
árnagas cruzan inciertas la oscura noche del
colonial, agitándose en los bosques del Orino-
leño, en las llanuras de Barcelona con Mona-
, Rojas y Barreto, en las montañas de Cha-
con Zaraza y en las pampas del Apure con
edilla, adquieren en los comienzos de 1816
s proporciones, acrecentando la furia y la
que produce en los dominadores, la insurrec-
argarita, y las proezas de su heroico caudi-
ral Juan Bautista Arismendi.

as por el Libertador, á fuerza de constancia y

laboriosidad, las infinitas dificultades que se
sus proyectos, consigue organizar la atrev
ción que ha de invadir á Venezuela.

El 20 de Marzo de 1816 se hace á la
puerto de Acquin (*), la escuadrilla invasora
por el marino Brion, rico armador de Curaz
Bolívar concede el nombramiento de Almirante
goletas mercantes armadas en guerra compo
armada: hace de capitana la *Bolívar*, á cuy
el Libertador con su Estado Mayor, y el
Brion, la cual comanda el Capitan de fraga
Beluche; navegan en la *Mariño*, que dirige
los Generales Mariño, Piar, Mac-Grégor y
ciales; y en la *Constitución*, la *Piar*, la *Bric*
y *Conejo*, regidas por los Tenientes de na
Pinell, Rosales, Ferro y Lominé, va todo
abundante en municiones y fusiles, y el resto
pedicionarios cuyo conjunto no excede de 24
dose entre ellos, inclusive el Libertador, 4 g
coroneles, comprendidos en este número
Estado Mayor, Ducoudray-Holstein, y el Su
los Soubllette, que en breve ha de ocupar el
primero; 22 comandantes, 11 mayores, 42 ca
tenientes, 15 subtenientes, 17 aspirantes, y
dos civiles, entre los que figura el Doctor
cargo de Intendente General.

[*] Pequeño puerto á 12 leguas E. N. E. de los
Luis.

~~~~~

He aquí todas las fuerzas de la famosa y jamás bien ponderada expedición de Los Cayos, con que Bolívar, después de resforzados en su triunfo los vencedores de la Patria, con el ejército peninsular traído por Morillo, pretende libertar de nuevo á Venezuela; pero si escasas, con exceso, eran las fuerzas materiales con que aquel hombre extraordinario se arriesgaba á acometer tan gigantesca empresa, su nombre prestigioso y el de los jefes que le acompañaban engrandecían sus pretensiones llenando el ánimo de nuestros enemigos de justa alarma y angustiosa inquietud.

Los vencedores en la Península española, de tres Mariscales del Imperio de Napoleón, Massena, Víctor, Soult, y del General Dupont, como pomposamente calificó Morillo á sus soldados, en la proclama expedida en Ocaña, se estremecieron á su pesar al oír resonar en nuestras costas el nombre de Bolívar, y apercebidos al combate esperan á pié firme la tan anunciada expedición.

Esta hace rumbo á Margarita. Frecuentes calmas y contrarios vientos le hacen pesado el mar; con todo, á la altura de la isla danesa de Santa Cruz, apresa una nave mercante con bandera española; recalca el 1º de Mayo á los Testigos; acomete en seguida á dos buques de guerra, que bloqueaban, con otros, los puertos de Margarita; después de recia lucha, asalta al abordaje al bergantín *Intrépido* y á la goleta *Rita*, mientras los otros bar-

vien á Cumaná; y el día 3 de  
al puerto de Juan Griego.

## IV

se embarca en Margarita. Su pr  
distas, hasta el punto de aba  
li la ciudad de la Asunción y  
sa, reconcentrándose en la  
gunos días después, el General  
as caudillos y vecinos de la isla  
los emigrados que se han asilad  
in y reconocen á Bolívar, en  
iglesia del Norte, por Jefe S  
al General Mariño por segun  
dor, anuncia en seguida á Ven  
República en su tercer período,  
os á que nombren diputados  
mismas facultades soberanas  
le la República," dicta medic  
ertura de la nueva campaña; p  
la entrega de Pampatar, por  
le intima á que se rinda, de  
que contesta Moxó, poniendo á precio

gloria de vencerlo. Atraviesa el canal que se-  
continente á Margarita, y ocupa á Carúpano (\*)  
Julio, sin que la guarnición realista que luégo  
hacia Cariaco le oponga seria resistencia. Pro-  
de todo género, encaminadas á hacerse de sol-  
ómentar la guerra, dicta el Libertador desde  
e en que pone el pié en el Continente. Lla-  
armas á todos los esclavos, ofreciendo eman-  
s que se alisten en las filas de la revolución.  
reorganizar el sistema de guerra en las provin-  
vía á Mariño con suficiente parque, á adue-  
la costa de Güiría; á Piar lo lanza sobre Ma-  
e ha de invadir por Caño Colorado; pónese  
icación con Monagas, Rojas y Cedeño que al  
reconocen como Suprema autoridad de la Re-  
una asamblea popular que se instala en Ca-  
exige la unidad en el gobierno, ratificándole,  
o del Ayuntamiento, los poderes de que le ha-  
tido la junta celebrada en Margarita; é infan-  
i su labor grandiosa, no escasea los recursos  
evado ingenio para inflamar el patriotismo de  
adados, y arrojar armada contra los opresores  
de sus víctimas.

ero, antes que logren realizarse la mayor parte  
planes, crecido número de tropas reúnen los

uerto de donde saliera proscripto el 9 de Setiembre de 1814,  
hizo rumbo para Cartagena en el bergantín *Arrogante* que  
Capitán de Navío Felipe Esteves.

## ELA HEROICA

---

General de Cumaná, y el Brimarcha con ellas á cercar á despedaza el pequeño cuerpo de nienta Coronel Alcántara, al e realista Rafael López derrota unidas de Monagas y Rojas y an á auxiliar á Bolívar, que- iotas al puerto de Carúpano, os y sin posible retirada hacia es, cual fuera de temerse, no e su ventajosa situación y su que el Libertador, conseguido incendiar el Oriente, se reem- naves á encender la guerra cas aprovechando la ausencia

emplaza el Coronel Soublette o Mayor, así como otros jefes rados en los Cayos, se quedan la expedición, aumentada con as, dirige el rumbo hacia Occi- o en Boronara, á barlovento la tarde del día 6, las 15 naves dicionarios, sueltan las anclas Ocumare.

---

V

s allí pisando la hospitalaria playa que á testigo de un desastre, á la vez que siendo de punto de partida á una inmortal gesta y aquel confundiéndose realzan el nombre de Ocumare, que al traves de la catástrofe plandeciente en nuestros fastos militares la generosa proclama de Bolívar, expresion de los humanitarios sentimientos que abarca es leída á las tropas aquella misma proclama declara, que por su parte cesa la guerra y promete perdonar á los que se le rindiesen *españoles*. El terrible Decreto de Ocumare es anulado con la proclama de Ocumare que los provocadores del formidable decreto, cerrado como tiene el cadafal, persisten en la criminal resolución de aplicar á los americanos. Bolívar no se detiene en el desarrollo de sus generosos propósitos, su decreto sobre la libertad de los esclavos es más amplia amnistía á aquellos de su raza que hubieran defendido ó que defendieran á la bandera del Rey.





de los guerreros de Morvén, é inspirado, como s, en las nobles ideas de independencia y libertad ya citado Coronel Soubllette Mayor General rcito, á quien tantos servicios debiera ya la Pa- cuyo nombre iba á cubrirse en breve de in- ible gloria; los Tenientes Coroneles Mariano o, una de las primeras víctimas de tan ruda ía, Ambrosio Plaza, Ricardo Mesa, Pedro Bri- éndez Secretario del Libertador, y Jacinto Lara; pitanes José Ignacio Pulido, Francisco Padrón, abriel Lugo, Mateo Guerra, y otros valientes ecida fama entre los cuales figuran los dos jó- aspirantes Narciso Gonell y Lope María Buroz, s apenas cuentan quince años, y los edecanes neral en Jefe, Chamberland, De Marquet, Diego y Miguel Arismendi.

## VI

ublette se pone en marcha á las nueve de la tramonta la serranía por el fragoso camino que San Joaquín, y se lanza lleno de atrevimiento dirección de los Valles de Aragua, asombrando illos oprimidos vecindarios con su actitud ame- e, y los gritos sin eco de sus tropas: Viva el

Libertador ! viva la Patria ! La nueva de esta invas audaz, se extiende rápidamente en toda la coma previniendo á las autoridades españolas; pero sin canzar á sacudir las poblaciones del medroso letal á que se hallaban sometidas. No obstante, logra Soubllette entrar á Maracay y sorprender á un escuadrón de húsares haciéndole prisionero al Comandante. Por las noticias que allí recoge, de los movimientos de tropas realistas, llega á enterarse de la llegada á Valencia del Brigadier Morales, con tropas procedentes de la Nueva Granada, á quien Morillo enviara de Ocaña al saber el levantamiento de Margarita. Con esta nueva y la no menos alarmante de la marcha de Quéro á cerrarle el camino de La Victoria, Soubllette repliega, buscando á conservar sus comunicaciones con el Libertador, y va á esperar al enemigo en las faldas de la montaña por donde cruza el camino de Ocumare. Pocas horas aguarda; Morales se presenta con sus hombres; pero sin atreverse á comprometer formal combate en las ventajosas posiciones que ocupan los patriotas, se limita á tirotearlos con algunas guerrillas en tanto llega á reforzarle uno de sus tenientes. Previsto Soubllette, da cuenta al Libertador de lo que ocurre, y retirándose á favor de la noche va á situarse en la cumbre de Aguacates esperando á pié firme al enemigo. Aumentadas las tropas de Morales con los veteranos españoles del Coronel Bauzá, sigue en p

n de los patriotas á quienes Bolívar pe  
había venido á reforzar con 200 reclutas  
Julio, las cerradas descargas de un viol  
do combate, estremecen la cima del em

Apesar de nuestras ventajosas posicione  
los realistas, después de recio empeño, a  
l ala derecha de la línea patriota, ant  
á reforzarla el más fuerte de los cuerpo  
s, atrasado en su marcha, á causa de co  
ldado una crecida cantidad de municiones  
riada circunstancia y un falso informe d  
dor, de que por caminos excusados se av  
tras columnas enemigas para salirle á  
y, hizo que retrocedieran nuestras tropas  
en ordenada retirada y conduciendo hast  
los heridos, sin que Morales se apresu  
irlas.

## VII

mal éxito del sangriento combate de Agu  
ral perdieron los republicanos más de 200  
a superioridad del enemigo, engrosado c  
victoria con una columna más de tropas f  
unstancia de hallarse desembarcado todo e

ceso cuantioso; la ausencia de la escuadrilla, e había llevado á Curazao; y el convencer irrealizable la invasión por los Valles de pocas tropas y con tan numeroso acopio de armas y armamento, teniendo como tenían al enemigo poderoso cerrándoles el paso, deciden r y á sus tenientes principales á variar de istir de sus propósitos. Antes de llegar á liberan sobre el partido que se debe adop- ción tan crítica, y después de algunas discus- alven desembarazar á las tropas de todo el guerra que les es forzoso custodiar, reem- o en dos buques mercantes y en el ber- guerra *Indio libre* que habían quedado en el reservando sino los indispensables pertre- erada de este modo la columna invasora, Choroní, incorporar á Piñango, caer de nue- les de Aragua, bajando de la serranía por Onoto, y seguir resueltamente hacia los lla- elona en demanda de las caballerías de Za- ragas. El Libertador no solo aprueba tan n, sino que manifiesta la firme resolución personalmente las tropas en aquella aries- ña. Pero esta decisión encuentra opositores os sus tenientes, quienes al arriesgarse á n peligrosa empresa, desean obrar con li- o comprometer en ella la vida de su primer

caudillo, indispensable, por mil razones, para la causa de la patria ; tanto más, cuanto que solo él podía auxiliarlos con recursos de lo exterior, si llegan á reunir, como se lo prometen, las tropas diseminadas en la vasta región de las llanuras de Caracas y Barcelona, ó en caso contrario, preparar nuevas expediciones hasta lograr hacerse firme en el país.

Algunos de los jefes de cuerpos instaron al Libertador á que se reembarcase con el parque, poniendo á salvo su persona ; pero éste se negó abiertamente, y antes por el contrario, tuvo una larga conferencia con Mac-Grégor, después de la cual se adelantó este General para tomar las tropas que habían quedado en Ocumare y conducir las á Choroní, previniéndose al mismo tiempo al Comandante Piñango apresurar la ocupación de los defiladeros de Curucuruma, por donde baja el camino á la llanura de Maracay. Llegados los derrotados á Ocumare, Bolívar se entretuvo largamente en conferenciar con Soublette, y luégo á las cinco de la tarde montó á caballo y encaminóse al puerto de Ocumare, distante pocas millas del poblado, para activar personalmente el embarque del parque, ofreciendo volver á media noche, hora en que el ejército debía ponerse en marcha, y dejando en el campamento á su ayudante Alzuru, para que por su medio se le comunicasen las novedades que ocurrieran.

Con no pocas dificultades se dió comienzo al embar-

que de los pertrechos y otros objetos importantes que se hallaban en tierra. Bolívar impaciente, recorría la playa con el Comandante de artillería Bartolomé Salóm, activando la nocturna traslación á las naves de aquellos preciosos objetos, en tanto que Morales, acercándose lentamente con sus tropas, llegaba al sitio del Peladero, á corta distancia del poblado. La proximidad del enemigo alarma nuestro campamento. Soublette teme con razón, ser atacado aquella misma noche, y resolviendo adelantar la hora de la marcha, encarga al ayudante Alzuru de ir á participárselo al Libertador. A todo escape llega Alzuru á la playa, en el momento en que leía Bolívar una comunicación de Villaret, Comandante del bergantín *Indio libre*, en la cual manifestaba serias desconfianzas respecto de los Capitanes de los buques mercantes que tenían á su bordo mucha parte del armamento; y, ya fuera por aturdimiento, cobardía ó traición (esta aseguran se comprobó después) el pérfido ayudante puso en consternación á cuantos se hallaban en el puerto, dando al Libertador la falsa nueva de haber entrado Morales á Ocumare, y como consecuencia, la fuga precipitada de las tropas republicanas por el camino de Choróní. Desde aquel instante, todo fué confusión y espanto, é inútiles fueron cuantos esfuerzos hizo Bolívar para contener las fatales consecuencias del pánico que se apoderó al punto de los trabajadores y de la mayor parte de las personas que le acompañaban. “Hubo imprudentes, y no pocos, que temerosos

de mayor desgracia se arrojaron al agua para ganar las embarcaciones. Salóm y otros oficiales instaban en tanto á Bolívar á que se embarcase; urgíanle con mil razones.... Su posición tenía en sobresalto á todos sus oficiales" (\*). El Libertador cede al fin á las súplicas de todos sus amigos, y aunque al saber Villaret la funesta noticia había picado anclas, pudo ganar el *Indio libre*, esperanzado con poder incorporarse en Choroní á las tropas republicanas, ya que por tierra se encontraba cortado. Pero no todos los que se arriesgaron á la mar logran llegar á las embarcaciones, muchos se ven forzados á revolverse al puerto, donde algunos se ocultan; los menos medrosos se aventuran á acercarse á Ocumare; reconocen la falsedad de la noticia llevada por Alzuru y participan á Soublette lo ocurrido. Este manda inmediatamente al Teniente Coronel Miguel Borrás á desmentir la fatal nueva y espera hasta los dos de la mañana la incorporación de los desperdigados fugitivos.

A la hora fijada, pocos de los dispersos se habían incorporado, y el ejército se puso en marcha con dirección á Choroní, contando entre sus jefes al experto Comandante Bartolomé Salóm.

---

[ \* ] Larrazabal.—Vida del Libertador Simón Bolívar, página 433.

---



## VIII

ra el 15 de Julio. Empezaba la gloriosa campaña que tanto lustre diera á nuestras armas, y que tantos resultados alcanzó á realizar.

En el pequeño puerto de Cuyagua encuentran los de Ocumare al General Mac-Grégor, á la cabeza de la columna invasora; consigue, alma de la inmortal empresa, el puesto de Mayor General; é incorporados luego las organizados por Piñango, llegan á combates con los cuales descienden el 18 h de Onoto, primera etapa de aquella prolongada serie de combates.

Allí, Quero, con 400 realistas los aguarda, detiene el paso; pero los jefes republicanos sin detenerse á concertar operaciones, cargan rápidamente y lo derrotan haciéndole varios prisioneros europeos, que Mac-Grégor perdona y permite seguir el camino de la Aragua, encuentra degollados en la senda 51 patriotas, víctimas del cuchillo de Carabaz, esbirro de Moxó.

La población de La Victoria ve dispersar al

ierpo de húsares que le guarnecía, y asom-  
ipla á los audaces invasores. Estos cobran  
as noticias que allí recogen de los triunfos  
el Apure, y prosiguen llenos de esperanza  
res bríos, su intrépida aventura, en tanto  
se esfuerza á recalar á la pequeña isla  
en persecución de los buques mercantes,  
nes pretenden apropiarse el armamento y  
que llevaban á bordo, restitución que no  
aquellos pérfidos marinos, sino por la in-  
e Brión, que afortunadamente llega con la  
Sin más demora, el Libertador torna á  
, á nuestras costas, se acerca á Choroni,  
con poder reunirse á sus tropas; pero ya  
encontraba ocupado por fuerzas de Morales,  
és de entretenerse largamente recogiendo  
otín que en la desierta playa de Ocumare  
cido la noche del embarque, seguía á los  
Bolívar prosigue y toca en Chuao, é infor-  
pael puerto, de que ya la división repu-  
ha introducido en los Valles de Aragua,  
royecto de ir á auxiliarla por Oriente, sa-  
, sabe, la dirección que llevan los patriotas.  
onaire á recoger el parque, y de allí se da  
ara Güiría, donde le esperan crueles des-

a alarma se extiende en las comarcas por

## VENEZUELA HEROICA

---

sus pasos la columna patriota. rabia y de despecho, corre Mor Quero y Real la siguen por los rtes vuelan comisionados á pre tas, provocando contra los invas

régor y Soubllette toman la v curso de este río, y penetran vic ián, después de dispersar 300 l e en vano pretenden detenerlos. ara y Camatagua los ven pasar amenazantes bayonetas; por s el Guárico, cortan el Orituco p o, desde donde mandan adelante ardo Mesa en solicitud del Gen as de sus partidas de jinetes, frente á Chaguaramas.

la que guarnecía esta villa, no exc ero eran estos, en su mayor parte l afamado regimiento de la "Uni Valencey", y el jefe que los com , Don Tomás García, cuyo nombre o, debía ilustrarse en Carabobo.

la opinión de Soubllette y de los acompañaban, empéñase Mac- Chaguaramas; y con tal obstinaci suadirlo de su errado propósito, p

~ ~ ~ ~ ~  
necia, y asom-  
1. Estos cobran  
de los triunfos  
los de esperanza  
tura, en tanto  
la pequeña isla  
ues mercantes,  
armamento y  
tución que no  
sino por la in-  
te llega con la  
tador torna á  
ca á Choróní,  
opas; pero ya  
as de Morales,  
te recogiendo  
a de Ocumare  
seguía á los  
huao, é infor-  
liviación repu-  
de Aragua,  
Oriente, sa-  
los patriotas.  
de allí se da  
cruelles des-

comarcas por



al hasta el soldado, de su gloriosa empresa. Los vecindarios, al verlos aparecer, se sienten tras de entusiasmo; pero no osan manifestarlo las es. Los niños, las mujeres y los ancianos, unidos de casi todos los pueblos de Venezuela, al curso de aquella cruda guerra (\*), saludan en sus á los valerosos invasores. "*Miradlos bién, madres á sus hijos, mostrándoles los soldados, esos son nuestros libertadores, los compañeros, los amigos de vuestros hermanos, los vengadores de nuestros padres*". Y la columna pasa, victoriosa la Patria, y dejando encendidas en muchos puntos razones el fuego de la revolución.

## IX

En aquellos 600 denodados que, poseídos de la gloria de su intento, cruzan á Venezuela desde las montañas de Ocumare hasta las llanuras de Barcelona, no temidos ni medrosos; cuando el cansancio ó la fatiga los abruma, una voz prestigiosa los alienta, un jefe superior, siempre sereno, les comunica reflexivo : Soublette les habla el lenguaje severo del

Los hombres hábiles para la lucha combatían alistados en las montañas, ó permanecían ocultos en las selvas.

## II

mezaba la gloria  
tras armas, y q  
realizar.

Cuyagua enc  
ral Mac-Grégo  
nna invasora; c  
empresa, el p  
incorporados  
ango, llegan á  
lescienden el 1  
pa de aquella

estas los aguarda  
fes republicano  
s, cargan rápi  
dole varios pri  
régor perdona  
seguir el camino  
legollados en l  
del cuchillo c

ria ve dispersar

guiente, el cuerpo de húsares que l  
brada contempla á los audaces inv  
aliento con las noticias que allí re  
de Páez en el Apure, y prosigu  
y con mayores bríos, su intrépido  
que Bolívar, se esfuerza á recal  
de Bonaire, en persecución de lo  
cuyos capitanes pretenden apropi  
municiones que llevaban á bordo  
consigue de aquellos pérfidos ma  
tervención de Brión, que afortun  
escuadrilla. Sin más demora, el  
hacer rumbo á nuestras costas,  
esperanzado con poder reunirse á  
Choroquí se encontraba ocupado p  
quien después de entretenerse l  
el copioso botín que en la desie  
quedó esparcido la noche del en  
invasores. Bolívar prosigue y to  
mado en aquel puerto, de que  
blicana se ha introducido en lo  
concibe el proyecto de ir á auxi  
biendo, como sabe, la dirección q  
Vuelve á Bonaire á recoger el p  
á la vela para Güiría, donde le  
engaños.

Profunda alarma se extiende



## VIII

Empezaba la glori-  
ficación de nuestras armas, y  
se dispuso a realizar.

El jefe de Cuyagua e  
el general Mac-Gr  
columna invasora  
ortol empresa, e  
l; é incorporado  
Piñango, llegan  
es descienden e  
etapa de aque

realistas los aguan  
os jefes republica  
iones, cargan r  
ciéndole varios  
ic-Grégor perdo  
, al seguir el cam  
a degollados en  
nas del cuchillo

Victoria ve disper

guiente, el cuerpo de húsares que le guarneecía, y asombrada contempla á los audaces invasores. Estos cobran aliento con las noticias que allí recogen de los triunfos de Páez en el Apure, y prosiguen llenos de esperanza y con mayores bríos, su intrépida aventura, en tanto que Bolívar, se esfuerza á recalcar á la pequeña isla de Bonaire, en persecución de los buques mercantes, cuyos capitanes pretenden apropiarse el armamento y municiones que llevaban á bordo, restitución que no consigue de aquellos pérfidos marinos, sino por la intervención de Brión, que afortunadamente llega con la escuadrilla. Sin más demora, el Libertador torna á hacer rumbo á nuestras costas, se acerca á Choróní, esperanzado con poder reunirse á sus tropas; pero ya Choróní se encontraba ocupado por fuerzas de Morales, quien después de entretenerse largamente recogiendo el copioso botín que en la desierta playa de Ocumare quedó esparcido la noche del embarque, seguía á los invasores. Bolívar prosigue y toca en Chuao, é informado en aquel puerto, de que ya la división republicana se ha introducido en los Valles de Aragua, concibe el proyecto de ir á auxiliarla por Oriente, sabiendo, como sabe, la dirección que llevan los patriotas. Vuelve á Bonaire á recoger el parque, y de allí se da á la vela para Güiría, donde le esperan crueles engaños.

Profunda alarma se extiende en las comarcas por

## VENEZUELA HEROICA

---

Ército al presentarse el enemigo  
piado el terreno para esperar el  
as fuerzas en número de 1,200  
raidor Quero, se apresura á pe  
abrada, conocida con el nombre de  
que á muy corta distancia cort  
nar posiciones en la opuesta riber  
ira que se dan los patriotas en prac  
miento, el enemigo alcanza nue  
arga con impetuosidad y logra des  
ance á guarecerse en la hondon  
graciada circunstancia hace creer  
olicanos huyen derrotados, y prom  
za sobre ellos sus 500 ginetes  
os á la par, mientras la infantería  
se interna en la quebrada por e  
rompe el fuego la división pa  
la opuesta ribera, y violento co  
xo con porfiado tesón.

re de Quero, odiado y maldecid  
no fué el menor estímulo que e

. En Cartagena sirvió útilmente defen  
castillo de La Popa hasta que resuelta la  
ó de la Nueva Granada en busca del L  
rse en los Cayos de Haití".—Baralt y Dú

ecía el Libertador en el Perú, *servirá bien t  
lica: tiene capacidad, discreción y finura. L  
a á ninguno; porque él sabe que la cortesía  
honra en quién la hace*".—Larrazábal, Vida

jornada tuvieron nuestras tropas. En menos de media hora el enemigo se vé forzado á replegar dejando el campo cubierto de cadáveres; y luégo se declara en derrota, matándonos, empero, al denodado Comandante Piñango, que decide la lucha sacrificándose generosamente por la Patria, en el supremo instante en que la victoria pareció dudosa á nuestras armas.

Gran acopio de caballos, bagajes, pertrechos, y un centenar de prisioneros, entre soldados europeos y gente del país, que Soubllette perdona, fueron los trofeos del vencedor.

## XI

Alcanzada esta victoria, prosiguen los republicanos su interrumpida marcha. En Santa María de Ipire encuentran á Zaraza, y unidos los expedicionarios á los valientes escuadrones del tenaz lidiador en las llanuras de Caracas, toman la vía de San Diego de Cabrutica, punto escogido por Mac-Grégor para realizar las instrucciones que recibiera de Bolívar.

Ciento cincuenta leguas de continuas marchas y combates, completaban allí los 600 infantes que, levantándose con poderoso vuelo de las infaustas cumbres de Ocumare, emprendieron tan gloriosa campaña. Darles

y cuidar de sus muchos heridos. La brigada del General M con 300 ginetes y 200 caribes, armadas, llega á San Diego (\*) en el importante jefe, ya ilustrado en por su valor y su perseverancia en diente la llama de la revolución, el de 1814, reconoce á Mac-Grégoire, y éste, reorganizados que fueron los que entran á componerlo, da la 29 de Agosto, y el ejército se sitúa en la Villa de Aragua, con ánimo la antes que la ocupe el enemigo. Mucha prisa que se diera Mac-Grégoire de su proyecto, los rigores de que retardan el paso de las tropas, los ríos é inundadas sabanas llanas, las acciones del Chaparro, amenazas, con una división de 3,000 hombres, al frente por el Coronel don Rafael Ángel de Urdaneta, superiores á las republicanas. En

antes, (25 de Mayo) el Doctor Miguel de la Cruz, con Zaraza, había logrado reunir en estas las diversas partidas republicanas que obraban en las llanuras de Barcelona y Caracas, á las operaciones militares eligiendo al jefe superior á cuyas órdenes se pusieran al frente, aquellas tropas indisciplinadas hacen la indispensable organización para hacer

ción tan comprometida, Mac-Grégor resuelve prontamente batir á López antes que logre reunirse á Morales, y noticioso de que este jefe se acerca en su demanda, corre á esperarlo en las ventajosas posiciones que le brinda el campo de Alacranes. Allí pernocta, y al amanecer del día 6 de Setiembre aparece el enemigo en número de 1,600 hombres, entre infantería y caballería, descendiendo las alturas del Roble.

Inmediatamente la división republicana se despliega en batalla sobre la aplanada curva de una de las tantas colinas que forman la ondulante llanura: en el centro los flecheros caribes, mandados por Tupepe y Manuare, valientes indios adictos á la revolución, y los 600 infantes vencedores en Onoto, Chaguaramas y Quebrada Honda; á la derecha los 300 caballos del General Monagas, á la izquierda Zaraza con igual número de briosos ginetes, y, un poco á retaguardia, una columna de reserva á las órdenes del Comandante Mesa.

Preséntanse los realistas á las 11 de la mañana, y extienden su línea de batalla en lo alto de una colina casi paralela á la ocupada por los republicanos, median-do entre ellas una suave ondulación del terreno cubierto en parte de espesos matorrales, y una distancia no mayor de cuatrocientos metros. Refrenando la impaciencia de sus tropas, Mac-Grégor deja llegar al enemigo, y no sólo le permite desplegarse en idéntica formación á la nuestra, sino que lleva su condescendencia

hasta dejarle montar en batería dos cañones.

El intrépido General republicano recorre la extensa fila de sus alineados batallones, y sus bravos soldados.

López, con algunas guerrillas, da principio al combate. Sus cazadores tratan de apoderarse de los puntos intermedios entre las dos colinas. Los nuestros cuerpos baja á disputárselos, y una lucha se prolonga con creciente tenacidad por ambas partes. Pero de pronto el General Mac-Grégor avanza de frente toda su línea de batalla, y la bandera del batallón "Barlovento", baja á la cabeza de la infantería, carga á la vez contra los cazadores españoles, se apodera del disquete, y sin detenerse en su ardoroso empuje, se suelta á la opuesta eminencia, bajo incesante fuego, hasta clavar sus bayonetas en las filas realistas. En el mismo tiempo que Zaraza y Monagas caen simultáneamente sobre las opuestas alas enemigas, cuyos jinetes de corta resistencia, ceden al choque de los nuestros y desbandan en todas direcciones.

Aquella furiosa acometida, en la que se emulan en impetuosidad y valentía todos los batallones de la división republicana, arrolla cuanto se opone. Vuelca la infantería realista, postrando en tierra al batallón del Rey", y á su terrible comandante, Quijada, famoso por sus crueldades en aque-

~~~~~

envueltos y perseguidos por nuestros rápidos ca-
l, huyen los restos de aquel acuchillado ejército,
lo en el sangriento campo de batalla, 500 muertos,
risioneros, crecido número de armamento y per-
is, todos los equipajes, algunas madrinas de caba-
uatro cajas de guerra, una bandera y las dos pie-
e artillería en que cifraran los realistas su mayor
a.

López se escapa con un grupo de jinetes.

XII

Orgullosa con su completo triunfo en Alacranes,
Árregor toma la vía de Barcelona, llevando de van-
lia, con 100 infantes y 200 caballos al intrépido
el José Gregorio Monagas, y dejando á Zaraza, con
de su caballería, el cuidado de vigilar los movi-
os de Morales.

Los vecindarios de la Villa de Aragua, del Carito
Pilar, corren á recibir en triunfo á sus libertadores.
La revolución revive con ruidoso entusiasmo en los
os de Oriente. La vencedora división republicana
tea que la inflama. A su aproximación á Barce-
las tropas españolas que guarnecían la plaza, se
a á Píritu, donde vuela á atacarlas el General

Monagas, á tiempo que el sanguinario López de muerte la población de Barcelona, por n
público que manifestara al verse libre d
res. Noticioso Mac-Grégor de esta fun
apresura á impedirlo, redoblando la m
cas, y el 13 de Setiembre, ay ! demasia
en la ciudad, sin haber alcanzado á i
o de numerosas víctimas, cuyos cada
tran esparcidos en las calles y plazas c
ópez había vengado su derrota entrando
á la ciudad desguarnecida y asesinan
ciudadanos. Qué mónstruo !

Monagas, al día siguiente de ocupar nuest
a ensangrentada Barcelona, bate compl
z en el pueblo de Píritu. Mac-Grégor
nificación con Margarita, de donde
ismendi armas y pertrechos; envía
Piar, que á la sazón asediaba á Cumaná
su llegada ; y reorganizado y abastecido
, se dispone á atacar á Morales que av
ino del Corito.

noticia de la aproximación del enemigo
el Cuartel General con indecible rego
sos invasores ansiaban coronar su inmo
destruyendo á Morales, el azote de aque
as comarcas en la segunda mitad de 1
se agita bulliciosa y llena de entusias
cruel canario, era salvar la vida, la far

pan. Mac-Grégor y Soubllette convocan todas las tropas á la Plaza Mayor, y el primero las arenga con enérgicas y patrióticas frases, estimulándolas á vengar en Morales toda la sangre inocente derramada en Aragua, Barcelona, Cumaná y Maturín.

Todo el entusiasmo de la primera época de la revolución resucita aquel día. Los soldados piden á gritos que los lleven á encontrar al enemigo; muchos ciudadanos exigen armas para pelear al lado del ejército. La ciudad se iluminó en la noche como en los días de sus mayores regocijos. Al día siguiente (24 de Setiembre) todos los jefes y oficiales de la división asistieron al *Te-Deum* que se cantó en la Iglesia mayor, en acción de gracias al Altísimo, “que arrojaba sobre nuestras espadas al impío que en aquella Provincia había profanado sus templos, y degollado indistintamente hombres, mujeres y niños hasta en los mismos altares”.

Terminada la festividad religiosa, una noticia inesperada circula rápidamente en la ciudad, aumentando el bélico alborozo de los republicanos: y el nombre de Piar victoreado por todos, proclama la presencia en el puerto de Barcelona del prestigioso General, que poco antes sitiaba á Cumaná.

En efecto, impuesto Piar de los movimientos de Morales, venía en auxilio de sus compañeros de armas con una división que conducía por tierra el denodado y circunspecto General Pedro María Frites.

VENEZUELA HEROICA

el 25 las dos divisiones republicanas, siendo en jefe de las tropas, y en asaltos al enemigo, se prepara á salir de la ciudad.

en aquellos mismos días de patriótica guerra en Barcelona, consumábase en Güiría un atentado, á que la emulación mezquilda de bastardas pasiones pudo arrastrar á nuestros héroes.

Se le poder auxiliar á la valerosa división de la que no alcanza en Choroní, Bolívar á Güiría, con ánimo de reunir algarabía á su encuentro; pero engañado en sus detenciones, en vez de amigos que le siguen amenazado de muerte por las espadas enemigas. Página triste de Mariño y compañía su renombre y que la Patria necesita, si pudiera arrancarla del libro de

debe más, y prueba cruel como ninguna el corazón del Héroe se vio forzado en Güiría. Desconocido, rechazado, injusto, populacho, y amenazado de muerte en la Patria á combatir y á morir por la Nación, la ingratitud y la insensatez de él, y le amenazan.... El mar, cuando el cáliz que le hicieran apurar, salvó

ria acaso de un gran crimen. El Libertador torna embarcarse y se dirige á Haití. Cómo llevaría el zón! Mariño y Bermúdez se hacen nombrar primero y segundo Jefes del ejército y abren campaña en Cumaná, poniendo de nuevo á la República en tristísima situación de anarquía militar que sobrevino en 1814 tras el motín de Carúpano, y la primera expulsión de Bolívar.

Tenaz en prolongarle á Venezuela el martirio de dominación se mostraba el destino; no obstante la fortuna de nuestros contrarios y los punibles desastres consumados en Güiría, una victoria más y de escasa trascendencia coronará en breve á la República.

XIII

Sigamos á Piar y á Mac-Grégor, que á la cabeza 2,000 combatientes salen de Barcelona en demanda de las tropas realistas, acampadas á pocas leguas de la ciudad, en el glorioso sitio del Juncal.

Al amanecer del 27 de Setiembre avistan nuestros allones los 3.000 soldados de Morales, preparados á recibirlos entre un espeso bosque rodeado de maras, de difícil acceso. Nuestra línea de batalla forma-

da á una larga distancia de las posiciones que oc
enemigo, se acerca paulatinamente al bosque, j
cando con algunas guerrillas de infantería y cab
á sus inmóviles contrarios; pero en vano se em
nuestros cazadores en parciales escaramuzas c
tropas ligeras de Morales; éste se mantiene á pié
en sus resguardadas posiciones con el grueso de su
cito. Reforzadas las guerrillas por una y otra parte
movimiento nuestra artillería, el combate se aviv
teniendo los realistas algunas ventajas sobre el
quierda republicana. Exasperado Piar con la ten
que demuestra Morales en no desamparar el fo
ble apoyo del espeso arbolado, donde á pié fir
mantienen los 1.600 veteranos del Rey, mientras
tropas de vanguardia prolongan el combate fati
gran parte de las nuestras, se pone al frente de los
tes del ala izquierda republicana, y da sin lograr
brantarlo, dos cargas de flanco al enemigo. Dos
duraba la pelea, la sangre corría abundante, y nu
tropas empeñadas hasta entonces en combates pa
é infructuosos, aunque ardorosos siempre, sentíans
fallecer. La situación de los patriotas, por c
comprometida, ante las inmóviles reservas de
rales, quien al verlos suficientemente fatigad
movería á arrebatárles la victoria, deciden á nu
jefes á jugar el todo por el todo cargando simul
mente con toda la división hasta estrellarse con
reservas españoles. Acordes en tan atrevido proy

linéanse de nuevo nuestros batallones: ponése á su frente Mac-Grégor, blandiendo la victoriosa espada de Alacranes"; Piar encabeza el flanco izquierdo; Monagas el derecho, y á una señal convenida de nuestros tambores y cornetas, la división republicana lanza un valeroso víctor á la Patria y se arroja impetuosa sobre el terrible bosque, que se inflama de súbito despidiendo rayos y atronando el espacio con el ruido incesante de sus repetidas descargas. Nada detiene empero el ardor de los republicanos; los caballos de Piar y de Monagas acuchillan después de recio choque á los jinetes enemigos, y Mac-Grégor atravesando las malezas, llébase de pecho los cazadores enemigos, penetra en el terrible bosque, arrolla á los infantes españoles que se defienden algún tiempo con encarnizamiento y que al fin se declaran en completa derrota, y caen al filo de las lanzas de nuestros vencedores escuadrones.

Apénas 300 hombres se salvan con Morales, amparándose en las montañas de San Bernardino. El resto del ejército realista, queda en el campo, muerto ó prisionero.

La división del centro se cubrió de gloria en aquella jornada. Allí Mac-Grégor y Soublotte dan término glorioso á la inmortal invasión de los 600. La insigne campaña emprendida desde las alturas de Ocumare, la coronan los brillantes laureles del "Juncal".

VENEZUELA HEROICA

páginas inmortales de nuestra h
npaña resplandece derramando pe
; nombres de sus expertos y atr

LA CASA-FUERTE.

LA CASA-FUERTE.

(7 de Abril de 1817).

I

9 de Enero de 1817, torna á pisar Bolívar el suelo de la Patria en las playas de Barcelona, llamado con instancia por no pocos de sus compañeros de armas que, sabedores después de la victoria del Juncal, de lo acontecido en Güiría, habían designado al Doctor Zea para pasar á Haití, el Libertador organizaba una segunda expedición con el fin de invadir de nuevo el continente. Al encontrarse en Margarita, libre ya por sus propios esfuerzos, Bolívar llega á Barcelona en circunstancias muy favorables para poner por obra los proyectos que le animaban. La anarquía, como nunca imperaba en el ejército patriota; las opera-

ciones militares carecían de unidad y concierto; y la llamada división del centro habíase fraccionado después de la gloriosa campaña de Mac-Grégor y de la victoria de el Juncal, siguiendo cada uno de sus cuerpos á sus respectivos caudillos, mal avenidos entre sí.

El pernicioso ejemplo de insubordinación y rebeldía, que Mariño y Bermúdez dieron en Güiria, desconociendo la autoridad suprema de Bolívar, y arrogándose la dirección de los negocios públicos y el mando del ejército, había desconcertado en las provincias orientales la poderosa reacción á que se lanzaron los republicanos en ausencia de Morillo.

Investido Mariño, de propia autoridad, con el mando supremo de la República, aunque no ejerciéndolo sino muy limitadamente fuera de las comarcas que dominaba con sus armas, sitiaba á la sazón á Cumaná, auxiliado por Bermúdez y en combinación con la escuadrilla margariteña, que de nuevo Arismendi había tornado á organizar. Mac-Grégor, disgustado y enfermo, se había retirado á las Antillas. Piar con sus tropas y los batallones de Anzoátegui, de Torres, y de otros tenientes del bizarro escocés, había invadido la Provincia de Guayana, donde Cedeño, con tesón admirable, hostilizaba á los realistas. Monagas, Zaraza, Rojas y Parejo, obraban separadamente sin plan determinado, así como otros jefes, y sin otro lazo de concierto entre ellos que el mutuo encono contra los enemigos de la Patria. Pero ya para aquella época, Arismendi, después de arrojar á

Pardo de los últimos atrincheramientos españoles en isla de Margarita, había pasado al continente á la cabeza de 400 insulares. Y un nuevo paladín, un formidable atleta, se había levantado en las llanuras del Apure y Casanare, cobrando en breves días prestigioso nombre.

Las proezas de Páez, ora como teniente de Olmedilla, de Conde y de Ricaurte (*), ora como primer capitán de las pampas, llenan de alarma y de inquietud los jefes realistas que á sangre y fuego reconquistan la Nueva Granada. Elevado Páez, de simple comandante de escuadrón, á la jefatura del ejército de Apure merced á las relevantes condiciones militares que enaltecían á tan intrépido soldado, siembra de espléndidas victorias aquellas dilatadas llanuras, y á todos los vientos da su nombre, fatigando los ecos que repiten las voces de la Fama.

Tras de innúmeros combates, sitiaba ya en Diciembre de 1816, la plaza de San Fernando, cuando llega su noticia la marcha de Morillo, quién después de traspasar la cordillera de los Andes, invadía las llanuras de Venezuela con poderoso ejército. Páez le sale al encuentro con parte de sus tropas y nuevos triunfos le permite alcanzar en breve sobre la vanguardia del ejército realista mandado por La Torre.

La nueva de la insurrección de Margarita, la ten

[*] General granadino, deudo del héroe de San Mateo.

~~~~~

sistencia de Arismendi, la llegada de  
pedición de los Cayos al puerto de C  
cudimiento que en seguida experiment  
nos, apresuran el regreso del Pacífica  
focar el nuevo incendio que tan rápida  
Venezuela.

## II

La guerra, largo tiempo circunscrita  
arcas del Oriente, cobra en seguida e  
oporciones. La espada de Bolívar tor  
nada por el sol de la Patria, y aun  
nebas le aguardan todavía, nada alcan  
á amortecer su perdurable brillo. L  
gada á Barcelona, el Libertador hállas  
cursos para emprender una campaña.  
cuenta en la ciudad, atrincherada en  
San Francisco, que Fréites (\*) y A  
nvertido en Casa-Fuerte, para precave  
es de los indios de Píritu y resistir  
una fuerte columna de españoles, qu  
Clarínes.

Con la rapidez propia de su espíritu

---

[ \* ] El General Pedro María Fréites.

~~~~~  
fácil situación á que se ve forzado á haberlo considerándose capaz de resolverla, de nuevo la fortuna á seguirle sumisa, pocos días la reducida base de su ejército, hombres, y después de enterarse de las practican los caudillos patriotas en aque- y de la disposición de los distintos cuerpos juzga propicia, acaso con demasiada prontitud que se le ofrece de invadir por rtilles campiñas de Caracas, cuando to-

da la atención de los realistas en ausencia de Morillo, se defender á San Fernando, la plaza de Cumaná, ca Provincia de Guayana, tan combatida por los dientes.

constante anhelo de Bolívar, por adueñarse de le la capital de la República, objeto primordial mayores esfuerzos de aquel inquieto espíritu, pette en sus propósitos, que en muchos años no al- realizar, indújole á pretender con las escasas le Arismendi y los reclutas que le da Barcelona, a guerra á la comarca mejor guardada por las del Rey.

obstante, nada le detiene; y como el camino de lo cerrase Jimenes, jefe realista atrincherado beras del Unare, marcha á forzar aquel obstácu- empeña con temeridad en abatirlo, lucha con , mas sin fortuna, y rechazado con numerosa de hombres y armamento, repliega á Barcelo-

na, amenazada á la sazón por un nuevo
orden de Moxó, organizaba el Brigadier
Real, en Orituco.

Noticioso Bolívar de la rápida marcha,
cuyas principales divisiones venía
Morales y Aldama, sumando todas 3.600
ma á las armas á los vecinos de la ci-
dad; acopia víveres y algunas municio-
nes de San Francisco, refuerza las d-
el edificio, aspillero de antemano, para
del; encarga al General Soublette vol-
persuadir á Mariño á que venga con su
xilio de Barcelona, y acompañado por
Montilla y Piñango (*), espera en la
enemigo, cuyas fuerzas aumentadas en 1.
que Jimenes se le incorpora á Real, no
tarse en la ciudad.

Con poca resistencia ocupan los re-
del Neverí y la plaza mayor, y sin comp-
ataque contra la Casa-Fuerte, por carec-
la acometen sin embargo con numeros-
rante todo el día.

[*] Judas Tadeo, distinguido oficial de ingen-
terio General de Venezuela.

III

), alma generosa, aunque constantemente do-
la ambición y la rivalidad, atiende pronta-
exigencia de Bolívar; deja hostilizando á Cu-
poca tropa, al Coronel Antonio José Sucre,
ado de los generales Rafael Guevara, Ber-
ldez, Armario y otros jefes importantes, se
archa con 1.200 hombres por mar y tierra,
celona. Su vanguardia, que encabeza Ber-
ga á Pozuelo, en momentos en que Real ata-
celona, é informado de ello el impetuoso Cu-
su propio caballo á un vecino del lugar, y con
ogancia propia de su carácter, manda á decir
se retire, por que él, Bermúdez, ha llega-
... Y ¡ Real suspende el ataque y se retira al
Pilar!! Bolívar sale al encuentro de Bermú-
en avista en el puente del Neverí, y olvidan-
ados resentimientos, corre á él y le abraza
el libertador del Libertador. Tierna fué la
e aquellos dos hombres que tanto se habían
aunque sirviendo en las mismas banderas.
conmovido y dominado por la generosidad de
quien tanto había ofendido, no pudo articu-

lar una sola palabra, sus lágrimas sin em más elocuentes que sus labios, y desde aq su adhesión al Libertador fué sincera y con

Reunidos Bolívar y el General vocan al enemigo á que los acometa e pero Real, falto de artillería de sitio, rel bate, se aleja del Pilar y va á situar su en Píritu y Clarines, burlando las esper republicanos que se prometían destruirlo .

Esperando la escuadrilla española cor que ha pedido á Moxó, Real se mantien sus resguardadas posiciones durante todo Febrero y la mitad de Marzo.

Los republicanos agotan todas sus viti dando indefinidamente al enemigo, y como sostenerse más tiempo en la ciudad, am el hambre y en completa inaccion, por ca zas suficientes para atacar á Real en si miento de Clarines, resuelve el Libertado Margarita el abundante material de guerra traído Villaret; evacuar á Barcelona, y base de operaciones más amplia y adecua gencias de la guerra.

El pensamiento de Bolívar se había fij yana, y al efecto había comisionado ya de Enero al General Arismendi para someter al Piar el plan que se proponía realizar, y er los Generales Cedeño, Monagas y Zaraza.

era dar á la revolución gran incremento; era las operaciones de Páez, hasta entonces aisladas, de los diversos cuerpos republicanos que lidias las llanuras de Caracas y Barcelona, en la provincia Cumaná y en la misma Guayana.

Ases de gran importancia se habían realizado más durante la permanencia del Libertador en la zona: Páez había batido el 28 de Enero en Mucurubá al Brigadier La Torre; Morillo enfurecido contra los rebeldes de Margarita, marchaba desde San Fernando con ánimo de castigar á los rebeldes insulares; Morillo se dirigía á Guayana y se apoderaba de sus más importantes puertos; y el Brigadier La Torre, repuesto ya de su reciente descalabro, se dirigía bajando el Orinoco con los sitiadores de Angostura (*).

VI

Al volver el Libertador á disputar á los realistas el dominio de la Guayana, se dispone á evacuar á Barquisimeto, pero no bien se hacen ostensibles los preparativos para la marcha del ejército, cuando las autoridades locales de esta ciudad, apoyadas por el Gobernador de la provincia, don Francisco Esteban Rivas, se oponen á su salida de la ciudad Bolívar.

VENEZUELA HEROICA

able ciudadano y enérgico patriota, rec
decisión tomada por Bolívar de abando
y á sus moradores, ofreciendo defend
ja el batallón "Barcelona" y alguna
iones.

1 Libertador se esfuerza en disuadir de
o propósito á aquellos valerosos ciudad
io se empeña en persuadirlos de lo fi
serles semejante resolución; nada c
o al fin por el clamor del pueblo, n
el plan que concibiera: deposita en l
Fuerte, todo el armamento y los pert
dispuesto trasladar á Margarita; p
s del circunspecto y denodado general P
s 700 soldados para que defienda el at
ito, donde no tardan en refugiarse nume
previene al general Mariño á quien ma
el pueblo del Carito, lugar abastecido
de Barcelona la mayor parte del materia
ansitoriamente deja en la Casa-Fuerte,
cir á Guayana, donde cuenta levantar
o.

a division de Mariño sale de Barcelona
arzo; los barceloneses se encierran er
; y el Libertador, con una simple esc
Guayana sin sospechar siquiera que d
paldas el germen de la insubordinación

den, en los diversos cuerpos republicanos que van á acamparse en el Carito.

Resentíase el primer caudillo de las provincias orientales de servir á las órdenes del Libertador, y fijo como siempre su pensamiento en ambiciosas miras; sólo piensa al verse libre de la presencia de Bolívar, en regresar á Cumaná, con las tropas que consideraba fieles á su persona.

Algunos jefes y oficiales acompañan al General Mariño en su deseo de sustraerse de la obediencia de Bolívar; pero enérgica oposición encuentran estos planes, no solamente en Soublette, Jefe de Estado Mayor de aquel ejército, y en el General Urdaneta, que después de lidiar en la Nueva Granada y de prestar importantes servicios en el ejército de Apure á las órdenes de Páez, había venido á reunirse en Barcelona con el Libertador, sino en Bermúdez y Valdés, que en otros tiempos fueran contrarios de Bolívar, pero ya decididos á obedecerle ciegamente.

En circunstancias como aquellas, de suyo delicadas, y en que tan encontrados intereses pugnan en el ejército, trata Mariño de reorganizar sus divisiones nombrando nuevos jefes para algunas de ellas; niégase Urdaneta, siempre leal y prudente, á sustituir á Armario, previendo el torcido rumbo que tomaban las cosas; pero un nuevo nombramiento del general en jefe para el mando de otra división, recae en aquel de sus tenientes menos popular, pero sí más adicto á su persona y á sus pla-

nes, y provoca tal oposición y tales altercados que Bermúdez y Valdés, ponen en pié sus divisiones y proponen á combatir las tropas que le quedaban á Mariño. Para cohonestar la insubordinación de los jefes, circula en el campamento la noticia de haber sido asesinado el Libertador en su marcha. Y é inmediatamente se atribuye aquel supuesto asesinato á una infame traición. Crece el desorden, el tumulto y la ira en el Cuartel General Republicano; los jefes se disponen á castigar á los que juzgan como reos de tan atroz delito, y á no ser por la dignidad y cuyo carácter respetable y su reconocida autoridad Bolívar, le dan completa autoridad, quién al ver que sangre se hubiera derramado en nuestro campo. Aquel general, calma los exaltados ánimos, que, según avisos de Monagas, el Libertador había sido herido por Santa Ana sin mayor tropiezo, lo que á todo punto cierto; pues, aunque fué atacado por una guerrilla enemiga, á poco de haber dejado el campo escapó sin contar otra desgracia que la herida que le recibió en la ocasión el valeroso comandante Carreño, uno de sus pocos compañeros.

Con motivo de aquel desorden, el ejército se retiró de estancias, alejándose de Barcelona, y volvió á la Villa de Aragua, á pretexto de ser aquel punto más militar y más rico en recursos, sin pensar en dejar de Barcelona el material de guerra, como lo había ordenado, ni en prestar mano al

defensores, contra los cuales se había movido ya, con el ejército realista, hasta entonces acamado en Clarines.

Intrigas y desavenencias entre los jefes españoles paralizado largamente las operaciones de este año. Morales y Aldama, que ambicionaban el mando, y a quienes se acusaban con Moxó, habían puesto en juego pérfidas intrigas para alcanzar la destitución de aquel a quien tachaban de inepto, y obtener la jefatura de las tropas. Aldama triunfa al fin, reemplaza á Morales, que había sido sumariado en Oripor por las matanzas de Uchire, marcha preso á Barcelona por orden de Moxó, para ser enjuiciado.

V

Por último, el bravo Freites, reclama en vano reiteradamente de Mariño que acuda con sus tropas á Barcelona seriamente amenazada; pero el aislamiento que reinaba en Aragua entre los jefes del ejército patriota, no da cabida sino á aquellos asuntos en los que ardientemente se ventilan por las enconadas pasiones del momento. Sin atender á las desesperadas súplicas de los barceloneses, Valdés, Bermúdez y Arce, con sus tres divisiones, se separan de Mariño,

ejan de Aragua hacia el Chaparro; al encontrarse con la muy escasa tropa no piensa sino en marcharse á Cumaná. Quien le sigue, instándole con encarecimiento á socorrer á Barcelona ó á le ceda alguna tropa para volar en auxilio.

Al llegar á Santa Ana, consigue que ponga á sus órdenes la columna de Carabobas, que se halla enfermo en aquel momento. Con 100 hombres de su caballería. Conviene volver Urdaneta hacia Aragua, al mando de Bermúdez y sus dos compañeros, para cubrir los pasos, con ánimo de proteger á Francisco de Miranda. Ya era tarde, Barcelona ha sido convertida en un campo de muerte.

El ejército de Miranda, con un frente de poco más de 4.200 hombres, se dirigió el 5 de Abril á Barcelona para la comunicación con la escuadra española, que con su artillería, comienza en la mañana un terrible ataque contra "la Casa-Fuerte", como pocas, de las muchas que ha visto la historia.

VI

El antiguo convento de franciscanos, *Propaganda* edificio situado al Nor-oeste de la ciudad, que los libaneros habían convertido en ciudadela, y donde antes resistiera Bolívar los ataques de Real hasta la caída de Mariño, encerraba esta vez una gran parte de la población de Barcelona, á quien sorprendiera el golpe sin haber logrado emigrar á los vecinos pueblos ó á los montes. En aquella improvisada fortaleza habían apresurado á refugiarse numerosas familias de distinción, ancianos respetables, algunos señores, mujeres del pueblo connotadas de patriotas, de todas edades, soldados heridos ó enfermos, el resto de la ciudad y todas las autoridades dirigidas por el Gobernador político. Crecido era el número de estos asilados (*), y si á él se agrega el número de tropas que guardaban aquella improvisada fortaleza, á las órdenes de Freites, y el de no pocos prisioneros realistas encerrados en las bodegas del convento, éste edificio contenía para el 7 de Abril, cuando atacó Aldama, más de 1,400 personas.

[*] Obra de 300 personas, dicen algunos de nuestros historiadores, fueron las asiladas en la Casa-Fuerte, pero la tradición casi triplica el número de ellas.

muro exterior de tierra pisada
ra, paralelo á los cuatro lados
todo el edificio; y este muro, sir
ancha puerta frente á la fachad
rio, había sido aspillerado, y su
a. Los balcones y azoteas, desd
una parte de la ciudad, tenían
le tierra y trozos de madera.
os había un aljibe abundante de
provisiones para sostenerse los
urante algunos días.

andonados á sus propios esfuerzos
Fuerte, á cuya custodia había q
Bolívar y tantas y tan preciosas
combate al divisar de lejos el po
que luégo invade á Barcelona
n.

bien se posesiona Aldama de t
perentoriamente á los republican
in y, á la enérgica negativa de
lgunas guerrillas contra el convent
ientras se prepara á asaltarlo.
ueve todo el ejército, cerca el c
a en la plaza del Hospicio y al
propone abrir brecha en el muro
tarlo por la parte del oeste.
los fuegos de los realistas contest

desde las azoteas y los balcones, con nutridas descargas; y, durante algunas horas, la combatida ciudadela desaparece envuelta entre nubes de humo y densas espirales de polvo que levantan de las paredes las balas de los cañones enemigos.

El bravo Freitas y sus resueltos compañeros, se sostienen con imperturbable decisión: rechazan las duras embestidas que osan darles algunos batallones españoles y en tanto que en el recinto del convento lloran los niños, se quejan las madres, y se oyen preces y lamentos y gritos de terror, nuestros soldados cada vez más enardecidos, causan crecido estrago en las filas de Aldama, y prolongan el combate exasperando á sus contrarios.

VII.

A medida que el tiempo corre, el fuego arrecia, el polvo se aumenta, acrecen los lamentos y las lágrimas en proporción á la vocería de los soldados, y el muro se estremece sacudido por el golpe de las balas, amenazando ruina.

Después de seis horas de incesantes disparos, los cañones de Aldama abren brecha en el muro exterior, y por ella se arrojan á penetrar atropelladamente dos columnas realistas. Opónense á tal intento el valiente margariteño Agustín Réyes con cien briosos insulares, los

que cierran la brecha con sus propios cadáveres enemigo. La artillería española barre con prestorbos la obstruida abertura. Recia lucha entre patriotas por cerrarla de nuevo; pero no bien repeler por segunda vez, á sus numerosos cuando se derrumba con estruendo todo un lienro y las tropas españolas despues de acuchillar, republicanos que tan heróicamente defendieran te exterior, llegan hasta las puertas del convento derribarlas. Freites fusila aquellos temerosos balcones y azoteas y los obliga á repleganados y á guarecerse tras el vencido muro. apunta entonces sus cañones á la fachada principal convento, libre ya de resguardo, y el combate sin cesar un instante.

Numerosas bajas cuentan los patriotas, hallarse parapetados. Sobre la Casa-Fuerte proyectiles con espantosa profusión. Las balas de 24, se incrustan en las paredes en los techos, rompen los pilaretes que a fachada, destrozan las cornizas, hacen astillas y ventanas, penetran en los claustros y sacnd violencia todo el edificio que á cada instante ocupan temen ser aplastados. Las puertas mente barricadas, estallan en pedazos, los parapetos se derrumban, gruesos proyectiles los patios y golpean los pilares y tras ellos, cesar el cañoneo, 2.500 hombres del ejército r

vaden el piso bajo del convento, lanzando furibundos gritos de muerte y de venganza, á los cuales contestan desgarradores alaridos, y el fuego de fusilería de nuestros bravos que se defienden con desesperación.

Convencidos los republicanos de no obtener misericordia, se baten como leones.

El Coronel José Godoy, y los Capitanes Demetrio Lovatón y Chamberland (*), con poca tropa, se oponen á la entrada del enemigo y lo combaten con vigor extremado de patio en patio, hasta el fondo del edificio; en tanto que el Gobernador político Don Francisco Esteban Rivas, y los coroneles Mesa, Canelón y otros jefes, á cual más valerosos, esparcidos en los corredores del piso superior y en las azoteas con algunos soldados, apoyan á sus compañeros del piso bajo con certeras descargas.

Horroroso estrépito compuesto de mil diversos ruidos llena el recinto de la invadida Casa-Fuerte. El terror posee á los asilados en aquel edificio, convertido en infierno.

Freites, espada en mano, á la cabeza de un pelotón de gente armada, defiende palmo á palmo la escalera principal, y opone á los asaltadores desesperada resistencia, hasta encontrarse sólo, después de ver á cuantos le acompañan rodar cadáveres por los enrojecidos peldaños. Retrocede acosado, reúne algunos hombres

[*] Joven inglés que seguía nuestras banderas. En la primera expedición de los Cayos vino con el Libertador sirviéndole de edecán.

VENEZUELA HEROICA.

nde ultrajarla; en el opuesto c
móviles cual si fueran de piedra, s
proferir una queja ni humillarse a
tadores. La esposa del Coronel Go
neo herido de un sablazo (**). O
muerta atravesada por una bala d
itular, una joven barcelonesa de ve
y altiva como una estatua de Min
is corre sangre de héroes, defiende c
ciano padre herido y moribundo: i
ento, ofrece toda su sangre por el r
le sus días, y se arrodilla suplicante
s sin apiadar á los verdugos, que la
ebato sobre el pavimento; una
i pasar por sobre su cabeza; to
te después enrojecida, y un ay
del anciano.... Pálida, temblo
ágrimas y los labios blancos, cu
el, se levanta la abatida doncella
su padre, y, volviéndose con gesto
de asesinos que la contemplan c
Dios mio! exclama poseída de de
ue á estos monstruos, los ahogu
man, y que así como me ven á
hijas. Una bala cobarde corta

ña Bárbara Arrieja.

ña Carmen Requena.

á aquella criatura vigorosa, cuyas carnes, todavía
ntes, desgarran las infames bayonetas.

IX

os realistas persiguen á sus víctimas con encar-
ento. No hay escondrijo que no registren, ni
sagrado que dejen de profanar.

En la capilla del convento, el virtuoso sacerdote
Antonio Godoy, absuelve y bendice á los agoni-

hasta que cae á su turno, decapitado por
sablazo. Muchos infelices oponen como escudos
levantados aceros, las cruces y los Cristos que
tan de los altares; pero el sable de aquellos im-
ada respeta: sin escrúpulo mutila las sagradas

al par que corta las temblorosas manos que las
en levantadas. Detras de los altares, en los ni-
le los santos, en todas partes los persigue la
. El Presbítero Serra (margariteño), es abo-
por la soldadesca y golpeado con tal fuerza
s culatas de los fusiles, que muere á los pocos días
largo martirio.

Algunos espíritus valientes combaten todavía en
de la matanza. Entre los verdugos y las víc-
se traban enfurecidas luchas.

Hammerland, uno de los más denodados del piso
del convento, herido mortalmente y acorralado

que pretende ultrajarla; en el opuesto claustro dos mujeres inmóviles cual si fueran de piedra, se dejan fusilar sin proferir una queja ni humillarse ante sus cobardes matadores. La esposa del Coronel Godoy (*), cae con el craneo herido de un sablazo (**). Otra señora queda por muerta atravesada por una bala de fusil. En la sala capitular, una joven barcelonesa de veinte y siete años, bella y altiva como una estatua de Minerva, y por cuyas venas corre sangre de héroes, defiende con su cuerpo á su anciano padre herido y moribundo: implora con dolorido acento, ofrece toda su sangre por el resto de vida del autor de sus días, y se arrodilla suplicante y anegada en lágrimas sin apiadar á los verdugos, que la arrojan con brutal arrebató sobre el pavimento; una espada desnuda mira pasar por sobre su cabeza; torna á verla un instante después enrojecida, y un ay! se escapa del pecho del anciano.... Pálida, temblorosa, con los ojos sin lágrimas y los labios blancos, cual si fueran de mármol, se levanta la abatida doncella, mira el cadáver de su padre, y, volviéndose con gesto amenazador al grupo de asesinos que la contemplan con las miradas: *Dios mio!* exclama poseída de un fervor que permite que á estos monstruos, que derraman, y que así á ver sus hijas. U

[*] Doña Bá

[**] Doña

[illegible]

1. *Chlorophyll a* and *Chlorophyll b* contents were determined by spectrophotometry using the method of Lichtenthaler and Whistler (1987). The total chlorophyll content was calculated using the following formula:

[illegible][illegible]

mutation between the
 virulence & host
 4.

documentos del pisa-
mento y actividades

después de encarnizada lucha, entre el borde
na y los matadores de todos sus soldados, se
cráneo de un pistoletazo, ántes que somet
trajes que le esperan. Desde el piso alto,
posa, mujer de alma levantada, le ve cae
socorrerle: un grupo de frenéticos la asalta
ne; ella resiste y los insulta; las bayonet
para darle muerte; pero acierta á presenta
realista, y prendado de la belleza de aque
mujer, se interpone diciendo á los soldados
me pertenece, ¿no miran que es mui guapa
excitasen á más grosero insulto, las risas y l
alusiones de su tropa, rodea con uno de l
cintura de su protegida é intenta estamp
en los convulsos labios de aquella desgraciad
abatida un instante, se rehace indignada, a
cinto del oficial una pistola, y se la dispara
ropa, atravesándole el corazon. Eulalia B
al punto descuartizada.

El suicidio liberta á muchos de aquel
de infinitos ultrages. El valeroso margarita
Reyes, antes que rendirse al enemigo se da un
Numerosas personas de todo sexo, se arroja
azoteas para escapar de los excesos injuri
perseguidores. (**)

[*] Tal era el nombre de la esposa de Chamberla

[**] Laureano Ortiz, su esposa Francisca Rojas,
hijos; y la señora Juana Chirinos, madre del capitán
tón, fueron del número de aquellos desgraciados.

X

durante las primeras escenas de esta prolongada rofe, el General Freites había sido desalojado de los puntos que se empeñara en sostener en el interior del edificio, al propio tiempo que le tocaba igual al Gobernador Rivas y al Coronel Godoy; relos, envueltos, sin conseguir contener un instante ocidas masas enemigas que por todos lados los, logran reunirse estos tres héroes y juntar 42 os y algunos oficiales (*). Freites se pone al de este grupo de desesperados, carga á la bayoneta os fuerte de las columnas realistas que le oprimen, a una salida con asombro de todos sus contrarios, alvados se consideran aquellos pocos republicanos aparse del Convento; pero no bien aciertan á efectuar difícil retirada, encuéntranse cercados y en la necesidad de combatir de nuevo.

*¡Soldados, exclama Freites, blandiendo su inflexible
¡, preferible es caer combatiendo como bravos, á
degollados; y formando en columnas su escasa
se pone á la cabeza y carga al pasitrote contra
de los batallones realistas que le cierra el camino
¡ montes del Arroyo, por donde pretende esca-*

Los Capitanes Demetrio Lovatón y José Ramón Osti, los es Agustín Alvarez, Ramón Pérez, Miguel Navas, José Francisco es, y el entonces joven Manuel Osti, que hoy existe cargado de la ciudad de Barcelona, y á quién debemos muchos de estos ores que él ha sabido conservar.

emprender tan impetuosa carga una bala frac-
 zo derecho de aquel intrépido guerrero ; de su
 llevada cae la espada en el revuelto polvo
 pero recógela en seguida con la izquierda, y,
 a de nuevo con indomable fortaleza : *Viva la*
ra el Libertador Simón Bolívar ! grita con
 ento, y, un momento después, sus enrojecidas
 se cruzan con las del enemigo.

zo y desesperado fué el choque que se die-
 estas columnas : durante algunos minutos
 confundidos republicanos y realistas ; luego ce-
 paros, se desvanece el humo de aquel pos-
 te, y el desgraciado Freitas, así como su
 compañero Don Francisco Esteban Ribas,
 prisioneros y cubiertos de sangre.

tanza continuaba, entretanto, en el asaltado
 la pretendida Casa-Fuerte. La ferocidad
 as realistas no reconoce límites ; por cente-
 nientan los cadáveres esparcidos en los claus-
 s aposentos y en la capilla del convento.
 sangre no se opone empero á la ardiente
 par que los vencedores se ceban sin piedad
 zidos, procuran encontrar los tesoros ocul-
 ponen haber depositado allí los asilados ; re-
 o el edificio, pillan ó desbaratan cuanto
 vuelven y revuelven los cadáveres para
 le las escasas joyas y dinero que pueden
 los vestidos : por un miserable zarcillo cortan

reja, por un anillo de escasísimo valor mutilan mano.

No hay quien ponga término á tantas demasías. En la presencia la matanza con la más feroz im-
piedad, entretenido en acariciar las crines del caballo
monta. Cuando le presentan á Freites y á Ribas,
heridos y heridos, tuvo la cobardía de insultarlos;
mas les conserven la vida, para darse el placer
de llevarlos á Caracas como muestra de su completa
victoria, contando de antemano con que Moxó, tan
valiente como él, no tardaría en sacrificarlos de ma-
jeemplar.

El degüello de tantos infelices no terminó hasta
cuando no hubo á quien matar. Poquísimos patrio-
tas lograron escaparse de la muerte: hasta los priso-
realistas que se encontraban en la Casa-Fuerte,
pasados á cuchillo. ; Eran venezolanos! Sólo á
las mujeres dieron cuartel los vencedores, y eso para
degradarlas al oprobio.

Después de este desastre, la ciudad fué entregada á
los vencedores, y quedó por mucho tiempo despoblada.

Al día siguiente se apresura á reorganizar sus tropas, sacia-
do de haber obtenido su venganza, y, enorgullecido con su triun-
fo, quiere llevar más lejos sus proezas. Suponiendo la
fuerza de Mariño en el pueblo del Chaparro, marcha
allí á librarle batalla, y deja á Barcelona conver-
tido en vasto cementerio, al cual sirven de osario las
ruinas de la llamada "Casa-Fuerte."

XI

Después de tan horroroso suceso, los asaltantes de Caracas vieron cruzar, por las principales, un batallón de línea, es decir, una fila parihuela, que conducían alguna cosa a cual iba un hombre acostado. Al examinar á consecuencia de dos heridas recibiera en el combate de la Cañalona, era el heroico General Pedro Páez á su lado, con las manos atadas, pero con semblante sereno, marchaba á la cabeza del cañonero de armas Don Francisco Estelita. Los heridos se preocupaban en apariencia con su propia suerte, pero al héroe moribundo con exhortaciones y palabras eran llevados á afrentoso suplicio, donde los espera la horca, y en ella mueren con entereza tan insignes patriotas.

Don Francisco Freites, nació en Barcelona en 1790, de una familia respetable y distinguida. Al proclamarse la independencia se alistó en sus filas, y en el extraordinario desprendimiento luchó por la libertad. Cuando la expedición de Morillo pudo escapar, se unió en los Cayos al Libertador, quien siendo uno de los más valerosos de la famosa expedición, marchó á las órdenes de Piar á llevar á cabo la campaña. Fue el jefe de las infanterías de este General. Soldado valeroso, cumplido en sus deberes como patriota y como soldado, dió á la Patria cuanto poseía, y murió con el propio martirio.

SAN FÉLIX.

uno de los claustros, y torna á combatir
os y mayor ardimiento. Su voz resuena
lo del estrépito, y los pocos soldados que
an sangriento vencimiento, corren por
ombatiendo junto á su heroico General.
entras se combate en los patios, en
laustros, en los peldaños de las escalas,
le la cisterna, cuyas aguas enrojece
apilla y las bodegas del convento, las
os corren desatentados lanzando de
; se ocultan en los oscuros rincones
celdas, en los más apartados aposen-
zoteas, tratan de esconderse en los
y discurren por todo el edificio huyendo
y á cada paso tropezando con ella.

VIII

encida la resistencia de la tropa repite
el degüello, y el sanguinario Aldama
ad que excede á la de Boves, no da c
las bayonetas y los sables de sus fren-
quienes azuza á la matanza, nada pe-
nueren acuchillados lo mismo que lo

~~~~~

rupos de mujeres aterradas que imploran misericordia, se descargan los fusiles y los sables.

La sangre inunda el piso de los claustros; en ella yacen y se revuelcan confundidos víctimas y verdugos. Hay una gran confusión! ¡ Cuántas escenas trágicas en aquellas horas de mortal agonía, de lágrimas, de desesperación, de dolor y de venganza! Horas tristes de abatimiento y degradación para la especie humana; horas en que al par se subliman las almas nobles y se desahogan los más íntimos sentimientos.

Las pobres madres perecen tratando de defender sus hijos, que les arrebatada de los brazos la enfurecida multitud para estrellarlos contra las paredes ó arrojarlos al aire y dejarlos caer luego sobre las puntas de bayonetas.

En todas las movedoras escenas se suceden casi al mismo tiempo en todos los aposentos del desmartelado edificio. Aquí un padre abraza estrecha entre sus brazos á una de sus hijas de quince años, trémula de terror, y la escudriña con la mirada que atraviesa al padre hiere dos corazones; allí una madre al espirar, trata de esconder bajo las faldas su inocente criatura que aun no sabe sino llorar y gemir; más allá, se abrazan dos esposos para morir juntos al mismo golpe; en una de las crujías, un hombre caído con un pedazo de espada y cubierto de heridas defiende una mujer, que acaso sea su hermana, su madre ó su esposa, de un grupo de desalmados



## VENEZUELA HEROICA.

---

de ultrajarla; en el opuesto clau-  
nóviles cual si fueran de piedra, se  
roferir una queja ni humillarse ante  
adores. La esposa del Coronel Godoy  
eo herido de un sablazo (\*\*). Otra  
muerta atravesada por una bala de fi-  
tular, una joven barcelonesa de veinti-  
y altiva como una estatua de Minerva  
corre sangre de héroes, defiende con  
iano padre herido y moribundo: impu-  
ento, ofrece toda su sangre por el resto  
e sus días, y se arrodilla suplicante y  
s sin apiadar á los verdugos, que la ar-  
ebato sobre el pavimento; una es-  
pasar por sobre su cabeza; torna-  
te después enrojecida, y un ay! s  
del anciano.... Pálida, temblorosa  
ígrimas y los labios blancos, cual  
l, se levanta la abatida doncella, y  
su padre, y, volviéndose con gesto an-  
de asesinos que la contemplan con  
*Dios mio!* exclama poseída de desespera-  
*ne á estos monstruos, los ahogue el*  
*man, y que así como me ven á mi*  
*hijas.* Una bala cobarde corta la

ña Bárbara Arriola.

ña Carmen Requena.

la á aquella criatura vigorosa, cuyas carnes, todavía antes, desgarran las infames bayonetas.

## IX

Los realistas persiguen á sus víctimas con encarnizamiento. No hay escondrijo que no registren, ni sagrado que dejen de profanar.

En la capilla del convento, el virtuoso sacerdote Antonio Godoy, absuelve y bendice á los agonizantes, hasta que cae á su turno, decapitado por sablazo. Muchos infelices oponen como escudos levantados aceros, las cruces y los Cristos que atan de los altares; pero el sable de aquellos impenetrables respeta: sin escrúpulo mutila las sagradas imágenes, al par que corta las temblorosas manos que las sostienen levantadas. Detras de los altares, en los nichos de los santos, en todas partes los persigue la muerte. El Presbítero Serra (margariteño), es abolido por la soldadesca y golpeado con tal fuerza en las culatas de los fusiles, que muere á los pocos días en un largo martirio.

Algunos espíritus valientes combaten todavía en medio de la matanza. Entre los verdugos y las víctimas se traban enfurecidas luchas.

Chamberland, uno de los más denodados del piso del convento, herido mortalmente y acorralado

después de encarnizada lucha, entre el borde  
na y los matadores de todos sus soldados, se  
cráneo de un pistoletazo, ántes que someta  
trajes que le esperan. Desde el piso alto, i  
posa, mujer de alma levantada, le ve caer  
socorrerle: un grupo de frenéticos la asalta  
ne; ella resiste y los insulta; las bayonetas  
para darle muerte; pero acierta á presentar  
realista, y prendado de la belleza de aque  
mujer, se interpone diciendo á los soldados:  
*me pertenece, ¿no miran que es mui guapa?*  
excitasen á más grosero insulto, las risas y la  
alusiones de su tropa, rodea con uno de lo  
cintura de su protegida é intenta estampa  
en los convulsos labios de aquella desgraciada  
abatida un instante, se rehace indignada, a  
cinto del oficial una pistola, y se la dispara  
ropa, atravesándole el corazon. Eulalia Br  
al punto descuartizada.

El suicidio liberta á muchos de aquel  
de infinitos ultrages. El valeroso margarite  
Reyes, antes que rendirse al enemigo se da un  
Numerosas personas de todo sexo, se arroja  
azoteas para escapar de los excesos injuric  
perseguidores. (\*\*)

---

[\*] Tal era el nombre de la esposa de Chamberlain

[\*\*] Laureano Ortiz, su esposa Francisca Rojas,  
hijos; y la señora Juana Chirinos, madre del capitán I  
tón, fueron del número de aquellos desgraciados.

## X

durante las primeras escenas de esta prolongada  
rofe, el General Freites había sido desalojado de  
los puntos que se empeñara en sostener en el in-  
del edificio, al propio tiempo que le tocaba igual  
al Gobernador Rivas y al Coronel Godoy; re-  
los, envueltos, sin conseguir contener un instante  
cidas masas enemigas que por todos lados los  
1, logran reunirse estos tres héroes y juntar 42  
os y algunos oficiales (\*). Freites se pone al  
de este grupo de desesperados, carga á la bayoneta  
os fuerte de las columnas realistas que le oprimen,  
a una salida con asombro de todos sus contrarios.  
alvados se consideran aquellos pocos republicanos  
aparse del Convento; pero no bien aciertan á efec-  
ian difícil retirada, encuéntranse cercados y en la  
necesidad de combatir de nuevo.

oldados, exclama Freites, blandiendo su inflexible  
1, *preferible es caer combatiendo como bravos, á*  
*degollados*; y formando en columnas su escasa  
se pone á la cabeza y carga al pasitrote contra  
de los batallones realistas que le cierra el camino  
montes del Arroyo, por donde pretende esca-

Los Capitanes Demetrio Lovatón y José Ramón Osti, los  
es Agustín Alvarez, Ramón Pérez, Miguel Navas, José Francisco  
es, y el entonces joven Manuel Osti, que hoy existe cargado de  
la ciudad de Barcelona, y á quién debemos muchos de estos  
res que él ha sabido conservar.

después de encarnizada lucha, entre el borde de  
na y los matadores de todos sus soldados, se de  
cráneo de un pistoletazo, ántes que someters  
trajes que le esperan. Desde el piso alto, su  
posa, mujer de alma levantada, le ve caer y  
socorrerle: un grupo de frenéticos la asalta y  
ne; ella resiste y los insulta; las bayonetas  
para darle muerte; pero acierta á presentarse  
realista, y prendado de la belleza de aquella  
mujer, se interpone diciendo á los soldados: *E*  
*me pertenece, ¿no miran que es mui guapa?* y  
excitasen á más grosero insulto, las risas y las  
alusiones de su tropa, rodea con uno de los t  
cintura de su protegida é intenta estampar  
en los convulsos labios de aquella desgraciada; pero ésta,  
abatida un instante, se rehace indignada, arrebatada del  
cinto

ropa

al p

de i

Reye

Num

azote

perso

[  
[  
hijos;  
tón, i

200  
Sa

## X

Durante las primeras escenas de esta prolongada catástrofe, el General Freites había sido desalojado de todos los puntos que se empeñara en sostener en el interior del edificio, al propio tiempo que le tocaba igual suerte al Gobernador Rivas y al Coronel Godoy; rechazados, envueltos, sin conseguir contener un instante las crecidas masas enemigas que por todos lados los atacan, logran reunirse estos tres héroes y juntar 42 soldados y algunos oficiales (\*). Freites se pone al frente de este grupo de desesperados, carga á la bayoneta la menos fuerte de las columnas realistas que le oprimen, y gana una salida con asombro de todos sus contrarios.

Salvados se consideran aquellos pocos republicanos al escaparse del Convento; pero no bien aciertan á efectuar tan difícil retirada, encuéntranse cercados y en la dura necesidad de combatir de nuevo.

*Soldados*, exclama Freites, blandiendo su inflexible espada, *preferible es caer combatiendo como bravos, á morir degollados*; y *algunas* columnas su escasa tropa, se pone á *pasitrote* contra *el camino* y *esca-*

ti, los  
inci-  
ado de  
e esto

resa, repasa el Caroní y va á fijar su C en el pueblo de San Félix, donde reme gracias al oportuno envío de 600 caba auxilia en tan apuradas circunstancias ico; é informado de que ya La Torre lonel Ceruti, habían desembarcado la en Guayana la Vieja y se aprestaban paña, reconcentra en San Félix los div ejército republicano y se prepara á esp

Las tropas que reconcentra Piar alcan-  
 batientes; pero tan escaso andaba d  
 el renombrado General, que sólo 500  
 os de fusil cuenta en sus filas; el rest  
 republicana constaba de 800 lanceros  
 os flecheros y 400 jinetes bien montados

La división realista con que La Torre  
lida á los patriotas, cuenta 1.600 infant  
dos piezas de artillería y 200 caballos.

La probada intrepidez de Piar no se casión ante aquella extraordinaria de do como tiene á sus órdenes para robu ardimiento, al bravo Coronel Anzoá eral de la división republicana; á los les Chipíá, Pedro León Torres y Pedro elantes por vengar el rechazo sufrido e opávigo Salóm, al laborioso Pedro Bric etario del General en Jefe; al denodad

~~~~~  
sísimo valor mutilan

o á tantas demasías.
on la más feroz im-
las crines del caballo
á Freites y á Ribas,
bardía de insultarlos;
para darse el placer
uestra de su completa
con que Moxó, tan
en sacrificarlos de ma-

es no terminó hasta
. Poquísimos patrio-
erte: hasta los prisio-
n en la Casa-Fuerte,
venezolanos! Sólo á
vencedores, y eso para

iudad fué entregada á
lespoblada.

nizar sus tropas, sacia-
gullecido con su triun-
oezas. Suponiendo la
del Chaparro, marcha
ja á Barcelona conver-
al sirven de osario las
t "Casa-Fuerte."

un anillo de escasísimo valor mutilan

ponga término á tantas demasías.

la matanza con la más feroz im-

do en acariciar las crines del caballo

do le presentan á Freites y á Ribas,

los, tuvo la cobardía de insultarlos;

ervén la vida, para darse el placer

racas como muestra de su completa

de antemano con que Moxó, tan

el, no tardaría en sacrificarlos de ma-

de tantos infelices no terminó hasta

á quien matar. Poquísimos patrio-

arse de la muerte: hasta los prisio-

se encontraban en la Casa-Fuerte,

cuchillo. ¡Eran venezolanos! Sólo á

eron cuartel los vencedores, y eso para

robio.

este desastre, la ciudad fué entregada á

mucho tiempo despoblada.

apresura á reorganizar sus tropas, sacia-

venganza, y, enorgullecido con su triun-

ar más lejos sus proezas. Suponiendo la

Iariño en el pueblo del Chaparro, marcha

brañle batalla, y deja á Barcelona conver-

sto cementerio, al cual sirven de osario las

nas de la llamada "Casa-Fuerte."

después de encarnizada lucha, entre el borde de la ci-
na y los matadores de todos sus soldados, se desbar-
cráneo de un pistoletazo, ántes que someterse á los
trajes que le esperan. Desde el piso alto, su jóve-
posa, mujer de alma levantada, le ve caer y co-
socorrerle: un grupo de frenéticos la asalta y la
ne; ella resiste y los insulta; las bayonetas se
para darle muerte; pero acierta á presentarse un
realista, y prendado de la belleza de aquella in-
mujer, se interpone diciendo á los soldados: *Esa*
me pertenece, ¿no miran que es mui guapa? y co-
excitasen á más grosero insulto, las risas y las ol-
alusiones de su tropa, rodea con uno de los bra-
cintura de su protegida é intenta estampar
en los convulsos labios de aquella desgraciada; pe-
abatida un instante, se rehace indignada, arre-
cinto del oficial una pistola, y se la dispara á
ropa, atravesándole el corazon. Eulalia Bnro:
al punto descuartizada.

El suicidio liberta á muchos de aquellos
de infinitos ultrages. El valeroso margariteño
Reyes, antes que rendirse al enemigo se da un
Numerosas personas de todo sexo, se arroja
azoteas para escapar de los excesos injur-
perseguidores. (**)

[*] Tal era el nombre de la esposa de

[**] Laureano Ortiz, su e-
hijos; y la señora Juana Chi-
tón, fueron del número de

cuerdo del antiguo
espíritu independiente
de Venezuela, que
de Macarapana,
ra, Mayuracari, G
, y el heroico So
llos en 1817.

V

combate, en vano t
a línea que, á pié
, el empuje cada ve
les, tan briosos y te
e la firmeza con
belicosas cargas
lamentables pérdic
avo Coronel Chip
vida en medio á
n dejar de comba
la bandera del bata
sto que no aband

Poco después toc
frentado á los so
nir", que dirige (

más en uno de los claustros, y torna á combatir con nuevos bríos y mayor ardimiento. Su voz resuena airada en medio del estrépito, y los pocos soldados que sobreviven sangriento vencimiento, corren presurosos á combatiendo junto á su heroico General.

entras se combate en los patios, en los pasillos, en los claustros, en los peldaños de las escaleras, en el fondo de la cisterna, cuyas aguas enrojece la sangre, y en la capilla y las bodegas del convento, las mujeres y los niños corren desatentados lanzando desgarradores gritos; se ocultan en los oscuros rincones, en las escaleras, en las más apartados aposentos; suben por las azoteas, tratan de esconderse en los agujereados techos y discurren por todo el edificio huyendo de la muerte, y á cada paso tropezando con ella.

VIII

Tras la resistencia de la tropa republicana, sobreviene el degüello, y el sanguinario Aldama con una furia que excede á la de Boves, no da cuartel á nadie; las bayonetas y los sables de sus frenéticos soldados azuza á la matanza, nada perdonan; los jóvenes mueren acuchillados lo mismo que los ancianos;

os de mujeres aterradas que imploran misericordia; descargan los fusiles y los sables.

El ruido inunda el piso de los claustros; en ella se revuelcan confundidos víctimas y verdugos. Confusión! ¡ Cuántas escenas trágicas en aquella mortal agonía, de lágrimas, de desesperación y de venganza! Horas tristes de abatimiento y degradación para la especie humana; horas en que al par se subliman las almas nobles y los sentimientos.

Las madres perecen tratando de defender sus hijos, que les arrebatada de los brazos la enfurecida multitud para estrellarlos contra las paredes ó el aire y dejarlos caer luego sobre las puntas de las bayonetas.

Horribles escenas se suceden casi al mismo tiempo en los aposentos del desmartelado edificio. Aquí un hombre estrecha entre sus brazos á una de sus hijas de quince años, trémula de terror, y la estrangula; allá el padre hiere dos corazones; allí una madre al espirar, trata de esconder bajo las faldas su inocente criatura que aun no sabe sino llorar y llorando se abraza á su madre; más allá, se abrazan dos esposos para morir juntos; en una de las crujiás, un hombre caído por un pedazo de espada y cubierto de heridas abraza una mujer, que acaso sea su hermana, su madre ó su esposa, de un grupo de desalmados

VENEZUELA HEROICA.

tende ultrajarla; en el opuesto claustro dos inmóviles cual si fueran de piedra, se dejan fu-
proferir una queja ni humillarse ante sus co-
ratadores. La esposa del Coronel Godoy (*), cae
raneo herido de un sablazo (**). Otra señora
or muerta atravesada por una bala de fusil. En
apitular, una joven barcelonesa de veinte y siete
lla y altiva como una estatua de Minerva, y por
mas corre sangre de héroes, defiende con su cuer-
anciano padre herido y moribundo: implora con
acento, ofrece toda su sangre por el resto de vida
r de sus días, y se arrodilla suplicante y anegada
nas sin apiadar á los verdugos, que la arrojan con
irrebato sobre el pavimento; una espada des-
ira pasar por sobre su cabeza; torna á verla
ante después enrojecida, y un ay! se escapa
io del anciano.... Pálida, temblorosa, con los
lágrimas y los labios blancos, cual si fueran
mol, se levanta la abatida doncella, mira el ca-
e su padre, y, volviéndose con gesto amenazante
o de asesinos que la contemplan con lascivas
: *Dios mio!* exclama poseída de desesperación,
que á estos monstruos, los ahogue la sangre
raman, y que así como me ven á mí, lleguen
mis hijas. Una bala cobarde corta la palabra y

Doña Bárbara Arrieja.

Doña Carmen Requena.

la vida á aquella criatura vigorosa, cuyas carnes, t
palpitantes, desgarran las infames bayonetas.

IX

Los realistas persiguen á sus víctimas con
nizamiento. No hay escondrijo que no regist
lugar sagrado que dejen de profanar.

En la capilla del convento, el virtuoso sac
Juan Antonio Godoy, absuelve y bendice á los
zantes, hasta que cae á su turno, decapitad
aleve sablazo. Muchos infelices oponen como e
á los levantados aceros, las cruces y los Cristo
arrebatan de los altares; pero el sable de aquel
píos nada respeta: sin escrúpulo mutila las sa
efigies, al par que corta las temblorosas manos
sostienen levantadas. Detras de los altares, en
chos de los santos, en todas partes los persi
muerte. El Presbítero Serra (margariteño), e
feteado por la soldadesca y golpeado con tal
con las culatas de los fusiles, que muere á los poc
de su largo martirio.

Algunos espíritus valientes combaten toda
medio de la matanza. Entre los verdugos y l
timas se traban enfiamecidas luchas.

Chamberland, uno de los más denodados d
bajo del convento, herido mortalmente y aco

VENEZUELA HEROICA

is de encarnizada lucha, entre el borde
is matadores de todos sus soldados, se
de un pistoletazo, ántes que somet
que le esperan. Desde el piso alto,
mujer de alma levantada, le ve caer
arle: un grupo de frenéticos la asalta
la resiste y los insulta; las bayonet
arle muerte; pero acierta á presenta
a, y prendado de la belleza de aque
se interpone diciendo á los soldados
«tenece, ¿no miran que es mui guapa
en á más grosero insulto, las risas y l
ies de su tropa, rodea con uno de l
a de su protegida é intenta estamp
convulsos labios de aquella desgraciad
a un instante, se rehace indignada, a
el oficial una pistola, y se la dispara
atravesándole el corazon. Eulalia B
to descuartizada.

o suicidio liberta á muchos de aque
nitos ultrages. El valeroso margarita
antes que rendirse al enemigo se da u
osas personas de todo sexo, se arroja
para escapar de los excesos injuri
adores. (**)

Tal era el nombre de la esposa de Chamberla
] Laureano Ortiz, su esposa Francisca Rojas
la señora Juana Chirinos, madre del capitán
ron del número de aquellos desgraciados.

X

Durante las primeras escenas de esta prologada catástrofe, el General Freites había sido desalojado de todos los puntos que se empeñara en sostener en el interior del edificio, al propio tiempo que le tocaba suerte al Gobernador Rivas y al Coronel Godoy chazados, envueltos, sin conseguir contener un instante las crecidas masas enemigas que por todos lados atacan, logran reunirse estos tres héroes y junto a algunos soldados y algunos oficiales (*). Freites se pone al frente de este grupo de desesperados, carga á la bayoneta la menos fuerte de las columnas realistas que le oprime y gana una salida con asombro de todos sus contrarios.

Salvados se consideran aquellos pocos republicanos al escaparse del Convento; pero no bien aciertan á hacer tan difícil retirada, encuéntranse cercados y en una dura necesidad de combatir de nuevo.

Soldados, exclama Freites, blandiendo su inflexible espada, *preferible es caer combatiendo como bravos morir degollados*; y formando en columnas su escuadra, se pone á la cabeza y carga al pasitrote contra aquel de los batallones realistas que le cierra el camino de los montes del Arroyo, por donde pretende

[*] Los Capitanes Demetrio Lovatón y José Ramón Osti, Tenientes Agustín Alvarez, Ramón Pérez, Miguel Navas, José Frutos Bordones, y el entonces joven Manuel Osti, que hoy existe cargado de años en la ciudad de Barcelona, y á quién debemos muchos de los pormenores que él ha sabido conservar.

del pretendido Congreso de Cariaco. Sin que detenga márchanse al Orinoco á ponerse á del Libertador; y Morillo, falto de previsión r la efectiva importancia de conservar á Gua satisfacción de vengarse de los margariteños, de disolver aquella nube que se condensaba , comenzando su campaña contra Margarita, y apoderarse á sangre y fuego de todos los la península de Paria, desde Carúpano hasta

bertador protesta enérgicamente contra todas nes del citado Congreso; é inspirado como n su acendrado patriotismo, activa el some- e Angostura y de los castillos de Guayana hostilizando en el Orinoco la escuadrilla es- e abastecía de vituallas á las sitiadas plazas. embarcaciones que han de aumentar las naves

Almirante Brión, atendiendo á las órdenes , se dispone á remontar el río: y perso- activa y lleva á cabo las más arriesgadas

VIII

nto de perecer se ve en aquellos días en el Dasacoima, donde tenía apostado un destaca- tropas, con el fin de apoyar la escuadrilla

la remontada al ser combatida por las naves. Dudoso de que se realizaran sus proyectos de eficacia, habíase aventurado á vigilar persiquellas tropas; é informado el enemigo de de Bolívar en semejantes parajes, se propone la revolución aprehendiéndolo su primer caudillo sigilosamente los realistas á la boca del Caño, desembarcan unos cuantos soldados, de caerle por la espalda al destacamento comprenden al Libertador que se hallaba algo lejos suyos, sin más compañeros que Arisblette, Pedro León Torres, Jacinto Lara y Méndez. Sin otro arbitrio para escapar del peligro de ser presos, que el de arrojarse á profundo y cenagoso y ocultarse bajo el agua desprecian; pero Bolívar ya en medio del peligro cree posible despistar á sus perseguidores, que se desnudó la garganta y desenvainó la espada para darse la muerte antes que ser prisionero; grosamente salvó la vida en aquella ocasión el idillo americano, y fué en la noche que se prolongada agonía que el Libertador, con los cuantos le acompañaban en aquellos desolados manglares, desarrolló los vastos planturas campañas, para libertar á Nueva Granada provincias del Ecuador y el Virreinato del Perú, que en apariencia presuntuosos, que muchos

de sus amigos atribuyeron á delirio de amor y ardorosa imaginación; pero que no se vieron realizados.

Brion y Antonio Díaz surcan el Caura en los heroicos combates, que alarman y ponen en alarma las listas, presencia en sus crecidas aguas nuestros ríos.

El General La Torre temeroso de verse en Angostura y reducido ya por el asedio de las tropas á la última extremidad, evacua el punto que ocupa la división de Bergamini y se guarece en los castillos de Guayana, de los cuales abandona en seguida imposibilitado de sostenerse en ellos largo tiempo. Comunicación de estas dos plazas fuertes se establece por una escuadrilla española y aunque pierde en las embarcaciones, hace rumbo á la isla de Margarita, luego se dirige á las playas de Cumaco con Morillo.

IX

Guayana libertada de las tropas del enemigo, entonces hasta el fin de la guerra la base de las operaciones militares de los independientes, y se instaló en Angostura el Gobierno de la

¿qué nube sombría viene á oscurecer tan suceso? ¿Qué nuevos sacrificios le esperan á?

uno inmenso y en extremo doloroso; pero los tiempos desgraciadamente necesario para la augusta autoridad de la República, amemomo nunca por la espada aleva de la anarquía, lición y de las más temerarias presunciones. angre ardiente de uno de nuestros héroes, iatoria el altar de la Patria, redime una gran á la vez que en el seno de la Revolución extirpa o cáncer que la devoraba, nos hace verter lágrimas y protestar contra el duro destino o á Piar á ser ajusticiado por sus propios her- r sus compañeros de gloria, por los más rectos dmiradores.

Félix, la más elevada cumbre de las glorias de Piar, tuvo el funesto *privilegio* de desvasoberbio batallador á quien tantos servicios t República: poseído del vértigo de una in- ción se despeña de tan excelsa altura y rueda erse hasta el cadalso el héroe triunfador, pos- o honda pesadumbre la atribulada Patria, que e ve á sacrificar para salvarse á un hijo tan o.

qué, antes de condenar á sus compañeros de que derramasen en cumplimiento de un deber : aquella sangre, por mil títulos preciosa, no strado después de victorioso en el campo res- nte de San Félix? ¿Por qué las balas enem- cruels siempre y tan certeras en escoger sus, entre los más preclaros de nuestros lidiadores,

no evitaron que las nuestras llegasen á la zona cuyos latidos resonaban cariñosamente en los pechos de aquellos mismos que á su pesar lo hicieron.

Oh ! más cruel destino no se ensañó jamás con un mortal de suyo afortunado, ni amargó el alma con la conciencia y de la ley, ni puso en mal la justicia.

Piar fué culpable. La Historia no lo ha perdonado y acaso no lo absuelva ; pero, ya en nuestras graves faltas no amancillan sus glorias, éstas de la Patria, y con orgullo se ostentarán en el futuro mientras no desaparezca roída por la mano de mezquinas generaciones nuestra gran epopeya.

El 16 de Octubre de 1817, á la par que con dolor y de pesar para todos los corazones que aún guardan memoria de nuestros ínclitos libertadores, lo es para la de incontrovertible justicia.

Frescos aún en la frente del héroe los laureles de San Félix, rindió Piar la vida con la misma intrepidez que le distinguió.

Su trágica muerte, á la que corrió desatado, de decirse que fué casi un suicidio.

Sobre su tumba, entre los mil laureles que crecen, no cabe sino la palabra: *Infortunio*.

El silencio de los sepulcros ha pretendido todo ruido que no sea el de los sollozos en torno de aquella abandonada y solitaria tumba pero en vano: el eco de cien victorias resuena tan fuertemente en rededor de aquel sepulcro, rapiche, el Caura, el Caroní y el majestuoso río del Orinoco, que en sus ondas las insignes proezas de San Félix.

MATASIETE.

ner las huellas de los aventureros que, d
Guerra hasta Morillo, la hollaron con su p
de Aguirre, á quién apellidaron el tirano,
en 1561, y otros no menos crueles,
piedad hasta 1817.

rgarita, nace con Arismendi á la vic
; en 1810 se adhiere al gobierno r
, y fiel á sus promesas, y á la acen
sustraerse al vasallaje colonial, ller
le inmortales hazañas, durante lar
lucha de nuestra Independencia.

todas nuestras provincias, ninguna
nerosa, más aislada en la defensa de
o. En la época aciaga de la tremen
ública, ella es la última que sucumb
de nuevo torna á reerguir la frent
es Arismendi, el primogénito de
l primero de sus héroes.

Revolución encuentra ya maduro
(*) y en capacidad de prestarle po
o de una familia distinguida, y eje
ia edad en el mando de las milicias
, su espada y su fortuna, le conqui
eros días de la popular insurrecc
entre sus compatriotas. Él surge al

Juan Bautista Arismendi nació en Marga

de las contrapuestas ideas, como brota del pedernal chispa precursora del incendio. Margarita le aclama r caudillo, rompe las ligaduras que le sujetan al ce- de Castilla, y aquel pueblo de humildes pescadores, llamado de súbito por la más alta aspiración, se transforma en un pueblo de héroes.

II

Unida sin embargo, Margarita á la suerte de las as provincias de Venezuela, tiene como ellas días de ría y noches pavorosas de supremo quebranto. La pitulación de Miranda la somete de nuevo al régimen lonial que Monteverde le impone con dureza. Pasal Martínez, á quién por su codicia y sus crueldades ellidaron los insulares *el gigante de los tiranos*, la opri-, la roba, la escarnece; lléna de ciudadanos los cala- zos de los castillos de Santa Rosa y Pampatar, azota las plazas públicas sobre cañones calientes á fuerza disparos, á mujeres y ancianos, confisca en prove- o propio todas las propiedades de los llamados insur- ntes, y amenaza con dar muerte á los dos hijos de ismendi, si este patriota, que ha logrado escapar de venganza de Martínez refugiándose en las montañas la isla, no viene á rescatarlos entregando por ellos

VENEZUELA HEROICA

sona y su vida. Al conocimiento del pidoz la terrible noticia de la inicua sobre sus hijos, aun no adolescentes, y como cumplimiento de semejante amenaza ferocidad de su enemigo, el sentimiento ad avasalla el corazón de Arismendi, que corre á entregarse prisionero, sintiendo vez removerse en el fondo de su alma e venganza.

Hasta entonces el león había sido general que provocan su fiereza.

Herrojado en las mazmorras de la Isla, y bien, trasladado luego á las prisiones y de nuevo á los calabozos de la fortaleza, bajo la doble pena de su nueva la pérdida de su esposa, quien "no" á la vista de sus hijos amenazados había dejado sobre la tierra huérfanos; el alma de Arismendi se endurece de los estrechos hierros que le oprimen, y decide á libertar la Patria de los opresores, roe con desesperación; trama en el seno mismo de la se encuentra aprisionado, descabellada, de revolución y de venganza, y aguarda el momento oportuno de levantarse victorioso de las almenas, asiento de los tiranos de

III

do instante no demora en
rmúdez y otros patriotas o
ugiado en el islote de Chac
persecución de los realistas,
le Paria, apellidando guerra.
se apoderan á sangre y fue
costa, penetran en los mon
e hacen firmes en las riber
propio tiempo que en Mat
Monteverde, estalla la in
de Junio de 1813), y tod
or el joven José Rafael Guev
z, que se refugia en el cas
lo rinden y aprisionan, al
i es proclamado Gobernador
oportunos y eficaces, de br
ta á los patriotas que luchan
hora triste de las sangrient
esperar. A las atrocidades
Cerveris, contestan los repu
sangre. Irritado Mariño, f
españoles de los más connot

VENEZUELA HEROICA

s hijos de Venezuela; en Ma

Martínez y muchos de sus
da todas sus maldades. Pe
adores por la independencia
niciaron la guerra á muerte;
on antes que Mariño, Berr
y Bolívar el corazón de los
gloria triste de posponer los
os arrebatos de enconadas
e prepara á la lucha; Arism
á cuyo frente pone á Bianq
ervicios á la República amer
ducta con el Libertador; a
ales va Piar á impedir el
tiados con Monteverde en l
llo; atiende generosa á las
s de Caracas y Cumaná,
égo llevará Arismendi á com
el continente.

as provocadas por Mariño,
luégo á Maneiro el Gobierno
is á dar cuenta de cuanto o

re agitador de Margarita
pios de Febrero de 1814, c
llaban las pasiones, y más c
guerra; y como se reclama

~~~~~

ma activa parte en los acontecimientos que en, con harta rapidez, en aquellos días crueles, mates terribles y lágrimas y sangre. Tócale severas órdenes, y, soldado obediente, acepta el sin rehuír la parte que le toca de responsabilidad en aquellas matanzas.

#### IV

Arismendi por condiciones varias, muy notable de las figuras más caracterizadas de la República una de sus potencias más incontrastables, uno de sus caracteres más duramente templados en la volcánica de aquella tumultuosa agitación de iras y de sacrificios y heroísmos; y tal como le vemos contemporáneos, héroe terrible, no pocas veces alabado, es preferible, con todas sus pasiones rebatos frenéticos, al personaje equívoco que es menudado por aquellos cronistas que tratan de hacer de cuantos severos cargos hacen pesar sobre los historiadores, con más apasionamiento que No, el héroe de Margarita, tenía la talla de los pujantes lidiadores de su época, y á pesar de los angrientos vértigos que quieran enrostrarle para hacer sus glorias, alcanzó épica grandeza en aquellos



tiempos en que no era fácil escalar sin comprecimientos un puesto culminante, y señalac prestó con desinterés á su país. Fanático tad, le cegaron á veces tempestuosas pasi con todo ello, su gloria tiene por pedestal á la isla diminuta en tamaño, gigantesca drado patriotismo. El carácter de tan incontrador, su perseverancia y su heroísmo, van á lu

Bolívar, sin desmayar en sus propósitos de los desastres que experimentan nuestras las provincias de Occidente y en el cent pública, se ve en el duro trance de retirada, empujado por las lanzas de Boves viene con la desgracia, la desesperación y y sangrientos combates aniquilan el reducido patriota, y sucumbe la Revolución en Manizuela de nuevo conquistada queda á mercedor, y sólo Margarita, después de tanta tremola en sus almenas la bandera de la .

Muchos de los vencidos acuden á r aquel suelo hospitalario, y se unen á Aris noble propósito de rechazar la invasión q Morales contra la isla desamparada, rebelde nimiento entre sus hijos y sus antiguos opre

Margarita se apercibe al combate resucara al pérfido canario la independencia de territorio. Mas, ah! cuando tan sólo espe contra los 5.000 soldados de Morales y las

areja para asaltar la isla, l  
con la poderosa exped.  
nando VII para sofocar la  
fondea en Puerto-Santo  
de Abril de Abril de 1815  
sinto buques de transport  
escortados por tres fragatas  
tura de 70 cañones, forman  
nen los aguerridos regimie  
in", "Victoria", "Estrema  
a", "Barbastro", y "Un  
' Valencey"; el batallón d  
regimientos de caballería  
"Húsares de Fernando  
ería, con 18 piezas de c  
tillería de plaza, tres más c  
neroso provisto de todo  
plaza de segundo orden. T  
bres incluyendo la marin

## V

Pacificador con Morales,  
a Venezuela, conciertan ent  
teriores y se apresuran, an  
argarita.

## VENEZUELA HEROICA.

---

el arribo de la formidable escuadra y el equipaje del bergantín por las flecheras del intrépido Díaz, y violenta agitación patriotas, que sólo cuentan 40 de tan poderosos enemigos. Los varios pareceres se debaten entre los jefes republicanos reunidos en el capital de la isla: unos están por someterse. Bermúdez, soberbio, no pone no ceder ante Morillo, a la extremidad, y morir todos al llamado propósito en el cual sacrificiales cansados de la vida, ó de la libertad.” Arismendi, de suyo desesperanzado de llegar á sus aspiraciones, aun á costa de su vida desoyó las sugerencias del jefe apoyado por casi todos los patriotas, á someterse á los irresistibles como era la absoluta imposibilidad de menos que las consecuentes consecuencias de una inútil resistencia acaudalada en la isla, con quienes cuenta de nuevo en ocasión propicia para la pérdida.

tan calurosas discusiones, 121 naves á gadas se arrojan sobre Margarita, como onda de amenazantes águilas; llegan á Pampun el puerto y la extendida playa é intiman á los pampuneros el sometimiento de la isla.

Después de pasar la onda irresistible, que tras ella vienen los "cumanes de nuevo", dice Arismendi á los consulares, y estos se someten; pero no así que, arrebatado siempre y despreciando la maldad que reproba la obediencia á que se prestan sus brazos de armas, á quienes acusa de pusilánimo por no alzar el rostro á afrontar solo las iras del vencedor, al ver que le quitan la espada, se lanza al mar en la "Zolondrina"; atraviesa con imponderable valor y erguido en la frágil barquilla, por entre las olas de Morillo; insulta á grandes gritos á los tiranos de la Patria; y como llegan á oídos las voces de algunos españoles que no saben ni se explican la altanera intrepidez de Arismendi, á quien califican de frenético: *Soy el loco Arismendi!* les grita el irasible cumanés, y con el cuartel acompaña el movimiento amenazante de la flota. Aléjase, y recala á la isla de Granada luego á Cartagena á seguir combatiendo y protestar, con tan singular arrebatado, contra los invasores.

## VI

lorillo desembarca en Pampatar (9 de mayo) y publica una proclama en la cual promueve el perdón de los delitos surgentes perdonar su rebeldía y sus pasadas culpas. A pesar de estas promesas, muchos patriotas desconfiados abandonan las Antillas; no así otros, que al salir del continente, fíanse en Moraleja. Al salir de Pampatar no pocos al llegar al puerto de Margarita sin embargo, cumple en Margarita su deber al nombrar a los margariteños; les nombra jefe de la isla á Don Antonio Herraís, hombre de bien, y puesto arreglo en la isla, el Gobierno se dirige con su encargo al mando militar y político de la provincia al Coronel de "Barbas", hombre de bien y sinistramente iluminado por la revolución. Los caudillos se abracan al navío "San Pedro A. de Coche", hasta consumirlo y se hacen rumbo á La Guaira, y en el mes de Mayo, anhelante por realización; planes que no tardan en hacerse realidad, el carácter violento del Pac

oculto, por los americanos y las per-  
de algunos de sus tenientes, ávidos  
pladados y brutales cual Moxó.

endi permanece en Margarita, donde ha  
ue había contraído matrimonio con la  
cantadora niña Luisa Cáceres, apenas  
rada de Caracas con su madre, como  
las respetables que huyeron de la Ca  
s soldados de Boves. No embarga  
n nueva esposa y las dulzuras del hog  
llece y santifica, el indómito patriota  
on la libertad de su país, y aguarda,  
la molicie, el momento oportuno de  
le nuevo á Margarita. Arismendi en  
a al lado de la pólvora. La prudent  
erraís, era el único obstáculo que se  
; mas este inconveniente no tarda en  
Aquél hombre justo y bondadoso, á  
teños supieron estimar, fué menosp  
pañeros de armas que no aspiraban  
de los americanos, y le cupo igual s  
cieron en el largo trascurso de la guer  
nerosos y conciliadores que, como Ca  
s, no se desdijeron en América de la  
de su raza.

o Moxó de Venezuela, en ausencia de  
e en la Nueva Granada, provoca o  
cederes la ira y la desesperación de

publicanos, profundamente abatidos y casi sin esperanzas de llegar á ser libres. Depone á Herrán y presta al cumplimiento de las decretadas leyes, en su lugar, impone á Margarita al Coronel Urreiztieta, hombre duro y muy digno. Moxó, por su refinada avaricia y su crueldad.

Epoca triste y degradante para un pueblo en que la voluntad de un hombre osado sin que la fuerza, se sobrepone á todo y viola todos los más santos derechos!

## VII

El primer cuidado de Urreiztieta al asumir su gobierno, fué apoderarse de Arismendi, isla y constante preocupación de las autoridades; pero el astuto insular se escapa de las redes que le tiende su alevoso enemigo y gana el Copey, en donde abiertamente se le pegan. Allí, de cumbre en cumbre excitando contra los opresores, posándose como el águila en las altas rocas ó guareciéndose en profundas cavernas, como un león, sin tregua ni descanso como fiera, da comienzo á la épica que debe su mayor gloria Margarita.

rabia de la impotencia posée al fiero español, adido en sus planes, créee reducir á la obediencia al vario agitador de la revuelta aprisionándole la esposa, á quien sepulta, ya próxima á ser malos calabozos del castillo de Santa Rosa, prodiolos más brutales tratamientos.

En vano espera sojuzgar á Arismendi, que nunca osado y decidido á libertar su patria, fija el 1.º de Noviembre para hacer estallar la insurrección, á aquellos que le han de acompañar á dar el grito de *libertad ó muerte*, á reunirse en un valle desierto para emprender la lucha.

Con la impresión ingrata empéñase la gigantesca lucha. Advertido Urreiztieta del plan de los patriotas, con algunos soldados al punto de la cita, sorprende á los que ya se encuentran reunidos, mata á algunos de ellos, y los otros se salvan, yendo á dar á conocer á quien tropiezan no distante, la triste nueva de la sangre vertida y del fracaso de su oculto proyecto.

Contra el intrépido caudillo, léjos de amedrentarse, afortunado sorprender á su enemigo aquella misma noche con un golpe de mano, ya que su fácil triunfo se le presenta á descuido; y reanimando á los dispersos patriotas, se ocúltase en el bosque con 30 hombres armados de fusiles; espera allí la noche, y apenas oscurece se reúne á Juan Griego, con sólo 3 fusiles y 120 car-



~~~~~

Qué intento lleva? Oh! el más estraf heroico: asaltar un guarnecido fuerte y ac él; y lo practica, con simpar osadía, sorp la guarnición realista que no esperaba verse y que muere toda acuchillada.

La resonancia de semejante hazaña pone la Isla (*). Arismendi aumenta su armam fusiles cogidos en el fuerte de Juan Grie á paso de carga á la Villa del Norte, ocu fuerte después de un reñido combate en c más de doscientos españoles, y dueño que blado.

VIII

El grito de rebelión cunde en todos hombres y mujeres, corren al Norte, á te en el ejército patriota, y era tal el encono gariteños contra los españoles, que, horas la segunda victoria de Arismendi, contaba campo 1,500 hombres, armados la mayor p chetes, lanzas y cuchillos, y no pocos de rrotes y azadones.

La fiebre del patriotismo y la vengar

[*] La población de Margarita en 1815 no excedía

~~~~~  
aquellos embravecidos insulares, tan terribles  
mbates como mansos y pacíficos en su vida

aterrozar á los alzados y á los que preten-  
gárseles, el Gobernador español pasa á cuchillo  
de los presos encerrados en el castillo de  
sa y en la fortaleza de Pampatar, y hace  
los cadáveres en la playa que media entre  
io fuerte y Porlamar. Luégo da aviso de lo  
al Capitán General y al Gobernador de Cu-  
me sus fuerzas en número de 900 veteranos,  
á reconquistar la población del Norte, Cuartel  
e los republicanos.

endi le aguarda, ocupando con una parte de  
; la altura de La Vigía, y con la otra el cerro  
con el nombre de España. Urreiztieta ataca  
ón y [brío las dos alturas simultáneamente,  
la segunda con 400 hombres, á los mal ar-  
npesinos que osan defenderla, pero contraria  
cabe en la primera: 500 soldados españoles,  
adueñarse de la cima de La Vigía y trepan  
fuego sobre la columna que en persona manda  
, quien no juzgando prudente malgastar sus  
, ni oponer á los expertos tiradores españoles  
; fusiles con que cuenta, ordena á su tropa  
tierra y dejar á los realistas acercarse á la  
i oponerles resistencia. Estos ascienden en

reyéndose á tan poca costa vencedores; pero intentan poner el pié en la cumbre: *¡ al arma* grita Arismendi á sus soldados, y se arroja con los tercios españoles que rompe y desbarata os en completa derrota. Los vencedores en le España se apresuran á dar auxilio á sus descompañeros; pero acometidos á su vez, son os y se retiran con gran pérdida hacia Para-

ntusiasmo de los margariteños acrece cada día. ansa sino en guerrear por la Patria, en conquista costa la libertad é independencia de la isla; iene á aquellos desarmados pescadores y labrie- medirse con las aguerridas tropas españolas: ue inspira el patriotismo los exalta, y todo ometen les parece posible. Arismendi, severo é incansable, á la vez que temido y amado por fomenta el entusiasmo, y fanatiza por la li- aquellos valerosos insulares, bisoños en el ma- is armas, pero llenos de noble emulación y de o.

pués de su tercer victoria, ataca la Asunción, e la isla, se apodera de una parte del poblado do los fuegos del castillo de Santa Rosa, que on sus cañones la ciudad, incomunica la guar- e este castillo, donde Urreiztietta se refugia, con le las tropas realistas que guarnecen á Pampa-

## IX

Entre tanto, la joven esposa de Arismendi gime en calabozos del castillo de Santa Rosa, maltratada con vaje furor. Pero aquella criatura angelical, abandonada á los ultrajes de sus despiadados verdugos, sin más apoyo que la enérgica austeridad de la virtud, eleva á los os su alma y resiste incontrastable, como las mártires cristianas, las horas espantosas de su largo suplicio, teniendo sin embargo palpitár en su seno la inocente criatura condenada como ella á expiar el heroísmo del condado insular. A las frecuentes intimaciones de Urreiztieta, llenas de encono y de amenazas, para que consiente de Arismendi el sometimiento de la isla, contesta siempre con heroica entereza: *jamás lograreis de mí que le aconseje faltar á sus deberes.*

Admirable mujer! Sobre tu frente pura resplandece la corona de espinas de tu prolongado martirio como una aureola, y aunque ésta no desarme á tus verdugos, amengüe sus terribles furores, ellos no alcanzarán á disminuir el brillo prestigioso que de ella se irradia.

“Desechad toda humana consideración, dice Moxó Urreiztieta, al enterarse de lo ocurrido en Margarita, haced fusilar á todos los que cojais con armas ó sin

ellas, y los que los hayan auxiliado ó auxiliaren, precedido sólo un juicio verbal ( \* )". Pero el violento Gobernador de la isla más expeditivo que el propio Capitán General, desecha por inútil el juicio inconducente que se le exige en semejante orden, excita á sus tropas á no dar cuartel á los margariteños, y previene el saqueo y el incendio de los pueblos del Norte y de San Juan.

En los primeros días de la popular insurrección, tras larga serie de reñidos combates, se apodera Arismendi de las alturas opuestas al castillo de Santa Rosa, que rodean la Asunción; ocupa el cerro de la Libertad, distante cosa de una milla de la inexpugnable fortaleza, y practica en aquella altura algunas obras de defensa; luego extiende su campo, desde la base del cerro de Matasiete, atravesando el río, los cocales, el camino de Pampatar y la llanura, hasta las baterías españolas de la Caranta y el Número 2, levantadas en la falda de la colina que sostiene el castillo; establece la segunda línea á un cuarto de legua de la primera, en el Portachuelo por donde pasa el camino que se dirige á la villa del Norte, y la Asunción queda cercada. Pero falto de artillería de sitio y sin pertrechos ni recursos para procurárselos, se estrella inútilmente contra los muros de Santa Rosa, después de intimar en vano al Gobernador Urreiztieta, la rendición del fuerte.

---

[ \* ] Comunicación del Capitán General.

## X

nendi, empero, no desmaya. A su lado los hombres más importantes de la isla sacrificarse por la Patria. Allí están los valerosos, probados en las anteriores asonadas: Francisco Esteban Gómez, cuyo nombre va a esclarecer la fama, ha de alcanzar mayor gloria en "Matasiete"; los denodados Cova, Domingo Meza, Pablo Ruiz, Cayetano Silva; el valiente Policarpo Figueroa; Villalba y Aguirre, bravos; Luís Gómez, el prohombre; los atrevidos marinos José María y otros y otros renombrados por su audacia: aquel Antonio Díaz, terror de los bandidos, el más osado de cuantos marinos discurrían en su constante lucha de oprobio; los héroes de reconocida probidad y patriotismo se agrupa desarmada en torno de ellos. Mientras los hombres combaten con los enemigos, otros se han logrado arrebatarse al enemigo, cuerpo á cuerpo en la lucha, armados con espadas, lanzas y cuchillos, ó lanzan piedras.

lo alto de las cumbres á las tropas del Rey, las mujeres y los niños labran la tierra y echan las redes al mar, para mantener á tan audaces lidiadores, si quisiese empero de auxiliarlos en ocasiones muy importantes, y con suma eficacia en las reñidas batallas de aquella época de ardoroso entusiasmo y abnegación patriótica.

Arismendi es el Plutón de aquella fragua ardiente decidido á consumirse forjando rayos de exterminio contra los opresores. El corazón de aquel caudillo, profundamente en el más caro de todos sus afectos decía como el mar, sinietras tempestades: las olas multuosas de las pasiones rugían en su alma y se rompían con furia, como sobre escollos, contra las naturales larguezas de su espíritu. Fija eternamente su profunda mirada en la fortaleza de Santa Rosa, donde se encontraba oprimida la mejor parte de su ser. Arismendi, semejante á la dureza de aquellos muros, á lo incontrastable de aquellos bastiones, y termina al fin por sentir su alma almenada y el corazón convertido en mole de granito. Su cólera, su justa cólera, acrecienta el ardor de los margariteños contra los soldados españoles y comunica á aquella guerra á muerte tal ardimiento que al fin raya en delirio.

“Usía formará una idea, decía Urreiztieta á Beldarrain, del empeño y obstinación con que se bate esta causa consentida en morir tarde ó temprano cuando c

~~~~~

josa posición, con decirle que cuantos puntos
ado hasta ahora, han sido materialmente á
is, y ha habido insurgente que con sus manos
do la bayoneta del fusil de nuestros soldados,
lo que puede llegar el arrojo de un hombre
,

XI

mo el campo dulcifica, el mar endurece; la
lucha con las olas, hace que el hombre le
apego á la vida, y que la idea de la muerte
cho de su lúgubre prestigio. Un pueblo de
es siempre un pueblo de ánimos resueltos,
todos los heroísmos, después de sentirse enar-
a maestro en la lucha ha sido el mar, y
teme los abismos no teme al hombre.
as más restringido es el pedazo de tierra
limenta, más se le ama: los habitantes de
comarcas son de suyo menos de su país
bitantes de las islas; límites no pocas veces
, dividen á los primeros, de los pueblos ve-
os segundos los limita el mar, valla difícil de
insular es consustancial con su isla, élla
ó por lo menos en primer término, es su Pa-

tria; á élla todo lo cree deber, y por ella orgullo. Rodeado de escollos, de olas sondables abismos; azotado por todos medio de la desierta inmensidad, y red al constante asedio de las aguas; el i se estrechan y se confunden hasta forma una misma personalidad. Las arenas de rocas de los montes, los valles, los ar tantos objetos que se aman como los gar; una encina secular, á cuya sombra muchas generaciones, es venerada como dadoso; en el estrecho límite en que s crece aquella gran familia; todo evoca sentimiento patrio no se extingue ja pasado vive en el presente, más prestigio que de mas léjos nos viene á visitar. que la ruda mano que sabe manejar e pón, es siempre apta para manejar el fi deréis que Margarita, una vez exaltada vencida. A tan heroicos insulares, Mo gigantes. La patria les debió en much conquista de sus derechos y de su lib

En la rebelde colonia, cada Provinc de tierra, había producido sus héroes, fo mente como para luchar en su nativo su des ciudades, y los pueblos de mayor po dado á Miranda, Ribas, Urdaneta y S Toros, Palacios y Montillas, á los Tova

~~~~~

Ayalas, Blancos, Anzóateguis, Freitas y Manriques, Briceños, García de Sena, Muñoz Tébar, Escalona, y muchos, que sería prolijo enumerar, á quienes debían la cultura y los hábitos ciudadanos de aquel país. De las llanuras habían surgido Páez, Monagas y los lanceros centauros. De las selvas, Cedeño, y de las fragocidades, á los violentos huracanes. De las montañas Carrillo, hecho á los ventiqueros y los vientos. Del volcánico suelo de Cumaná, Bermúdez el valiente y Sucre el victorioso. De las islas, Mariño y los suyos nombres se ilustran en las Provincias del Sur, y Arismendi y Gómez, verdaderos insulares. El genio que hace á Bolívar, su genio brota del seno de América y su primer aliento es la Revolución. Abituados aquellos insulares al inmutable asedio de las olas, nada encuentran estrecho para defenderse y batir. Para ellos un punto es una isla, y ésta su natural aliado. Entre las almenas de un castillo, ó en el pico de una montaña, siempre estarán holgados: como si estuvieran en una isla. Circuidos de bayonetas enemigas o se conturban, las ven como las olas de un mar furioso, menos que el océano amenazante, y el terreno que aquellas dejan libre les parece su isla. En medio del combate, el suelo donde fijan la planta y al cual se une la sangre que se esparce del fecundo manantial de la batalla, les representa la imagen de una isla, y de la Patria.

Los mayores obstáculos carecen de importancia quienes desde la infancia han aprendido á ver

Así como al llanero de las abiertas pampas completa el caballo, al margariteño lo completa la flechera: (\*) élla el corcel marino en que galopa sin par osadía en la ondeante llanura donde se declara soberano.

## XII

Diarios combates sostienen las tropas de Arismendi en sus atrincheradas posiciones. Urreiztieta, con sus soldados de "Barbastro", logra salir del castaño de Santa Rosa, y gana aunque destrozado, á Pan de Azúcar dejando en aquella fortaleza una fuerte guarnición a cargo del Comandante Maya.

El mayor anhelo de Arismendi consiste por consiguiente, en adueñarse del castillo de Santa Rosa, el cual se han estrellado los mayores esfuerzos de los margariteños. Después de inútiles empeños, se agota sin fruto casi todas sus municiones, aprovisionada de Urreiztieta, y decide escalar los altos muros de la invencible fortaleza. Prepara 38 escalas de cuerda; escoge entre sus tropas los más osados y

---

(\*) Pequeño esquife, que se mueve al impulso de numerosos

de lanzas y de sables y protegidos por de una lóbrega noche marchan aquellos á apoderarse del inexpugnable baluarte. por Arismendi la columna patriota, trepa por la empinada cuesta de la colina, asiento salva los fosos, sin que los descuidados ne vigilan el campo desde la elevada plata- en advertirla; ocho escalas se apoyan en el , y los más atrevidos se lanzan al asalto. o de aquellos temerarios, cuyo aliento se el susurro del viento en las almenas, crujen escalas; los primeros soldados ganan sin ierta esplanada, pasando por sobre los ca- sus piés creen tener ya vencida la poderosa ando uno de entre ellos, exaltado por irre- usiasmo, victorea á Margarita y á su pres- illo, dando el alerta á los veteranos espa- to los sorprendidos centinelas descargan sus s de caer apuñaleados; la guarnición del e á la oscura plataforma, rechaza el asalto i cañonazos las escalas, y encarnizada lucha rgo tiempo los muy pocos audaces que lo- r á la esplanada. La sangre corre y se o alto de los muros, enrojeciendo el agua ; no pocos españoles rinden la vida en el te, y aquellos de los asaltadores que no ella triste noche, quedan prisioneros sin que s de salvarlos.

## XIII

A la mañana siguiente, el comandante de la fortaleza llama la atención de los republicanos con repetidos toques de corneta, y Arismendi y sus tropas, desde las cumbres del Cerro de la Libertad y Peña Blanca, presencian consternados el fusilamiento en masa de los prisioneros patriotas en la explanada del castillo.

Inmenso grito de rabia y desesperación resuena en el campamento de los margariteños; hasta los menos exaltados piden venganza y juran obtenerla, é inmediatamente á presencia de la guarnición realista, que, agrupada en las troneras del castillo insulta y escarnece como de ordinario á sus impotentes sitiadores, Arismendi hace pasar por las armas á 17 oficiales y 170 soldados españoles que retuviera prisioneros desde el asalto de la Villa del Norte.

Tales hechos no han menester comentarios, ellos ponen de manifiesto la espantosa exaltación de las pasiones en aquella época de implacables furores.

Urreiztieta parapetado en Pampatar recibe de Cumaná 400 hombres de refuerzo y dos buques de guerra destinados al bloqueo de la isla; y esto en ocasión en que los margariteños sin recursos monetarios para pro-

amento y municiones en las vecinas an-  
agotado en los sucesivos combates que em-  
todos sus pertrechos.

miseria padecen los heroicos habitantes de  
ero nada es capaz de avasallarlos. Firme  
sus propósitos de libertar la patria ó se-  
os escombros de la isla, habla á sus com-  
le las alturas del Copey y un nuevo sa-  
ige con que atender á las ingentes necesi-  
uerra. Su voz resuena en todos los cora-  
eciendo la fibra delicada del patriotismo.  
a, acuden presurosos al reclamo de la Pa-  
argariteñas no menos generosas, se arran-  
o sus collares de perlas, y los entregan á  
nto' con todas las joyas que poseen, para  
por pólvora y fusiles.

mujeres: á ellas les cupo no escasa gloria  
a lucha. No conformándose con cuidar sola-  
heridos y á abastecer con su trabajo las  
e las tropas, muchas de ellas, como las mu-  
omaban parte activa en los combates y  
i los hombres con la propia intrepidez y sus  
patrióticas.

---

—Caramba! Entonces no la quiere..

—Te engañas: la quiere más que á sus ojos, tanto como á María Santísima; garita y la Patria están por sobre todo.

—Si Pepe me hiciera eso....

—Y qué! Vamos á ver ¿qué pensaría

—Que no me tenía ningún cariño cuando jaba sufrir tanto.

—Pero qué pretenderías que hiciera? ¿que se entregase y nos entregase á todos al cuchillo nosprecio de los *godos*?

—Yo no sé....

—Pues sábetelo que no lo hará jamás, si cosa hiciera no gozaría mucho tiempo de la vida que le mataríamos y nombraríamos otro jefe que le dirigiera. Ni mi padre, ni mis hijos, ni yo mismos seremos nunca de pelear.

—Ni yo tampoco, y Pepe mucho ménos.

—Entonces no digas disparates.

—Ah! se me olvidaba. Encontré anoche una bolsa de oro que me dejó mi madre y que creyendo que era de tu padre me la dio. Y como tengo que marcharme ahora mismo á Caracas y tu verás al General, llévasela para que le des las perlas que va á mandar cambiar por

—Está bien; pero véte que es tarde, que la Virgen del Valle te acompañe.

—Hasta mañana.

dios.

as eran las hijas de Margarita en aquella época  
ático entusiasmo.

## XV

esar del asedio de la escuadrilla española, tres  
isulares (\*), logran burlar la vigilancia de los  
enemigos, y en una rápida flechera van á ne-  
mamento y municiones á las islas de Granada  
Thomas.

e Pampatar y el fuerte de Santa Rosa, los  
no se comunican sino por señales telegráficas,  
to Urreiztieta de que los víveres escasean en  
, resuelve abastecerlo rompiendo nuestra línea.  
, con el mayor sigilo, y el 5 de Diciembre cae  
viseo sobre los republicanos con extraordinaria  
dad.

utada y sangrienta fué la batalla que se llamó  
nea. Escaso de armas como estaba Arismendi,  
ás escaso de pólvora y de balas, combate em-  
nemigo durante algunas horas sin demostrar  
Agotadas completamente las municiones de



reserva, llega á cargar los fusiles y las pistolas con pequeñas láminas de cobre, arrojando las quillas de los barcos, con clavos y guano al alto de los cerros numerosas partidas de hombres y mujeres arrojan piedras con sus certeras y hacen rodar por los recuestos de las colinas peñascos sobre las tropas españolas causando gran estrago. No obstante tan vigorosa y temeraria resistencia Arismendi se ve forzado al fin á replegar la guarnición, y Urreiztieta incendia la Asunción vista del fuego que devora su Capital, los franceses poseídos de frenética rabia se arrojan de nuevo al combate blanca contra los incendiarios, y cual insectos salamandras, se debaten entre las llamas para contener el fuego á par que escarmentar al enemigo, pero todos sus esfuerzos fueron vanos: el incendio de Santa Rosa y la invencible resistencia de los realistas tornan á rechazarlos.

Siete días después de esta batalla, el Brigadier Juan Bautista Pardo, Gobernador de Guayana, se traslada á Pampatar con 600 veteranos á las órdenes del Coronel Don Salvador Gorrín, é inmediatamente se traslada á Santa Rosa. Sin dar respiro á los franceses insulares, los desaloja nuevamente de las ruinas de la ciudad, salvadas del incendio, que habían ocupado. Recios combates por demás de sangrientos ensucian las humeantes ruinas de la c

Pardo arrebató á Arismendi las posiciones en que tiene en la margen del río; pero las tropas es-  
as que osan perseguir á los desesperados patrio-  
tillan la muerte en un estrecho valle detrás de la  
ña del Copey.

## XVI

entre el humo de incesantes combates, espira el  
1815 y principia el no menos ardiente y tempes-  
de 1816. El 18 de Enero, la escuadrilla espa-  
la caza á una goleta en que Román y sus briosos  
ñeros traen á la isla algunas armas y pertrechos  
han procurado en las Antillas. La angustia de  
argariteños no tiene límites durante la batalla que  
ra en las olas; todas sus esperanzas se encierran  
frágil barquilla que se escurre con sin par osadía  
entre los buques españoles tratando de ganar la  
ida playa: pero de pronto, un grito de alegría  
a en todas las cumbres de la isla; Román en-  
n goleta entre los erizados riscos de la costa y  
su preciosa carga

u horas tan angustiosas, la corona de la materni-  
ñe la frente pura de la noble esposa de Arismen-  
cultada en los calabozos de Santa Rosa; y Pardo,

á la altura de la ferocidad de aquellos días incógnitos, dice á Moxó: que la señora de Arismendi, al salir á luz en su prisión *un nuevo monstruo*, y que vendría decapitarla por haber su marido hecho muchos prisioneros españoles. . . . . y luego añade, á mi consulta, si debería privar de la vida á todas las mujeres y niños de la isla, ya que los patriotas se servirán de ellos para comunicarse con Pampatar.

La infortunada Luisa, sola y abandonada, ve en sus brazos la inocente criatura que le arrebató los verdugos para arrojarla en los fosos del castillo; para dar tregua á sus crueles dolores, anuncia en voz alta que será trasladada á Pampatar y luego á otras prisiones distantes de la isla.

La rabia y la ferocidad de aquellos hombres crece cada día más y más, y, como sintieran á Arismendi débil de nuevo con las pocas armas y municiones que le quedaban, es fama que Urreiztieta intimó al terrible jefe, desde la plataforma del castillo de Santa Rosa, por medio de una bocina, que al primer tiro que fuera disparado, pasarían por las armas á la inocente prisionera. Arismendi, á la sazón en la batería que se llama del Cerro de la Libertad, oyó aterrado aquel reto; pero irguiéndose de súbito, heroico hasta el fin, contesta prontamente: *mátenla, malvados, sabré vengarla*. Y como desciende impetuoso por las estrechas gargantas de empinado monte, se

~~~~~

ve los escombros de la ciudad que defienden las tropas
ñolas, y empeña el célebre combate del Mamey, uno
s más encarnizados y sangrientos de cuantos se
ron en Margarita, en aquella época de titánicos es-
zos. La victoria galardona la osadía de los margarite-
y, durante muchos días, los soldados realistas que-
n aterrados.

Durante tan encarnizado combate, en que Gorrín
e compelido á retroceder despedazado á Pampatar,
ndiase el depósito de pólvora del castillo de Santa
a, destruyendo los almacenes y aniquilando en mu-
parte la guarnición del fuerte: el mismo Urreiztie-
nedó herido é inhábil para continuar la campaña, y
o de sucederle en el mando el Coronel Aldama.

Desconcertado Pardo, pide á Moxó nuevos refuer-
con qué llevar á cabo el plan devastador que en su
echo concibiera para acabar con la insurrección de
garita; plan que se reducía á talar todas las cemen-
s y á quemar todos los pueblos de la isla, obli-
lo con ello á los margariteños á perecer de hambre.

XVII

La miseria de los republicanos, para esta fecha,
ya abrumadora. Arismendi apenas podía racionar
soldados con un coco y algunas cañutos de caña

dulce; pero sin flaquear en sus propósitos más tenaz y enardecido, continúa con reducir á Pardo y á sus tropas á no salir de Santa Rosa y Pampatar; con todo ante paralizar por completo los esfuerzos de había comenzado su obra de destrucción cendiando el Valle del Espíritu Santo cuchillo gran número de sus moradores.

La esposa de Arismendi trasladada de Pampatar, fué enviada en seguida de La Guaira, de éstas á Caracas, y pasando por un sinnúmero de vejaciones sin que la acendrada virtud de aquella flaquease un solo instante (*).

Furioso Morillo con lo acontecido amenaza desde la Nueva Granada, en proclamas, con cortarle la cabeza á A éste con el mayor desprecio oye los irac del Pacificador, y persiste en su arriesgo sin que nada sea bastante á descorazonarlo frío por naturaleza, y pertinaz en sus decisiones, su palabra inculta hiere como El manda sus soldados á morir, con la tranquilidad con que los mandaría á combatir replicarle van y mueren; y él queda in

[*] La virtuosa esposa del General Arismendi murió en la Patria sino algunos años más tarde.

cuando no puede avasallar á sus con-

mbre fué un héroe singular: su mayor en-
nas si se traslucía por un grito de rabia
ceptible sonrisa. Su espada era una hoz
espeto hasta á los más atrevidos de sus te-
nás contaba el número de sus tropas; pero
io de sus soldados caía en medio del com-
o levantarse, se irritaba, no contra los ene-
nienes reconocía el derecho de procurar por
edios defenderse y exterminarnos, sino con
ia que no había tenido bastante energía
arse morir. Para él, un muerto de los suyos
tor, un mal patriota, que faltaba á su deber
por la libertad cuando tenían al frente
itrarios.

di fué un fanático; mas, á su incontrastable
ó Margarita su libertad.

o de que Bolívar se aprestaba en los Cayos
para invadir á Venezuela, ofrece al Li-
parte de la isla de que había expulsado á
como base de las futuras operaciones contra
e.

como ya lo hemos dicho, llega á Margarita
dición de los Cayos, y Arismendi fué el
os jefes patriotas que combatían en Vene-

VENEZUELA HEROICA

se puso nuevamente á las órdenes del caudillo.

Adolfo Pardo con la llegada de Bolívar á Santa Rosa y la ciudad de la Guayana se concentran en las fortificaciones de la isla.

El 1.º de mayo es nuevamente reconocido por Jefe de la República en una Asamblea que se reúne en Santa Rosa. Luego, pasa al continente, sin haber sido reconocido.

Arismendi dueño de toda la isla se prepara para atacar al enemigo, demuestrando su valor en Santa Rosa, y continúa hostilizando al enemigo en sus últimos atrincheramientos. Los insulares se ven obligados á abandonarlos.

Adolfo Pardo pasa á Cumaná, y Bolívar pasa á Caracas el puesto de Capitán General de la Guayana, depuesto por Morillo.

Los sucesos de Ocumare y los combates de Guiría obligan al Libertador a salir de la isla. Pero llamado luego por muchos de sus tenientes por su valerosa figura, de los primeros, el General Bolívar retorna á Venezuela con una flota. Como en la vez primera toca en Maracaibo, se enfrenta al General Francisco Esteban Páez. Arismendi del Gobierno civil se retira en ausencia del terrible caudillo maracaibero al continente con 400 insulares.

o hemos visto, á auxiliar á los jefes patriotas que batían en Barcelona y Cumaná.

XVIII

La primera campaña de Margarita estaba terminada, su mayor gloria corresponde á Arismendi. La batalla va á empezar, y es á Gómez á quien tocanse los brillantes laureles que á Morillo habrán de batir los heroicos margariteños.

Cegado el Pacificador por la pasión de la venganza, al punto de desatender los esfuerzos de La Torre para conservar á la Corona la Provincia de Guayana, apresura á sojuzgar de nuevo á los rebeldes y vicinos insulares; y al efecto aprovecha la oportuna llegada á nuestras costas de la expedición del Brigadier Berac, quien de paso para el Perú, por el istmo de Panamá, tenía órdenes del Gobierno español, para auxiliar á Morillo en la reconquista de Margarita.

Aquel distinguido Brigadier con una división de 10 veteranos, compuesta del regimiento de "Nava" de un batallón del regimiento de "Búrgos" un escuadrón de lanceros y dos compañías provisionales de artillería destinadas á llenar las bajas que hubiera costado firme, en otros cuerpos de la misma arma,

había llegado el 19 de Mayo al puerto Barcelona, en un convoy de buques menor por las corbetas de guerra *Descubierta* las órdenes de Don Francisco Topete.

Noticioso Morillo del arribo de aque y de las órdenes que el Ministro de la Gr de Campo-Sagrado había dado á Cantera este jefe y sus tropas siguiesen por m donde debían esperarle.

Reúnense en efecto á principios de Ju ciudad, todas las divisiones españolas, y como medida previa, abre operaciones co blicanos que defienden la península de en pocos días todos los pueblos de la c nada aquella rápida y sangrienta campa perecen asesinados numerosos patriotas, invadir á Margarita.

Con poco más de 3,000 hombres, reg terac y Aldama, embárcase en Cumaná española, y hace rumbo hacia la isla rebel en que los republicanos comandados por Francisco Esteban Gómez, no cuentan pa invasión de tan poderoso enemigo, sino mal armados, 200 de ellos de caballería tilleros.

“Los habitantes de Margarita habí donados en los últimos días de Mayo p

la escuadrilla de Brión, llevándose casi
s y municiones hacia el Orinoco. En
on los jefes del Gobierno Federal esta-
iella isla) por las actas del Congreso de
s oficiales y más de trescientas personas
aron en Pampatar con la mayor prisa
mo si ya el enemigo estuviera delante.
la próxima invasión, y los que huyeron
fuerza de alma, valor y firmeza que
s demás en aquellas críticas circunstan-
s que los hicieran dignos de llevar el
eva Esparta que el Congreso de Cariaco
la isla (*).”

XIX

sembarca en Margarita el 15 de Julio
nominado los Varales, frente á la punta
no bien el ejército español pisa el árido
a, ciérrale el paso el Coronel Joaquín
ido de Gómez, con 400 fusileros y 50
endo á los invasores la más tenaz y deci-
.. Prevalidos del terreno, que palmo á
y aprovechan, los valerosos insulares

combaten á los soldados españoles de Cádiz se preciaban de someter á la obediencia á los rebeldes con su sola presencia, y les causaban daño y extrema desazón. Mucha parte de los realistas se empeñan contra Maneiro en Margarita y tan gloriosa para los heroicos murguillanos; pero abrumados estos después de haber por el crecido número de sus contrarios en orden amenazando siempre al enemigo, los murguillanos paralizan durante cinco días.

Conociendo Morillo la temeridad de los murguillanos, á quienes no vencerá fácilmente dirige desde los Varales una proclama á los murguillanos de Margarita, excitándoles á someterse al Rey, y ofreciéndoles perdonarles su crimen. "De lo contrario", les dice, "nada habré de mis empresas, y cesando las consideraciones por las esperanzas de vuestra rendición, marcharé con las fuerzas respetables que están á mi disposición y si los traidores de Barcelona acabareis vuestra miserable existencia, en esta isla desleal y desleal en cenizas, ni aun la memoria de los rebeldes os salvará la piedad del Soberano y se os dará exterminio."

En la misma fecha (17 de Julio), por el día en que la división republicana del General Gaitán, ocupaba á Angostura, evacuada por

.....

tima al General Francisco Esteban Gómez el
niento de la Isla. Pero el enérgico Gobernador
garita, á pesar de los escasos medios que posée
sistir el empuje de los batallones del Pacificador,
a abiertamente á todo avenimiento, y con al-
erdaderamente Espartana, termina de este modo
estación á las perentorias amenazas de Morillo :
E. fuere vencedor, se hará Señor de los escombros,
enizas y lúgubres vestigios que quedarán de nues-
tancia y valor.—Con ellas se complacerá su tirá-
bición ; más no con dominar la isla de Margarita,
os á sus ilustres defensores.”

la población en masa de la isla se levanta re-
á defender, hasta morir, su independencia y li-

lometernos ? ; jamás ! ” se oye repetir por todas
á los valerosos insulares, “antes convertírnos en
ó sepultarnos con la isla en los abismos del

is de 4,000 personas de todas edades, sexo y
mes, corren á la Asunción y á Pampatar á pedir
para combatir al lado de las tropas, y no en-
do lo que pretenden, recogen piedras que amon-
en las cumbres de los cerros, para arrojarlas
sobre las tropas españolas ; abren zanjas en todos
ninos, improvisan trincheras y se agitan afanosos

en torno á los soldados republicanos, ofreciéndolos á despedazar el enemigo.

XX

El intrépido Gómez, se levanta en la altura de nuestros más distinguidos combatientes, embargante las escasas tropas con que cuenta, limitado de su armamento y municiones, Morillo é impone respeto á los orgullosos españoles.

El glorioso pasado de Margarita en que sostuvo Arismendi, lo emula noblemente que lo inflama. Tantas proezas, difíciles estimulan á acrecentarlas, si no materia el esfuerzo heroico de una voluntad inco-

Indignado Morillo con la enérgica Gobernación de la Isla, hace desembarcar una división realista que dirige el Coronel Aldasoro de 1,200 hombres del regimiento de la batallón de "Cazadores de la Reina"; y se pone en marcha con todo el ejército hacia el faldeando los cerros para evitar los asaltos de la artillería republicana, á la vez que protegido de su escuadra la cual navega muy cerca en la misma dirección que el ejército.

numerosas escaramuzas y reñidos combates retardaron en embargo los movimientos de Morillo; éste ocupó llamar que no le ceden los republicanos sino desde dura y prolongada lucha.

Rómez reúne una junta de guerra, y con la aprobación de sus principales tenientes decide retirarse á la orilla del Caranáy en el pueblo de San Juan, con el objeto de obligar al Pacificador á alejarse de sus buques y internarse hacia el corazón de la isla: pero teme Morillo de aventurarse incautamente en las quiebras de las montañas hacia donde le llamaban los marinos, continúa su marcha por la costa y va á adueñarse de Pampatar, cuya escasa guarnición se retira á la ciudad Capital.

Acosta de numerosas pérdidas había obtenido el éxito realista ocupar las dos plazas que le cedieran patriotas. Morillo da descanso á sus tropas antes de proseguir tan laboriosa campaña. Su mayor anhelo es apoderarse de la Asunción, Capital de la Isla y del General de los republicanos; pero dados los inconvenientes del terreno montuoso que rodea esta ciudad, y el decidido empeño en defenderla que muestran los margariteños, no era prudente acometerla sin reconocer antes las posiciones que aquellos ocupaban. Con el objeto de tantear el terreno se puso en marcha Pampatar al amanecer del 31, y haciendo gran rodeo para evitar las emboscadas de los insulares, fijó sus

reales en el cerro de Matasiete que domina ción.

Sin pretender forzar las avanzadas de l teños destaca algunas guerrillas para recon rreno; pero no bien descienden de la altura ligeras, Gómez las ataca y las hace replega las refuerza, y poco á poco, va tomando in lucha, hasta hacerse general y convertirse las batallas más reñidas que se libraron en

XXI

A los 3,000 veteranos españoles, opone 1,300 bravos; pero tras ellos está la población de la Capital y de los pueblos vecinos. E preside en tan sangrienta lucha, principiada de la mañana, degenera en frenesí, pasado día. Las cargas de la caballería patriota frente, muchas veces, va el impetuoso G publicano, hacen retroceder las valerosas bay Rey y frecuentemente se ven mezclados a trépidos jinetes con los infantes españoles.

Destrás de las columnas patriotas que s en el ardoroso combate, corren innumerabl de hombres y mujeres desarmadas, lanzand

os, al par que recogen las armas y municiones caen muertos ó heridos, y entran inmediatamente a combatir con imponderable bravura.

los intrépidos insulares se baten con deses- y notable daño causan al enemigo. Para ellos es una fortaleza, que defienden hasta rendir una roca es un bastión, en el cual se hacen un puñado de arena, un guijarro en fin, son indios dignos de defenderse á todo trance. Las mujeres van á sus esposos, á sus padres ó á sus hijos, y están en la primera línea, pan, municiones y re-entándolos siempre á no ceder el puesto á los enemigos.

Después de siete horas y media de incesante barrido cuenta más de 200 muertos y 400 heridos, y las tropas se muestran asombradas.

Después de haber logrado en diez furiosas cargas arrebatarnos a los rebeldes una sola de sus defendidas posiciones; y por el contrario el ejército realista asaltado por el enemigo, Morillo suspende el combate á la caída del día y repliega con sus tropas á las cumbres de la sierra, en tanto que los victoriosos insulares celebran su victoria con ruidoso entusiasmo.

Después de haber visto al intrepidísimo Francisco Esteban Gómez, al mando de Morillo en medio de la batalla, le retaron al combate, distinguiéndose en aquella memorable por su temeridad y su pujanza, Maneiro, Cova,


~~~~~

Policarpo Mata, y cuantos jefes y oficia  
parte en la reñida lid de Matasiete, tan  
los hijos de Margarita.

“Este combate fué sangriento y tenaz,  
de oficio á la Corte de España, los rebelde  
desesperadamente. . . . y estuvieron tan obs  
á pesar de las repetidas pérdidas que su  
cargas de su caballería, volvían á los atac  
furia, que muchas veces estuvieron mezcl  
Cazadores.”

Fatigado y cubierto de sangre, el ejér  
pasa la noche en su inexpugnable campamen  
necer del 1º de Agosto se retira á Pamp  
do crecido número de heridos. Gómez l  
200 infantes y 300 jinetes, osa provocarle  
ces en las cercanías del puerto, y le destr  
destacamentos que se aventuran fuera de  
caciones.

## XXII

Tras de un corto descanso, torna B  
vantar sus tropas (6 de Agosto), toma e  
Porlamar, ataca al pueblo de San Juan, do  
tachuelo y dirige sobre la Asunción una fue

.....

r á Gómez auxiliar á Juan Griego que  
a con impetuosísimo ardimiento.

margariteños, como de costumbre, dice Baralt,  
bizarramente el terreno; pero habiéndoles  
ble contrarrestar fuerzas superiores, ni lo-  
rier el puerto, ni impidieron que Morillo lo  
día 8 en combinación con la escuadrilla.  
pero, el honor de las armas republicanas,  
ca los habitantes de aquella tierra se mos-  
heroicos, más dignos de su fama. Tomados  
españoles el puerto y los puntos fortificados,  
su valiente guarnición dirigida por el Coronel  
sta Cova y por el Capitán Juan Bautista  
osteniendo por cuatro horas un combate á  
desigual, hasta que reforzados los enemigos  
repuesto de pólvora, cedieron el campo y  
retirarse.”

es de una lucha frenética, en que 200 mar-  
afienden el fuerte de Juan Griego contra  
rcito español, los valerosos insulares, llenos  
ación, abandonan las fortificaciones, se abren  
onetazos y pedradas por entre las filas de  
Aldama, y el Capitán Juan Fermín incendia  
y se arroja á la mar. .

viendo el mismo Morillo la toma de Juan  
de oficio á su Gobierno: “Desde este mo-  
ntó el ataque de aquel fuerte el aspecto más

espantoso : pasaban de quinientos rebeldes y  
más atroz y desalmada de la isla los que  
hombres feroces y crueles, famosos entre  
de las flecheras, el terror de las costas de

que cada uno contaba con un

acostumbrado á mirar la vi  
mayor desprecio. Estos ma  
orgullo con su primera venta  
cada uno de ellos un tigre,

y á las bayonetas con una ar  
mplo en las mejores tropas de

al último extremo de dese

s los medios de defensa. N

nfrenal que hacían, arrojaba

y como eran hombres memt

es veía arrojar una piedra er

l que si fuera mui pequeña.

pitación y el encarnizamiento

1 medio del denso humo, de

ió el efecto de la explosión de

en el cual volaron algunos

erse en confusión el resto,

las tropas iban á saltar el pa

y el asombro que revela es

carece la pujanza de los ho

y no ha menester de comer

asaltadas baterías perecen

---

de Silva y el intrépido guaiquerí Francisco y se cubren de gloria, Cova, Juan Rodolfo y Ález, los briosos Capitanes Tenías, Campos, y Antolín.

llo persigue personalmente con la caballería triotas que para salvarse se arrojan en una e poco fondo, donde fueron todos degollados ninguno de ellos implorase la clemencia del ; y es fama que el mismo Pacificador poseído inario frenesí quitó la vida con su propia espaziocho de aquellos lidiadores. Desde entonces a Salada ha cambiado su antiguo nombre por e los mártires.

tras caían postrados en Juan Griego sus valedores, Gómez derrotaba en Paraguachí una del batallón de la Reina—y volaba á parapea Villa del Norte para esperar al enemigo.

## XXIII

llo, después de su victoria marcha á atacarle en a, pero al enfrentarse á los republicanos recibe de la ocupación de Angostura y del incremento ran en su ausencia las tropas de Zaraza en Cha- y las de Páez en el Apure. Temeroso de

## VENEZUELA HEROICA

---

reprimir tales ventajas si permanece  
arita, resuelve abandonar la isla y p  
ente con sus tropas al Continente.  
deja á Juan Griego el 10 de Agosto  
tar y después de expedir un decreto de  
comprende las bocas del Orinoco y la  
a y Margarita, se embarca para Cum  
la isla rebelde 1.000 cadáveres de si  
is, y llevándose obra de 700 heridos y e  
nié sobre las cumbres de las empinadas  
la población de la isla invencible ve  
s enemigos para jamás tornar á aquella  
n desoladas al par que enrojecidas con l  
ldados españoles; y un himno inmens  
atria, entonan los victoriosos insulares, li  
del cetro de Castilla.

echado Morillo, degüella en Barcelona  
ne había indultado el Gobernador Mon  
e nuevo á Güiría y á Yaguaraparo—y  
á Caracas, de donde marcha á princ  
á fijar su Cuartel General en Calab  
er la campaña de 1818 contra Páez. E  
La Torre al General Zaraza en el l  
za y Canterac se dirige á Panamá  
escuadrones, dejando en Venezuela la  
su aniquilada división.

---

**LAS QUESERAS.**



# LAS QUESERAS.

---

(3 de Abril de 1819).

## I

¡ Ahí una de aquellas páginas gloriosas que bas-  
te por sí para enaltecer toda una época. Uno  
de aquellos episodios magníficos de nuestra guerra  
civil, que, en el trascurso de los tiempos apare-  
ce, robados á la Fábula. Un hecho de armas,  
que nada envidia á los combates prodigiosos  
de la antigüedad.

¿ bien : ¿ quién llena aquella página ? ¿ quién  
es Aquiles, el héroe legendario, émulo sin sa-  
ber de los héroes de Homero ?

¿ un gaucho pastor de nuestras pampas, uno de esos  
hombres sencillos y valerosos que el huracán de las re-



valenciones arrebatada del polvo, vivifica con su aliento  
 hace girar en el torbellino de las batallas,  
 y pule en la rotación continua y sucesiva  
 hechos trascendentales, y levanta luego á los  
 estros.

isteriosos encumbramientos!

transformaciones raras, las cuales no deben  
 gamente al acaso.

. En el polvo que sacude y esparce el  
 des revoluciones, como en las capas igno-  
 o venero, existen partículas preciosas, a-  
 mos de diamante, embriones microscópi-  
 gigantesco: éstos, los elegidos: éstos,  
 e el superior designio del Genio poder  
 y dirige el destino de naciones y pueblos  
 desarrollo sorprendente. De resto, cuando  
 ha dejado de agitar sus alas formidables,  
 movimiento revolucionario desfallece por im-  
 orde en la serenidad de los hechos radica-  
 dos, el polvo ordinario vuelve al polvo;  
 , las medianías encuentran su sepulcro en  
 y en la calma, y el nivel alterado un-  
 nde inexorable.

ra los unos, luz; para los otros, sombras.  
 Parcialidad de la fortuna—exclaman los  
 y, como siempre, se refiere al acaso lo que

3.

## II

ta el confín de nuestras pampas llega el eco so-  
a Revolución : ruido extraño que así amedren-  
tímidos, como enardece la noble emulación de  
ones generosos.

resaltado, atónito, cual si despertara de impro-  
más profundo sueño, un joven pastor presa  
onces de inclemente destino, escucha el ruido  
o que invade y estremece la desierta llanura;  
i á nueva vida le llamase aquel grito de re-  
ontra el despotismo colonial, levanta al cielo los  
espíritu, sondea el abismo en que se halla  
, mide sus propias fuerzas, robustecidas súbita-  
or una aspiración desconocida, y deslumbrado  
nacentes resplandores de una noble ambición,  
primera, se cree digno de más alto y de mejor  
El reclamo de la Patria es una imposición del  
rroso obedecer.

un rasgo de audacia hace pedazos la cadena  
de la indolencia que le atara á eterna es-  
abandona el rebaño que apacienta, cambia el  
or la lanza y, de las sombras del vasallaje que

## VENEZUELA HEROICA

---

á los halagos de envidiable fort  
o inmenso de futuras y brillan  
e tenéis, apuesto, pero sin vanid  
s del salvaje corcel de nuestras  
l destino, como si ya el augu  
slizado en su oído el secreto  
la diestra de aquella lanza

palidecer el sol de la invencible *Lepona*.  
nónimo, entre los laureles de la victoria en-  
o tarde un nombre esclarecido. El pastor se  
en guerrero; el guerrero en héroe; el hé-  
Páez.

ante á un centauro extraviado, se ostenta  
medio á la llanura; el viento agita las revuel-  
del impetuoso bruto que refrena un instante  
ar el horizonte y escuchar conmovido el lejano  
retumba en el bosque y se dilata en los

tierra ha desencadenado sus violentos huraca-  
uego de las batallas enrojece el cielo. Ruge  
como el león cuando despierta. La tierra se  
poseída de sorpresa y pavor.

ro, estas inexplicables convulsiones de la na-  
o provienen tan sólo del estruendo de las  
encono de las pasiones, del choque de contra-  
ndos; no, hay algo extraordinario y porten-  
oculta en aquel laberinto de fuego, en aquella

inaudita de lamentos y vítores, en aquel caos de lágrimas, aspiraciones gigantescas, crímenes tan capaces de conmover el mundo.

En medio de tan insólito fragor, algo extraño se ve, algo indeciso comienza á divisarse. La tempestad revolucionaria no se desenvuelve en las tinieblas, como un pago perpetuo, como una antorcha inextinguible que ilumina y la inflama.

¿Qué pasa? ¿Qué acontece?

Un prodigio. La aparición de un genio sobre el hombro de Bolívar, armado cual Minerva: y la América colocada en un alto puesto entre las madres de los Genios del mundo.

### III

La campaña de 1813 es un eslabonamiento de mil victorias. Sus trofeos sombrean la cuna del Gigante. Ella es el primer paso de Bolívar, de aquel astro errabundo que en la inmensa estela fué una vía láctea de centellas.

El héroe escucha con arrobamiento el ruido que asorda los cielos, los clamores que surgen de la tierra; ve á

los destellos del sol deslumbrador que se levantan en el cielo de la Patria; aspira el fuego eléctrico del rayo, en los relámpagos de "Niquitao"; se enardece

## NEZUELA HEROICA.

~~~~~

rioso de "Horcones" y qu
fo de "Taguanes".

ién, exclama, blandiend
iero puesto de honor en c
or la gloria". Y ansioso
ó el martirio, suelta
va á romper su primer
ndo así, con timbre pe
su historia portentosa.

, como en torno á una l
se agrupan y galopan ti
mpas, ardientes, helicosos
s, leones y centauros á
ra, vencedores del cococ
ro y del jaguar; sin fre
es como el viento á pes
no colonial. Todos se
ladiador intrépido á quier
icios corporales, ni en l
s por violentas rencilla
able, á quien aman y res

La cabeza y el dorso,
or de las llanuras, sin
o á la vez que domand
nda indómito rebaño; s
no sea el del común pet
tribus nómades á aquel

suyos que tienen por más fuerte, que estiman por más sabio.

Lo que al principio, apenas agrupamiento de partidarios, no tarde se convierte en ejército. Ejército numeroso á cuyas filas, como atraídos por misterioso imán, corren á incorporarse los dispersos de todas armas que cruzan la llanura: el errante pastor, el astuto guerrillero, el derrotado; con ellos, generales sin tropas, sacerdotes arrojados de sus templos, ancianos venerables, niños sin padres y mujeres sin esposos, perseguidos por la ferocidad del enemigo; hombres de ciencia, ánimos turbulentos, patriotas ilustres, y ambiciosos sin freno, á quienes las revoluciones, la guerra y el tumulto brindan siempre halagos infinitos. La muerte de Boves, y el desprecio que de los vencedores en 1814 hace Morillo y sus orgullosos expedicionarios, llevan á las filas del ejército de Apure expertos jefes y aguerridos soldados. Luégo, en la lucha, lo que el cañón devora, lo que merma el acero inclemente de nuestros opresores, lo rehace el prestigio, lo recupera y multiplica la popularidad creciente de un caudillo siempre victorioso.

Entre tanto, asaltos, escaramuzas, combates y batallas se suceden sin tregua.

La fama pregoná hechos heroicos que embelesan y pasman.

A "Estanques", con sus Termópilas y sus proezas mi-

VENEZUELA HEROICA

sigue “La Mata de la Miel”, las
sombras velan la sangre y el est
hace resplandecer como centel
. Luégo viene “El Yagual”, c
bles asaltos; y “Mucuritas” (*
as de caballería que asombran,
los fatigados tercios espáñole
lotilla, en aguas del Apure, inau
o en la historia, de jinetes á na
as de cañones. Después, la tom
a de la tenacidad; y “El Rastro
enaro Vásquez; y la atrevida ocu
a disputada victoria de Cojedes;
osa carnicería del “Guayabal”; y
e gloria; y el asalto de Puerto
gantes; y cien y más combat
s, sacrificios á oscuras, laureles s
ombre, encuentros al acaso, m
as batallas que encarece la fau

Y sobre todos ellos, sobre la
la victoria entre relámpagos, cu
to de la elevada cima de los tri
. osadía y de arrogancia extrema

blando de esta acción escribía Morillo:
sobre mis cansados batallones, me hicieron
an una gavilla de cobardes poco numero
lo, sino tropas organizadas que podían
M. el Rey.”

plausos: LAS QUESERAS! duelo fantástico, des-
ramiento de águila, que sobrepuja todo cuanto la
nación puede forjarse de prodigioso por heroico,
audito por aventurado.

IV

Cuánta constancia, cuántos sacrificios, cuántos es-
os para escalar la altura donde sólo el condor osa
su vuelo; y sin embargo, cuán fácil nos parece
jos arrostrar la montaña, trepar por sus pendien-
salvar sus precipicios, vadear sus torrentes, alcanzar
pié firme las empinadas cumbres, y dominar la
sin fatiga y sin vértigo, levantado el espíritu,
remordimientos el corazón!

Oh! nada tan ilusorio como las presunciones in-
fientes.

Osad, aventuraos, y sabréis cuánto cuesta levantarse
era sea una línea del nivel ordinario.

La historia no da cuenta del número de victorias
ales que fueron necesarias para lograr uno solo de
los triunfos resonantes á que va unido el renombre
áez. Ella estima en conjunto y analiza, aunque
ramente, el esfuerzo común, sin detenerse en los
es, en el grano de arena que acumulándose forma

mide. Ella no alcanza á dividir
veces los siglos.

amos prolijos, y el asombro
de lo desconocido colmará
da uno de aquellos triunfos
do del esfuerzo inteligente y
ellos la multiplicación de vent
inario.

m harta frecuencia en el ej
es y las batallas se libraban
quellos nuestros tiempos he
ba cuerpo á cuerpo; nuestra
del tumulto á los jefes real
ersonales combates: cada ca
y tropa, escogían sus contra
a venganza presidían á la e
el terminaba con la muerte;
eva lid, y si el brazo no d
a la fortuna, acometía otra
perder la vida ó la espan
rojaba al polvo muertos ó
do, interminable, desastroso
circos, donde recreaba su
n pueblo romano. La a,
decirse, de estos duelos p
. La suma de victorias
a el gran triunfo. Ah! ¿cu

forzada resistencia no se hacían necesarios para
tar tantos peligros? ¡Cuánta fuerza, agilidad,
ia y valentía, y cuánto arrojo para conjurar todas
amenazas, dominar los contrarios esfuerzos y salir
ador? El jefe y el soldado se codean en medio del
ate y cada cual llena cumplidamente su deber;
a sola diferencia de que el primero hace á la vez
eneral y de soldado: manda y acomete, ayuda y se
nde, acude á todas partes, ve por todos aquellos
de ira ó de entusiasmo ciegos; anima, encomia,
ga, vilipendia, estimula con el heroico ejemplo y
cuerpo á cuerpo como un simple *lansquenet* de la
media.

Faena de titanes!

Exigencias de un orden superior dificultan la rea-
ón de tan repetidas proezas. Para aquellos hom-
rústicos pero poseídos de heroica emulación, que
en su mayor parte el ejército de Apure, el jefe
los manda está obligado, por un tácito acuerdo,
omnipotente. Páez no desmintió jamás tan aven-
a presunción; pródigo de su vida, la juega sin
o en todos los encuentros; en la temeridad está
ierza, ella acrece cada día su renombre, ella sirve
edestal á su prestigio. El primero en la carga,
brecha, en la rápida acometida; solo, con diez,
cientos, con un ejército, siempre á vanguardia y
o siempre á sostener veinte duelos á muerte en

~~~~~

cada escaramuza, realiza portentos que, por frecuentes no producen asombro, y hazañas tan inverosímiles que sólo á fuerza de ser repetidas se sobreponen á la incredulidad. Corre la sangre en aquellos duelos temerarios, se derrama á torrentes; pero sangre que no mancha las manos, que no llena de oprobio, ni se convierte luégo en satánica púrpura de mentida grandeza.

Labor constante, maravillosa, inmensa; capaz de fatigar á Hércules y de amenguar el genio batallador de Marte.

## V

Pero detengámonos un instante para cobrar aliento. Vamos á entrar en 1819, y allá, á lo lejos, en un recodo del Arauca, rodeado de palmeras, extendido cual las llanuras vengadoras que sepultaron á Cambises, y abrasado por el ardiente sol de nuestras pampas, se divisa el campo inmortal de "Las Queseras", circo máximo del heroísmo patrio, donde en breve los resplandores de la gloria eclipsarán el esplendor del astro de la luz.

Sobre las ruinas de la infausta campaña de 1818, en que el ejército patriota después de algunas renombradas victorias padece los desastres de "La Puerta", campo tres veces funesto á nuestras armas, del "Rin-

de los Toros" y de la "Laguna de los Patos",  
racán de la revolución torna á agitar sus pode-  
alas.

Bolívar, como Anteo, más fuerte y más terrible  
vanta del polvo ensangrentado por tan repetidos  
tres. A más reñida lid impele improvisados ba-  
es. Borra con prodigios de habilidad y de cons-  
t los errores cometidos. Recupera con portentos  
i ingenio fecundo lo que abatió la espada; y en  
sconcierto mismo de la derrota y del fracaso, per-  
lo de muerte, acuchillado, confiando á la velocidad  
caballo la salvación de la República, entre el humo  
pólvora y los estragos del enemigo encono, sueña  
lombia, abre á sus tropas una nueva campaña, libra  
ia en los campos de la política batallas trascenden-  
que asombran y fascinan.

Vencedor, la gloria ciñe á su cabeza coronas de  
.: vencido, diadema de relámpagos ilumina su  
b.

Mientras Morillo victorioso abrumba con onerosas  
iones á los pueblos que dominan sus armas, y se  
ibe de todo punto como para postrar de un sólo  
la rebelión de Venezuela, el Libertador vuela á  
aña, convoca el segundo Congreso de la República,  
periódicos, atrae á sus banderas extranjeros sol-  
, rehace su aniquilado parque, organiza nuevos  
ientos, extiende su brazo poderoso armado con el

rayo de la revolución para inflamar de nuevo la apagada hoguera reaccionaria en algunas provincias de la Nueva Granada, y protesta en el famoso decreto de 20 de Noviembre, con toda la energía de un espartano, contra la pretendida intervención de las potencias europeas en nuestra lucha con España. Luégo, precedido por cuatro batallones á las órdenes del valeroso Anzoátegui, escoltado por su guardia y seguido de cerca por las fuerzas de Cedeño, remonta el Orinoco, se reúne en San Juan de Payara al aguerrido ejército de Apure, base fundamental de la próxima campaña, ahoga en generoso abrazo las disensiones provocadas por ambiciosos turbulentos, asciende á Páez á General de División y retorna á Angostura á activar la instalación del famoso Congreso, confiando al glorioso caudillo del Apure, con el mando del ejército, la dirección provisional de la campaña.

## VI

Ofuscado por el prestigio halagador de sus recientes victorias, Morillo acomete una vez más la temeraria empresa, tantas veces frustrada, de someter á la Corona las llanuras de Venezuela. A fines de Enero de 1819 atraviesa el Apure, que le ceden sin lucha los republicanos, y al medroso resplandor del incendio en que se abrasa

ente la heroica San Fernando, revista el nutrido que forman las divisiones peninsulares y Calzada, junto con los llaneros de Morantinos de Pereira, los carabineros de Narciso dieziseis escuadrones de húsares de Fernando dragones de la Unión que completan su En suma, 8.500 combatientes, bien equipados s, con seis piezas de artillería de campaña naterial de guerra de un cabal ejército

ponerse á la invasión de tan poderoso ene-epublicanos apenas cuentan en sus filas es bisoños, pobremente equipados, é igual inetes, de escasa disciplina, pero llenos de lentía.

o, era este ejército el más fuerte y numero-  
contaban los independientes. Enfrentárselo á tan formidable contrario, era jugar con la suerte de la República, las conquistas la revolución.

comprende desde el primer instante, y do-  
obsequio de la Patria los ímpetus de su  
idad, subordina al consejo de una prudencia  
ritoria, los arrebatos de su osadía, las tenta-  
i noble ambición.

lo el freno que le impone el deber, retro-  
de Morillo; primero paso á paso, amena-

mo el toro salvaje de nuestras llanuras por una idea feliz, se aleja á' tece tras el horizonte de la extendida Arauca, se interna al sur buscando el las orillas del caudaloso río, deposita el precioso tesoro confiado á su Libertador, y apartando de sus tropas gidos, se revuelve expedito al encuentro en el Caujaral contra 3.000 soldados vanguardia del ejército; acomete á la por Calzada; desordena la retaguardia convierte en el azote, en la sombra terril españolas, acuchilla escuadrones enteros húsares, y da principio á aquella sucesión de asaltos, escaramuzas y sorpresas que causa la inquietud del campamento y las fatigas, violenta exaceración al ánimo de los amigos.

## VII

Las llanuras, como el cielo, tenían también tempestades terribles, desastrosas, sacar de las entrañas de la tierra: una levantada en el horizonte de la extensa

~~~~~

presagia el huracán á los soldados españoles ; impelida por misteriosa ráfaga se adelanta siniestra ; á medida que avanza acrece y se dilata ; el sol la inflama con sus rayos de fuego ; relámpagos de aceros relucientes brillan deslumbradores en su seno profundo, y como un trueno prolongado, sorda repercusión se deja oír en la sonora pampa, herida por el violento golpe de innúmeros caballos que la cruzan veloces.

El cañón enemigo detiene á veces la nube amenazante ; la rechaza, la aleja, la disipa ; pero de nuevo aquella, torna á formarse en otro punto del horizonte : abre sus alas voladoras, acomete otra vez, y porfía con tesón hasta que logra estrellarse contra las bayonetas del ejército, fulmina y desaparece dejando el campo sembrado de cadáveres.

En demanda del ejército republicano á quien no encuentra, Morillo, sin rumbo fijo, marcha escoltado, envuelto por veloces guerrillas de caballería que no le dan vagar, que le inquietan con frecuentes amagos, que le disputan el agua y el ganado, y perturban el sueño de sus cansados batallones.

Tras días de lucha y de fatiga, la noche les reserva horas de angustia y escenas desastrosas. Potros salvajes que arrastran á la cola pieles de toro tostadas por el sol, cruzan en la oscuridad el campamento, furiosos como ráfaga infernal. Cunde el espanto, prevalece la confusión sobre la disciplina, regimientos enteros.

se creen acometidos por una carga de nuestros ejércitos, se agrupan sin concierto y disparan sobre propios compañeros, quienes contestan con nutridas cargas.

El estrago que el de los bueyes lanza sobre las legiones de Fabio, hacen espantados en el campo realista.

A la aurora el ejército español se pone en movimiento, y como león herido, se aleja de donde se ha revolcado en noche de tinieblas, hacia el incierto rumbo que persigue, sin saber su parada.

Después de esto, jadeante, Morillo se detiene al borde del desierto de Caribén, y, aunque tanto temeridad sin fruto, su internación en la Contramarcha resuelto á adoptar o no, venturado, repasa el Arauca, y acosa a la tenacidad de nuestros intrépidos soldados en Achaguas donde fija su cuartel general.

Así termina la primera parte de aquella campaña, en que á la par de la tenacidad y de la valentía, se ve el relieve de nuestras armas, hechos extraordinarios que apenas se conciben: la guerrilla acosa al enemigo; la continua escaramuza haciendo ir y venir al enemigo; la temeridad burlando la estrategia; la audacia obteniendo grandes resultados: el tigre acosado por la manada de las hormigas.

VIII

En tanto que se verifican en Apurí extraordinarios; El Libertador remonta por el Orinoco, fortalecido con los plenos poderes conferidos por el Congreso de Bogotá, y a 500 veteranos ingleses, parte de aquellos veteranos extranjeros que, junto con la riego de su sangre por la emancipación de

A mediados de Marzo incorpora en la división Anzoátegui, la brigada del coronel Morillo, el resto de las caballerías de la división Páez á la apertura de la campaña invasora; y marcha sobre Achaguas, donde tiene su cuartel general.

A inmediaciones del Caujaral se reanuda su prudente estrategia, gana la batalla de Arauca, y, excitado por el clamor de sus tropas que desean la batalla, ve a Morillo quien no la excusa en posiciones de su poderosa infantería.

Recobrado de las fatigas, limpias la bandera, el ejército es derrotado en Achaguas, despliega sus formidables al-

VENEZUELA HEROICA

encuentro de nuestros escuadrones, especialmente en los bosques y palmarera.

Esta vanguardia aventura un ataque sobre las fuertes posiciones que en un bosque impenetrable, los caudillos López, y el 2º batallón de Valencia; y es repelida con fracaso.

Este desastre, unido á la prudente táctica de no comprometer lance ninguno á la seguridad y al buen éxito de la infantería, obliga al Libertador al campo adecuado á las maniobras de guerra en que prevalece al formidable

Así pues, esquivando el combate en lugar ofreciéndolo siempre á campo raso, el ejército cano retrocede al fin, sobre el Aragua, por repetidas marchas y contramarchas, acosados, de provocaciones y engaños. Al fin, á su contrario una batalla á desquebrantarse en el río y acampa fatigado en la mañana. Le sigue paso á paso, y al despuntar del día de Abril de 1819, aparece sobre la llanura, frente al campo inmortal de

IX

Allí, aquellos dos gigantes: la vieja monarquía con su casco de acero, y la joven República, calado el gorro frigio, de nuevo se contemplan.

Míranse con enojo los legionarios de la fuerza y los soldados de la idea.

Conculca el odio lo que estrechó la sangre. Pero en silencio el viejo león que ruge enfurecido, se estremece orgulloso de haber dado á la América, con la pujanza heroica de su raza, la soberbia altivez de sus mayores.

Allí están con Morillo, aquellos bravos del ejército expedicionario, tenaces en la defensa de su patria contra Bonaparte, vencedores en Baylén, Arapiles, Victoria.... heroicos y magníficos en Zaragoza y en Girona. Ejército dominador de la Nueva Granada, triunfador en Venezuela en la anterior campaña; soldados orgullosos, temidos por su crueldad y su bravura, con más sangre sobre sus bayonetas que deslumbrante púrpura en sus banderas victoriosas.

Allí están como siempre, desdeñosos y amenazantes; divididos en brigadas, regimientos y batallones que llevan con jactancia nombres gloriosos que recuerdan

VENEZUELA HEROICA.

as, y arrogantes epítetos no desmentidos;
; cubiertos de vistosos arreos, armados
es relucientes, y ostentando con arrogar
empinada cimera de sus dragones im
ros morriones de sus terribles granadero
la fuerza, la fuerza representada en la
ta de su grandeza y poderío!

on Bolívar en el opuesto bando, despr
sos atavíos, mas ya lujoso en títulos á
, está el heroico ejército republicano;
o, inmenso en valentía, exhibiendo en los
cicatrices gloriosas, y en sus robustas fil
campeones á los que tantas veces d
b.

Al Soublette, su mayor General, espíritu l
io al concierto de toda empresa capita
e merecida fama, denominado por el I
de los bravos. Y Anzoátegui, jamás
por su valor é hidalguía, carácter rom
s de la República, cuyas sienes oste
a corona triunfal de Boyacá. Y Torres,
zado. Y Ambrosio Plaza, héroe de
de ser cantado por Ossían, de ser llor
Y Manrique, de denuedo brillante.
id sostenida. Y Páez, en fin, que nuestr
asta la fábula, y le disputa á Hércule
s lauros.

~~~~~

Como dos gladiadores dispuestos al combate, los dos ejércitos se vigilan, se asechan.

La batalla, tanto tiempo deseada, va á librarse al abo; pero el Arauca, interpuesto entre ambos contendores, se esfuerza en aplazarla todavía.

Este inconveniente por el momento insuperable, mantiene á los dos ejércitos en cautelosa expectativa. Pasar el río es lo aventurado; la prudencia aconseja no dar el primer paso; y ambos esperan á la vez castigar audacemente la temeridad del más osado.

Bolívar se impacienta; la inacción enardece la orgosidad de su carácter. Morillo, por el contrario, permanece impasible, y aquella situación, de suyo embarazosa, amenazaba con prolongarse indefinidamente, cuando de pronto, un acontecimiento inesperado destruye la perplejidad de ambos ejércitos.

## X

Arrastrado por su genial temeridad, y en medio de aquella escena muda é imponente, Páez lanza su caballo á las ondas del impetuoso Arauca. Tras él, como un torrente, se precipitan á la vez, presurosos, revueltos, 150 jinetes escogidos; la flor de los lanceros del Apure. Cruzan á nado y sin ser vistos, á dos millas del enemigo,

oso río, se alínean en la opuesta ribera,  
n un grito de guerra al asombrado ejérci  
que le contesta con ruidosos aplausos,  
ras las huellas de Páez, sobre la fila for  
entes bayonetas que cubre el horizonte.

adía sin ejemplo!

lónde va aquel sublime enajenado? ¿E  
estima superior al destino que así lo c  
ela? Qué pretende? Librar él solo un  
Destruir él, con su lanza, lo que todo  
por alta empresa? ¿Dar á la Améri  
a de su arrojo inaudito, el espectáculo  
límpicos de la remota antigüedad?

¿es acaso aceptable? ¿No es un suicidi  
quella acometida? Quién lo sabe? Q  
ber? El mismo, acaso, no podría conte  
etus heroicos no se explican, ellos se  
y producen deslumbramiento y pasmo  
vano la prudencia se fatiga gritando:—  
sensatos, porque vais á morir.” La tei  
enardecida:—“Canta, si puedes, que v

quel atrevimiento no es una quimera  
ón: los ojos lo ven maravillados, los co  
pitan poseídos de embargante emoción.

va, á la cabeza de sus intrépidos llan  
ortunado; todos le ven, todos le reconoc

~~~~~

su marcial denuedo, por aquella figura atlética, imponente, con que plugo á la naturaleza asemejarle al rey de las selvas, al soberano del desierto. Figura prestigiosa que aun vive en la memoria del pueblo americano, exornada de atributos olímpicos, cual la de los héroes inmortales cantados por Homero. Quien no le reconoce entre el revuelto polvo que levantan los rápidos bridones, á lo menos le distingue entre sus compañeros, por el caballo blanco y el dormán de púrpura. Oid: en el ejército realista redoblan los tambores, suenan los clarines, los regimientos se alínean en batalla, se cruzan órdenes que trasmiten veloces edecanes, relinchan los caballos, se desnudan los sables, la artillería se exhibe amenazante, y las mechas encendidas ondulan en el aire sobre el cebo de los cañones, cual serpientes de fuego. Ellos tambien reconocen á Páez en aquella audaz acometida, y tributan al héroe los honores debidos á su justo renombre.

Entre tanto, los jinetes de Páez avanzan sobre el centro de la línea española cual los antiguos paladines; apuestos, sonreídos, tremolando al compás del movimiento de sus caballos, vistosas banderolas colgadas de sus lanzas.

Para ellos, no es aquella la lucha á que se prepara el ánimo con el recogimiento: alegres y locuaces, cual si se tratara solamente de hacer gala de agilidad y de destreza, disipan con su heroica indolencia las sombras

acumula el terror sobre las huellas
del peligro y transfiguran la

XI

mejante acometida, más que de una
experiencias de un duelo colectivo, de
la.

la es el reto inaudito de lo pequ
table; la insolencia elevada al subli
ido en guarismo.

quella empresa temeraria tenía, e
ce mitológico de los tiempos h

a una escena de la tragedia ant
n pleno día, frente á la roca de
de Baco.

ante mil espectadores, dominados
presiones, la contemplan en silencio
la izquierda del Arauca, todo el e
as desplegadas y alineado en bata
da por un bosque y haciendo án

la margen derecha, el ejército re

to, anhelante, suspenso entre la admiración y el asombro, cubriendo gran parte de la zona de la corriente, y apoyado en sus brazos sobre la barandilla de hierro de un anfiteatro gigante. Frente á entrambos ejércitos, la llanura extendida al horizonte, Páez y sus indómitos guerreros. Nada faltaba á aquella escena, grandiosa y emocionante; ni la audacia de los combates, ni la gallardía de los actores, ni el teatro al aire libre, ni la solemnidad del espectáculo, ni el esplendor de las fiestas de Palas, ni un genio poderoso. Bolívar á caballo, en medio de su Ejército, rodeado del arrojo de tan aventurada expedición, la profunda angustia sigue los movimientos de la batalla, las curvas y ondulaciones caprichosas de la columna de la serpiente, erizada de escamas de acero, que vibrante era la lanza formidable de Páez. Morillo permanece incontrastable; dolorido y enojado, y el enojo que produce en su ánimo al ver aquel insólito reto, no encuentra explicación en el propósito oculto de aventura tan arriesgada, al perder de vista al escuadrón republicano, al verse solo de las tropas de Bolívar, hasta el momento; pero de donde espera un movimiento que debe coincidir con la provocación de que se trata. No se le ocurría, ni sospechar siquiera que el resultado lo confesó al Libertador en la

hacer el elogio del caudillo d
explicable al par que audaz
que una prueba más del ca
heroica temeridad de Páez.
on las impresiones que domina
to á los opuestos bandos.
ni un grito, ni un disparo
las filas de Páez, que la del
ba. En ambos ejércitos solem
sólo por el chasquido metáli
lanzas, y por el forzado galo
vanzaban sobre las huestes es
apidez de tan impetuosa aco
lecisión de los realistas no d

por todas, era necesario escal
arios que tanta sangre costaba
o, Morillo se apresura á pone
ncebido, para el caso frecuente
ibestidas de Páez, furiosas con
habían sido víctimas los soldado

XII

egan desenfrenados los llaneros
a línea española, el estruendo d

ga resuena formidable; mézclase el polvo que levantan caballos con el humo que arrojan los cañones, y densa e se extiende presurosa sobre el ensangrentado campo de aquel duelo terrible.

Siete mil fusiles y seis piezas de artillería disparan cesar. Los lanceros se esfuerzan por arrojarse sobre bayonetas enemigas. Sus caballos cerriles, acometidos de pavor, resisten á los aguijones de la espuela, an, relinchan, se encabritan y retroceden espantados.

Tras larga lucha, los jinetes se hacen obedecer al grito de sus corceles, y amagan á la vez con repetidas cargas la inmensa línea de Morillo, que se les opone como un muro erizado de bayonetas. Las balas de los cañones surcan la llanura; estrepitosa vocería responde al ruido de las descargas, y resplandecen las lanzas en medio del tumulto como rayos siniestros en el seno de aquella nube espesa, purpúrea, desastrosa, que flota al impulso de la merced del viento, cual inmenso sudario sobre los campos de los muertos.

Después de la primera acometida, Morillo cree oportuno el momento para exterminar al tenaz escuadrón que le resiste con tanta bizarría. Con este objeto, manda todo el ejército, el cual, como un gigante, extiende sus robustos brazos para oprimir y ahogar en un instante aquel grupo de insolentes que osan combatirlo. Los regimientos al mando de Calzada vuelan á ocupar la orilla del Arauca, para impedir á Páez ganar de

nuevo el campo de los suyos, mientras la quinta división que dirige La Torre, describe extensa curva con el fin de rodearle por la izquierda.

Desde la margen opuesta, el ejército republicano divisa con profunda ansiedad aquel puñado de valientes circunvalados por fulminantes enemigos.

Cada vez más furiosos, nuestros intrépidos lanceros embisten sobre el centro que sostiene Morillo, repliegan sobre uno de los flancos, acometen al otro, provocan con insultos la numerosa caballería realista, que principia á moverse, y retroceden al cabo, tratando de escapar de aquel círculo de fuego que los oprime y aniquila.

A la cabeza de 40 jinetes, rompe Páez las filas de Calzada. La brecha queda abierta.

Aramendi se lanza como el rayo, atropella los cazadores de Pereira que intentan detenerlo; el resto de los lanceros se escapa por la brecha, y aquellos 150 héroes admirables se fingen derrotados y se alejan veloces.

Morillo los cuenta por perdidos, y como azuza el cazador la furiosa jauría tras el ciervo que huye, arroja sobre Páez 1,200 caballos impetuosos, húsares, dragones, carabineros y lanceros, ávidos de vengar aquel día las frecuentes derrotas tantas veces sufridas.

Esquivando los fuegos de la izquierda realista, Páez abandona la montuosa ribera del Arauca; divide en

pos sus bizarros jinetes: los encabezan Mina, Figueredo, Muñoz, Rondón, Juan Gómez, y Aramendi, los cuales se alejan, primero á la y luégo á media rienda, llevando en pos la caballería realista que los persigue con ahinco.

XIII

ro estrépito de pisadas, de sables que se chocan, de arneses sacudidos, de voces que se alientan, de venganza, de imprecaciones y amenazas en la llanura, donde aun resuena el eco de los cañones, del cañón y el trueno de la fusilería.

bravos apureños galopan en una sola línea al horizonte que tienen frente á ellos.

la espalda, en medio del espacio que los separa, los regimientos españoles, se ve á Páez, ladeado la hacia el enemigo, á quien provoca y enardece con su actitud y sus sarcasmos.

esta manera, perseguidos y perseguidores, recorren un trecho. El ejército realista, nuevamente en batalla, se divisa á dos millas de su ca-

llaneros acortan la carrera; la distancia que los separa de los jinetes enemigos se estrecha más y

más; éstos aguijan sus bridones, cortan a los inquietos sables y ciegos, aturdidos, fi esfuerzan por acercarse á nuestra línea y por la espalda.

Tres cuerpos de caballo apenas los se diciado instante: los brazos se extienden, levantan, la sangre va á correr. Llegó el

Un grito agudo resuena de improviso el estrépito; grito imperioso y breve, que es terrible. La da Páez: todos la oyen, y sim la obedecen los suyos con la pasmosa rapi

Aquella orden suprema, aquel heroico rraba esta frase estupenda: "¡vuelvan e

Lo que entonces pasó no tiene un en los fastos del heroísmo humano.

La pluma se extremece al describir: la razón se resiste á creerlo; pero ahí est y la tradición y los contemporáneos, y el t Bolívar, y medio siglo de incontestables: los mismos émulos de Páez que no se a garlo.

Con la velocidad del pensamiento, lo vuelven sus caballos; centellean las enrist y un choque terrible, formidable, como el dos rápidas nubes, de dos furiosas tempe temblar la tierra.

La primera fila de la caballería españ

el sitio revolcada; la segunda vacila; nuestros lanceros la acuchillan; el centro embarazado por los caballos de las dos filas destrozadas, se repliega en desorden; gira sin tino buscando reponerse y da el flanco á la cuchilla de aquellos diestros segadores, que cortan sin piedad.

XIV

El crecido número de la caballería enemiga, con su enorme ventaja de ocho á uno sobre los lanceros de Páez, ventaja decisiva en cualquiera otra circunstancia, se convierte en invencible obstáculo para maniobrar con acierto y eficacia en medio de la horrible confusión que la domina.

En vano algunos escuadrones intentan resistir el bote de nuestras lanzas impetuosas.

Narciso López, echa pié á tierra con sus carabineros, pero apenas tienen tiempo para quemar un cartucho. Rondón los desbarata con el pecho de sus caballos, degüella cuantos le resisten, pasa por sobre cien cadáveres y vuela á incorporarse con su cuadrilla ensangrentada, á los lanceros de Aramendi, enfrentados á los dragones de la Unión, que mueren como bravos.

Estos, y el segundo de húsares del Rey, que

edo y Mina destrozan á porfía, son los últimos en la batalla.

La derrota se declara completa.

Como arrebatado torbellino, aquella numerosa caballería perseguida por un puñado de jinetes, cuyas lanzas albotadas hieren difícilmente, corre sobre la infantería realista á guarecerse entre sus filas.

Tras ella, rastro sangriento dejan en la llanura; los repugnantes, caballos reventados, miembros y cadáveres sin cuento, y sillas, y arneses, y carabinas y banderas, y desgarrados uniformes; heridos que yacen y estertores de agonía.

Caballos sin jinetes y caballeros desmontados van, y en todas direcciones recorren la llanura.

La derrotada caballería realista, nube de polvo, vertiginosa, revuelta confusión de todos los colores, al sol poniente alumbra con sus postreros rayos, llorada, chorreando sangre como un gigante herido, espavorida.

Pleno de ira y de inquietud, Morillo la ve acercarse una ola amenazante para sus alineados batallones. Inminente es el peligro para el ejército español. Logrados de terror sus propios escuadrones ayudarán á destruirlo y á vencerlo. El sacrificio de una vida puede salvar el todo. Morillo se decide. Apunta con sus cañones, lo envuelve en una nube de metralla silenciosa sin misericordia.

ada detiene aquel espanto. Acribillada de las balas y alanceada por la espalda, aquella enta y palpitante persiste en su designio. A darle el frente y de abrasarla con furiosas el ejército empieza á marchar en retirada al apoyo del tupido bosque que tiene á retaguardo antes de logro tan deseado, la caballería contra las bayonetas, rompe las filas de sus pañeros, y juntos y revueltos, infantes y en la espesura, favorecidos por la noche que sus protectoras sombras sobre aquella escena confusión y de desastre.

Los guerreros impetuosos, arrojando estendardo de victoria, clavan sus lanzas en los primeros árboles del bosque.

En la oscuridad, se cuentan, se organizan y en aquel campo de muerte para las tropas españolas radiante y de perpetua gloria para Páez y los héroes de aquella jornada memorable.

La artillería que abandonaron los realistas, muertos dejaron en el campo.

Se concedió la *Cruz de Libertadores* á los treinta héroes que concurrieron á aquel combate; y con fecha de tan clásico día, la siguiente corona tan gloriosa jornada.

¡Bravos del ejército de Apure.

¡Acabais de ejecutar la proeza más ex-

que puede celebrar la historia militar de las
ciento y cincuenta hombres, mejor diré, ciento
héroes, guiados por el impertérrito general
opósito deliberado han atacado de frente á
todo español de Morillo. Artillería, infante-
ría, nada ha bastado al enemigo para defen-
ciento y cincuenta compañeros del intrepí-

Las columnas de caballería han sucum-
be de nuestras lanzas; la infantería ha bus-
en el bosque; los fuegos de sus cañones
delante de los pechos de nuestros caballos.
nieblas habrían preservado á ese ejército de
de una completa y absoluta destrucción.
¡ Lo que se ha hecho no es más que un
lo que podeis hacer. Preparaos al combate,
n la victoria que llevais en las puntas de
as y de vuestras bayonetas.

general en los Potreritos Marrereños. á 3 de
9.

BOLÍVAR.

XV

de aquel desastre, Morillo desconcertado,
o de asombro y de despecho, se retira á
luego repliega hacia las montañas de la

... ..

cia de Caracas, llevando con la rabia de una
a frustrada la primera sospecha de su impotencia
dominar la rebelión de Venezuela.

olívar, por su parte, lo ve alejarse con pesar de
tro tan ventajoso á nuestras armas; fluctúa un
e entre seguirle ó nó; pero iluminado de súbito
rayo de luz que brota de su fecundo ingenio,
re su caballo, lo lanza á toda brida, trepa los
y corre entre relámpagos hasta detenerlo sobre
nte de Boyacá, sellando allí, con lauro inmarce-
la independendencia del pueblo granadino.

sí, á la vez que Páez permanece en las llanuras
pure, cerniéndose como el condor en los espacios
stados por su atrevido vuelo, la libertad respira;
de tres siglos de oscuridad se razga, y aparece
bia en el augusto estrado de las naciones.

espúes. . . . abrid la historia, y donde más brillantes
los resplandores del heroísmo patrio, encontrareis
ibre del paladín de "Las Queseras".

n vano ciegas pasiones tratarán de amenguar la
giosa luz que resplandece en torno á su memoria.
llama inextinguible, la gloria de Páez fatigará los
s que se empeñen en apagarla, y cada día más
más radiante, flotará sobre las olas tumultuosas
r inmenso del olvido que en vano pretenden sumer-

a nube de polvo que el huracán levanta de la

tierra, puede un instante velar el sol :
empañarlo jamás! •

Ser héroe es ser águila, y á la alti-
de los espacios donde aquella se cierne,
zaetas ni dardos.

Si algo en la humanidad puede estim-
divino son los atributos del espíritu, q
arrebatar. De todas las aristocracias, l
es la más encumbrada; ella es lo exc
con oro, si podeis, la gloria de ser Régu
Ricaurte. Absurdo: donde no alcanza e
lo sublime.

Nosotros también tuvimos héroes
Hércules, gigantes mitológicos que escala
la gloria, pero que no dejaron á la tierra
olímpicos. Ellos se fueron todos, triste
haber sufrido con la muerte la ingrati-
por ellos redimido.

XVI

Atentar á las glorias de Páez es atent-
de Venezuela.

Esos muertos á quienes maldicen hoy
debieran ser sagrados; sus faltas, si algu

desaparecen ante el supremo esfuerzo que hicieron por la patria. Oscurecer el brillo que irradiaba su memoria es desgarrar nuestra epopeya.

Id á decir al pueblo griego, hoy degenerado y abatido, que es todo fábula cuanto narra Herodoto; que Leonidas fué un mito lisonjero; que los laureles de Maratón no pertenecen á Milcíades; que Aristides en fin, no sintetiza el patriotismo de todo aquel gran pueblo; y vereis la indignación sobreponerse á la indolencia de los descendientes de Teseo; porque en la postración en que hoy vejetan, alientan sólo con los recuerdos del pasado, y conculcarles su historia, que es su orgullo, es condenarlos á eterna oscuridad.

Alta es la ejecutoria con que se impone Páez al respeto del mundo, á la veneración de los venezolanos.

La verdadera historia de estos pueblos de América no se ha olvidado aún por más que la insensatez haya pretendido oscurecer sus más brillantes páginas; en ella nuestros hijos, justamente deslumbrados, admirarán las insignes proezas del vencedor en las Queseras.

Su nombre será siempre timbre de orgullo para la tierra que le vió nacer.

Cual otro Aquiles, vivirá en la leyenda, y se tendrán por mitos sus hechos prodigiosos.

Como tributo de mi veneración por su memoria, permi-

te oh! Patria, ! que esta corona de laureles,
por mi pluma, pero perfumada con el incienso
corazón reconocido, ocupe el sitio donde med
tranjero césped, sobre la tumba de aquel hé-
vidable.

•

Los 150 héroes de "Las Ques"

General de Division.

José Antonio Páez.

Coroneles.

Francisco Carmona, Francisco Aramendi, Cornelio M

Tenientes Coroneles.

Juan Antonio Mina, Juan José Rondón, José María Ar
Gómez, Juan José González, Francisco Farfán, Hermeneg
José Jiménez, Fernando Figueredo, Leonardo Infante, Fran
dilla, hijo, Manuel Arraiz.

Capitaneles.

Francisco Abren, Ramon García, Leonardo Parra, Jui
Tórres, Juan Crusate, José María Pulido, Mariano González
Antonio Salazar, Juan José Mérida, Ramon Valero, Antol

nez, Alejo Acosta, Juan Mellados, Celedonio Sánchez, José zón, Juan Rusate, Juan Martínez.

Tenientes.

Cemejo (a) el Negro Primero, Juan Rafael Sanoja, Romual-
Víctor González, Francisco González, José Maria Oliveras,
mez, Nicolas Arias, Domingo Mirabal, Luciano Hurtado,
osta, Francisco Bracho, Pedro Juan Olivares, Miguel Lara,
Contréras, Serafin Bela, Juan Carvajal, Juan José Bravo,
írgas, Mateo Villasana, Manuel Figueredo, Vicente Gómez,
ez, Diego Parpasen.

Subtenientes.

Aragona, Manuel Fajardo, Pastor Martínez, Bartolo Urbina,
ez, Juan José Perdonó, Juan Torralba, Pedro Gámez, Juan
sebio Ledesma, Bautista Cruzate, Joaquín Espinal, Alejandro
mingo López, Vicente Castillo, Pedro Escobar, Cruz Paré-
Cortés, Romualdo Salas, Romualdo Contreras.

Sargentos.

Mujica, José Maria Camacaro, Luciano Delgado, Simón
rnación Castillo, Francisco Mirabal, Francisco Villégas, Juan
ró, Gaspar Tórres, Francisco González, José Maria Paiba.

Cabos y soldados.

ación Rangel, Juan Sánchez, Basilio Nieves, José Maria
nricio Rodríguez, Remigio Lozada, Felix Blanco, José Aréva-
Hernández, Manuel García, Ramon Figueredo, Francisco
onio León, Inocente Chinaa, Francisco Medina, Antonio
ancisco Lozada. Santos Palacio, Antonio Manrique, Nolasco
uis Alvarez, Diego Martínez, Jacinto Hernández, Ramón
sé Antonio Cisneros, José Tomás Niéves, Manuel Martínez,

VENEZUELA HEROICA

Antonio Hurtado, Francisco Sanoja, Isidoro Galiano, Paulino Flores, Eusebio Hernández, Domingo A. Juan Sánchez, Simon Gudiño, Domingo Riera, Francisco Niéves, Domingo Navarro, José Milano, Canelón, Pedro Burructa, Pedro Fernández, José Ascención Rodríguez, Manuel Camacho, Romualdo, Juan González, Francisco Escalona, Ramón Gar-Hernández, Juan Ojeda, Alejandro Flores, Fernan-

Autobiografía del General Páez,)

BOYACÁ.

BOYACÁ

(7 de Agosto de 1819.

I

Como extiende el condor las poderosas
encumbra, movido por el ardiente
en la extendida curva que desor
horizontes, límites imaginarios
en la alta cima se cierne sobre
as osa velar el sol y ser á un ti
nieblas y la luz; así descoge
en que aspira á realizar cuanto
endrada virtud, y audaz se lanza h
gue, sin cuidarse del rumbo que le

pues todo el horizonte donde reposa la mirada está inflamado con el fuego de su constante aspiración.

De las llanuras del Arauca, donde los clarines la fama repiten los hechos fabulosos del vencedor "Las Queseras", Bolívar se lanza á conquistar más gloria.

Un pueblo hermano, aliado generoso, cuya sangre por nuestra libertad se ha derramado en Venezuela más de un campo de batalla, gime abatido, después del más completo vencimiento, bajo la planta de nuestros comunes opresores. Prestarle auxilio para que rompa sus cadenas es un deber sagrado: los manes de Girón y de Rícamarte nos recuerdan sus heroicas proezas; con gesto imperioso nos señalan su patria de nuevo envilecida; y ellos, sus defensores ínclitos, yacen, por nuestra gloria, inertes, el brazo desmayado sobre el sangriento polvo, la espada sin relámpagos y sin latido el corazón.

Justo reclamo. Pero ¿cómo extender su débil brazo Venezuela para alcanzar tan lejos y sacudir y levantar de tan completa postración aquel pueblo cadáver, empitado por Morillo y ahogado en la sangre de sus héroes más ilustres; cuando ella misma apenas tiene aliento para luchar en su propia defensa contra el enemigo poderoso, á quien protege la Fortuna, á quien exhibe incontrastable su fuerza numérica y su pujanza? Ni ¿cómo, sin grave riesgo para su libertad echar

los hombros del agobiado ejército patriota el peso formidable de una empresa capaz de avasallar mayores fuerzas que las que en propio beneficio no alcanza á poseer?

Concluyente era el fallo de la inflexible lógica sin contar con Bolívar y su genio fecundo: éste, se muestra en la ocasión en toda la plenitud de su grandeza, y triunfa y pasma y acomete la temeraria empresa, incentivo constante de su alma, de unir bajo la sombra de una misma bandera su propia patria y el Nuevo Reino de Granada.

Seguidme, que es noble nuestro intento, dice el Libertador á sus soldados, mostrándoles las nevadas cumbres de los Andes: *libremos de la esclavitud á nuestros generosos hermanos, y más fuertes volveremos después en demanda de nuestra propia libertad*: y la más alta de sus aspiraciones, aquella, la que en la noche aciaga de Casacoima fué tenida por delirio fantástico de su exaltado espíritu, va á realizarse al solo impulso de su perseverante y decidida voluntad.

II

Intentar solamente aquella empresa, cuando apenas para defender nuestras conquistas bastaba el recio empuje de nuestras bayonetas, era audacia que rayaba en locura: pretensión gigantesca que no podía caber sino en

el cerebro de aquel sublime visionario á qui iluminaba un rayo de misteriosa luz. Llevarla por sobre todos los obstáculos que se ofrecían, y dar cima con ella, á la más trascendentes transformaciones políticas de la Revolución, fué un prodigio: prodigio de osadía, como que nuestra historia cuenta de aquel predicho tan altos designios.

La época era cruda, gloriosa la contaban casi todas las provincias de Venezuela se libraban sangrientos combates; España nos disputaba palmo de suelo donde fijábamos la planta, é iracundamente se empeñaba en romper entre sus brazos y con la espada que la hería, y, que no tarde, arrebatarse el continente americano. A la cabeza de 8.000 veteranos pugnaba el generalísimo con las hordas de las llanuras del Arauca, por exterminar el atroz ejército que le oponía Bolívar: ejército dos veces superior en disciplina y número al de tan duro y petriario; sin repuesto de municiones y armamento, desnudo, sin recursos para atender á sus necesidades, fatigado por las rápidas y repetidas evoluciones de una campaña larga y trabajosa, en que la astucia y la estrategia suplían á la inferioridad, y en que el valor alentábamos al amparo de la caballería á los regimientos castellanos habían aprendido á vencer en aquellas abiertas y dilatadas pampas.

Con suma habilidad rehuía el Libertador aventurar una batalla campal contra la poderosa infantería realista; baluarte inexpugnable para nuestros bisoños y escasos infantes, y en asecho de una oportunidad propicia para empeñarla con ventaja, se entretenía en desgarrar aquel soberbio ejército con las agudas picas de nuestros llaneros impetuosos, rápidos como el viento, carniceros y audaces como el jaguar de sus llanuras.

No ménos avisado que su experto contrario, mostrábase Morillo. A la mira de evitar decisivos encuentros en posiciones favorables al arma en que le aventajábamos, maniobraba con prudente sagacidad y, mal su grado, replegaba constreñido por el bote de nuestras lanzas pertinaces. No obstante, á cada nuevo descalabro que padecían sus tropas, revolvíase iracundo, ponía en juego toda su habilidad y ardimiento, y no excusaba ocasión ni favorecida coyuntura, para llegar á punto de descargar su hercúlea diestra sobre los ligeros escuadrones, que le acosaran sin descanso y que, después de herirle, desaparecían como nubes de polvo.

De esta suerte, siempre perseguido y siempre amenazante, alcanza el generalísimo español las montuosas riberas del Apure, lo esguaza, y va á situar en Calabozo su cuartel general, dejando enrojecida la llanura con la sangre de sus alcanceados batallones.

III

Prolongábase entre tanto aquella lucha, sin término visible, contra un ejército lleno de cautela que no nos daba el flanco y sobre el cual Bolívar, sin notable provecho, mellaba el filo de su espada y la energía de sus soldados; cuando vinieron los rigores de la estación lluviosa, insoportable en tan desamparadas regiones, á acrecentar cuantas dificultades se oponían á la prosecución de una campaña, de suyo abrumadora para quien carecía, como el ejército patriota, de todo lo indispensable al sostenimiento de la disciplina y de la vida. Con aquel nuevo inconveniente nuestro ejército se encontró colocado entre dos amenazas á cual más poderosas: la infantería realista que, replegándose, persistía sin embargo en cerrarnos la entrada á la provincia de Caracas, y la inundación de las llanuras que embrazaba nuestras evoluciones y oponía serias dificultades al abastecimiento de las tropas.

De hecho la situación de los independientes era comprometida y enojosa; pero en previsión de tales contingencias, el Libertador había avanzado algunc

cia la provincia de Barinas, con ánimo
la división realista que la guarnecía, prop
cursos y abrirse campo por aquellas comarc
uestas á los desbordamientos de los ríos. L
magos de la cruda estación le deciden á ob
z; á mediados de Mayo repasa el Arac
Bajo Apure, y, después de concertar con P
lones que deben practicarse en la nueva ca
corpora la división de infantería acantonada

Hondo y en dirección del arruinado pue
, se dispone á cruzar el Apure, cuando acie
campamento el Coronel Jacinto Lara, p
plausibles noticias, referentes á las venta
por Santander en Casanare y á la favora
que se manifestaba en algunos pueblos
Granada por sacudir los hierros de la c

uz prestigiosa, visible sólo para el Libertad
ravés de tan felices nuevas; su espíritu
nuevos proyectos afluyen á su mente, y co
pido en la ejecución de sus designios, cam
to, tuerce el rumbo que lleva hacia Barinas
que Morillo, desesperanzado de someter :
s codiciadas pampas, repliega á Calabozo
seguros parajes para acantonamiento de
irante la estación de las lluvias, Bolívar
caballo, sigue el camino que le traza la

radiante de su inspiración y de su estrella
de más alta y de mejor fortuna, se inte
la andina cordillera.

IV

Adónde va? Su ejército lo ignora
de sospecharlo.

En la completa oscuridad en que
sus ocultos designios, todos marchan
penetra lo porvenir y ve factible lo que
ces habría de aparecer descabellado.

No obstante, ¿qué pretensión más
aventurada? ¿No poder avasallar lo m
sobrepujar lo más! Explicaos, si pod
semejante....

Seguidle, sin embargo, que va en
bertad de un mundo y abrasando su m
más grande de su fecundo ingenio.

Con aquella resolución audaz é in
parecía decir á su contrario, el pertin
pera, yo he de vencer tu espíritu, e
plado que el acero de tus numerosas b
á tu alma llevaré el asombro; aleján

~~~~~

restigio de tu causa, cavo tu sepultura. indudables, allá lejos, serán crueles heridas le recibir sin poder evitarlas: tu ruina de creíste comenzar tu gloria....”

a el secreto de la atrevida empresa que ieter, á Soublotte y á Anzoátegui y á . sus tenientes principales; y deja á Páez rillo, para ocultar su marcha: y galopa la inundada pampa; y cruza apenas es- in grupo de bravos, con el agua á la cincha is, la inmensa charca que toca el horizon- relos leguas y leguas de anegadas praderas: años desbordados y pantanos profundos y os: y aparenta seguir un rumbo dado y súbito, y confunde hasta sus propios com- niciados en el audaz propósito; y se apre- ima á su intento antes que se trasluzca aventura, y á su espalda deja á Venezuela el ímpetu que le lleva adelante; y las lla- sanare le ven pasar cual un metéoro; y hacia el Sur, y gana el pié montuoso de la dillera, y sólo en Tame detiene su caballo las tropas que le siguen y organizar la ne ha de invadir el suelo granadino.

---

y emprende la atrevida campaña, cuyo se le ocultan un instante, pero cuya gloria y alienta.

## VI

El 13 de Junio el ejército invasor deja á su espalda las llanuras y da por laboriosa ascensión de la montaña. San división de Casanare abre la marcha, Bletche y el Estado Mayor siguen á San tegui con la segunda división forma la retos dos jefes de ya notoria nombradía, se en que se apoyarán cuantos esfuerzos y tador indispensables para dar cima á la gigantesca. La elección no era desacei

Entre las figuras prominentes de americana, la Historia da un alto puesto y puesto merecido hasta quedar sellada cia de Colombia. Hombre de clara ingeniería, de convicciones propias, su opusaron con ventaja en los negocios públicamente contribuyó con su talento á los grandes Bolívar, y al afianzamiento de la independencia cuyos destinos presidió largo tiempo

· poderoso y de la espada rayo, q  
batallas surcaba de relámpagos t

os afortunado Anzoátegui, no al  
· que sus dotes militares y la no  
le hicieran acreedor: pasó cual un r  
ematurero que le sustrajo de los ha  
e gloria, habría sido en el Sur,  
· Sucre; y la grandeza de alma,  
que le distinguió siempre, habrían  
estímulo y de seguro apoyo á la  
e Colombia, á la fijeza de sus ins  
cuerpos que en la ocasión com  
son fieles; pero la firmeza y el  
an al ejército, cuando lidiaba en las  
ajo aquel sol de fuego protector  
y testigo radiante de los más c  
asmaya en el momento en que la  
is caer en cuenta del rumbo por d  
palpan los obstáculos que preveen,  
omo insuperables. Muéstranse, i  
os, y trepan la agria cuesta con  
que en toda circunstancia extren  
tador á cuantos le rodeaban.

randes habían sido hasta allí las  
por aquellos tenaces lidiadores, m  
nás arduas, las que se les ofrecí

pectiva en aquella campaña al través de desnudos y descalzos como la emprendían, cuyos rigores contrastaban con el cálido pampas y en la dura necesidad de resistir cuantos esfuerzos pudiera hacer para vencer al enemigo poderoso, práctico del terreno y bien como aquel que les cerraba el paso de la vía, difícil de vencer y aun más difícil de combatiendo; lo cual era de presumirse que desde luego, puesto que las avanzadas de pañol, regido por Barreiro y acantonado en abrían todas las avenidas por donde los pudieran penetrar en aquella provincia.

## VII

Dada la mala situación de los libertadores y ventajosas circunstancias que favorecían á Barrios, el éxito feliz de la campaña estribaba más en la rapidez de nuestros movimientos, para conseguir sorprender á Barreiro; pues confiado en la superioridad de sus fuerzas, respecto al grueso que se organizaba en Casanare, no era temiese de parte de Santander un serio ataque, sino una invasión acaudillada por Bolívar.

noticias de encontrarse á la sazón acometido por Morillo las llanuras del Apure, y por consiguiente impedido de contraerse á nada más urgente que á la defensa y á la del territorio que sostenían sus tropas. Si á estas razones, que de seguro debían privar el ánimo de Barreiro, se agrega la circunstancia no tranquilizadora para él, de hallarse inundadas las llanuras por las crecientes de los ríos y lo copioso de las tropas, toda sospecha debía desvanecerse; y eran estos motivos que asistían á Bolívar para creer descuidado á su contrario respecto de una invasión por el Sur.

Estas razonables conjeturas que militaban en abono de la marcha trazada por el Libertador, vigorizaron el propósito de dar á nuestros movimientos la mayor rapidez y seguridad posibles, pues así se evitaban los riesgos que corría nuestra aventura por efecto de publicidad ó de retardo, si Morillo llegaba á sorprender nuestros designios y, como era de esperarse, daba oportuno aviso á su teniente ó dirigía eficaces auxilios á la defensa del Vireinato.

Consciente, pues, de la necesidad de atacar á Barreiro antes que le tiempo de que se apercibiera á la defensa; el Libertador ordenó la marcha del Ejército por el camino de Macorte y obligó á sus soldados á aventurarse por aquella vía, que si bien más corta y menos sospechosa para el enemigo que las otras que se le ofrecían,



presentaba serias dificultades por lo escarpado no y lo que es más, por ser indispensable ella el páramo de Pisba, fantasma aterrador que naba delante de aquel desnudo ejército, como amenazadora de la muerte.

Forzoso era, con todo, aceptar tan peligroso escalar por ella la montaña y sus heladas cui

## VIII

La suerte estaba echada; retroceder era derrota sin haber combatido, y lo que es más, Bolívar ante su propio ejército, reo sin excusante locura.

El ejército se interna en las tortuosas fragatas la sierra, lucha con las asperezas del terreno, táneamente recobra su constancia, su decisión pero apenas vencidas las primeras dificultades languidecer; la fatiga lo abruma, los pies vacilan cha con lentitud, y el ascenso difícil para prácticos de la región andina, parece insuperable generalidad de aquellos hombres no habituados escabroso suelo que pretenden dominar, ni á peculiares al clima de las elevadas cordilleras aquel áspero sendero, especie de gigantesca

todo cuanto roza lo destruye, va dejando girones de su mísero equipo, la huella en su paso y el resto de energía que le son días de penosa excursión bastan para agotar alarmantes proporciones cobran su desnudez de sus filas deserta la esperanza y en desaliento.

Una circunstancia inesperada conforta los abatidos ánimos. En toda empresa humicias de la victoria por efímeras que sea deleitoso que hace olvidar las penas y avigora.

Al cuarto día de marcha, nuestra vanguardia llega a Paya con un cuerpo de observación, en número de trescientos infantes, a las formidables posiciones que ofrece en montaña. Santander, sin vacilar lo ataca empeña vigoroso combate que dura algo que Arredondo decide al fin con los fogos de vanguardia; y el enemigo declárase en retirada á la desbandada á incorporarse al grueso español situado en Sogamoso.

Con aquel encuentro ineludible, se revivifica nuestra expedición; cunde el alarma provincia y el enemigo sobre aviso se apuramos.

Reagrávase con esta circunstancia la crítica situación: tras el primer arranque c

Los soldados reflexionan y aprecian en todos los resultados inevitables de aquel tiempo, que si bien los halaga por el momento, pronto lo sucesivo á mayores peligros y riesgos. El descontento hasta entonces latente, comienza á violar la disciplina. Pocos son los que permanecen, pocos los que se manifiestan porfirios; los más se agitan y murmuran, por no ocultar sus quejas y escarmentada miseria. Sin tocar en la rebelión, llegó á ser extremado, hubo quienes abandonaron sus banderas, quienes prefiriesen una muerte vergonzosa á arrostrar el peligro de la guerra. Felizmente fueron muy escasos los que cayeron á tan funesta debilidad.

## IX

Armado por el visible desaliento que rodea, y la tibieza manifiesta de algunos de su antiguo renombre, trata el Libertador de dar un nuevo ejemplo que, así como amenos sacrificios hasta allí consumados, por la campaña, la vida del ejército y la vida de la Patria. Con tal propósito llama á

sus primeros tenientes, cuya decisión qu nuevo antes de proseguir en una emprese drenta hasta los más osados; les expone riesgos inherentes á la situación en q no les oculta los obstáculos que les será fo los sacrificios que á todos esperan, ni los i guientes á una inconsulta retirada en la nada favorables de un ejército, al que en la obediencia la energía de sus jefes; necesidad de hacerle frente al enemigo.

no rehuye poner de manifiesto el estado con se encuentran, procura con habilidad incul fe que le sostiene y patentizarles el éxi campaña; luégo les deja en libertad p

Satisfactorio es recordarlo y repetirl

La duda no mancilló un instante la de aquellos bravos. Los generales Anzoáte y Santander, que junto con los coronel lóm componían el Consejo, no vacilan altas miras de Bolívar, y de común acuer continuación de la campaña, respondi por su parte de la cooperación y dis cuerpos que les están encomendados.

Con lisonjeras frases encarece el firme resolución de sus perseverantes vigoriza los ánimos medrosos con discurs en su fe inquebrantable, é indicando de

pectivos puestos, exclama con la marcha, pues. Venciendo nuevos ganados ya la primera y reiro es incapaz de disputarnos prisionero."

cito á pesar de sus vacilaciones :

## X

orable reacción debida al poder olívar, se opera en la genermientos : la primera jornada, c

Paya, la rinden con firmeza ; pncen los empinados montes y crecen las dificultades, se multevos y más terribles sufrimientos del cielo desplegado por Bolívar algunos jefes. El terreno, por t, se hace intransitable : un frío á cada paso mayor intensidad cito en lo más arduo de su fof el cierzo que impetuosamente as, lo entumece congelando sus llas crueles suceden noches a

á las penalidades de la jornada la ag  
sueño inquieto, la desesperación, el letarg

Los más robustos oeden á la fat  
ciones del ánimo se amortecen, las pláti  
frecuentes, la respiración degenera e  
palabra en cavernosa resonancia. A la  
espantoso ventisquero todos los labios  
profiere ni una queja; el silencio es pr  
la marcha.

El Pisba amenazante, se divisa  
vuelos torbellinos de niebla infundien  
insólito pavor; ante él nuestros solda  
-cabeza y con la vista fija en la esc  
-desgarra sus pies, avanzan entristeci  
arrastrados al último suplicio.

Tan dura peregrinación, de suyo  
todo el ejército, lo es mayormente par  
ros que, habituados á los extensos  
sol abrasador y á la completa liberta  
mal resisten los rigores del frío y  
peculiares á la escarpada travesía  
Para ellos toda dificultad adquiere ex  
-ciones; todo se les presenta insuperable  
tuosas gargantas de la sierra se sier  
lóbregas prisiones y se consideran in  
para escapar de ellas. A entristecer  
-contribuye no poco la tenue luz del

ebias y lo limitado del espacio que abar-  
miradas; aquellos formidables jinetes, tan  
las abiertas pampas, pierden allí su presti-  
ardía é inclinan con abatimiento la arrogante

s caballos, como á ellos, los postra la fatiga,  
peso del jinete, se abaten, perecen, y es-  
enteros quedan desmontados.

## XI

suerte sufre el ganado que el ejército lleva  
atención en tan despobladas regiones. Mal  
os bravíos animales en aquellos parajes, con-  
ventisca y las desigualdades del terreno, se  
descender á las profundas hondonadas ó á  
ásperos repechos, y espantados al mismo  
r el estrépito de los violentos huracanes que  
montaña, huyen veloces por riscos y zarzales  
evadirse; se revuelven furiosos, los ojos como  
; cascos ensangrentados; se arremolinan, caen  
ellan, levántanse de nuevo, chocan contra las  
que para defenderse y reducirlos les oponen  
atallones; mugen despavoridos, y aquí diez, y  
cientos, saltan y se despeñan por barrancos

profundos y copioso festín dan á los buitres de despojos persiguen al ejército. Los picos cargados de custodiar y conducir estos bravíos se fatigan sin fruto y terminan por abandonar con las acémilas que trasportan las municiones al parque, pues no se encuentra quien de gracia los conduzca, dada la lentitud de su dificultosa marcha y el anhelo que todos ponen en salir lo más pronto de aquellos desamparados montes donde una maldad los amenaza.

Sembrado de despojos deja el ejército el camino donde guía sus pasos. Al través de la opaca niebla que el viento desparrama por las lomas ó a lo largo del lóbrego sendero, se divisan bajo el ramaje yado de los árboles, entre las altas breñas y la agria tierra desprovista de zarzas, aislados soldados en actitudes varias; pero cuya postura revela que han sentido el beso de la muerte. Allí, caballos reventados, cajas de municiones, armas de toda especie abandonadas, lívidos girones de vestidos, entrañas de animales, roídos por las fieras, bandas de buitres en soñolientos moribundos.

Un sepulcral silencio reina en torno del extenso cuadro de profunda desolación; silencio que interrumpen tan sólo los graznidos de los buitres presa y el metálico timbre de una voz varonil.



que repiten los ecos de la sierra con  
ante del clarín.

Aquella voz, que no se puede confun-  
na, que nuestros soldados reconocen y es  
antable admiración, es la voz de Bolí-  
rna á repetir constantemente, *adelante!*.  
estimula á los que desfallecen con el c  
a promesa y el reproche, reanima y ca  
l ejército la sigue, aunque arrastránd  
llas de aquel hombre invulnerable que  
nta y en quien se reconcentra la energí  
perdido.

## XII

A pié marcha el Libertador entre las  
as, compartiendo con ellas la fatiga y l  
a: el mismo pan le sirve de aliment  
a tierra de lecho de reposo. Su cabal  
sancio á los más abatidos, su capa, di  
dos partes iguales, cubre la una las desn  
un tamborcillo á quien el frío entumece  
rebuja un soldado. Aquel cuerpo de ac  
io la espada en que se apoya y como el  
rina las fatigas; cuando los más robustos

él se yergue, presta auxilio á los que desfallecen, y á todos vigoriza con el sin par ejemplo de su virilidad y su entereza.

El ejército le mira con asombro; y el soldado que yace moribundo, le ve pasar cual un fantasma luminoso, y se descubre y le saluda con profundo respeto antes de abandonarse en los abiertos brazos de la muerte.

De manera tan lastimosa como heroica, rindió el ejército patriota, internado en la rebelde Cordillera, aquella marcha desastrosa, que menos se asemejaba á una invasión audaz que á una derrota; derrota, empero, singular, que no retrocedía delante del peligro, sino que por el contrario avanzaba hacia él y le buscaba con desesperación.

El instante supremo, tan temido, llega al cabo: el ejército se encuentra á la entrada del Pisba. Bolívar lo empuja hacia adelante y, como Cortés, quema las naves, pues á tal equivalía penetrar en el páramo

Y el páramo lo envuelve en sus glaciales ráfagas, bate sobre él sus alas borrascosas, hiere con furia aquel desnudo ejército, lo diezma, lo rechaza, lo atrae de nuevo, lo aniquila y perdura en su labor terrible, hasta que avasallado por la perseverancia de aquel atleta indómito, cede á su empeño y le deja pasar. Á nuestra espalda queda el Pisba vencido, pero doscientos cadáveres blanquean en la cima del espantoso ventis-

## VENEZUELA HEROICA.

---

como prueba de la funesta lucha  
contra de sus traidoras nieblas.

yo la tentación de volver hacia  
previvido á la tremenda prueba  
en lo adelante para salvar la vi  
r y vencer.

aflictiva es la situación en que  
riotas después de tramontar la  
; no los conturba la cercanía  
den, acogen las noticias que ot  
dad con el contentamiento con  
una esperanza halagadora: muer  
do prefiere la más pronta por  
empero, para hacerse matar com  
ible todavía arrostrar los rigores  
is del suelo.

## XIII

spués de quince días de una march  
ue apuraron nuestras tropas tod  
aleciera, el ejército patriota reducid  
en el estado más triste y deplorable  
diseria, llegó á Socha, pueblo sit  
cidental de la cadena de los Án  
rovincia de Tunja.

La generalidad de nuestros jinetes habían sus caballos, la infantería llegaba sin municion repuesto de armas; todos hambrientos, destrozados, enfermos. Cuando de Socha pasó á Tasco, era un cuerpo endeble y moribundo; las cuatro partes llenaban los improvisados hospitales; aquí no había jefe ni oficial que pudiera emplearse en el que no inspirase una profunda compasión. Los heridos y enfermos estaban reducidos, que nadie, salvo el Libertador, abrigaba la menor esperanza de escapar al con que los amenazaban sus contrarios.

¡Y eran aquellas las legiones con que Bolívar pretendía arrebatar á España el Nuevo Reino de Granada!

¡Audacia sin ejemplo!

¡Qué poder misterioso, qué virtud sobrenatural vigoriza aquella alma hasta ostentarla omnipotente! ¡Qué extraño auxilio espera para realizar tan arduo intento! ¡Dónde están los recursos que ha menester para esta formidable empresa! ¡Por ventura, confía en el esfuerzo de su numen fecundo para combatir y vencer! ¡Qué garantía puede ofrecerle el puñado de soldados que le siguen, postrados como se hallan los moribundos exámenes, que, para no caer, se apoyan en sus compañeros como en pesados báculos y que, faltos de aliento, abandonan sin pesar, junto con los arreos de su fatigado equipo! ¡Crée posible con ellos apoderarse

que guarda la codicia, que encadena e  
en, resueltos, 8,000 veteranos provistos  
recursos y, por sobre todo encarecimier  
audaces ?

spantaos! Ese ejército de sombras, f  
tos roídos por la miseria, rechazados  
por la naturaleza, cogidos entre las rec  
aventura; esos mendigos, que inspirarfa  
stentaran en la frente el sello de la pr  
el heroísmo: todo lo alcanzarán; por t  
un corazón que no puede avasallar el ir  
les comunica su ardimiento un poderos  
lo, cual ninguno, en el fuego generad  
hazañas.

aquella ocasión, como en otras mucha  
te pareció abandonarle, Bolívar se mues  
; realiza verdaderos prodigios y lleva á l  
nedrado ejército como arrastrara Hér  
despojos del león numida, vencido por su

## XIV

enas se reúnen en Tasco la mayor pa  
que han tramontado la montaña, ap  
r cuantos medios le sugiere su ingenio p  
los y proveerlos de recursos. Su acti

multiplica. Secundado eficazmente por Soubtander y Anzoátegui, arma y remonta en una gran parte de la caballería, reúne el parque, vituallas y regenera en lo posible las condiciones del ejército. Por toda ruta por donde puede pasar el corazón de las provincias granadinas, dirige las operaciones con el expreso encargo de popularizar la gran aventura; excita el entusiasmo de los patriotas por la Revolución; exagera el número de tropas que se van á combatir; apela al patriotismo de los hijos del heroico suelo; llama á las armas á cuantos se hallan en la idea de ser libres y fían en las promesas que jura realizar y que realiza para su propia gloria de Venezuela; no exenta sacrificios; se empeña en vencer y levantar los apocados ánimos; hace gala de habilidad y de firmeza; sacude la postración que le deja la marcha desastrosa por la rebelde Casombra á los suyos é intimida á sus contrarios por su actitud resuelta y las amenazas de su cólera simultáneamente acometer al enemigo por sus guarnecidos flancos.

El incendio que atiza, crece rápidamente, y la provincia invadida, se conflagra.

Un trozo de su caballería pelea en Corriente con éxito dudoso, con la más cercana de las derrotas realistas. En dirección opuesta, lanza una columna de exploradores, mas con igual fortuna; persevera

## VENEZUELA HEROICA

---

oticioso al quinto día de su  
ximación del cuerpo princip  
eve hacia él, levanta su dest  
al encuentro.

orillas del Gameza se cho  
ios ejércitos y, con recípr  
quella sucesión no interrump  
combates que sirven como

e de escasa práctica en el  
cito, era Barreiro un jefe de c  
toria distinción entre los má  
oderoso ejército español. Sc  
ico, valiente y observador  
ciplina, abundaba en conocim  
la propia experiencia y en  
ieros de armas, más que é  
ha que sostenía la España c  
onias. Bajo sus órdenes te  
rcera división del aguerrido  
1,000 peones y 500 caballos  
rcero de "Numancia", la a  
ias de la provincia de Tun  
, Don Juan de Loño, le cul  
oluntarios de Aragón" que  
Vireinato, ni otros cuerpos  
habían fijado sus estancias

vincias, y mayormente en la de Pamplona y del Socorro.

Con tan crecido y bien provisto ejército, Barreiro se consideraba invencible; la inferioridad numérica de sus contrarios justificaba en parte la arrogancia que demostrara el joven Brigadier en la iniciación de la campaña y la seguridad que diera el Virey Sámano de escarmentar, en primera ocasión, la audacia mal encaminada de sus pertinaces contendores.

Con todo, menguando su altivez, sintió al chocarse con Bolívar la superior fascinación que impone el genio; fluctúa entre arrojarse sobre él ó esperarle, varía dos veces de propósito respecto al plan premeditado que le moviera á la ofensiva, cede el ataque á su contrario y con inexplicable desacierto, opta por la defensa, abandonando así cuantas ventajas ofrecía tan favorecida situación, á quien más hábil y más emprendedor se había empeñado en obtenerlas á costa de los mayores sacrificios.

## XV

Tras el combate de Gameza, donde perecen como bravos Arredondo y Guerrero, de la división de Casanare, y donde pierden los realistas cosa de cuatrocientos hombres, el Brigadier Barreiro, encastillado en su sis-



tema de defensa y á favor de las inexpug-  
ciones que había ocupado en la jornada, por  
los Molinos de Tópoga, mientras Bolívar ac-  
túa y gana luego sus posiciones de T-  
doble propósito de colocar su ejército al  
ataque imprevisto y de esperar, para proseguir  
vigor la ya iniciada lucha, la reincorporación  
Legión Británica y de no escasa parte de la  
atrasada en la marcha al través de la sierra  
á salvo de los peligros consiguientes á aque-  
lla.

Los cuerpos esperados no tardan en arribar  
y aunque del sólo regimiento inglés hubieran  
la afanosa marcha al tramontar el páramo  
ochenta soldados, y todo él ofreciera el as-  
pecto de un muro asaz desmantelado, el Libertador vuelve  
en solicitud del enemigo, le busca, le pro-  
cede de la altura que ocupa, no realiza  
y apreciando inabordable la posición en que  
se mantiene Barreiro, desiste de  
como desea en el florido valle de Sogamoso; y  
rápidez los acantonamientos españoles, e-  
Chicamocha é invade el poblado y fértil  
Nerínza.

Por obra de tan inesperado movimiento  
se encuentra mal situado para impedir la  
de los republicanos en el corazón de la provincia

roso al mismo tiempo de dejar á descubierto de la capital, abandona las alturas de Tópoq fortificarse en los molinos de Bonza, donde á l guarecido cubre á Tunja, y, en caso dado, p arbitrio moverse sin tropiezo en todas direcc

El Libertador fija sus reales frente al c ñol en el lugar denominado los Corrales de B ción no menos ventajosa y, prevalido de la i del enemigo, se apodera de los villorios y marcanos, cuyos moradores á trueque de ser ofrecen con espontaneidad cuanto poseen. Es completar el abastecimiento del ejército y la r su caballería, arma en que apóya, con enteros los proyectos más aventurados y á la cual fí ocasiones, las más arduas de sus arriesgadas

## XVI

En tan socorrida situación que no se enemigo á disputarle y en la cual domina tiempo, los abundantes valles de Sogamoso el Libertador se hace sentir en toda la comar proclamas, publica la ley marcial en las invadidas por el ejército patriota, dirige destacamentos con los coroneles Morales y F

## VENEZUELA HEROICA.

provincias limítrofes del Socorro y los incendios o los fuegos de frecuentes combates se acorren á sus filas, y provoca á su apercibido contendor á un nuevo punto á las diarias escaramuzas. En este momento se fatigan los contrapuestos y se esfuerza en proponer una batalla. El Libertador no cree prudente aventurarse. Bolívar se la ofrece, ni éste, á pesar de estar en el atrincherado campamento, acepta. El mayor número de tropas la desea.

Así, no obstante, las condiciones de la guerra, el Libertador de lo ineficaz que sería el intentar realizar en lo adelante por la vía del contrario en una lucha temeraria en posiciones, al par que no le da tiempo para acrecer sus fuerzas. Ante este orillo, resuelve tomar de nuevo las cosas en sus propias manos y ensanchando los horizontes estratégicos. Al efecto, toma por el camino del Salitre de Paucallpa para ir á atacar por la espalda á los realistas y á abandonar el campo atrincherado; pero iniciada apenas aquella marcha, siempre advertido la comprensión de los realistas, saliendo inopinadamente al encuentro de los cuando estos al practicar el

movimiento que había de colocarlos á retaguardia de las tropas del Rey se hallaban sumergidos en las profundidades de un valle estrecho y cenagoso conocido con el nombre, hoy histórico, de “Pantano de Vargas.”

## XVII

Sin dar tiempo á nuestros batallones para mejorar de situación, Barreiro los carga con viveza, y con notable ventaja de su parte, traba, en aquel sitio memorable, desigual y reñidísima batalla.

Superiores los realistas, no sólo en posiciones, sino en número, creen llegado el momento de acabar con Bolívar; y resueltos se empeñan en darle sepultura en el funesto campo donde le ha conducido su osadía.

Sangrienta fué la lucha, el ataque violento, la resistencia heroica: simultáneamente toman parte en la brega todos los cuerpos españoles y logran encerrar á sus contrarios en un circo de fuego sin más salida practicable que la excusada por inútil de un estrecho desfiladero.

En vano, con desesperación, lidian nuestros infantes: en vano resisten por nueve horas un fuego desastroso: la batalla amenaza perderse.

El batallón Británico que combate por la presencia del Libertador, hace prodigios de valor a pesar de su denuedo y los constantes ataques, su coronel, por mantenerle firme a la fortuna la serena tenacidad de Supeño temerario de Anzoátegui, y la energía de nuestros Jefes por conjurar la espada próxima á estallar. Los más osados tomaron en la lucha; el vigor de nuestros soldados crecía con alarmante rapidez y ya estaba el término fatal de la batalla; cuando sobreponiéndose al destino, desata el torbellino del desastre y por la victoria, al bote formidable de los cañones de Rondón y de sus ínclitos llaneros.

Derrotó el ejército español por la caballería que se rehacen, cargan con nuevo esfuerzo y ponen en derrota al enemigo.

La noche pone término á la reñida lid. El ejército vencedor, gana la altura opuesta a la que ocupan los republicanos, y por trofeo de la victoria deja en el campo, con las banderas de Granada, cuantioso parque de guerra.

## XVIII

En cambio, pérdidas dolorosas cuesta al ejército esta tan sangrienta jornada. Entre las más sensibles a el Libertador, la tradición señala la de Rook, el Coronel de la "Legión Británica." Casi al principio del combate, este soldado intrépido recibe, uno tras otro, dos balazos que le fracturan uno de los brazos y sigue no obstante acometiendo con el mismo empuje hasta quedar vencido el enemigo. En la noche no fué posible practicar la amputación que requería el miembro fracturado, hubo que aplazarla para el siguiente día.

El nuevo sol visita la espantosa hondonada, teatro de la batalla; ilumina el estrago y deja ver los conchucos y campamentos que á la par se vigilan, mudos y silenciosos. Un cirujano se apresta á hacer á Rook la amputación en presencia del ejército, sopórtala con valor el Coronel inglés; sigue, sin alterarse, los movimientos del cortante instrumento que divide sus carnes, y al desprenderse el inerte despojo, le toma con la mano que aún le queda, pónese en pié con su habitual arrogancia y levantando en alto el mutilado

## VENEZUELA HEROICA

---

ama con pasmosa entereza:

*a la libertad!*

te paralizó, dos días después,  
de aquel valiente y noble c  
a jornada memorable, Barreirc  
bramiento que en toda extre  
vertador en sus contrarios; y  
debible desenlace de una ba  
se le escapara la victoria,  
dad de sus soldados en quie  
la intrepidez de los llaneros.

en el propósito de cerrar  
unja, y á tiempo que el ejé  
o como los veteranos españ  
levo los Corrales de Bonza, F  
rno las alturas de Vargas y  
e allí pide resfuerzos á los  
res de las provincias comarc  
s pérdidas que le ocasiona la l  
ito, lo regala con oro y con  
eñas, se esfuerza en revivir  
s, haciendo aparecer á los ir  
par que perseguidos por M  
sguardo de su autoridad la

vorecido que el General re  
disponer de contados y esc

voluntarios del Socorro y Pamplona no a  
on mucho, á reparar los estragos que h  
ército patriota en los repetidos combates  
en la ruda labor de la campaña; no e  
ste en abatir cuantos obstáculos se opor  
ida empresa, y miéntras sus destrozados b  
an aliento para aventurar otra batalla, ej  
anejo del fusil á los reclutas que ingresan á  
quieta al enemigo con escaramuzas y sorp  
hacen gala de temeridad y gallardía los  
es del Apure.

Apesar de su enflaquecimiento, el ejército  
o el grifo de la fábula, tenía cabeza de  
as de león.

Doce días emplea el Libertador en reh  
de Agosto se arroja una vez más sobre e  
ñol.

Con algunos jinetes arrolla en Bonza las a  
enemigo; y muestran en la acción nuestro  
rigor y denuedo que, no juzgándose Barreirc  
en las posiciones que mantiene, desocupa  
ción el caserío de Paipa y se acoge á la  
dominan los caminos de Tunja y del S  
Bolívar le sigue al pasitrote, atraviesa el  
el puente de Paipa y con la noche acan  
nemigo en la márgen derecha de aquel r  
ncir la aurora, revuelve el campamento, e



poseñarse del terreno y con ostensible  
ula disponerse á librar una batalla, que  
esquiva en las fuertes posiciones que ocupa.  
la manifiesta decisión que demuestran los  
tes, corren sin embargo las horas en pre-  
amagos; y el sol declina y nada de cuanto  
se realiza.

alistas suponen aplazada la batalla para el  
a y permanecen inmóviles en sus resguar-  
iones.

## XIX

completa calma sucede imprevisto al movi-  
las prolongadas amenazas de la jornada.  
oscurecer; los clarines del ejército patriota  
las quiebras de los montes con repetidos  
silencio: todo enmudece en nuestro campo;  
apiñadas en las crestas de las montañas  
é invaden la llanura que desaparece lenta-  
el espeso velo de movibles vapores. Nues-  
os deponen su arrogancia y ya los menos  
preparan á disfrutar de algunas horas de  
ndo de súbito el Libertador levanta el cam-  
nge ocultar sus movimientos á la activa vi-

del enemigo y con afectado disimulo, abandona del Salitre donde parecía dispuesto á combatir, el puente y marcha en retirada aparentando ir á Bonza.

1 inesperada determinación no se escapa á Bapero mal encaminado en sus apreciaciones, atribuida debilidad de nuestra parte lo que sólo de la astucia. Persuadido más que nunca de su superioridad, crée llegado el momento de la ofensiva y cae en la asechanza que se oculta en la aparente retirada. Halagado con la idea de terminarnos en el primer encuentro, aplaza para otro día la ejecución de su proyecto y permanece en sus inaccesibles posiciones; en tanto que ya protegido por la profunda oscuridad, continúa en silencio, vuelve á cruzar el Somagoso, por la espalda los acantonamientos del ejército español sin que su avisado General llegue siquiera á sospecharlo, y por la vía de Toca marcha rápidamente á Tunja.

Después de andar toda la noche, el ejército patriota llega en las primeras horas del día 5 al caserío de Uotá, cuyos moradores sorprendidos no vuelven del asombro que les produce su presencia, y á las once de la mañana adelantándose á las divisiones de Bolívar y Anzoátegui, el Libertador ocupa á Tunja lo únicamente por los jinetes de su guardia

disparar un tiro hace prisionera  
que dejara en la plaza el Gob  
oño al salir, horas antes, con e  
uncia" á incorporársele á Barre  
apodera del numeroso parque,  
e pólvora y vestuarios destinados  
las tropas del Rey.

## XX

esencia inesperada de Bolívar á  
ad que resguardaba desde Paipa  
el, conmueve la comarca, y Tunj  
poderoso reino vecino y rival de  
blasonada á quien por armas co  
de los reinos unidos de Castilla :  
de tanpreciado escudo una :  
abeza coronada, de cuyas alas pe  
Toisón: Tunja la noble: la patri  
rozada á sus libertadores y pos  
reconocimiento ofrece á Bolíva  
a, la sangre de sus hijos y cuant  
en aras de la Patria, por alcanza  
encia del pueblo granadino.

Audaz como ninguna de las operaciones por aquella admirable campaña, era la que el Libertador apoderándose de Tunja é interponió Barreiro y el Virey : entre los dos ejércitos y mejor acondicionados del enemigo ; y en ellos toda comunicación y obligándolos, imponía á que se hallaban, á combatir aislados el atrevimiento, apresura el término feliz de la lucha y nos da la victoria. Sin él, la táctica empleada por Barreiro, el ejército patético ya y enflaquecido por los sucesivos pesados trabajos de la campaña, habría sucumbido, si no en tesón y en bravura, sí en desorden, hasta quedar reducido en poco tiempo á un grupo de héroes desesperados y sin más resistencia ; mientras que en la nueva situación habían logrado colocarse, si bien, comprometida la victoria, desvirtuaban la maliciosa táctica del enemigo y obligaban á combatir abiertamente.

“ Una batalla, decía el Libertador á sus españoles, una batalla más, y habremos cumplido nuestras esperanzas.”

Y desde Tunja, la mirada de águila de Bolívar, inspirado, se fijaba con extraña insistencia en el horizonte, hasta entonces oscuro, de Boyacá.

---

## XXI

ando era de todo punto irreparable por Barreiro, fué que advirtieron la aparición de nuestro ejército, y que los jefes de la audaz estratagema de sorpresa que había seguido con sus tropas les deja tan atrevido movimiento bien presto y corren á subsanar su error. Sobre todos Barreiro, en dar cuenta antes de que el asombro que dominaba le desaliente.

Indonoso, como lo era en extremo de las cohortes españolas, se ve poco, si no logra detener á Bolívar. En consecuencia, se lanza á toda prisa por el camino de Paipa, atraviesa sin detenerse Motabita, y un día después de nuestra salida llega al pueblo de Motabita, distante de nuestro campamento: allí se detiene y elegir con acierto, en vista de la vía que ha de seguir para poner á establecer la interrumpida comunic

~~~~~

Del sitio donde acampa momentáneamente el
ito español, dos caminos se ofrecían á Barreiro para
uar su intento: el de Samacá, exento de tropiezos,
largo y pesado que le obligaba á hacer un gran
, alejándose mucho de la capital del Vireinato;
que directamente atraviesa el puente de Boyacá,
corto que el primero, aunque menos seguro por
proximidad al Cuartel General de los indepen-
es.

Para quien pretendía, como el jefe realista, no sólo
ponerse nuevamente entre los invasores y las tropas
guarnecían á Santa Fé, sino acrecer con éstas su
eroso ejército y obligarnos luego á que aceptásemos
batalla decisiva, en la cual todas las probabilidades
n éxito completo estuviesen de su parte, no era
espreciarse la inseguridad que presentaba á tal
ósito, el más directo de aquellos dos caminos. Y
ostante, Barreiro después de algunas fluctuaciones
ecide por él; y ya resuelto se prepara, pasa la
e en Motabita, y espera el nuevo día para ponerse
archa, sin sospechar siquiera que aquel camino le
a al cadalso.

Propicia, hasta entonces, la fortuna á los domina-
de la América, les dió de súbito la espalda:
al fin nuestra perseverancia los desdenes de la
stante diosa. En el largo trascurso de la revolu-
sólo obtuvimos sus favores cuando audazmente se

los arrebatamos. De nuestra entrada aquel vencimiento : allí asalta Bolívar el de la diosa, descoge osado la brida alados corceles, chasca el terrible lát huracanes y relámpagos, sembrando d torias todo un continente.

El sol glorioso que había de ilumin cuna de Colombia resplandece en las de los Andes y brilla amenazador en el : bayonetas.

XXII

Es el 7 de Agosto de 1819: día las armas españolas en sus colonias de y de esplendor para la tierra americ

Todo el ejército patriota, en pié gada, hallábase formado al despuntar mayor de la entusiasta y conmovida T impaciencia aguardaba la orden de acor

Los movimientos que se advertía campo, revelaban la determinación ton de ponerse en camino. Nuestros exp dado el aviso antes de amanecer, y prevenido, sólo aguardaba para pone

que había premeditado, saber á punto fijo y sin ora, la ruta porque se decidieran los realistas y instante preciso en que resueltamente se pusieran narcha.

Con tal objeto, á más de los jinetes destacados vigilar al enemigo, casi todos los oficiales del Es-Mayor habían sido apostados en lo alto de las as y campanarios de la ciudad, desde donde pudieran verse el campamento de las tropas del Rey. No fecho, sin embargo, con el espionaje establecido, var, de suyo inquieto y más que todos anhelante conocer la determinación de su contrario, monta á llo y va á situarse en una altura que le permite inar los movimientos de Barreiro; y allí permanece o tiempo hasta cerciorarse por sus ojos de lo que o le preocupa.

El ejército español se mueve al fin resueltamente, el camino que le conduce á Boyacá: y estrepitosos res y ardorosas explosiones de júbilo estremecen unja.

“¡Es nuestro, es nuestro!”, exclama el Libertador con nsivo júbilo, viendo desfilan al enemigo: “ahora ó mos á Barreiro á admitir la batalla y le pulveriza-, ó le impedimos ponerse en contacto con Sámano, desmoralización de sus tropas le hará rendirse”.

Y aceleradamente el ejército patriota deja á Tunja, a el camino principal que lleva á Santa Fé y corre

VENEZUELA HEROICA.

arse del codiciado puente de Boyacá, cor-
r el paso á los realistas y forzarlos
la batalla.

ga de algunas horas era, con todo, la
lan recorrer nuestros infantes para l
do puente y detener al enemigo; no c
brío, marchan á paso redoblado tras la
de caballería que le sirve de descu
galope les precede; y en pocas horas
al alcance de realizar su intento.

iaba entre los dos caminos que seg
s ejércitos una vasta extensión de terre
erto en parte de estériles colinas de
que así impedía á los opuestos bandos
ara trabar combate, como les ocult
os movimientos. Sólo á una milla de
cá juntábanse aquellos dos caminos qu
a y Motabita; lo cual tenía lugar en
hasta hoy con el nombre de "la
ombre debido á un antiguo edificio
ral situado casi en la encrucijada d
uyos largos paredones de tierra sirv
de apoyo á los realistas, en aquella m

XXIII

El cielo nebuloso de Tunja, sereno durante las primeras horas de la mañana, comenzó á oscurecerse; densas nubes oscuras y una espesa neblina, tras la cual se veían lejanas montañas, flotaba pesadamente sobre las vecinas alturas y en las quiebras y en el camino que seguían nuestras tropas.

Envueltos en el impenetrable velamen, se veía por sobre toda la comarca, apenas visar nuestros soldados el lienzo tricolor, las banderas plegado perezosamente á lo largo de las astas y el acero sin brillo de las bayonetas.

A las dos de la tarde, próxima á la noche, la vanguardia de los independentes, al encrucijada del camino que traían lo largo del río, sintieron nuestros soldados la inmediata amenaza de chocar sin advertirlo contra la columna de Barreiro y á todo evento se previene, sin embargo su acelerada marcha con no poca diligencia, y ya su descubierta hollada por el se aplana el cerro que venía interponiendo entre los dos ejércitos, cuando un grito de alarma repentinamente.

enemigo! el enemigo! repiten á los bandos y aquella voz de preve prontamente las filas de uno y otro sopla el viento, flamean nuevamente las nieblas, luce el sol su como presagio de ventura, y amagan los jinetes desordenar los batallones del confiado ejército español. Viendo los realistas en el primer momento que habérselas con un cuerpo de sus contrarios, no se preocupan y desdeñoso, el Coronel Tolrá, les dá que despejen el camino y ellos mismos continúan la marcha. Añan y matorrales los cazadores reanuegan el fuego contra nuestros jinetes y temen que habrían de ser vencidos, disparar sus armas en la inmortal jornada.

XXIV

Al haber advertido el Libertador de la trampa, precipita la marcha de su columna a la sorpresa de su desapercibido enemigo. Se presenta pronto en columna cerrada sobre el camino, entre los dos caminos.

Parte de la vanguardia de Barreiro subía en momento la opuesta falda en persecución de la descubierta, mientras que el grueso del ejército español se hallaba á la sazón en la parte baja recuesto, á un cuarto de legua más ó menos del que cruza el Boyacá. Su fuerza total ascendía á tres mil quinientos combatientes. Bolívar tenía solamente mil seiscientos infantes y cuatrocientos caballos.

Pudo á la primera división republicana repeler la columna enemiga que se aventuraba á perseguir á los exploradores; con los "*Cazadores de Voluntaria*" acomete sobre ella el Teniente Coronel París, la enfrenta, la rechaza, y la obliga á retroceder con dirección hacia los muros de la casa de teja donde se apoyan y se sostienen los realistas, y de donde los desaloja luego tras reñido combate.

Perdida tan favorable posición, la vanguardia del ejército pasa el puente y gana las alturas que dominan en la margen derecha del Boyacá.

Entretanto, como bajasen el recuesto nuestro batallones para atacar el cuerpo principal del ejército español y corriera nuestra caballería por el camino paralelo á la cabeza del puente, Barreiro se apresura á escapar al río antes de ser cortado; pero no logra su propósito: los batallones *Rifles* y *Albión*, se le oponen y le cierran el paso, á tiempo que Ambrosio

y Cruz Carrillo con los *Bravos* na, y el escuadrón de Infante, l ro. Barreiro se detiene, cambia e, sube con rapidez á la meseta d e á su derecha y se forma en ba en el centro y á cada extremo , cuerpos de su caballería.

nultáneamente despliega el Libert batalla en el camino principal, te cuya cima había ganado el e nuestra izquierda, á las órdenes lón de línea de la Nueva Granada *dores de vanguardia*: los otros c s del ejército patriota componían cha, regidos por Anzoátegui; mientras que las as de Tunja y del Socorro, compuestas de re- formaban la reserva, situada á retaguardia de stra línea de ataque.

XXV

í dispuestos y preparados, la batalla no tarda ienzar. Bolívar la preside desde una altura á la que ocupa el enemigo. Con él está te y el Estado Mayor: á su izquierda se divisa,

á la entrada del puente, á Santander; al piololina y al alcance de su voz, piafan inquietos caballos de Rondón y Mellados: delante tiene á tegui con sus columnas dispuestas al ataque allá á Barreiro y las airadas huestes españolas.

Aquellos dos ejércitos rebozando de zafiro y ardimiento, prestos á destrozarse y á morir por dar satisfacción á exaltadas pasiones, á puestos intereses y á viejos rencores; apenas perciben, ofuscados por la nube sangrienta que oscurece sus pupilas, aquella inexplicable vaguedad, misteriosa intuición de los grandes sucesos, que conturba á los hombres, cuando sobre ellos se cierne con sus alas de plomo el dios de los presagios.

Pero mal puede prever lo porvenir aquel que ciega la ira.

Cuando al reto del odio contesta el odio; ¿quién puede imaginar, que así los que han vencido en la lucha, como también los triunfadores todos cooperan á un mismo propósito? por el bien superior, en los unos, á la voluntad que se empeña en combatirlo; en los otros, á la tendencia impulsiva que los arrastra; en todos, á las fuerzas que se repelen con fracaso y á los fines que se sacrifican. ¿Quién les haría creer, que los hombres inconscientes los más, ceden sin advertirlo á una ciega voluntad, y eficazmente sirven á los dioses?

que oculto en las tinieblas de lo infinito de presente, el desenvolvimiento de en el progreso humano; y á su arbitrio, caídas cumbres en profundos abismos, traspaso donde se abaten los imperios, en regimiento y del antro sombrío donde esgrimen los gladiadores del sofisma, hace surgir la verdad puro y resplandeciente ?

entre todos aquellos, los que el acero imponente y amenazante, al dar comienzo á una batalla de ser de trascendentales resultados para la patria española, sólo Bolívar siente á su resonancia y conmoción, percibe vagamente algo como el estruendo que produjeran al caer las gigantescas torres y bastiones de fortaleza secular; y con el espíritu mira surgir radiante, del polvo revuelto por el recio huracán de la batalla, la imagen grandiosa de su genio inmortal.

XXVI

Al llamado y sin vacilaciones fué el instante de que precedió al combate. Ruge el cañón y se estrépito retumba con prolongados ecos en la comarca. Simultáneamente disparan y acome-

ten nuestros batallones, crúzanse los fuegos cual relámpagos, multiplicándose á porfía; el humo que exhala á bocanadas el ardiente incensario de las batallas, sube y anubla el sol; lucen ensangrentadas las bayonetas y las lanzas; el suelo se estremece, vacila el pié de los heridos por la muerte; sobre la negra nube que presagia un desastre se divisa una aurora, y Bolívar agrega á nuestra historia una página más, donde su espada escribe: ¡Boyacá!.....

Entretanto, con denodado empeño combate Santander la derecha enemiga, situada en las alturas que dominan el puente, mientras que Anzoátegui, siempre ardoroso, se arroja sobre el centro de la línea española, con dos pujantes batallones y ordena á Plaza forzar la extrema izquierda que sostiene el Coronel Jiménez, segundo jefe de las tropas realistas.

Rápidamente se extiende la batalla por toda nuestra línea y alcanza en breve tiempo la mayor intensidad.

Barreiro se sostiene á pié firme; su artillería bien dirigida, y el fuego incesante de su veterana infantería, barren y abrasan la prolongada falda de la meseta á donde intentan subir los batallones *Rifles* y *Albión*, empujados con furia por Anzoátegui.

La metralla abre claros en los cuerpos patriotas, los corta, los revuelca y detiene algún tiempo el pertinaz empuje de nuestros batallones: empero, no se desalientan nuestros bravos soldados, antes bien, se enar-

decen; y en el revuelto torbellino del combate aumenta su osadía la presencia de Anzoátegui que, impávido y magnífico, en medio de la lluvia de proyectiles que rebotan bajo los piés de su caballo, cautiva y estimula con su intrepidez incomparable.

Con visible satisfacción sigue el Libertador los movimientos progresivos de aquellos cuerpos de la segunda división republicana que combaten el centro del ejército español: y al mismo tiempo que ordena reforzarlos con los *Bravos de Páez*, refrena la impaciencia de los escuadrones de su guardia que ansían á todo trauce tomar parte en la lucha.

“Quietos! no es tiempo aún, contesta á las insinuaciones repetidas de los jefes de su caballería: dejad que Anzoátegui quebrante el enemigo y se cubra de una gloria tan merecida como gallardamente solicitada.”

Acrece el fuego y el fragor de la contienda: como sordo bramido, se dilata entre las quiebras de los Andes la inmensa respiración de la batalla: vibra en las altas crestas de los montes; fragorosa desciende como el alud á los profundos valles; penetra en lo recóndito de las cavernas y los bosques y va de tumbo en tumbo recorriendo la vasta cordillera, á llevar á la América el anuncio del día, por siempre memorable, del nacimiento de Colombia.

XXVII

Reforzado Anzoátegui con los *Bravos de Páez*, carga á la bayoneta al batallón *Cazadores del Rey* que ocupa á nuestra derecha una cañada, y cuyos fuegos cruzados y certeros nos hacían grave daño; después de un duro choque, los *Cazadores* ceden el terreno, repliegan sin concierto, y, atropelladamente, van á buscar amparo en las columnas de infantería con que personalmente nos disputa Barreiro el recuesto de la meseta, y donde tan vigorosamente se sostiene. Anzoátegui aprovecha el momento de confusión producido en la línea española por sus repelidos *Cazadores*, acomete resueltamente por el flanco que desampara el enemigo y trata de envolverlo. En aquella emergencia, el Libertador juzga oportuna la intervención de la caballería, y ordena á sus llaneros cargar al enemigo.

Eran las tres y media de la tarde, cuando con la primera muestra de flaqueza de las tropas castellanas, sonó para ellas la hora aciaga de la catástrofe.

Los clarines de nuestros escuadrones dan al viento sus vibradoras voces. Barreiro las oye y se estremece: eran aquellas las mismas notas, especiales y terribles

que precedieran á la espantosa acometida de "Par de Vargas".

Á par se lanzan impetuosos á la cabeza de sus mendedos escuadrones, Mellados, Mujica, Infante y el ilustre Rondón, por la empinada falda, sobre los tres españoles que defienden la altura.

"Firmes y viva España"! grita Barreiro á sus soldados; y en nubes de metralla envuelve los trozos de granaderos que le acometen por el frente. Azuza sobre quien le atacan por la izquierda los granaderos de á caballo y ordena á los dragones de González acuchillarlos por el flanco. Empero, no resisten los unos ni los otros al choque de Rondón: á rienda suelta huyen los primeros, los segundos caen y ruedan revolcados por la pendiente. Sólo un cuerpo de reserva espera briosamente á nuestros escuadrones y parece alanceado; el resto de la caballería realista, mandada por el coronel don Víctor Sierra, abandona el campo de batalla.

Barreiro se ve envuelto. A la cabeza de un escuadrón corre en persona á reparar el daño que le hacen nuestros batallones tras el fracaso de su carga; pero Anzoátegui ataca y desordena el regimiento. Partida en varios trozos la línea de batalla del ejército realista, sus veteranos luchan todavía con bravura, sin concierto. Los infantes españoles retroceden empujados con violencia por nuestras bayonetas y por el peso de las lanzas. Barreiro desesperado trata de ganar

ura que le queda á la espalda y restablecer en ella batalla. Inútil es su empeño: nuestros caballos le piden todo movimiento, rompen y pisotean á tan bravos soldados, el ejército se abate y la derrota, contenida instante, se declara violenta, estrepitosa.

Espada en mano, defiéndose frenético Barreiro, con puñado de valientes, en medio al huracán de la derrota: es aquella su última protesta; su ejército vencido, roto y acuchillado rinde las armas y se entrega suyo á la clemencia del vencedor. Cuando acontece la catástrofe, cien manos codiciosas de gloria se extienden sobre el brioso Brigadier que ardientemente busca muerte, sin que la muerte acceda á su solicitud: todos ansían rendirle. Un soldado de *Rifles* (*) le arrebató la espada, y Barreiro, jadeante y cubierto de sangre, queda prisionero.

Había perdido la batalla, no la honra. . . . Le esperaba el patíbulo!

A tiempo que la segunda división republicana venía completamente el centro y retaguardia del ejército pañol, Santander á su turno, después de repetidos y recios embates contra los cuerpos de vanguardia, lo obliga á forzar el puente que atraviesa bajo los fuegos del enemigo, primero que ningún otro de los jefes republicanos, un edecán del Libertador: el siempre fiel y modado Diego Ibarra, á la cabeza de cuarenta jinetes;

[*] Pedro Martínez.

los valles de Barlovento la importante provincia de Caracas : á Zaraza y Monagas con las caballerías del Alto llano, les exige llevar la guerra á las comarcas de Calabozo y Orituco : previene á Urdaneta que reorganice su división en Maracaibo y acometa á Coro ; y finalmente, al Coronel Carrillo con las tropas de Reyes-Vargas y las milicias de la provincia de Trujillo, que se apodere de Barquisimeto y del Tocuyo.

Tomadas estas disposiciones, el Libertador vuela á Barinas, inspecciona los acantonamientos de sus tropas, baja luégo hasta Achaguas, avístase con Páez y activa con el heroico caudillo de las pampas la movilización del aguerrido ejército de Apure.

Entretanto, Santander, y Torres y Montilla y Carreño en la Nueva Granada, y Sucre en Guayaquil, puesto ya el pié seguro sobre el primer peldaño de la alta escala de su futura gloria, obedecen la voz que los impulsa á avivar el fuego de la guerra en el Sur y Occidente de Colombia.

Por lo que hace al General La Torre, la posición que ocupaban sus tropas, era más circunscrita, y de consiguiente, menos difícil en tiempo dado, la pronta reconcentración de los diversos cuerpos de su ejército ; pues, con exclusión de los batallones que guarnecían á Cumaná, los otros cuerpos se mantenían en constante comunicación. Morales, su vanguardia, fuerte de 5.000 soldados de todas armas ocupaba á Calabozo y sus alre-

dedores, mientras que las otras divisiones cubrían á Araure, Caracas y San Carlos, plaza esta última donde La Torre había fijado su cuartel general.

Dispuesto á abrir personalmente la campaña, el Libertador torna á Barinas con algunos batallones de su guardia; dirige los últimos aprestos, y en repetidas proclamas atribuye á sus contrarios la responsabilidad de la sangre que va á correr de nuevo.

XII

Atento, como siempre, el Generalísimo español á los movimientos de Bolívar, no se le ocultan los desig-
nios de tan peligroso contendor; por lo que obrando con acierto, se propone frustrarlos tomando resuelta-
mente la ofensiva. En los primeros días del mes de Mayo, sale de San Carlos, á la cabeza de 2.000 comba-
tientes; incorpora en Araure la 5ª división y, después de ordenar á Morales tener en jaque á Páez, amena-
zándole con pasar el Apure, se dispone á marchar so-
bre Bolívar, cuando llega á su noticia, junto con la nueva de la derrota sufrida por sus tropas en la provin-
cia de Caracas, la retirada del Brigadier Correa y el abandono de la capital á los independientes.

En efecto, mientras La Torre marchaba hacia Ba-
rinas tratando de combatir aisladamente, primero al

Libertador y luego á Páez, las tropas republicanas estacionadas hasta entonces en la plaza de Barcelona y sobre la línea del Unare, se mueven de improviso, y Bermúdez, el heroico oriental, siguiendo las instrucciones de Soublette, se lanza, con su genial intrepidez é invade por los valles de Barlovento la codiciada provincia de Caracas. Nada resiste á su impetuosidad y á su ardimiento: su paso es el del huracán: fuerza en Tacarigua los atrincheramientos de las tropas realistas, las persigue con encarnizamiento, las alcanza y derrota en el sitio del Guapo; destroza en el Rodeo los refuerzos auxiliares enviados de Caracas y á paso de carga se apodera de la Capital abandonada por Correa. Sin detenerse para cobrar aliento en tan ruda fatiga, reorganiza en Caracas su escasa división, la aumenta en lo posible, llama al Vice-Presidente que se hallaba en Uchire y arrebatado por su temeridad, vuela en persecución del enemigo, que, esquivándole, se repliega hacia Aragua. Ohoca en las Lagunetas contra un destacamento avanzado de los realistas, lo bate en pocas horas y se apresura á llegar al Consejo, donde cae de improviso sobre el grueso de las tropas del fugitivo Brigadier Correa, á quien derrota por completo haciéndole numerosos prisioneros.

Después de este combate, las tropas españolas que venían replegándose desde las márgenes de la laguna Tacarigua, se dispersan, y el terrible cumanés penetra

triunfador en La Victoria y adelanta sus avanzadas hasta el histórico campo de San Mateo.

Alarmado La Torre, por los efectos de aquella audaz acometida, varía de consejo al encontrarse entre dos amenazas; deja en Araure la tercera y quinta división para cubrir sus movimientos y observar los del Libertador, y retrocede hacia San Carlos y luego hasta Valencia, con el propósito de auxiliar con mayor eficacia las operaciones que ordena practicar sobre la capital.

Morales, marcha rápidamente sobre Aragua, incorpora á sus filas el segundo batallón de "Valencey" al mando del coronel Pereira, enviado por La Torre con anticipación en refuerzo de Correa, y á la cabeza de 2.500 combatientes marcha á atacar la división republicana situada en la Victoria.

Á la aproximación de los realistas, Bermúdez menos fuerte, retrocede á su pesar y va á esperarlos en la cuesta de las Cocuizas. Rudo combate, sustentado vigorosamente por una y otra parte se traba en aquellas alturas; el General republicano se empeña en sostener sus posiciones, pero su reducido parque se agota en once horas de reñida batalla, y furioso el soberbio oriental, se ve forzado á retirarse. Morales le persigue. Bermúdez intenta nuevamente esperarle en Antímano, pero una orden del General Soublette le obliga á cambiar de propósito y á continuar la retirada hasta Guarénas,

Aventurada decisión ! ¡ ceguedad jactanciosa ! á que no alcanzaba la luz de la experiencia, ni fué parte á detener en sus propósitos la justa preocupación que inspira lo que una vez nos ha sido funesto.

Parecía que los jefes realistas habían olvidado en 1821, á 1814. De lo contrario ¿ cómo elegir á Carabobo, su necrópolis, para escenario del final desenlace de aquel sangriento drama ?

La sola pretensión era un reto al destino: una provocación audaz á la fuerza misteriosa que decide á su arbitrio de los acontecimientos humanos.

Aquel campo que la temeridad presumía arrebatarnos, era nuestro, nos pertenecía por derecho de victoria. Su nombre estaba escrito al lado de los más altos y magníficos triunfos alcanzados por el Libertador en los primeros tiempos de la Revolución. Aun repetían los ecos de la inmortal llanura el estruendo y los vítores de la oruenta jornada del 28 de Mayo de 1814, con los nombres gloriosos de Bolívar y Ríbas y Mariño, de Urdaneta y de los dos Montilla, de Bermúdez, Soublotte y los Monagas, de Valdes, Palacios, Freites y Carvajal el famoso *Tigre encaramado*. Aquel fulgente campo, poblado de recuerdos heroicos, era nuestro aliado, nuestro cómplice: era rebelde á España.

¿ Por qué desconocer la parcialidad de ciertos sitios por ciertos hombres y por las causas que sostienen, cuando tantos y repetidos ejemplos la comprueban ?

Así como la *Puerta* nos fué constantemente adverso durante la gigantesca lucha, Carabobo, por el contrario, siempre nos fué propicio.

Cuantas veces la fatalidad llevó á nuestros guerreros á librar en el sitio de la Puerta una batalla, la fortuna les negó sus favores y aquella tierra hostil á los independientes, absorbió nuestra sangre hasta saciar su sed.

Allí Boves destroza á Campo-Elías, el 3 de Febrero de 1814. Allí en el mismo año, al promediar de Junio, el terrible asturiano torna á alcanzar otra victoria, no menos cruel y desastrosa sobre Bolívar y Mariño, y tumba encuentran en tan funesto campo, Muñoz Tebar, Aldao, Jolon, García de Sena, Yepes, el valeroso Freites, y millares de víctimas inmoladas después de la batalla. Y allí termina, en fin, la desgraciada campaña de 1818, con la ruda jornada del 16 de Marzo, á que debió Morillo, junto con los laureles que le ciñera la victoria, el título pomposo de Marqués de *La Puerta*.

Carabobo, propicio siempre á nuestra causa, parecía tener secreto pacto con el Libertador. ¡Y era en aquella arena donde nuestros contrarios presumían humillarnos, donde esperaban la próxima batalla para sellar con nuestra sangre tan prolongada lucha!!

XV

Acordados se manifiestan nuestros historiadores, en atribuir á Morales, la decisión tomada por el Generalísimo español de trasladar su campamento á Carabobo, á pesar de la escasez de pastos que ofrecía la llanura á la numerosa caballería realista, y de las dificultades que se oponían para atender al abasto y conservación de tan crecido número de tropas; y no obstante, que estimado el lugar como punto estratégico, brindase por su situación y topografía, ventajas no comunes para emprender operaciones, ó en caso de una batalla, apoyarse ventajosamente; no ha faltado quien califique de torcidos cuantos consejos en la ocasión diera Morales: cargo, que bien se compadece con la funesta reputación de aquel mal hombre, con su ambición desmedida y su notoria hostilidad hacia todo el que, por levantado, le hiciera alguna sombra.

Tan luégo como el ejército español se hubo establecido en Carabobo con todo el material de guerra indispensable para aceptar una batalla, el General La Torre adelantó sus avanzadas hasta la vecina aldea de Tinaquillo, distante cuatro leguas del acantonamiento de sus tropas y siete del Cuartel General

republicano; y sin hacer el más pequeño movimiento que revelase un plan premeditado, se dió á esperar las divisiones que le venían de Araure, sin prever el gran riesgo á que debía exponerle dejar así, tranquilamente, á su contrario cobrar mayores fuerzas. Falta esta, tanto más criticable, cuanto que teniendo á mano el triple de las tropas que á Bolívar rodeaban en San Carlos, pudo muy bien desalojarle de aquella ventajosa posición y tratar de impedir todavía la incorporación de Páez.

Largamente el General realista espió esta falta, como otras y muy graves, que cometiera en vísperas de la batalla.

Bolívar, entretanto, inquieto y desazonado con la proximidad de las crecidas fuerzas con que contaba el enemigo, permanecía en San Carlos aguardando á su vez la incorporación de los diversos cuerpos de su ejército.

Mudos é inmóviles, aquellos dos contrarios campamentos, que separaba una distancia de once leguas, se ofrecían á los ojos del pueblo, que estático los contemplaba esperando la decisión de sus destinos, como dos nubes formidables, negras, profundas, preñadas de electricidad, amenazadoras y terribles que á la vez se condensaban y crecían, para chocarse luego y estallar en fragorosa tempestad.

Angustiosa expectativa aquella, en medio de la cual no imperaba sino el silencio, turbado apenas por el rumor

lejano de la marcha de los distintos cuerpos que se encaminaban á sus respectivos campamentos.

Empero, tal estado no fué de larga duración.

En los primeros días de Junio, el cuerpo de ejército de Páez, que venía desde Achaguas, llega al fin á San Carlos; y 1,000 infantes, 1,500 jinetes, 2,000 caballos de reserva y 4,000 novillos, forman el contingente que el glorioso caudillo de las pampas trae al Libertador.

La división del General Urdaneta regida por Rangel (*) llega poco después; y el Libertador se encuentra en capacidad de abrir operaciones.

Por lo que hace á las tropas mandadas por Carrillo y Reyes-Vargas, no era de esperarse que ingresaran al Cuartel General, ocupadas como se hallaban, por orden superior, en perseguir la guarnición realista que había evacuado á Barquisimeto, y que á las órdenes del Coronel Lorenzo replegaba sobre San Felipe, buscando el apoyo de La Torre.

XVI

Reunido en San Carlos todo el ejército republicano, empleó Bolívar pocos días en proveer á sus necesidades y en dar á sus distintos cuerpos la organización

[*) El General Urdaneta había quedado enfermo en Barquisimeto.

defensa; ella ejerce y ejercerá sobre el presente la formidable coacción de todos los prestigios del pasado; evocar un recuerdo oportuno de ese inmenso cerebro de la humanidad, es producir una luz que irradia claridades, una chispa de fuego que, aplicada á nuestras pasiones las inflama y produce el incendio. Bolívar en las llanuras de Taguánes, abrió aquel libro y mostró á sus soldados las páginas en que se consignaban nuestras glorias y nuestros infortunios; la chispa del entusiasmo se produjo, brilló en todos los ojos, incendió todos los corazones y el feliz augurio de una victoria en perspectiva, pronóstico por todos estimado infalible, fué la mayor de las ventajas que sobre sus contrarios pudo llevar á la batalla. Bolívar hizo pié en los Taguánes para escalar á Carabobo: una victoria servía á la otra de escabel.

Aquella gran revista la víspera de la feliz jornada, era como el desperezarse del león para cobrar todas sus fuerzas y estar dispuesto á acometer.

Allí, sobre aquel campo de gloriosos recuerdos, desfilaron todos los cuerpos del ejército frente al Libertador, quien de sus labios, inagotable manantial de épica elocuencia dejó caer para cada uno de aquellos regimientos y escuadrones, palabras conmovedoras, alusivas á sus heroicidades de otros días, á los sagrados deberes del presente.

Para asistir á aquella última jornada en que la heroica Venezuela contaba sellar su independencia, ha-

bíanse congregado la mayor parte de aquellos tenaces lidiadores que venían combatiendo después de tantos años por la emancipación de la Patria, por la libertad de Sud-América; allí representadas en sus héroes estaban de presente todas nuestras victorias.

Acaso por la primera vez en el trascurso de la guerra, el ejército patriota vestía de gala para presentarse al enemigo. El sol resplandecía en los dorados uniformes, en los vistosos arreos de nuestros granaderos, en los desnudos sables, en las bayonetas y en las lanzas con fascinadores reflejos. Al viento flameaban los penachos de brillantes colores, las banderolas y divisas de los jinetes del Apure, y las banderas, noble enseña de nuestros regimientos, donde marcadas se ostentaban las garras del león peninsular, en cien terribles y sangrientos combates.

Las bandas marciales de todos aquellos batallones entonaban á un tiempo la marcha popular que tantas veces los condujera á la victoria; y en medio al bélico clamor que repetían los ecos de la inmortal llanura, resonaba á períodos marcados, como el trueno de aquella tempestad del entusiasmo, el grito unánime, mil veces repetido por todo aquel ejército de: “Viva el Libertador.”

XVII

Tres divisiones componían nuestro ejército.

La 1.^a á las órdenes de Páez, tenía por jefe de su Estado Mayor al esforzado Vásquez, y la formaban el batallón “Bravos de Apure”, mandado por Juan Tórres; el regimiento inglés, denominado “La Legión Británica”, á cuya cabeza se encontraba el Coronel Fáciar; y 15 escuadrones de llaneros en número de 1.500 lanzas, acaudillados por los héroes de “Mucuritas”, “La Mata de la Miel” y “Las Queseras”, entre los que brillaban por su intrepidez reconocida Muñoz, Juan Gómez, Borrás, é Iribarren, Figueredo y Mellados, Laurencio Silva, Bravo y Carbajal, Parédes y Camejo conocido con el glorioso apodo de *El Primero*.

La 2.^a regíala el General Cedeño, *el bravo de los bravos*, como le llamó el Libertador, y el Coronel Júdas Tadeo Piñango; y contaba en sus filas los batallones “Tiradores”, mandado por el fogoso Héras; “Boyacá” ilustrado en el campo á que debía su nombre, á las órdenes de Flégel y de Smith; “Vargas” que recordaba el reñido combate del Pantano, sobre la sierra andina, presidido por Pátria; y el “Escuadrón Sagrado” cuyo

jefe, el terrible Coronel Aramendi, valía el solo por todo un regimiento.

Mandaba la 3ª división el denodado Coronel Ambrosio Plaza, y era Manrique su segundo y Woodberry el jefe de su Estado Mayor. Componíase de la 1ª Brigada de la guardia del Libertador, la cual formaban los batallones "Rifles" que llegaba de combatir en Cartagena y Santa Marta, y que á nuevos combates conducía su bizarro Comandante Arturo Sándes; "Granaderos" probado en tres campañas, al que regía el Coronel Juan Uzlar; "Anzoátegui", cuyo solo nombre simbolizaba una de nuestras más puras y merecidas glorias, mandado por Arguíndegui; "Vencedor" premiado en la jornada del 7 de Agosto de 1819, á que debió su libertad el pueblo granadino, á las órdenes del Teniente Coronel José Ignacio Pulido; y el regimiento de caballería del esforzado Coronel Rondón afamado por sus múltiples y brillantes proezas.

Allí, en las filas de aquel pujante ejército figuraban también el General Mariño, primer caudillo de las provincias orientales; el Coronel Briceño Méndez, Secretario de Guerra; el Coronel Salóm, sub-jefe del Estado Mayor General del ejército; el Coronel Juan José Conde; el bizarro Coronel Diego Ibarra, primer Edecán del Libertador; así como los comandantes Ibañez y Umaña y el Capitan O'Leary, ayudantes de campo; y los Flores, Melián, Ramos, Arraís, Rangel, Miguel Zá-

zosamente nuestro ejército tenía que penetrar. Franca dejó al Libertador tan peligrosa vía, conformándose sólo con defender la entrada á la llanura. La pérdida completa del destacamento situado en Tinaquillo, fué acaso la razón que decidiera al enemigo á reconcentrar todas sus fuerzas. Las avanzadas que tenía en Buenavista replegaron á la aproximación de los independientes: ocuparon estos tan inexpugnable posición; y desde allí pudieron ver nuestros soldados todo el ejército español desplegado en batalla, en la espaciosa sabana de Carabobo.

El bélico alborozo de los primeros Cruzados, al divisar los muros de Jerusalem, ansiando redimir el sepulcro de Cristo, no fué mayor que el júbilo entusiasta que se produjo en el ejército patriota, al contemplar el campo de batalla donde había de efectuarse la completa redención de Venezuela. Un grito inmenso resonó en las alturas que dominaran de lejos el campamento de La Torre: grito terrible, provocación amenazante de seis mil combatientes, resueltos á conquistar aquel día, la más trascendental de sus victorias ó á perecer en la contienda.

plan del enemigo. Confiado La Torre, como todos los jefes españoles, en la superioridad de su poderosa infantería, procura combatir en un terreno donde no pudiéramos oponerle otras armas que aquellas en que se estimaba superior, y en el cual forzosamente no debíamos tener la mejor parte, por carecer de artillería. Semejante propósito, aminoraba un tanto la imprudencia cometida por La Torre de desmembrar sus fuerzas en vísperas de una batalla que había de ser de grandes resultados, solo por auxiliar en San Felipe al Coronel Lorenzo, á quien á la sazón hostilizaban Carrillo y Reyes-Vargas, cuando después de obtenido lo principal, que era vencer á Bolívar, tenía tiempo de sobra para socorrer á su teniente. Sin embargo, es de suponer que el General español hubiera echado cuentas sobre su ventajosa posición y sus recursos todavía numerosos, pues que á pesar de la separación de Tello, con los batallones 1º de "Navarra" y "Barinas" y algunos cuerpos de caballería, el ejército español que teníamos el frente constaba aún de seis mil combatientes, la flor de sus aguerridos regimientos.

Al mismo número ascendían nuestras fuerzas, y sin embargo, no era igual la partida; pues todas las ventajas favorecían al enemigo que, además de ocupar la llanura y las colinas que la resguardaban, disponía de alguna artillería, lo cual nos obligaba antes de empeñar formalmente la batalla, á conquistar el terreno donde debía librarse.

respectivas divisiones el codiciado instante de lanzarse al combate.

Entre tanto, la frente erguida, luminosa la mirada, los brazos cruzados sobre el pecho y sueltas las riendas sobre el cuello de su caballo, sigue Bolívar los movimientos de las tropas de Páez; y sereno y confiado en su radiante estrella, observa al enemigo, y aguarda tranquilo el instante oportuno de mover contra él todo el ejército.

Trascurre un hora con desesperante lentitud. Sólo se oyen los fuegos de las tropas realistas y los rugidos de su vigorosa artillería. Profundo y solemne es el silencio en nuestras filas, la quietud angustiosa; el tiempo corre, la impaciencia se aumenta, es medio día, ¿hasta cuando esperar? De pronto, en medio del estrépito de las descargas enemigas, se percibe otro lejano ruido, débil en su principio, entrecortado, luego más vivo, violento al fin y repetido como un inmenso redoble de tambores. Un estremecimiento simultáneo, eléctrico, recorre nuestras filas, y mil voces robustas se elevan victoreando la división de Páez, cuyos fuegos reconocen sus impacientes compañeros. Las bandas marciales dan al viento sus notas. Aquella primera réplica de nuestra vanguardia, es para los otros cuerpos la señal de acometer, y las dos divisiones de Cedeño y de Plaza se lanzan atropelladamente por la trocha en pos de los que ya combaten.

XXI

Para llegar á punto de cambiar sus primeros disparos con el ejército español, la división de Páez había tenido que vencer serias dificultades, pero ninguna mayor ni más terrible que la última, al salvar la entrada á la llanura. A pesar de que el rápido y atrevido movimiento ordenado por el Libertador sobre la derecha del enemigo, cogiera á éste de sorpresa, fácil le fué prevenirlo. La Torre hace cambiar de frente una parte de su ejército, pónese él mismo á la cabeza del batallón "Burgos", y corre á cerrar á Páez la entrada del atajo. Era aquella reducida y fragosa; el batallón "Apure" que marchaba adelante, tenía que desfilas por entre el cauce de una quebrada, bajo los fuegos del enemigo que le cerraba el paso, sin poder contestarlos por carecer de frente, encerrado como se hallaba en aquella estrechura; empero, avanza siempre al pasitrote, con la cabeza baja como el toro cuando va á acometer; y roto, ensangrentado, dejando la agria tierra cubierta de cadáveres, penetra al fin precipitadamente en la sabana, precedido por Torres, su bravo Coronel. No obstante tan vigorosa acometida, su mala situación no cambia, antes bien se reagrava, pues solo y sin retirada,

se encuentra entonces frente á todo el ejército español, y acometido á un tiempo por los batallones "Hostalrich" y "Barbastro" que vienen á reforzar á "Búrgos", empéñase la lucha; lucha desesperada de parte del batallón republicano, al que sus numerosos contrarios cargan con furia sin dejarle hacer pié. Torres se esfuerza por rechazar tan formidable empuje. Aunque abrumado por tan numerosos contrarios, "Apure" se defiende briosa y desesperadamente. Dos veces se arroja sobre "Búrgos", cruza con él sus bayonetas y lo rechaza con estrago; pero embestido segunda vez por "Hostalrich" y por "Barbastro", repliega á su turno acribillado: gana una altura, la pierde en breve tiempo, torna á recuperarla, y á brazo partido con el más esforzado de sus pertinaces contrarios, persiste en disputar una victoria en extremo imposible. En aquella brega encarnizada hubo un instante en que las dos opuestas líneas casi llegaron á mezclarse; y entonces, rotas las bayonetas y descargados los fusiles, sobrevino un asalto violento á culatazos, y es fama que en medio del combate entrambos contendores se abofetearon con furor. (*) No obstante su ardimiento, el batallón "Apure" no puede hacerse firme; pierde terreno, retrocede acosado y sin tino, se rompe al fin en varios trozos que lidian sin concierto, y va á desordenarse y á perecer sin remisión,

[*] Cuenta la tradición que en aquella refriega encarnizada un soldado del batallón de "Apure" y un rudo zaragozano de "Barbastro", rotas las armas en medio de un encuentro, se dieron de puñadas.

rodilla en tierra. El movimiento se ejecuta con admirable precisión; desde entonces la legión inglesa deja de ser un cuerpo como todos los otros, echa raíces en la tierra, y se convierte en muro de granito.

Las balas golpean y aniquilan á tan heroicos soldados; sus hileras se aclaran; trozos enteros de su línea de batalla caen por tierra; y cual un edificio que se desmorona lentamente, sus escombros acrecen y se amontonan al pié de los cimientos. No obstante, el regimiento inglés como un volcán en erupción vomita á torrentes bocanadas de fuego. La muerte le acecha, le rodea y se ceba en sus filas: Fárriar, su heroico Coronel, rinde la vida á la cabeza de la línea, pronunciando la única palabra que repite después de media hora: *¡firmes!*.... El Comandante Devy, su segundo, lo remplaza en el mando, donde no dura largo tiempo. Un Capitán ocupa el primer puesto, tras este otro que muere también al ocuparlo; y otros más á quienes toca la misma infausta suerte.

Al amparo de "La Legión Británica", Páez consigue reorganizar á "Apure", lo lleva de nuevo á la pelea y restablece con menos desventaja aquel recio combate. Unido á dos compañías de "Tiradores" con las que el fogoso Heras, adelantándose á la segunda División, se apresura á tomar parte en la refriega, "Apure" se une á los ingleses, y Páez ordena entonces cargar á la bayoneta.

Cuando el regimiento inglés recibe aquella orden, Minchin lo manda: es el más joven de sus Capitanes; los otros ya no existen; y el resto de la oficialidad ha sido herida. "La Legión" se levanta y acomete; y en el sitio donde á pié firme hubiera combatido, diez y siete oficiales quedan muertos así como la mitad de los soldados de aquel glorioso cuerpo, que yace destrozado sobre la roja arena.

XXIII

Con un frente de cuatrocientos hombres y sin más fondo que dos hileras de soldados, "Apure", "Tiradores" y "La Legión Británica" avanzan simultáneamente, con las bayonetas asestadas sobre los regimientos españoles con que La Torre riñe la batalla: carga brillante, á cuyo empuje ceden los realistas, pierden sus posiciones, y sin dejar de hacer un vivo fuego sobre nuestra línea en movimiento, repliegan buscando apoyo en el grueso de su caballería.

Mientras lucha tan bizarramente nuestra infantería, inferior en mucho á la contraria, atraviesa la difícil quebrada un grupo de jinetes de la guardia de Páez, encabezado por el valiente Capitán Angel Bravo, y parte del escuadrón primero de "Lanceros", á las órdenes

allegar el mayor número, sin privar de su presencia alentadora á su diezmada infantería; se descubre en la rapidez vertiginosa con que lanza su impetuoso caballo para acudir á todas partes: así se ve lucir entre el revuelto torbellino del combate su rojo penacho batido por el viento, cual una llama errante, veloz, inextinguible, alma de la batalla, provocadora del incendio.

De pronto, en medio á la inquietante expectativa que sufren los dos bandos, la llama voladora se detiene; y Páez, lleno de asombro, vé salir de la nube de polvo que oculta los efectos de aquel violento choque, á un jinete bañado en propia sangre, en quien al punto reconoce al negro más pujante de los llaneros de su guardia: aquel, á quien todo el ejército distingue con el honroso apodo de "*el primero.*" (*).

XXIV

El caballo que monta aquel intrépido soldado, galopa sin concierto hacia el lugar donde se encuentra Páez: pierde en breve la carrera, toma el trote, y después, paso á paso, las riendas sueltas sobre el vencido cuello, la cabeza abatida y la abierta nariz rozando el suelo que se enrojece á su contacto, avanza sacudiendo

[*] Los llaneros llamaban así al Teniente Cámejo, porque su bravura reconocida lo llevaba á ser siempre el primero que ocometía al enemigo en toda carga.

su pesado jinete, quien parece automáticamente sostenerse en la silla. Sin ocultar el asombro que le causa aquella inexplicable retirada, Páez le sale al encuentro, y apostrofando con dureza á su antiguo émulo en bravura, en cien reñidas lides, le grita amenazándole con un gesto terrible: *Tienes miedo? no quedan ya enemigos? Vuelve y haste matar!* Al oír aquella voz que resuena irritada, caballo y jinete se detienen: el primero, que ya no puede dar un paso más, dobla las piernas como para abatirse: el segundo, abre los ojos que resplandecen como ascuas y se yergue en la silla; luégo arroja por tierra la ponderosa lanza, rompe con ambas manos el sangriento dormán, y poniendo á descubierto el desnudo pecho donde sangran copiosamente dos profundas heridas, exclama balbuciente: *Mi general vengo á decirle adiós porque estoy muerto.* Y caballo y jinete ruedan sin vida sobre el revuelto polvo, á tiempo que la nube se rasga y deja ver nuestros llaneros vencedores, lanceando por la espalda á los escuadrones españoles que huyen despavoridos.

Páez dirige una mirada llena de amargura al fiel amigo, inseparable compañero en todos sus pasados peligros; y á la cabeza de algunos cuerpos de jinetes que, vencido el atajo han llegado hasta él, corre á vengar la muerte de aquel bravo soldado, cargando con indecible furia al enemigo.

Los regimientos españoles resisten todavía; pero aquella violenta acometida decide la batalla. Con el vencimiento de los "Dragones" y los "Húsares" notable desconcierto se opera en el ejército realista; desconcierto que aumenta la inmovilidad de los lanceros de Morales, y que pronto se convierte en espanto con la fuga vergonzosa de aquel jefe y de los suyos.

Lo que podía estimarse como incidente de la batalla, en el plan trazado por Bolívar, decide la jornada sin dar tiempo á que los otros cuerpos que marchaban á reforzar á la primera División, logaran apoyarla.

El Libertador se había esforzado en vano, durante el recio empeño de las tropas de Páez, en precipitar la trabajosa marcha de Cedeño y de Plaza, la cual dificultaba, no tan sólo el desfile indispensable á que los obligaba la vereda donde se hallaban internados, sino el crecido número de caballos que obstruía la entrada á la llanura y el mismo desordenado anhelo de nuestros escuadrones por tomar parte en la refriega.

XXV

Mayor que la impaciencia que Bolívar había experimentado con el retardo de las dos divisiones, fué su angustia, cuando al flaquear el enemigo, miró resuelta la batalla por el heroico empuje de Páez y sus sol-

cuerpos españoles. “Burgos”, fluctúa, no obedece la orden que le intiman sus jefes; de dar frente á los lanceros reunidos de Silva y de Muñós; y cargado de flanco se desordena, gira sin concierto, y le sirve de pasto á las lenguas de acero de nuestros escuadrones.

Al otro extremo de la línea enemiga, el regimiento de “El Infante”, hasta entonces poco combatido, se ve de súbito atacado por Uzlar y por Sandes que, á la cabeza de sus respectivos batallones, “Granaderos” y “Rifles”, penetran al trote en la llanura por vía distinta á la que diera paso á la primera División. Indecible pánico con turba á aquel afamado regimiento: no espera el choque de nuestros batallones, les da la espalda con precipitación y corre á confundirse con los revueltos y amedrentados grupos de sus ya fugitivos compañeros.

En el instante en que el ejército español cede y se rompe, un puestero jinete penetra en la caliente arena del combate; su marcial arrogancia cautiva todas las miradas y nuestros escuadrones saludan con frases de entusiasmo al joven General de la 3ª División republicana, á quien abrasa inmoderado anhelo de tomar parte en la batalla que ve espirar, sin esgrimir su espada. Apenas en el campo, busca y divisa los cuerpos enemigos que aun defienden airados sus rasgadas banderas: y sobre ellos se lanza á toda brida, sediento de merecida gloria.

“Barbastro” y “Valencey” son los únicos cuerpos castellanos que todavía resisten el empuje de nuestras

en que se decide la batalla. Su pronóstico estaba cumplido; el ejército patriota saluda entusiasmado á su inmortal caudillo.

XXVI

Tres siglos de absoluto poderío quedaban sepultados por aquella jornada. Venezuela se levantaba libre, del polvo enrojecido con la sangre de sus hijos, y golpeaba con sus pesados grillos la espalda de sus dominadores. La tiranía vencida, se abate espantada, como sus factores los déspotas, cuando el hierro que esgrimen se les rompe en las manos, y se alzan las víctimas, y les muestran los cerrados puños, donde sangran las llagas testimonio de las estrechas ligaduras.

Semejante derrota, más que un desmoronamiento, era un vértigo horrible, inexplicable, en aquellos pujantes legionarios que tantas veces nos disputaron la victoria. Los más valientes, todos, pues que todos lo eran, corrían despavoridos, nuestra caballería acuchillaba á aquellos leones como á simples corderos; empero, algo aun más terrífico que el bote de las lanzas, los hacía estremecer, los acosaba: la sombra de todas sus pasadas crueldades se erguía ante ellos y les causaba espanto.

Todas nuestras victorias y desastres tomaban parte activa en aquella catástrofe, y de lo alto de nuestras banderas volaban y seguían el confuso tropel de la derrota. Sobre la frente pálida de aquellos amedrentados fugitivos, batían las alas, cual relámpagos, "Araure" y "La Victoria". "San Mateo", "Vigirima", "El Juncal" y "San Félix", "Boyacá" y "Las Queseras"; mientras con rostro cárdeno y torva la mirada, ay! sus pasados triunfos, espectros aun más terribles para ellos, gritaban con estridente voz á sus oídos: *¿á qué la sangre derramada si habíais de ser vencidos?* y "Urica" les mostraba la cabeza de Ribas; "Cumaná" y "Maturín" las manos enrojecidas con la sangre de mujeres y niños; Barcelona el hacha del verdugo y la tea del incendio; y "La Puerta" su triple brazo armado, sangriento, amenazante, con el puñal de Morales, la espada de Morillo y el sable de Boves, mellados en el degüello de millares de víctimas.

El ejército de Fernando el Deseado estaba vencido, y vencido sin gloria. Empero, la vergüenza de aquel abatimiento no había de mancillar á España, no.

Detrás de aquel ejército acometido de pavor, aparece de pronto, altiva como siempre en la tradición y en la historia, la pujante raza del Cid y de Pelayo: la España pueblo, la gloriosa España, con el espíritu indomable que inflamó de heroísmo á Zaragoza y con el fuego inextinguible que abrasara las manos del vencedor de Europa al intentar posarlas sobre la tierra ibera.

En medio á la catástrofe, en el seno mismo de aquel violento torbellino, ola rugiente, mezcla vertiginosa de vencedores y vencidos: cuando el ejército realista, roto, disuelto, se siente arrebatado por la vorágine del pánico, y sucumben los de mayor aliento entre sus bravos; cuando se ven entre las sombras del desastre aquellos poderosos regimientos inclinar la cerviz bajo el peso de una mano invisible: “El Infante” abatido, “Búrgos” acuchillado, “Barbastro” rendido y prisionero é inmóviles sus soldados, como estatuas de piedra sobre un campo de fuego; “Hostalrich” disuelto como nube de polvo; los Húsares peninsulares destrozados y en fuga; los “Carabineros” revolcados; Morales á la cabeza de su caballería, sin romper una lanza, abandonando á escape la arena del combate; la artillería asaltada por Piñango y Manrique, y arrojando metralla sobre sus primeros poseedores; La Torre sombrío, sin aliento, sin voz, rendido de fatiga, con el caballo herido que apenas puede sostenerle, arrastrado á su pesar por la derrota; y los vencidos todos, bajo la planta de los vencedores; y todos los que huyen, ocosados y envueltos entre nubes de lanzas; y nuestros llaneros triunfadores, que á la vez que persiguen con furia, arrebatan los toldos de las tiendas que han de servir de manta á sus caballos; y el Genio de la América, extendidas las alas poderosas sobre el campo que estremecen las dianas de nuestros batallones; y Bolívar, que á nombre de Colombia, proclama á Páez Capitán General; y gritos de victoria y

XXVII

Un oscuro oficial, un simple coronel manda á aquel regimiento: su nombre, que apenas lo registra la historia, no tenia precedentes gloriosos: llamábase Don Tomás García; fué en Carabobo donde se dió á la fama: empinado sobre aquella derrota, nuestra victoria le prestó fulgores y lo hizo visible. Aquel desconocido de la víspera, gritó su nombre en la insigne jornada, y, todos los que asistían á ella lo escucharon y hoy lo repite la posteridad. Sus compañeros le apellidaban el *moro*, por lo bronceado de su tez, y es fama que le respetaban y temían por su carácter áspero y altivo; la tradición apenas dice poco más (*): empero,

(*) En comprobación del enérgico carácter del Coronel Don Tomás García, se cuenta: que mandando en una parada el ejercicio de fuego á un regimiento en que abundaban soldados venezolanos, y hallándose frente á la línea, recibió á la primera descarga un balazo en una pierna, lo cual disimuló sin dar la menor muestra de sorpresa; antes por el contrario, con calculada frialdad hizo girar su caballo para ocultar á los soldados la sangre que brotaba de la herida é inmediatamente mandó cargar de nuevo los fusiles. Prometíase averiguar quién había sido el agresor, pues le ocurrió prontamente que el que había marrado el golpe volvería á poner en ejecución tan alevoso intento. Cargados los fusiles descendió del caballo, pasó revista á todo el regimiento, y, como lo sospechaba, encuentra en una de las armas un cartucho embalado; inmediatamente el soldado que la poseía fué fusilado..... aquel desdichado era un venezolano.

Revueltos, confundidos y dejando el campo cubierto de despojos, soldados y oficiales de todas armas huyen despavoridos por el camino de Valencia: nada es capaz de detenerlos, ni el heroísmo de aquel grupo de bravos, que del polvo recogen su bandera, y que ofrecen sus generosos pechos á los fulmíneos rayos de tan deshecha tempestad.

XXIII

En ocasión de tan gloriosa hazaña el campo de Carabobo exhibe un espectáculo grandioso á la vez que imponente. Sobre el abatimiento de las legiones españolas, el ejército vencedor, poseído de júbilo, pregona su victoria con tan atronadora vocería que, aquellos mismos de los nuestros que yacen moribundos en el sangriento campo, despiertan un instante, y, fija la pupila en el espléndido sol de quien reciben la postrimera luz, buscan á tientas con la convulsa mano, la rama de laurel que ha de sombrear sus tumbas; y en la última agonía tratan de unir su voz desfalleciente al himno de victoria que entonan por la patria sus más afortunados compañeros. Aquí el duelo; más allá la apoteosis. En medio á la llanura, el heroísmo de aquel soldado ibero que finca todo empeño

veteranos y los disparos de su encubierta artillería, á saltar sobre zanja profundas, á romper las tupidas malezas y á trepar por repechos erizados de breñas, capaces de inutilizar nuestros caballos y hacer ineficaces los mayores esfuerzos; y todo eso, bajo la acción violenta de una copiosa lluvia que dura poco tiempo, pero que basta para formar arroyos en medio del camino y embarazar casi del todo los movimientos de nuestros escuadrones. En el lodo resbalan los caballos, caen, se levantan y trabajosamente pueden trotar sin riesgo de abatirse; la lucha, sin embargo, no desmaya, antes bien, tantas dificultades exacerba el encono de los llaneros furibundos. Cunde la emulación entre los más audaces, los choques se repiten con tal furia que espanta. Muy caro paga "Valencey" su intrepidez y arrogancia: de sus compactas filas, ve arrebatar sus Granaderos por la garra de bronce de aquellos fantásticos centauros que se encaraman sin escrúpulo sobre las erizadas bayonetas, que pisotean cuanto á sus pies se abate, y que vociferando con frenesí salvaje, sus personales triunfos, insultan al propio tiempo á sus contrarios y maldicen con la misma energía á la bala que los echa por tierra y al espantado bruto que, sordo á los reclamos de la espuela, esquiva el fuego de la fusilería ó se encabrita y retrocede ante la aguda bayoneta que hiere sus narices ó desaparece en sus entrañas.

Más de una vez durante aquella brega encarnizada, se vió saltar á tierra, abandonando los cerriles bridones que renunciaban al combate, á muchos de aquellos jinetes temerarios; acometer con furia al enemigo, luego caer acribillados por las balas é intentar todavía, arrastrándose cual si fueran serpientes, clavar la aguda lanza en el vientre de los soldados españoles.

Oh! fué entonces cuando García sintió gravitar sobre sus hombros todo el peso de la catástrofe que lo envolvía en la completa ruina de La Torre, y cuando asombrado por el valor creciente y la inagotable fortaleza de sus contrarios pertinaces, llegó á dudar de su futura suerte.

XXIX

La generalidad de nuestros jefes había tomado á empeño rendir á "Valencey," pero de todos ellos, los que no tomaron parte en la decisión de la batalla, eran los que mayor ahinco ponían en alcanzar tan codiciada gloria; de este número, el más esclarecido por mil títulos, era el jefe de la segunda División republicana, el "bravo de los bravos," el terrible Cedeño, que, ciego de despecho por no haber roto lanzas en la inmortal jornada, casi podía creerse

cán, chocan Cedeño y sus jinetes contra el muro de acero del cuadro invulnerable que, para recibirlos, torna á formar García con todo el regimiento. Una sola explosión acompañada de insólito fragor resuena con estrépito; las bayonetas y las lanzas saltan en pedazos; y el formidable cuadro, cual si de pronto hubiera sido sacudido por el brazo de Hércules, experimenta violenta conmoción, cede al choque, se rompe y deja penetrar entre sus filas nuestros caballos impetuosos. Allí Cedeño hiere, taja y destroza cuanto resiste á su pujanza; segador insaciable, siembra la confusión y el espanto entre aquellos soberbios veteranos que ruedan á sus pies como abatidos por el rayo. A los ímpetus cada vez más violentos de sus empecinados contendores, acrece la confusión y el tumulto en las filas realistas. Medio regimiento yace por tierra bajo los cascos de los caballos; y Cedeño cuenta ya por suya la victoria, cuando la voz terrible de García y su indomable brío, devuelven á sus atropellados granaderos la perdida serenidad y todo su ardimiento. En medio del conflicto, á punto ya de sucumbir, "Valencey" hace un esfuerzo sobrehumano, sacude el peso que le postra, levanta la cerviz con arrogancia, estallan de repente sus volcados cañones y *el bravo de los bravos de Colombia*, el glorioso Cedeño, detenido de súbito por la traidora mano de la muerte ante los resplandores del más brillante de sus triunfos,

los mismos vicios y las mismas virtudes, la misma hermosa lengua para jurar y bendecir, y una misma sangre, ardiente é impetuosa, circulando en las venas y manchando las manos de tan ensañados lidiadores, hacen de aquella lucha una contienda de familia, terrible y desastrosa, como acontece en las guerras civiles. Nada sufrió el orgullo de la raza con el triunfo de los americanos en la independencia de las colonias españolas. En aquella contienda, lo nuevo triunfó de lo viejo; la monarquía inclinó la cabeza y se irguió la república. La victoria, en síntesis, corresponde á la idea. Después de tres siglos de dominio absoluto sobre la vasta región del Nuevo Mundo, España no fué vencida sino por España. Las glorias castellanas no fueron empañadas: con la espada del Cid triunfó Bolívar: la histórica *tizona* blandíala un descendiente del héroe de Vivar.

ÍNDICE.

PÁGINAS.

| | |
|----------------------------------|-----|
| Introducción..... | |
| La Victoria..... | 1 |
| San Mateo..... | 47 |
| Sitio de Valencia..... | 101 |
| Maturín..... | 177 |
| Invasión de los seiscientos..... | 249 |
| La Casa-Fuerte..... | 295 |
| San Félix..... | 324 |
| Matasiete..... | 351 |
| Las Queseras..... | 407 |
| Boyacá..... | 451 |
| Carabobo..... | 513 |



This book should be returned to
the Library on or before the last date
stamped below.

A fine of five cents a day is incurred
by retaining it beyond the specified
time.

Please

DUE AUG 21

DUE MAR 21

